

*VÍCTIMAS
Y VERDUGOS*



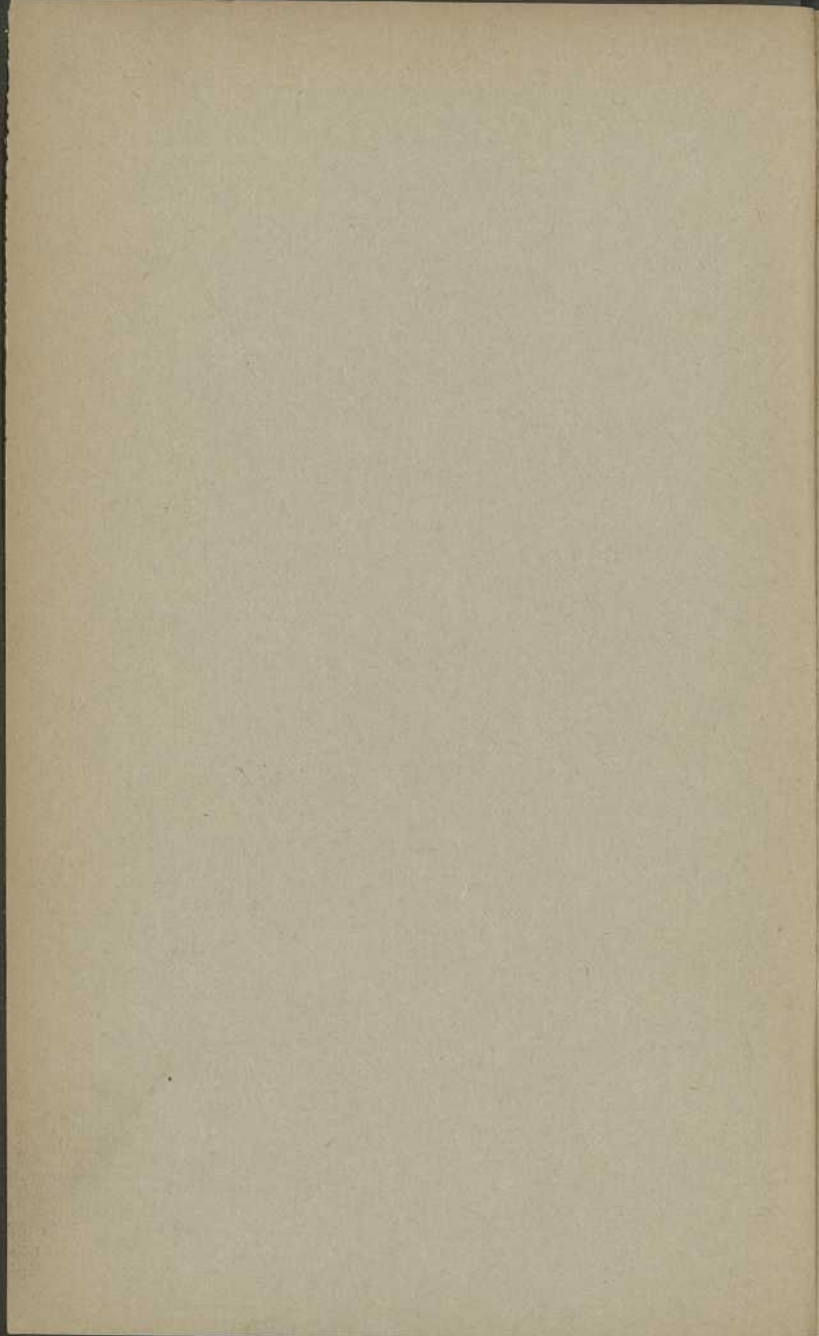
Apostolado de la Prensa

4565

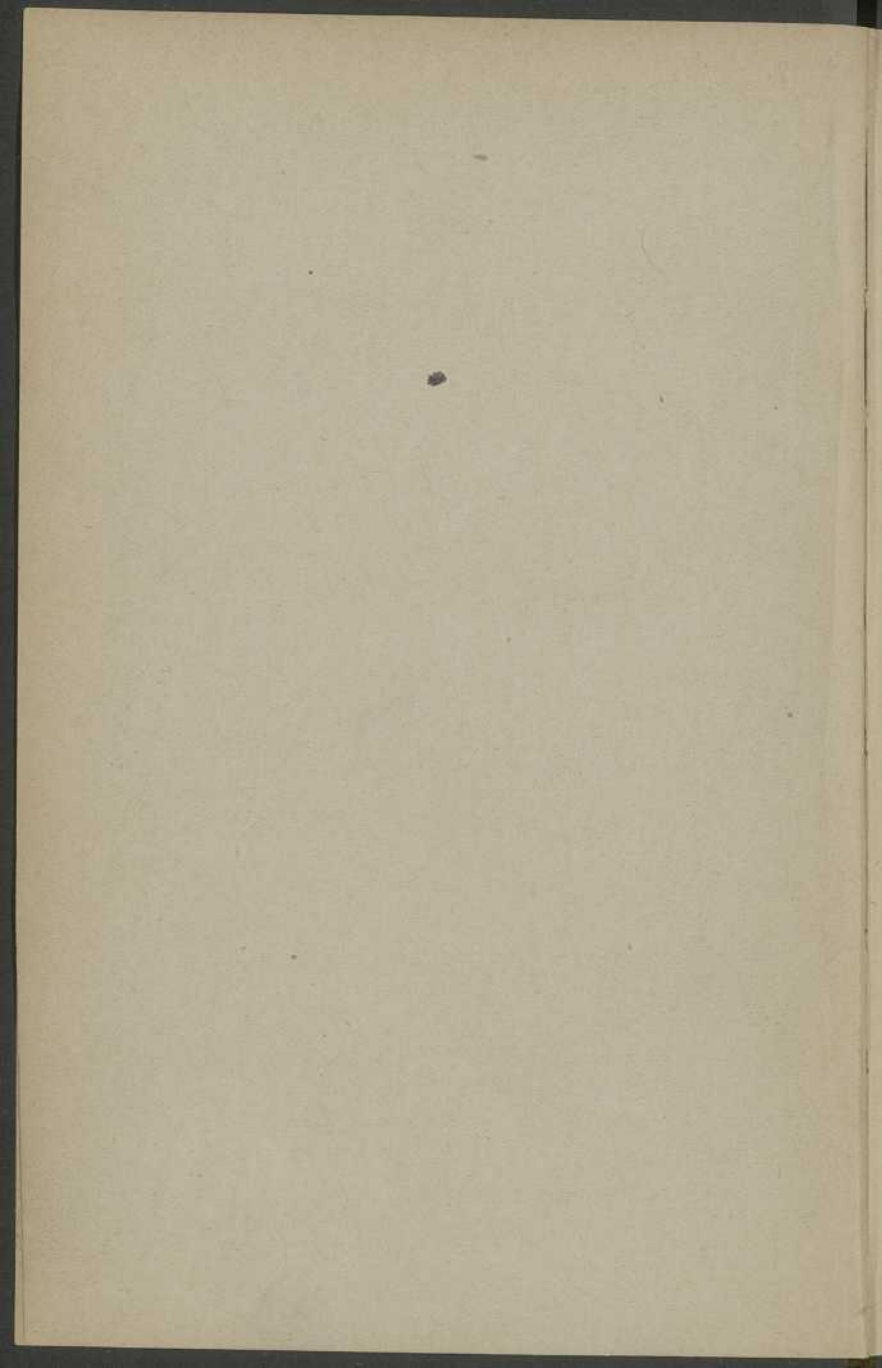
92

106

50.414



VÍCTIMAS Y VERDUGOS



7c

VICTIMAS Y VERDUGOS

CUADROS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

T O M O II



B.P. BURGOS
N.R. _____
N.T. 101053
C.B. _____
21890


~~~~~  
NUEVA EDICIÓN  
~~~~~

MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7

1923

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



CAPITULO XVII

Golpe en vago.

BSORTA cada cual en sus propios pensamientos, ni la Condesa ni Matilde se habían dicho una sola palabra desde que Augusto las había dejado: la primera seguía contemplando tristemente el jirón de la corbata de su sobrino y preparando su ánimo para el terrible golpe de saber que el generoso joven había sido preso o quizá asesinado; la segunda seguía revolviendo entre sus manos el pedazo del pañuelo de Victoria y devorando cavilaciones a cual más tormentosa sobre la suerte de la pobre chica, sobre el reciente suceso del jardincillo y sobre el peligro a que acababa de exponerse Augusto saliendo a la calle en aquel momento.

Resignada la anciana a recibir con cristiana conformidad las nuevas desgracias que el porvenir la deparase; violentamente agitada la joven con la inquietud que le producía el ignorado destino de tantas personas amadas, una y otra parecían haberse hecho insensibles a su propio riesgo, pues ni siquiera les había ocurrido que desde el instante de hallarse descubierta,

como era tan probable, su habitación, estaban expuestas a caer de un momento a otro en manos de sus comunes enemigos.

Para recordarles la presencia de este riesgo, preciso fué que, como una media hora después de haberse marchado Augusto, volviese éste a entrar jadeando, con la zozobra pintada en su rostro y volviendo la cara atrás, como hombre que teme que le persigan o le sorprendan.

—¿Qué hay?—¿Qué pasa?—¿Y Héctor?—¿Vive mi sobrino?

A todas estas preguntas acumuladas de las dos señoras, que se levantaron, cogiéndole cada cual de un brazo, el joven no pudo responder hasta que, habiendo tomado un poco de aliento, dijo dirigiéndose a la Condesa:

—¿Héctor? Corriendo va como un gamo por esas calles de Dios.

—¿Adónde?

—Eso es lo que yo no sé. Gracias al pechugón que nos dimos al emparejar los dos en una esquina, pudimos reconocernos... El no me dió tiempo de preguntarle nada, ni la ocasión era tampoco para ponernos de conversación: lo único que me dijo fué que me viniese corriendo, corriendo, a casa, y... aquí estoy... No sé más.

—¿Pero iba perseguido?

—Supongo que sí, según la prisa que llevaba; pero sus perseguidores deben haber perdido la pista, porque yo no vi a un alma en toda la calle, aunque sí sentí ruido de pasos precipitados, y hasta se me figura haber divisado a lo lejos la luz de una linterna, que debe ser de la patrulla...

—¡Dios mío! ¿Qué nos hacemos?—preguntó Matilde con acento de ansiedad.

En aquella crítica situación era muy difícil de responder la pregunta de la joven; y, efectivamente, los tres interlocutores mirábanse uno a otro en silencio, sin atreverse ninguno a proponer una resolución, cuando en el lado exterior del postiguiillo de la ventana que caía al jardín oyeron dos golpecitos sordos, como dados con los nudillos de los dedos por alguien que quisiera llamar a los de adentro con el menor ruido posible.

Vacilaron éstos al pronto en responder, temiendo fuese aquella señal una asechanza para sorprenderlos; pero como los golpecitos siguieran menudeando cual si el que los daba estuviese devorado de impaciencia, decidióse Augusto a entreabrir con cautela el postiguiillo y ponerse detrás en acecho. Pero quienquiera que fuese el que llamaba, debía tener ojos de lince y oído de liebre, pues no bien había terminado Augusto su maniobra, cuando por fuera se oyó una vocecita como de niño, que decía:

—Abrid pronto, pronto, prontito.

Era, en efecto, un chico de unos doce años, que en el instante de ver entreabierto el postiguiillo, alargó un papel, que Augusto recogió con la yema de los dedos, y en seguida se fué corriendo sin decir más palabra.

El papel estaba escrito con lápiz, y decía así:

“Al instante, al instante recoged todos los trastos, y sin perder un segundo marchaos por las calles más excusadas al huerto de Roque. Estamos descubiertos. Por Dios, daos prisa; no perdáis un segundo.

HÉCTOR.”

Aquí era el caso de aplicar aquello de "Vísteme despacio, que estoy de prisa". Atortolados con la lectura de este billete, nadie sabía lo que se hacía, cuando Augusto, que era el menos desconcertado, preguntó qué huerto era aquel adonde Héctor les decía que fuesen; la Condesa se quedó mirándole con ojos como de sonámbula, y nada le respondió; preguntó luego el sitio de todo lo que pudiera comprometerlos, principalmente de los papeles, con el fin de llevárselo, y tampoco la pobre señora supo decirle dónde estaban. En cuanto a Matilde, todo se la volvía ir y venir, llorar, suspirar, cogerse de su hermano y no dejarle la libertad de movimientos que tanto necesitaba.

Media hora se pasó de este modo, durante la cual el pobre Augusto, como Dios le dió a entender, estuvo abriendo y cerrando cajones y formando líos y paquetes con todo lo que, a ojo de buen cubero, le pareció que debían llevarse consigo. Cada rumor que oía, o que pensaba oír, le hacía aguzar las orejas como a liebre seguida de podencos. Ni un segundo les habían dicho que perdieran, y llevaban ya perdidos cuarenta minutos en aquel tejemaneje, que se hubieran ahorrado con dos palabras de la Condesa. Pero la pobre anciana se había quedado tan transida de susto y de pena, que parecía una estatua.

Al fin quiso Dios que Matilde, serenándose un poco, estuviera medianamente capaz de ayudar a su hermano para recoger todo cuanto pudiera dejar huella del nombre y condición de los fugitivos moradores de aquel modesto asilo; y cuando esta operación estuvo terminada, llegóse Augusto a la Condesa, cogiéndola del brazo, y cuando a duras penas la hubo levantado del sillón donde estaba sin voz ni movimiento;

—¡Vamos, señora—la dijo—; vamos, valor; apo-
yaos en mi brazo!...

—¡Ah! No puedo—exclamó la anciana, volviendo a
caer como desplomada en el sillón—; no puedo... ¡Sal-
vaos vosotros, hijos míos!... Yo estoy resuelta a espe-
rar aquí la muerte... Huíd, huíd sin tardanza...

—¿Sin vos?—dijeron a un mismo tiempo los dos
hermanos—. No por cierto; o nos salvamos los tres,
o los tres nos perdemos.

—No os empeñéis en eso, hijos míos; haced, por
Dios, lo que os digo: huíd vosotros... Mirad que por
salvar mi inútil vida vais a exponer la vuestra... No
puedo moverme, hijos míos; este golpe ha acabado
con las pocas fuerzas que me quedaban. No puedo,
no puedo.

—Nosotros os sostendremos, señora—dijo Matilde
rodeándole el brazo por la cintura y tratando de re-
animarla con sus caricias.

—Y además—añadió Augusto—, nosotros no sabe-
mos en dónde podrá estar esa huerta, ni ese Roque.

—No es muy lejos de aquí... Un cuarto de hora de
camino... Fácilmente daréis con él... Idos, idos, de-
jadme morir. ¡Dios os bendiga, hijos míos!... Dejadme,
por compasión... No perdáis más tiempo: huíd, huíd.

El joven, por toda respuesta, dió a su hermana dos
o tres líos que había formado con lo recogido en las
cómodas, tomó luego en brazos a la Condesa, y sin
hacer caso de sus generosas protestas y exclamaciones,
echó a andar seguido de Matilde, logrando en poco
tiempo atravesar una gran distancia. Reanimada en-
tonces la anciana, pidió que la pusiesen de pie, y con
más esfuerzo del que hubiera podido esperarse de sus

años y de su enfermedad, siguió la caravana al huerto de Roque.

Casi al mismo tiempo de llegar nuestros fugitivos a éste su nuevo escondite, era invadido, registrado y vuelto de arriba abajo el que dejaban; con diez minutos más que se hubieran retardado, habrían sido aprehendidos; pues apenas el ex conde republicano pudo reponerse un poco del trastazo que se había dado al caer contra la esquina, y de la tremenda soba que le había dado Héctor, lanzóse del lecho adonde le habían transportado en una casa inmediata, y sacando fuerzas de su propia saña y del deseo de vengarse que le devoraba, púsose al frente de una parte de la patrulla y se dirigió a casa de la Condesa, no pudiendo ciertamente sospechar que ya ésta la hubiese evacuado. La otra parte de la patrulla había echado a correr en persecución de Héctor y del vecino que le había auxiliado tan generosamente.

Figúrese el lector la rabia que el ciudadano Escévo-la sentiría al encontrarse el nido todavía caliente, como quien dice, pero ya sin los pájaros que él quería cazar. En cuanto hubo entrado, comenzó a huronear por todos los rincones, a descerrajar mesas, cómodas y puertas, por ver si encontraba algún vestigio que le pusiese en la pista de los fugitivos; pero a fuerza de revolver y atisbar, nada más halló sino los pedazos de un papel medio quemados en el rescoldo de la chimenea, restos de una carta comenzada a escribir por Matilde, y que la joven había arrojado al fuego por no llevarla consigo. Tan luego como el ex Conde atisbó estos pedazos, recogió todos los que a la mano pudo haber, y no sin gran trabajo acertó a leer estas incoherentes frases: *Massón, calle de Sain-Avoye... ne-*

gro... abrazar... de Reyre... escribir a Fer... abuglo en Cons... Victoria perdida...

—¡Hum, hum!—decía el ex Conde leyendo y rele-
yendo estos fragmentos—, no dan mucha luz que diga-
mos; pero al cabo, hilos hay aquí por donde podemos
sacar algún ovillo. Con mucho menos he tenido bas-
tante otras veces para coger las vueltas a otros.


Dicho esto entre rugidos sordos y con reiterados
fruncimientos de cejas, guardóse los fragmentos en el
bolsillo cual si fueran oro en paño, y volviéndose lue-
go al jefe de la patrulla, que de pie junto a él esperaba
sus órdenes, le dijo:

—Hemos dado el golpe en vago, sargento; los pája-
ros han volado. Pero a bien que no todo está perdido.
Con un poco de cachaza y mala intención, ya daremos
con ellos... Ponme un par de esos muchachos de vigías
en el barrio, pues probablemente nuestros fugitivos no
dejarán de darse una vuelta por aquí... En cuanto a
vosotros, os habéis portado bien; os recomendaré al
Gobierno... Ahora sólo falta que los otros chicos que
salieron corriendo tras de aquel par de piezas, les echen
el guante... De lo que hemos de hacer con estos cana-
llas cuando los tengamos en nuestro poder, de eso yo
me encargo. Vamos, por de pronto, a la taberna del
buen patriota, y os remojaréis el gznate, pues con tan-
to correr, debéis tenerle como esparto... ¡Marchen,
arr!...



CAPITULO XVIII

El huerto de Roque.

L nuevo asilo tomado por la Condesa y sus dos hijos, como ella llamaba a Augusto y a Matilde, era un huertecito cercado, casi lindante con las últimas casas de uno de los barrios extremos de París, y en cuyo recinto tenía su vivienda el tío Roque, que era el hortelano, viejo ya de ochenta años, curtido con las labores campestres a que había consagrado su vida entera, y con una de esas caras patriarcales que basta mirarlas solamente para sentirse lleno de veneración y de confianza. Jardinero de una señora amiga de la Condesa, y declarado cesante de este oficio por obra y gracia de la revolución, que había devorado ya la hacienda y la vida de sus amos, el buen tío Roque había tomado en arrendamiento aquel trozo de cercado y sembrádole de hortaliza, con cuyo producto iba tirando, ayudado y asistido por su hija Francisca, que vivía con él desde que se había quedado viuda y madre de tres niños. Pocos meses antes había perdido el tío Roque otra hija, madre también de dos niños que vi-

vían con su padre viudo en una calle del centro de París, en donde tenía puesto un pobre tenducho de abacería.

Cristiano viejo, realista hasta la medula y fiel a la memoria de sus amos, en cuya casa había conocido a la Condesa, era este buen anciano, con sobrada razón, el hombre de confianza de Héctor; y como, por otra parte, la humildad misma de su condición y el aislamiento en que moraba le ponían a cubierto de toda persecución y toda sospecha, era su casa el más adecuado albergue que el noble joven pudo haber encontrado para su tía; si no le había escogido desde luego, era por temor de que la extrema pobreza de aquella rústica morada hiciese imposible asistir a la anciana con el esmero que exigía su quebrantada salud.

Pero el tío Roque había sido el encargado de buscarle el pabellón del jardincillo que acababa de evacuar, y el que tenía a su cargo proveerla de cuanto necesitase; para lo cual solía de cuando en cuando ir él mismo, o mandar alguno de sus nietecillos, bien resuelto a dar su propia vida y la de su familia, si hubiese sido necesario, antes que dejar de cumplir aquella obra de caridad, que ciertamente, en los tiempos de suspicacia y de espionaje que entonces corrían en Francia, podía haberle salido muy cara.

Cuando la Condesa se vió en salvo dentro del huerto, extenuada como iba por el último laborioso esfuerzo, y más aún por la inquietud de ignorar la suerte que hubiera corrido Héctor, cayó la pobre señora en un fatigoso letargo, que parecía anuncio de próxima muerte.

El honrado tío Roque, con su sombrero en la mano, la contemplaba triste y silencioso, mientras la buena Francisca, secundando con cariñosa solicitud los esfuer-

zos de Matilde y de Augusto, corría de un lado a otro de la casa buscando los remedios que la ocurrieron para socorrer a la noble enferma. Cuando al cabo de una hora lograron hacerla volver en sí, y luego que abrió los ojos, echó una mirada a su alrededor, y fijándose principalmente en el tío Roque, le tendió su mano, que el viejo se apresuró a besar respetuosamente, y le dijo en seguida con entrecortado acento:

—¡Gracias por todo, Roque, gracias! Quiera Dios que tu generosa hospitalidad no te acarree algún disgusto...

—No tengáis cuidado ninguno, señora Condesa— respondió el anciano—; cuando habéis podido llegar aquí sana y salva, señal es de que Dios hace la costa; y cuando el Señor nos toma de su mano, todo va bien. Animo, y no hay que echarse en el surco, que tras un día viene otro... Y además, el tío Roque es pájaro de muy poca pluma para que nadie piense en buscar su nido.

—Cierto, buen Roque, cierto: no es lícito desconfiar de la providencia divina; pero ésta, sin duda, debe ser hora de expiación para todos, y cuando el cielo manda la tempestad, lo mismo puede tronchar el rayo las copas de las encinas que la florecilla del vergel...

—¡Bah, bah, señora Condesa!... El tío Roque no lo hila tan delgado: toma los días como vienen, y jamás piensa en lo que será mañana; ochenta años va a hacer ya que me atengo a esta regla, y hasta hoy, a Dios gracias, la cuenta no me ha fallado nunca.

Mientras hablaban la Condesa y el tío Roque, Augusto había estado a la puerta de la casa en actitud como de escuchar atentamente; y volviendo de súbito a reunirse con los demás, dijo mientras se apretaba el

cinturón de su carmañola cual si se dispusiera a salir:

—Vaya, señora, pues que ya os dejo en seguro asilo, voy, con vuestro permiso, a dar una vuelta por París... El día comienza a despuntar, y yo tengo que hacer... Os ruego que procuréis descansar... Y tú, hermana, trata también de tranquilizarte y de conciliar algunas horas de sueño.

—¿Adónde vas, hijo mío?—le preguntó la Condesa con ansiedad.

—A mi tarea, señora; a buscar medios de abrazar, de libertar a mi padre...

—Sí, hermano, sí—repuso Matilde—; mañana iré yo contigo... Ve con Dios, no te eche de menos el tío Gregorio. Vete a hacer otra visita a Masson el carcelero, y a ver si logras que te dé a componer el postigo... Pero vuelve pronto, ¿eh?... Y mi pobre Victoria, no me la olvides, por Dios; mira que mi impaciencia, mi tormento es mayor cada día.

—¿Y mi Héctor? Búscame a mi Héctor, tráeme noticias de él, hijo mío—añadió la Condesa.

—Sí, señora Condesa; sí, hermana mía; de todos os traeré noticias, aunque fuera menester buscarlos en el centro de la tierra. Quedad con Dios... Roque, en tus manos dejo a estas señoras; mucha vigilancia y mucha prudencia... Adiós otra vez.

—El vaya en vuestra compañía, señorito—dijo Roque—; id sin cuidado, que aquí no vendrá nadie a buscar más que espinacas y lechugas... Si otra cosa quisiesen, antes que poner un dedo encima a la señora Condesa o a la señorita tendrían que vérselas con el tío Roque, que viejo y todo, aun tiene la mano dura para escarmentar bribones... Dios os guíe... Ya sabéis, por si algo se os ofrece en París, dónde vive mi yerno...

Podéis fiaros de él; es un hombre de bien a carta cabal.

Diciendo esto, el buen Roque había ido acompañando a Augusto hasta la puerta; cuando la hubo abierto, y mientras el joven salía del cercado, quedóse el anciano parado en el umbral, en la misma actitud de escuchar atentamente que antes había aquél tenido; y, en efecto, percibió claramente un rumor confuso, como de mar alborotada, que parecía proceder del centro de la población. Alarmado con esta novedad, volvió el viejo hortelano a cerrar la puerta con llave, cerrojo y tranca, y en seguida dijo a Francisca unas cuantas palabras al oído.

La Condesa, que aun en medio de su abstracción no perdía un punto el triste hábito de espiar inquieta cuanto a su alrededor pasase, no dejó de advertir estos distintos actos del anciano, y clavando en él una mirada ansiosa, se disponía sin duda a preguntarle algo cuando Matilde, que se había puesto a la ventana para ver salir a su hermano, dejóla de repente y exclamó con turbado acento:

—¿Habéis oído, señora?... Y tú, Roque, ¿has percibido el rumor que viene de París?

Levantóse entonces la Condesa, y acercándose a la ventana, apoyada en el brazo de Matilde, estuvo también escuchando breves momentos, al cabo de los cuales exclamó con amargura, mirando hacia la ciudad:

—Sí, es el rugido de la fiera; lo conozco, así era cuando las carnicerías de septiembre... Algo nuevo pasa en ese infierno... Cuando en hora tan intempestiva se remueve así la población entera, es que se ha consumado o que se prepara alguna iniquidad.

—Parece que se aumenta el ruido—dijo Matilde—, ¿no oís?...

Efectivamente, como los ecos del trueno repetidos

de montaña en montaña, iban aquellos rumores siniestros brotando incesantemente de todos los lados de París, cual si los extremos de la población respondiesen a una consigna que les hubieran dado desde el centro. Ya se percibía claramente la gritería, el abrir y cerrar de puertas y ventanas, el estrépito de las carreras de la muchedumbre y hasta el crujido de vasos; o por mejor decir, aquello era un infernal concierto de mugidos, de silbidos, de graznidos, cual si todas las alimañas del desierto se hubieran juntado hambrientas, levantando todas a una vez su desapacible acento. Todos en la casa de Roque sintieron helárseles la sangre en las venas, incluso los niños de Francisca, que, cogiditos del vestido de su madre, se habían pegado a ella como la hiedra al olmo. Roque era el único que permanecía sereno, y decía, ayudando a la Condesa a volverse a su asiento:

—Verdad es: revuelto anda el hormiguero; pero es para divertirse. Rara es la noche que esos endiablados no nos dan alguna serenata por el estilo. Desde que los han enseñado a estar siempre de jarana, parece que la necesitan ya para digerir la cena... Ea, señoras, dejémoslos aullar, que, Dios mediante, con nosotros no han de meterse...

—¡Dios mío!—exclamó la Condesa, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo—. ¿Qué será de mi pobre Héctor, en medio de esta confusión?... ¡Ah! No permitáis, Señor, que esta infeliz anciana muera aquí abandonada de los suyos y sin recibir los auxilios de vuestra santa religión... Héctor, Héctor, hijo mío, ¿en dónde estás?

—¿Y Augusto, adónde habrá ido?—exclamaba Matilde, no menos angustiada que la Condesa—. ¿Por qué no se habrá vuelto para atrás? ¡Oh, qué espanto! ¡Cómo

crece el tumulto!... ¡Dios mío! No parece sino que París se está desplomando... Oíd, oíd.

—Verdaderamente que, para no ser más que jaleo, parece demasiado fuerte—dijo Roque—. ¡Condenados!... ¡Vaya si tienen los pulmones expeditos!... ¡Anda, anda! ¡cohetitos tenemos!... y tiritos también... Pues, señor, fiesta completa... ¡Bah! Sea lo que Dios quiera... Por María Santísima, señoras, no hay que acobardarse... Vamos, Francisca, ¿qué haces tú también ahí parada como un santo de yeso? Prepara algo que cenén estas señoras...

—¡Oh! Me sería imposible atravesar un solo bocado—dijo Matilde.

—Ni yo tampoco quiero nada—añadió la Condesa—; nada... Saber en dónde está mi Héctor es lo único que deseo...

—Pero, señoras, perdonad a este viejo impertinente si os dice que os apuráis más de lo regular... El señorito Héctor y el señorito Augusto me parece a mí que, mientras más jaleo haya en París, más seguros estarán...

Estas y otras observaciones más o menos oportunas hacía el buen hortelano, aunque todas encaminadas a tranquilizar a sus huéspedes; pero la verdad era que el mismo tío Roque comprendía de lleno la gravedad de la situación; prueba de ello fué el estremecimiento involuntario con que respondió al que todos los demás sintieron cuando en la puerta de la casita comenzaron a sonar golpes estrepitosos como de alguien que llamase con miedo y con rabia.

—¿Quién es?—preguntó el anciano desde dentro con voz alterada acercándose a la puerta.

—Soy yo, abuelito, soy yo; abrid corriendo—respondió desde fuera la voz de un niño.

—¡Pobrecito mío!—dijo el tío Roque descorriendo la llave y el cerrojo mientras Francisca desempotraba la tranca de la puerta—. Es mi nietecillo Romualdín que viene, sin duda, mandado por su padre para darnos noticias de lo que pasa... Entra, hijo mío, entra.

El chiquitín, escurriéndose como una culebra por el primer resquicio que le dejaron las hojas de la puerta al abrirla su abuelo, saltó como un pajarillo a los brazos del anciano. La pobre criatura iba sudando, jadeando y trémulo como el azogue; sin embargo, al echar una ojeada por el cuarto, y viendo con cierto asombro la presencia allí de las dos señoras, tomó de repente un ademán respetuoso y reservado, cual si vacilara en dar desde luego el recado que sin duda llevaba. Sólo cuando su abuelo le hubo invitado a hablar, no sin haberle antes regañado por haber corrido tanto como se deducía de su cansancio y de su sudor, dijo el niño:

—Es que traía mucho miedo, abuelito; y tenía tanta prisa por llegar, que si tardo cinco minutos más creo que me quedo en el camino.

—Vamos, habla: ¿qué pasa? ¿Por qué traías miedo? Un hombre no debe temer nunca más que a Dios.

—Verdad es, abuelito; ¡pero si hubierais visto la jarana que hay en esas calles!... Todos los barrios están en movimiento; los guardias nacionales, con los fusiles al hombro; ¡y anda una de gritos y de carreras de un lado para otro!... ¡Huy!, parece el fin del mundo.

—¿Y por qué todo ese estrépito? ¿No lo has sabido quizá en el camino?

—Sí, abuelito: dicen que van a pedir la cabeza del Rey, pues parece que esta noche lo van a sentenciar.

—¡Oh, Dios misericordioso!—exclamó la Condesa inundada en llanto—; llegó la hora tremenda... ¡Le

condenarán, sí, le condenarán! ¡Infeliz Monarca! Sigue, hijo, sigue.

—¡Quién sabe, señora!—dijo el tío Roque—. Acaso el niño ha oído mal. ¿Quién va a fiarse de lo que diga este rapazuelo miedoso?

—No, abuelito, no he oído mal: Eugenio el cordele-ro ha estado en casa y se lo ha dicho a papá.

—¿Y quién se lo había dicho a Eugenio?

—El celador del barrio.

—Entonces—dijo el anciano con tristeza—, puede que sea verdad, el celador debe saberlo; como que habrá recibido órdenes del jefe superior de policía.

—Sí, sí, será verdad, no lo dudes, Roque; era inminente—exclamó la Condesa.

—Ahora ya entiendo—continuó el anciano—por qué es todo ese estrépito. Los muy bribones querrán comerse por espanto a los diputados de la Asamblea, y a fuerza de amenazas hacerles cometer el atentado. Dime, hijo: ¿y hay mucha gente en las calles, eh?

—Cosa de no poder andar, abuelito... ¡Y qué caras... huy qué caras! Un sin fin de tías desarrapadas, y de tíos con las carmañolas al hombro y los gorros colorados encima de las cejas, gritando todos, borrachos como cubas: ¡Muera Capeto! ¡Muera el tirano!

—¡Bárbaros, sacrílegos!—volvió a exclamar con grande exaltación la Condesa—. Le matarán, sí, le matarán. El mejor de los reyes va a morir asesinado por su propio pueblo... ¡Qué horror!

—No, no, señora—replicó el tío Roque con singular energía—. ¿Cómo se habían de atrever a eso? El pueblo quiere mucho a su Soberano, y además, en la Asamblea no todos los diputados son enemigos del Monarca.

—Cierto, no todos lo son, Roque; pero ahora, como

siempre, uno que habla mete más ruido que ciento que callan; los más osados tomarán la delantera, los buenos se acobardarán. Unos votarán por odio y otros por miedo. El objeto de este motín, tú mismo lo has dicho, es intimidar a los débiles. ¡Oh!, le matarán, estoy segura de ello.

Matilde, que había estado llorando en silencio durante el anterior diálogo, apartóse repentinamente de la ventana, en cuyo borde interior había estado observando lo que por fuera pasaba, y cerrando apresurada los postigos, corrió a refugiarse en brazos de la Condesa. La causa de este acrecentamiento de susto en la joven era que en aquel instante pasaba por la calle más inmediata al huerto una turba de forajidos, cuyos gritos, juramentos, blasfemias y amenazas se oían con aterradora claridad. Instintivamente las tres mujeres que había allí se taparon los oídos, más que por el terror, por el horror y la vergüenza que en sus cristianas almas suscitaron las bestiales obscenidades que penetraban hasta aquel recinto, mezcladas con gritos de muerte.

En este intervalo, el niño recién llegado, acercándose al oído de su abuelo, le había dicho en voz baja algunas frases que, si no hicieron perder al anciano su serenidad, anublaron su rostro con especial tristeza y llenaron de lágrimas sus párpados. Recogiendo después un instante su espíritu, acabó por levantarse con pausado continente, y limpiándose las lágrimas con la bocamanga de su capote, suspiró mirando al cielo, y dijo a su hija:

—Francisca, mañana tendrás que ir a casa de tu cuñado, y te traerás a los niños...

—¿Pues qué pasa de nuevo, Roque?—preguntaron a un mismo tiempo la Condesa y Matilde.

—Nada, señoras mías. Un nubladillo que descarga

sobre este pobre viejo. ¿Para qué he de entristeceros contándoos lo que ninguno de nosotros podemos remediar?...

En esto la buena Francisca había estado hablando con el niño, y también comenzó a llorar como antes lo había hecho el tío Roque; observado lo cual por las señoras, volvieron a preguntar con mayor insistencia la causa de aquel nuevo dolor. El tío Roque se disponía a responder, cuando llamó a la puerta otro niño de alguna más edad que el anteriormente llegado, el cual entró no menos jadeante y sudoroso, y también, como el primero, se echó en brazos del anciano, cubriéndole de besos y de lágrimas.

—¿Sabéis ya, abuelito?...—le dijo, al fin, cuando pudo pronunciar una palabra.

—Sí, hijo mío, sí; ya nos lo ha dicho tu hermanito... Es menester resignarse con la voluntad de Dios. Ya sabéis lo que todos los días rezamos: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. Vamos, no llores más, Joaquinito... Os vendréis con nosotros... Para todos habrá; la providencia de Dios es muy misericordiosa...

—Pero, en fin, Roque—volvió a decir la Condesa—, ¿qué te sucede?

—Sí, ¿qué te pasa?—preguntó también Matilde.

—Yo quería ocultárooslo, señoras, por no aumentar vuestras penas... Mi pobre yerno le han preso...

—¿No te lo decía yo, Roque?—repuso la Condesa—. Nadie está seguro hoy día... Ya verás cómo a la hora menos pensada tienen también que hacer contigo.

—Que vengan cuando quieran—dijo el anciano con acento resignado—. No les arriendo la ganancia. Con un pobre carcamal como yo, poca granjería pueden hacer... Y sin embargo, mi pobre yerno tampoco tiene

nada de temible; un infeliz tendero, manso como una paloma... No sé por qué le pueden haber tomado ojerriza... ¿Quién ha ido a prenderle, chiquitín? ¿Cómo ha pasado la cosa?

—Ibamos a cenar—respondió el niño mayor—, cuando entraron unos guardias nacionales y enseñaron a papá un papel, diciéndole que llevaban orden de prenderle. Papá les dijo que él no había hecho nada, y nosotros dos y nuestra hermanita nos echamos a llorar; pero los nacionales cogieron a papá del cuello, y luego le ataron las manos atrás con cordeles, y se lo llevaron a empujones... Yo me fuí detrás para ver en dónde le metían, mientras Romualdín se vino corriendo a daros parte de lo ocurrido; pero comenzaron a darme porrazos con la culata de los fusiles, y no me dejaron seguirlos... Yo entonces me vine acá por si mi hermano no podía llegar, porque apenas se puede andar por esas calles.

Diciendo esto el pobre niño entre sollozos, mostraba en su pecho, en los brazos y en la cabeza los cardenales y heridas de los culatazos que le habían dado aquellos bárbaros.

Una cosa resultaba claramente para las señoras de cuanto acababan de oír, y es que no estaban seguras en la casita del tío Roque, pues una vez preso ya su yerno, las sospechas se extenderían naturalmente al suegro. Es decir, que las pobres señoras iban a quedarse sin asilo o expuestas a ser sorprendidas de un momento a otro.

Mientras resolvían en su mente agitada esta triste expectativa, he aquí que llaman de nuevo a la puerta, y entra luego una niña, la cual, dirigiéndose al hortelano, saca del pecho un billete y le dice:

—Tío Roque. Esto me ha dado para que lo traiga

un caballero que está... Pero papá me ha mandado que no diga a nadie dónde está, y me ha encargado que no pierda el papel, y que en llegando aquí, lo entregue y me vuelva corriendo a casa.

—Sin duda es para vos, señora—dijo Roque tomando el papel y entregándoselo a la Condesa.

Tomó la Condesa el billete y leyó así:

“Me siguen la pista, pero estoy en libertad. Mucha vigilancia y serenidad: esto es lo que os recomiendo. No puedo deciros la calle ni la casa donde estoy. El Rey será condenado esta noche sin duda alguna... Adiós, tía mía: valor y confianza. Pedid mucho, y rogad a Matilde que pida a Dios por mí.—Vuestro sobrino, HÉCTOR.”

—¡Está comprometido!—exclamó aterrada la Condesa—. Le cogerán; es imposible que escape de tantos perseguidores... ¡Triste de mí! ¡Por mi causa se pierde, y yo quedo sin apoyo ninguno sobre la tierra!...





CAPITULO XIX

La pipa de Jerez.



PARA explicar cómo y en dónde había Héctor escrito este billete a su tía, nos importa seguirle desde el punto mismo en que le dejamos huyendo de la patrulla, después de haber aporreado tan a su gusto los huesos del ex conde demócrata. Había ya corrido el generoso mancebo bastante para creer que sus perseguidores le dejarían tiempo al menos de avisar a su tía, y eso fué lo que hizo, parándose en un portal, escribiendo con lápiz aquel billete en cuya virtud hemos visto a la Condesa y a los dos hermanos mudar de domicilio, y confiándole a un niño mediante unas cuantas monedas que le dió para decidirlo a que se encargase del mensaje. Hecho esto, pensó el joven en dirigirse al huerto de Roque para aguardar en él a su tía; pero cabalmente en el mismo instante oyó otra vez los pasos y voces de la patrulla que le había perdido de vista, y volvió a emprender su fuga, bien que sin rumbo cierto, y parándose de cuando en cuando a ver el que tomaban sus perseguidores, los cuales no parecía sino

que le olfateaban, según la tenacidad con que iban en pos de sus huellas.

De este modo anduvo Héctor más de un cuarto de hora sin que a derecha ni izquierda hallase un escondite oportuno, pues el terror que entonces reinaba en París tenía helados todos los corazones y cerradas todas las puertas; y aunque el joven hubiese encontrado abierta alguna, de todos modos habría vacilado mucho en entrar en casa que hubiera muy fácilmente podido ser de algún rabioso patriota.

Su situación iba siendo cada vez más apurada, porque los de la patrulla no daban señal de cansarse de perseguirle: tal era la importancia que los demócratas daban a su captura desde que el ex conde les había, sin duda, dicho la clase de pájaro a quien les encargaba cazar. En vano el joven apretaba la carrera y hacía mil recortes en toda encrucijada adonde iba llegando; aquellos malditos tenían por lo menos tan buenas piernas como él, y por añadidura una nariz capaz de ventear el vuelo de un mosquito.

Sin embargo, nuestro fugitivo corría y corría con esperanza de llegar a punto donde pudiera dar a la patrulla un esquinazo que la hiciese perder absolutamente su huella; pero no había contado con el mayor obstáculo que podía ofrecérsele, y que, en efecto, se le ofreció, y fué el de otra patrulla que, viniendo en dirección opuesta de la que le iba a los alcances, le puso entre dos fuegos.

Quiso su mala estrella que este contratiempo le ocurriese en una calle larga y estrecha, como dicen que es el alma de Judas; de manera que si seguía delante, se topaba con la patrulla que venía; y si volvía atrás, caía en manos de la que le picaba la retaguardia.

En situación tan ardua y terrible ocurriéronse mil expedientes a cual más absurdo. ¿Seguir corriendo, mostrar a la patrulla su carmañola y su carta de civismo? Absurdo; porque mientras se hacía esta operación ganaba terreno la patrulla de atrás, que al punto le reconocería. ¿Sacar de su carmañola el pistolucho que llevaba a prevención, y abrirse el paso a balazos? Más absurdo todavía; porque las patrullas eran de gente armada con fusiles, y aunque lograrse matar a uno o dos, los demás le cercarían, lo harían añicos, y éste era el medio infalible de que ni su tía ni nadie volviera a saber más de él. Pero la cosa urgía; las patrullas iban a emparejar en breve una contra otra... ¿Qué hacer?

El único recurso que se le ofreció en tan desesperado trance fué tirarse en el suelo, y a gatas ir a acurrucarse en el rincón formado por una casa cuya fachada salía como tres o cuatro pasos fuera del nivel de la casa contigua. En el momento de ir a tocar ya con la cabeza en el ángulo entrante del rincón, sintió hundirse una de sus manos cual si topara con un hoyo; instintivamente comenzó a remover la tierra, y a poco de escarbar con ambas manos pudo ver que era el respiradero de un sótano; en el acto resolvió descolgarse y hundirse por escotillón, fuese a caer en donde fuese; con todo eso, faltaba que cupiese su cuerpo por la estrecha hendidura del respiradero, y mucho más si estaba, como era probable, enrejado; estábalo, en efecto; pero por fortuna suya los barrotes se habían oxidado, y a poco esfuerzo que hizo logró quebrantarlos y doblarlos hacia abajo de modo que le dejaron espacio suficiente para meter las piernas, contando él, como efectivamente sucedió, con que el peso mismo y el volumen de su cuerpo, sirviendo de cuña entre los barrotes encorvados, le dejarían bas-

tante resquicio para colarse. Mas esta misma operación tenía que hacerla con cautela, pues no sabiendo a qué profundidad bajo el nivel de la calle se hallaría el piso del sótano, corría grave riesgo de dar un salto mortal.

Escurrióse, por tanto, cuidando de agarrarse en los mismos barrotes, y cuando ya estuvo colgado de sus propios brazos, notó que sus pies no tocaban en tierra. Asaltóle entonces el terrible recelo de que lo que él había creído ser cueva de una tienda, fuese algún pozo, y resolvió permanecer colgado mientras se cruzaban las dos patrullas. Pero el diablo hizo que éstas contuvieran al mismo tiempo la rapidez de su marcha para observar atentamente, sin duda, lo que pasase en toda la extensión de la calle, de donde resultó que en la embarazosa posición del pobre joven empezaron a flaquearle los brazos. Por colmo de angustia, sentíase ya desfallecer en el instante mismo que las patrullas emparejaban delante cabalmente del respiradero, y tan cerca de él, como que podía oírles darse una a otra el santo y seña y toda la conversación que entre sí entablaron.

—¿No habéis topado—preguntó el jefe de la patrulla de atrás—con un aristócrata disfrazado de carmañola que va huyendo de nosotros?

—Nada hemos visto—respondió el jefe de la otra patrulla.

—Pues como no se haya volado por los aires—replicó el otro—, en esta calle tiene que estar, porque nosotros le hemos visto doblar la esquina, y es evidente que no habiéndole hallado vosotros, no haya salido de esta línea.

—Se habrá metido en alguna de estas casas... Estos pícaros tienen en todas partes quien los proteja, y más estos días, que, según se dice, están entrando a cientos

y a miles los realistas de las provincias para intentar un golpe de mano en la capital... No será extraño que vuestro fugitivo sea uno de ellos, y en ese caso hay que buscarle aunque sea debajo de tierra. ¡Sería buena pesca!

—¡Ya lo creo, mi sargento! Tanto más, cuanto que ése parece que es uno de los corifeos...

—¡Hola! ¿Quién te ha dado esas noticias?

—El ciudadano Escévola, que es el que nos ha mandado prenderlo, y a quien el muy canalla dejó por muerto ahí atrás en una esquina. Dice que es un aristócrata de los de más pergaminos, y que desde ha dos meses se ha colado en París con nombre supuesto, y anda por todas partes disfrazado con las *sagradas insignias* de la República, llevando su osadía hasta frecuentar los clubs y gritar con nosotros y como nosotros.

—¡Ah, zorro!—exclamó otro de los nacionales—: ¡miren qué táctica! Nada, nada; hay que tratar de echarle la zarpa aunque sea menester desempedrar la calle. Esta caza se nos pagaría como de res mayor.

—Y de camino—repuso otro—lograríamos desbaratarles todo el plan; pues, según se dijo ayer en el club de los Franciscanos, parece que están conchavados los realistas de fuera con los de dentro de París, y que mientras unos se encargan de forzar los arrabales, los otros armarán la suya en el centro de la capital.

—¡Ya están frescos!—añadió otro—. ¡Pues qué! ¿Nosotros somos de paja? Que vengan y verán lo que es bueno.

—Sí, pero entre tanto—dijo el jefe de la patrulla de atrás—, bueno es que pensemos en nuestro hombre. De seguro él no ha salido de la calle; por consiguiente, a ver si uno de vosotros se llega ahí al principal a decir la

causa que aquí nos detiene, y a pedir refuerzos para por si acaso. Los demás nos dividiremos en dos partidas, una para guardar las salidas de la calle, y la otra para registrar de arriba abajo las casas. ¡Desdichado el vecino que haya dado asilo a un enemigo de la República! En dondequiera que se le eche mano, pasáis a degüello a todo bicho viviente. ¡Viva la libertad!

—¡Viva!—respondieron en coro aquellos *libres* que iban detrás de un caballero y un hombre honrado para maniatarle, con el firme propósito de dar una lección de libertad republicana en forma de balazo al que hubiera cometido el tremendo crimen de darle asilo—. ¡Viva la libertad!...

Tal era el edificante diálogo que Héctor oía suspendido de los barrotes y columpiando su cuerpo con sus propios brazos. La curiosidad misma de escuchar esta conversación había hasta entonces sostenido sus fuerzas; pero había llegado ya a punto de no poder más, sobre todo después del esfuerzo que hizo levantando la cabeza fuera del respiradero para explorar la situación cuando hubieron vuelto a dividirse las patrullas.

—Pues, señor—se dijo a sí propio—, si subo a flor de tierra, de seguro dan conmigo y me despedazan. Si me tiro abajo, es posible que me ahogue; pero también es posible que escape con romperme algún hueso, que siempre sería menos malo.

Hecho este razonamiento, encomendóse el joven a Dios, y después de hacer mil eses en el aire con las piernas para ver si hallaba algún punto de apoyo, resolvióse, en fin, a descolgarse, y se dejó caer. Antes de tocar con el pie en tierra sintió una fuerte rozadura en el espinazo, acompañada de cierto ruido hueco y cavernoso, y en seguida rodó cual si hubiera caído sobre una

superficie curva, hasta lograr, en fin, hallarse en firme, bien que tendido cuan largo era.

Luego que se rehizo del porrazo, tentóse todos sus miembros y coyunturas, hallando, con tanto gusto como sorpresa, que no se había hecho mal alguno; siguió después andando a gatas por mayor precaución, pues nada absolutamente veía; y a poco de palpar con pies y manos en uno y otro lado de la cueva, y de aguzar el olfato, único sentido que, además del tacto, podía utilizar en aquella sepulcral lobreguez, comprendió que se hallaba en una bodega, y que el golpazo y ruido hueco sentidos por él al caer procedían de haber dado con los huesos encima de una pipa vacía o poco llena.

Encontrábase, pues, realmente preso, tanto por ignorar la casa a que pertenecía la bodega, cuanto por no saber cómo había de salir de allí. Era muy posible que, huyendo de las patrullas, hubiera caído en manos de algún republicano furioso, el cual, por añadidura, podía tomarle como ladrón de su hacienda. Resolverse a pasar allí la noche aguardando inactivo los sucesos, podía tener sus inconvenientes, y además no se lo permitía su propia impaciencia; decidió, por tanto, continuar sus exploraciones subterráneas, y ver si hallaba algún resquicio por donde penetrase luz o rumor de voces humanas.

Arrastrándose y palpando tocó la última grada de una escalera; enderezóse y comenzó a trepar por las demás hasta que se hubo dado en la coronilla un coscorrón, levantó entonces la mano para examinar la índole de este obstáculo que le venía de arriba, y tocó una tabla que, cediendo a leve presión, comenzó a levantarse: era la trampa de la bodega, que estaba abierta. Terrible tentación se le ofrecía: ¿cómo tener la cal-

ma heroica de no acabar de levantar la trampa y sacar el cuello para explorar el campo? Pero ¿y si en el momento de asomar la cabeza le ve alguna persona que grite, o algún gato que bufe, o algún perro que ladre, y acude gente y le sacan amarrado por la cabeza?

Lo mejor era ir levantando poco a poco y con cautela la trampa; si había moros en la costa, agacharse y vuelta a la cueva; si no, salir resueltamente y probar fortuna.

Dicho y hecho: comenzó por facilitarse un resquicio adonde aplicar el ojo y el oído; aplicólos, y hallóse con silencio y obscuridad absoluta; sacó entonces todo el cuello, luego todo el cuerpo, y tomando antes las precauciones de dejar la trampa abierta, emprendió nuevas exploraciones. Con cada una de sus manos, que llevaba echadas por delante, como todo el que camina a oscuras, tocaba una pared, de donde infirió que se hallaba en un pasillo; andando, andando, llegó a una habitación igualmente a oscuras, mas no ya tan silenciosa, pues de la contigua llegaba un rumor confuso de voces, gritos, canciones y juramentos.

Arrimóse con pasito de lobo a la puerta por donde penetraba este rumor, y atisbando por el ojo de la llave vió lo bastante para que, junto con lo que oía, le hiciese comprender que se hallaba en la trastienda de un indecente tabernucho, ocupado a la sazón por varios patriotas rebosando de vino y de entusiasmo terrorista. Ocurrióle la atrevida idea de entrar súbitamente, pedir un trago, echar un par de *vivas* y largarse por la puerta de la calle; pero mejor mirado el asunto, vió que entre aquellos patriotas estaban los de la patrulla, y no quiso hacer la locura de exponerse a ser conocido, como lo habría sido indudablemente por ellos.

Como no cesaba de mirar por la cerradura, vió a muy poco tiempo llegar una mujer en dirección de la puerta, y con manifiesta intención de entrar donde él estaba; enderezóse, por tanto, más que de prisa, y por el mismo camino que había ido, se volvió a buscar la trampa de la bodega. Desgraciadamente en esta retirada había tropezado con unas vasijas de latón que había en la entrada del pasillo, las cuales rodando por el suelo, causaron un estrépito cual si la casa se viniese abajo. Fortuna para él que tuvo tiempo y tino para zambullirse debajo de la trampa antes que le sorprendieran, pues de lo contrario no habrían dejado de aplicarle la corrección fraterna que la susodicha mujer quería aplicar al gato, diciendo:

—¡Condenado micho! Ya me has tirado dos veces esta noche las vasijas; por vida de la guillotina, que si te llevo a coger te estrello como a un aristócrata.

En otra ocasión Héctor, que era mozo jovial, habría respondido:

—Gracias por el gato y por mí.

Pero el momento no era para fiestas; harto tenía que hacer el joven con buscar a tientas un escondite seguro. Parecióle el mejor escondite tras el ánima panzuda de una enorme pipa; y allí, acomodándose sobre un rueda de corcho, se entregó a sus imaginaciones, pensando en su tía y en Matilde, en si el billete que les había escrito les habría llegado a tiempo, y en si le habrían tenido para refugiarse en la huerta de Roque. Recordó también la expresión de odio feroz que había visto en el rostro del ex conde, y con amargura comprendía que si este sañudo enemigo llegaba a apoderarse de la pobre anciana la haría infaliblemente morir ignorada en un oscuro calabozo y sin que nadie la di-

rigiese una palabra de esperanza o de consuelo; pero si esta idea llenaba de amargura el corazón del joven, la de que Matilde cayese también en poder de aquel renegado le hacía hervir la sangre en las venas. Tan hermosa, tan joven, tan buena... ¡Oh! Dios le guarde a su hermano para que pueda defenderla.

Así fueron pasando por la mente de Héctor las imágenes de todos los seres que amaba, cual si, aprovechando aquel primer instante de tregua que le daban sus perseguidores, quisiera dirigir a sus parientes y amigos una secreta despedida. Mas no por esto se crea que él perdía la esperanza de salvarse; entre otros recursos, ofrecíasele principalmente el de trepar como pudiese hasta la boca del respiradero por donde había entrado; pero para esto era menester luz, el alba todavía estaba lejos, y de un momento a otro podían cogerle en el garlito.

En esto último iba tan acertado, como que efectivamente, en el momento que lo estaba pensando sintió abrir la trampa, y luego vió proyectarse oblicuamente en la bodega la luz de una linterna pendiente del brazo de un hombre, con honores de oso, que bajaba la escalera seguido de un guardia nacional, con honores de mico.

En vista de tan importuna visita, el joven se encogió como un pulpo tras de la pipa, y hecho todo él ojos y oídos, dispúsose con ánimo alterado, sí, pero también con sereno corazón, a esperar su muerte en aquel crítico lance. Cuando los dos visitantes estuvieron ya en la bodega, dijo con voz aguardentosa el que llevaba la linterna:

—Pero, sargento, a ti se te ha subido el mosto a predicar. ¿Cómo diablos quieres que se **haya** colado por

aquí ese pajarraco que dices tú que se os ha escurrido en estos barrios? Aquí no hay un aristócrata en diez leguas a la redonda: todo el mundo sabe que donde está el ciudadano Vinot, hasta las piedras echan patriotismo.

—Ya lo sé, ciudadano; por eso no sospecho yo de ti... Pero ¿qué quieres que se haya hecho de ese brujo? Ya hemos huroneado todo el barrio por dentro y por fuera, y no vemos que nuestro hombre se pueda haber escurrido más que por el respiradero de tu bodega.

—¿Por el respiradero? ¡Pues ni que fuera un lagarto!... ¡Ca! ¡Si no cabe por el agujero un brazo, cuanto más un hombre!... Y luego que está a siete varas del piso... ¡Menudo porrazo se habría dado!... ¡Para romperse la crisma no necesitaba más!... Pero, nada; tú busca busca: no vayas a creer que yo tengo interés en que ese canalla escurra el bulto...

—Ni por pienso, ciudadano Vinot: no tengo la menor sospecha de ti... pero yo necesito cumplir con mi cargo... ¡En buenos tiempos estamos para que uno se descuide! Tan luego como supieran que me había dejado una sola piedra por mover, eran capaces de tenerme por vendido a esos perros aristócratas...

—¡Ya!... Pero a lo imposible nadie está obligado. Con todo, registremos, enhorabuena, hasta el último rincón. Tú verás que ni aquí ni en cien leguas alrededor hay nada que huelga a aristócrata. ¡Por vida de la guillotina! Si alguno se hubiera atrevido a penetrar, yo sería el primero que le levantase la tapa de los sesos...

Oyendo Héctor, como oía, embutido en su escondite, toda esta conversación, y viendo, como veía, con el rabo del ojo, a los dos patriotas huroneando en toda

la bodega sin dejar hueco que no explorasen, júzguese si el pobre mozo tendría corto el resuello. Todo se le volvía encogerse y más encogerse: hubiera querido en aquel instante ser culebra o pulpo; pero por más que se encogía no hallaba hueco donde sepultar la maldita punta de uno de sus pies que, en cualquier posición que se colocase, asomaba siempre por algún lado. Cada momento que pasaba en esta angustia se le hacía un siglo. ¿Verán o no verán esa punta del pie? ¿Registrarán todo el contorno de aquella pipa, o pasarán de largo? Lugar había para no perder toda esperanza, porque los dos demócratas no parecían tan absolutamente ocupados en su registro que no hiciesen de cuando en cuando algunas digresiones.

—¿Sabes, ciudadano Vinot—decía el sargento dirigiendo miradas amorosas a las pipas—, que tienes una bodega de primer orden? Si no temiera yo ofenderte, diría que es digna del más encopetado aristócrata.

—Para los aristócratas—respondió el tabernero—no hay aquí más que rejalgar; ahora, para los buenos patriotas, es muy distinto... Mira, mira, aquí tienes Borgoña de primera calidad; esas botellas que ves ahí abajo son Champagne puro; aquellos toneles del rincón son de Burdeos, del mejor embocado...

—¡Gran biblioteca!—repuso el sargento relamiéndose—. ¿Y aquella otra pipa tan panzuda que está allí?

El sargento preguntaba por la misma pipa detrás de la cual estaba escondido Héctor.

—¿Aquella pipa?—dijo el tabernero guiñando ambos ojos—; es la perla de la bodega: Jerez legítimo, y del más añejo. Tú sabes que en materia de vinos, los españoles, y en primer lugar, el Jerez...

—¡Hola! ¿Jerez? Es lástima que se dé ese néctar en

una tierra tan esclava de la superstición. ¡Condenados! Han de darnos mucho que sentir los tales españoles. Por más que la República hace para civilizarlos, ellos, nada: no hay quien los arranque del cuerpo ese cariño que tienen a los curas y a su Rey...

—Ten cachaza, ciudadano sargento, que todo se andará. No nos faltan por allí amigos que nos ayuden. Ya has visto cómo años atrás logramos echar de toda España a los Jesuitas. Este fué un gran golpe: yo oí decir el otro día al comandante de mi batallón, que por cierto es un horabre que lo entiende y ha estado en España muchos años, pues le oí decir que, desde la expulsión de esos seides de la tiranía, está hecho ya lo más para acabar con los curas y con los tronos, y que no pasarán muchos años sin que también allí manden los libres...

—¡Hum!—repuso el sargento meneando la cabeza—, pues mucho ha de haber que trabajar, porque nuestros vecinos son tozudos como ellos solos.

—Es cuestión de tiempo; si no se puede hacer la cosa este año, se hará al que viene. Entretanto, ¿no quieres beberte una copita a la salud de la República?

—De manera que, si te empeñas... A tanto porfiar, ¿quién se ha de resistir?

—Pues toma, y después que lo hayas catado, me dirás si es o no Jerez del más puro.

—Venga—exclamó el ciudadano sargento con su copa en la mano—. ¡Brindo por el exterminio de todos los aristócratas! ¡Viva la República! ¡Salud y fraternidad!

Mientras el tabernero sacaba la copa, que el sargento se echó de un sorbo al colete, había puesto la linterna sobre la pipa, colocándola de manera que su re-

verbero, proyectando una irradiación circular, iluminaba en parte un hombro de Héctor, haciendo dibujarse su sombra en la pared. ¡Maldito Jerez! Con una ojeada que por casualidad echase cualquiera de los republicanos al pequeño hueco donde el pobre joven estaba prensado y sin respirar siquiera, no podían por menos de ver la curva del hombro, que rebasaba la de la pipa, sin haber manera de que se encogiese más que ya lo estaba. A todo esto, el ciudadano tabernero había comenzado a trincar, juntamente con el ciudadano sargento, y copa va y copa viene, llevaban trazas de estarse allí hasta la consumación de los siglos, trincando y brindando por la salud de la República y por la muerte de todos los aristócratas pasados, presentes y futuros.

Entre tanto, la maldita lámpara seguía puesta encima de la pipa, y el desdichado joven, hecho un ovillo, cada vez más encogido y prensado, comenzaba a tener sudores de muerte y a sentirse tan desfallecido de angustia y opresión, que a cada instante veía llegar para él la necesidad absoluta de cambiar de posición o de gritar, cosas que igualmente le habrían hecho caer en las garras de los dos bebedores.

Afortunadamente, éstos seguían tan engolfados en sus trinques y en sus disertaciones patrióticas, que ninguno de los dos había echado de ver una novedad que ocurría en aquel instante, y que, en cambio, había sido prontamente advertida por la perspicacia de Héctor. Y era que por el respiradero de la bodega había comenzado a penetrar el rumor vago y confuso de aquella *demonstración* popular que tan asustadas había puesto a la Condesa y a Matilde a poco de haber llegado a la huerta del tío Roque. En efecto: breves

instantes después oíase en lo alto de la escalera de la bodega una voz que gritaba:

—Sargento, ya está armada la jarana: la Asamblea se ha reunido, y los muchachos han empezado su *demonstración*.

En pos de este grito de alarma oyó Héctor los pasos de varias personas que bajaban la escalera, y que efectivamente eran nada menos que todos los guardias nacionales de la patrulla. Si el joven había temido hasta entonces, y con razón, ser descubierto, júzguese si le sobraba motivo para no temerlo mucho más desde que la bodega había sido invadida por tanta gente, ya tan exaltada por el vino que habían trasegado, y más aún por aquella fiesta democrática que a la sazón les prometía tan magnífica dosis de jolgorio revolucionario. Héctor se estremeció a la idea de que estas furias le sacasen de su escondite pinchado en las bayonetas.

En cuanto el tabernero comprendió la causa de esta irrupción de vándalos en la bodega, temió por la suerte de sus pipas; pero haciendo de la necesidad virtud, no sólo ocultó el justísimo recelo de ver en aquella hora misma su hacienda entera trasladada a los voraces estómagos de los patriotas, sino que llenando una copa y levantándola en alto, prorrumpió en este soberbio arranque de oratoria democrática:

—Ea, muchachos, la patria nos llama: sin duda es llegado ya el momento de pedir la cabeza de Capeto y de la Austriaca. Preparad los pulmones y los fusiles: al que no quiera sangre, le daremos plomo en la mollera. En tanto y mientras, a ver si me dejáis hueca el ánima de una de estas pipas, la que más os guste,

Conque al avío, vaso en mano, y remojarse bien el gaznate...

Figúrese el lector si los patriotas se harían de rogar. Pero ¿cuál de las pipas iban a escoger para sus libaciones? ¿Les tentaría el perfume del Jerez? Esto es lo que en el instante se preguntó Héctor a sí mismo. Sacóle de esta perplejidad el tabernero, que, con intención sin duda al menos, ya que tenía que sacrificar una pipa, no fuese la de más precio, se había adelantado a soltar la espita de un tonel de Frontignan.

Lanzáronse los patriotas, como gato a bofes, a recoger cada cual en su vaso el chorro de mosto que el tonel les enviaba, y con tanto fervor se dieron a menudear los tragos, que ni aun fué poderoso para arrancarles de esta democrática tarea el estrépito de carreras y gritos que ya crujía en la calle, haciendo retemblar la techumbre de la bodega, y que era producido por los grupos de patriotas arremolinados ya en aquel barrio pidiendo la cabeza de Capeto y de la Austriaca con desaforadas aclamaciones. Verdaderamente, al verse Héctor embutido en aquel cepo, dentro de aquella cueva iluminada por la rojiza y ya no muy segura luz de la linterna, oyendo aquellos gritos de la calle y de la bodega, mirando rostros incendiados de vino y de furor sanguinario, pudo creerse juguete de una infernal pesadilla; pero su situación era demasiado violenta para que pudiera ocultársele la realidad. ¿Qué término iba a tener para él aquella crisis?

Sentíase ya morir de sofocación y de dolor en todos sus miembros encogidos, y estaba ya decidido a salir del cepo, costárale lo que le costase, cuando le contuvo la súbita presión de una mano tirándole fuertemente de la punta del pie que, como sabemos, no había po-

dido esconder del todo. Juzgándose entonces perdido sin remedio, hizo un movimiento para sacar la cabeza y entregarse ya sin más espera en manos de sus enemigos; pero en aquel instante oyó una voz que le decía muy bajito:

—Aguántate.

La sangre corrió con nueva agitación en las venas del joven. ¿Qué quería decirle esa voz misteriosa? ¿Era de un amigo? ¿Era de un enemigo que quería burlarse de su angustia? Imposible saberlo con certidumbre, tanto más, cuanto que el mismo personaje, volviendo súbitamente la espalda al escondite del joven y encarándose con el tabernero, le dijo entono amenazador:

—Oye, ciudadano Vinot: el aristócrata está aquí; tú le has ocultado en alguno de estos toneles...

El tabernero, al oír tan inesperado apóstrofe, palideció, tembló y rugió a un tiempo mismo; si no se hubiera hallado rodeado de tantos guardias, de seguro se arroja sobre el interpelante y le ahoga entre sus manos; pero conteniendo prudentemente la ira pintada en su rostro y en la convulsión de todos sus miembros, limitóse a responder:

—Eso es acusarme de traidor, y al ciudadano Vinot nadie le echaría en cara semejante nota sin perder el pellejo. Pero luego ajustaremos estas cuentas. Por ahora, lo primero es que yo quede como corresponde. A ver si registráis tonel por tonel...

—Te digo que está aquí el aristócrata—repuso el guardia nacional—; le he visto yo mismo, con mis propios ojos, entrar por el respiradero de la bodega...

—Pues dejémonos de más contestaciones, y a buscar.

Juntando el tabernero la obra con la palabra, diri-

gióse a levantar la tapa del tonel que tenía más a mano, mientras los guardias nacionales se derramaban cada cual por un lado de la bodega con el fin de hacerlo propio. El pobre prisionero no podía escapar de estas pesquisas. Ya veía acercarse a su escondite un grupo de tres de aquellos energúmenos, cuando de pronto sintió caer al suelo la linterna, que continuaba puesta sobre el lomo de la pipa donde la había colocado el tabernero, hacerse añicos los vidrios y apagarse, dejando la bodega en completa obscuridad. En seguida, y mientras los guardias y el tabernero comenzaban un nuevo y espantoso concierto de blasfemias y amenazas, sintió Héctor que otra vez le tiraban con más fuerza de la punta del pie, y volvió a oír la misma voz que le decía:

—Levantaos y seguidme, cogido a mi carmañola.

Vaciló el joven un instante, dudando si era aquello un nuevo lazo que se le tendía o un inopinado auxilio que se le deparaba; pero en breve le tranquilizó esta reflexión tan obvia: si el que así le hablaba era un enemigo, ¿quién le quitaba el haberle descubierto y entregado inmediatamente? Y además, aquella linterna caída y rota tan a tiempo, ¿no era una caritativa maniobra para salvarle a favor de la obscuridad?

Levantóse, pues, en efecto, el joven, cogióse de la ropa de su misterioso guía, y le siguió sin otra pregunta ni más examen.

En esto se oyeron distintas voces que desde la calle y en el interior de la casa gritaban con destemplado furor:

—¡Vamos, vamos! Que ya está reunida la Asamblea. Aprisa. ¡No hay momento que perder!...

Los demócratas de la bodega, excitados por este

clamoroso llamamiento, precipitáronse apelotonados en dirección de la escalera, y a tientas, tropezando y cayendo, comenzaron a subir los peldaños sin cesar de gritar:

—¡Viva la República! ¡Muera Capeto! ¡Muera la Austriaca!

Héctor, advertido por una seña muda de su conductor, repetía con mayor ahinco estas mismas aclamaciones subiendo las escaleras confundido entre el pelotón de los demócratas, que conforme iban saliendo por la trampa, se dirigían como oleadas de un torrente a mezclarse con el gentío de la calle. Nuestro joven pensó que el plan de su conductor era llevarle también a confundirse con la apiñada masa de los revoltosos; pero pronto comprendió que se había equivocado cuando le sintió irse poco a poco quedando atrás, hasta el punto de que en breves instantes se hallaron solos los dos en un ángulo del pasillo que se encontraba al fin de la escalera.

Llegados aquí, oyó Héctor que su conductor le decía:

—Bajad la cabeza un poquito, y seguidme con cuidado, porque la escalera está muy mala.

En efecto: el joven conoció que iban bajando una gradería estrecha y retorcida, terminada la cual se hallaron en una pieza oscura, luego en otro pasillo, y después en otra escalerilla no menos estrecha y oscura, que los condujo, en fin, a una especie de sótano húmedo y sombrío.

—Gracias a Dios, hemos llegado—dijo entonces el desconocido—. Sentaos, caballero, y descansad un instante.

—¿Quién sois?—preguntó Héctor—. ¿Qué habitación es ésta?

—Es la vivienda de un pobre sastre, que es el que tiene el honor de hablaros.

—Amigo mío—repuso el joven tendiendo afectuosamente la mano al sastre—; por lo que veo, os debo la vida.

—Cabalmente—respondió el sastre—; dad gracias al cielo de que haya sido yo el único que os ha echado la vista encima, pues cualquiera de aquellos otros malditos que os hubiera atisbado, no os habría dejado escapar con tan buena fortuna.

—¡Oh! ¿Con qué podría yo pagaros, amigo mío?

—Por de pronto con que me hagáis el favor de sentaros un instante, y de disponer de mí y de esta choza como os plazca... Pobre soy, pero contad con cuanto pueda y valga...

—Gracias, amigo, gracias; por ahora no necesito más que libertad. El mayor favor que podéis hacerme es proporcionarme medios de salir de aquí.

—Todavía no es tiempo: es menester que tengáis un poco de paciencia; los canallas esos todavía continúan alborotando en la calle, y me temo mucho que, aun en medio de esa confusión, haya quien os siga tenazmente los pasos...

—Ya deben haberme perdido la pista enteramente.

—No lo aseguraría yo. El hombre que os persigue desea muy cordialmente, por lo que he podido juzgar, echaros la garra, sobre todo desde la tremenda soba que le habéis dado cuando cayó contra aquella esquina; yo le he oído ofrecer montes de oro al que os pesque...

—¿Vos se lo habéis oído?

—¡Como que soy de la patrulla que os ha venido persiguiendo!... Sin duda sois algún noble, y, según

aseguraba el susodicho, debéis ser pájaro de cuenta, nada menos que jefe de una conspiración contra la República...

—No pico tan alto, amigo mío—dijo Héctor sonriendo—; yo no soy más que un pobre diablo, sin más deseo que salir del mal paso en que estoy metido. Pero ¿a qué casualidad debo el honor de que me conozcáis?

—Esta es la primera vez que os veo en mi vida...

—Entonces, ¿qué causa os ha movido a exponeros así por salvarme?

—¿Qué causa? Es muy sencillo: que soy cristiano y realista como vos. Como a vos, la necesidad me obliga a hacer el papel de patriota y a vestirme la carmañola republicana; pero debajo de este disfraz llevo un corazón consagrado todo al Dios de nuestros padres y a nuestro infeliz Monarca. Cuando llega la ocasión, hago los servicios que puedo a nuestros correligionarios... Yo era, como os he dicho, de la patrulla que os sorprendió luchando con aquel republicano, el cual es, según parece, personaje importante de la revolución. Fuí también de los encargados de perseguiros, y ni un momento os he perdido de vista durante vuestra fuga; así es que os atisbé cuando os escurristeis por el respiradero de la bodega.

—Pues no habéis sido vos el único que me haya visto, porque el sargento debe haber tenido soplo, cuando con tanto empeño me ha buscado por toda esta casa.

—Por eso yo me apresuré a bajar también a la bodega, donde he podido dar aquel cachete a la linterna y hacer todo lo demás que habéis visto.

—Gracias otra vez, y mil veces, amigo mío... ¡Quiera Dios que llegue día en que pueda yo pagaros tan

gran servicio!... ¿Tenéis la bondad de decirme vuestro nombre?

—¿Mi nombre? ¿Qué os importa? Dad las gracias a Dios, que es el que salva y el que condena... No, y si no es por la jarana esta que se ha armado, no sé yo cómo me hubiera compuesto para sacaros de la ratonera...

—En verdad, amigo, que todavía no me he acordado de preguntaros por qué es todo ese estrépito tan repentino...

—¡Ah, caballero!—respondió el honrado sastre se-pultando la cabeza entre sus manos—. Es que han sa-lido para pedir la condenación de Luis XVI... A estas horas estarán ya sentenciando a nuestro infortunado Monarca...

—¡Dios mío!—exclamó Héctor con horror y amar-gura—. ¿Tendrán valor para condenarle?

—No lo dudéis, le condenarán. Esta demostración revolucionaria tiene por objeto intimidar a los dipu-tados...

—¡Malvados! ¡Infames!... ¡Oh! Dejadme salir. Quiero morir con mi Soberano. Dejadme salir...

—Todavía no, os repito; volveríamos a correr el mismo riesgo de que acabo de libraros. Estoy seguro. Creedme, no salgáis...

—¿Qué queréis decir, amigo mío? Explicaos.

—Cuando subíamos la escalera de la bodega, me pa-reció oír detrás de nosotros una palabra suelta que me hace recelar si habréis sido reconocido por algún otro más que yo. Apuesto cualquier cosa a que hay alguno espiando todas las salidas de esta casa. Ya os he dicho que no falta quien ha puesto a vuestra cabeza un pre-cio bastante a tentar la codicia de alguno de esos

patriotas... No salgáis, os lo ruego encarecidamente.

—Pero es que vos no sabéis, amigo mío... Tengo en otro lado a una persona, a varias personas que me son muy caras, y las cuales a estas horas se hallarán con mortal angustia por saber qué ha sido de mí. ¡Si al menos pudierais proporcionarme medios de mandarles alguna noticia mía!...

—No lo encuentro fácil. Todo esta noche en París es ojos y oídos. La policía está muy alerta, porque teme, ignoro si con razón o sin ella, que estalle una conspiración realista. Acaso este temor es fingido, y no tiene otro objeto sino tomarle por pretexto para apoderarse de ciertas personas. Ya veis, por consiguiente, que todo para vos ofrece peligros...

—Sea lo que quiera, me es imposible dejar a esas personas que os he dicho en la ansiedad que debe atormentarlas. Dejadme salir. Cueste lo que costare, es mi deber ir a tranquilizarlas...

—Enhorabuena, salid, ya que tenéis tanto empeño en ello. Pero pensad antes en que, si sois descubierto, comprometéis irremisiblemente a mí y a mi familia...

—¡Oh!... No lo quiera Dios: sería pagar bien malamente vuestra generosa conducta para conmigo. Pero creo que exageráis vuestro temor; aunque me descubriesen, ¿por qué habían de figurarse que salgo de vuestra habitación, y no de la de otro cualquier vecino de la casa?...

El sastre meneó tristemente la cabeza, y dijo con voz un tanto trémula, y con aire sombrío y misterioso:

—La punta de vuestro pie salía demasiado debajo de la pipa para que la haya visto yo sólo. Quisiera equivocarme; pero esa palabrilla suelta que os dije antes haber oído... A veces, una sola palabra dice mucho.

Y harto será que dentro de poco tiempo no venga alguna gente a registrar mi pobre cuarto. ¿Quién sabe?...

El aire y acento con que dijo estas palabras el sastre, conmovieron profundamente el corazón de Héctor, quien repuso:

—En ese caso, amigo mío, hay una razón más para que me dejéis salir; mi presencia en vuestra habitación sería, no ya un peligro, sino una perdición segura para vos...

—Os repito que es mayor el peligro de que salgáis. No tengo duda. Ese tunante estará ahí acechando en la esquina. ¡Y con esos ojos de lince que tiene el condenado! En fin, yo me entiendo...

Las palabras preñadas de misterio del sastre aumentaban la inquietud de Héctor, hasta el punto de hacerle ya echar de menos su escondite en la bodega. Atormentábase indeciblemente la idea del grave riesgo que parecía amenazar a su libertador; combinado este recelo con la incertidumbre de la suerte que hubieran corrido su tía, Matilde y Augusto, y con la ansiedad que estos seres amados tendrían por ignorar lo que de él hubiera sido, hallábase el joven en uno de esos instantes en que se prefiere a la duda la muerte misma.

—Decididamente—dijo después de reflexionar algunos momentos—, hay que hacer algo. Si os obstináis en creer que no debo salir, es preciso que yo pueda mandar un recado con alguna persona.

—Esperad—respondió el sastre, rascándose la oreja—. Acaso... Rosendita, hija, ¿estás por ahí?

En el acto se abrió la puerta de una pieza contigua, por donde salió una niña de doce años. El sastre preguntó entonces a Héctor:

—¿Adónde hay que ir, caballero, para dar vuestro recado?

—A la huerta de un buen hombre, que se llama Roque; allá en el extremo de París.

—Ya sé, ya sé—dijo el sastre con viveza—. ¡El tío Roque!... Le conozco mucho, y mi niña también. ¿Te acuerdas, hija?

—Sí, papá; aquel viejecito que me traía los melocotones.

—El mismo. Anda, ve y ponte el vestido de tu hermanita, como el otro día, ¿estás?... Anda corriendo. Y vos, caballero, escribid; pero no pongáis, por Dios, nombre ninguno, ni señas de calle ni de casa. Ya comprendéis; si se apoderaran de la niña...

—Perded cuidado, amigo mío; hartos os debo ya para no mirarme mucho antes de comprometeros.

De esta manera llegó a poder de las señoras el billete, escrito con lápiz, de que hablamos en el capítulo anterior.

Apenas la niña se había puesto en camino cuando se realizaron los temores del pobre sastre. Un golpe dado súbitamente en la puerta exterior del cuarto... Pero antes de saber qué golpe era éste, y quién le daba, tenemos que ir a ver lo que pasaba en otro lado y a otros personajes de nuestra historia.



CAPÍTULO XX

La taberna del "Buen Patriota".

MIENTRAS la estrepitosa *demonstración* de los terroristas bullangueros iba inundando toda la capital, en uno de sus barrios todavía no invadidos por la chusma vocinglera, y alrededor de una mugrienta mesa de la indecente taberna del *Buen Patriota*, estaban sentados el ex conde demócrata, o sea el ciudadano Escévola, inspector de las prisiones, y los dos marimachos que ya conocemos. El hábito de beber había dado ya a estos tres comensales un garguero de corcho y una cabeza de bronce; sobre todo, el ex conde era un trinchador de tal aguante, que nadie le había visto jamás borracho, aunque trasegase una pipa de aguardiente.

Los demás patriotas, agrupados en torno de las otras tres o cuatro mesas de la taberna, hablaban entre sí, pero tan bajito, que a la legua se hubiera conocido la poca confianza que se inspiraban mutuamente. Unos estaban vestidos con la *carmañola*; otros con trajes de menestrales de poco pelo, y algunos había cubiertos de

andrajos. Todos, sin embargo, bebían vino y aguardiente a más y mejor; de manera, que unos estaban ya borrachos perdidos, y otros a punto de estarlo. Y, sin embargo, no reinaba entre ellos aquella expansión locuaz y estrepitosa que suele verse entre bebedores ya cargados: tal y tan profunda era la aterradora expectativa que dominaba los ánimos de todos los parisienses en aquella noche de fúnebre memoria. Pero en la libertad, en el fervor con que apuraban todos vasija sobre vasija de aguardiente, veíase claro que algún oculto anfitrión pagaba el escote de la francachela.

Resto, sin duda, de los antiguos usos aristocráticos, había guardado el ex conde un aire altanero e imperioso que le hacía querer en todas partes levantar el gallo. Así que hubo entrado en la taberna, chocóle y disgustóle, al parecer, aquel silencio de cartujos que en ella reinaba, y cual si tuviera empeño en contrastarlo, comenzó a llamar a gritos al tabernero, mandándole que le llevara de lo más puro y añejo que tuviese para brindar por la degollación de todos los aristócratas, por la dichosa exaltación de *Santa Guillotina*, y, sobre todo, por la muerte de Capeto y de la Austriaca. Tirando en seguida sobre la mesa un puñado de monedas, dijo al tabernero, paseando su altiva y desdeñosa mirada por los demás bebedores:

—Ahí va eso, para que beban los muchachos; nadie paga esta noche más que yo... A ver si remojándose un poco el gznate con buen mosto, sueltan algo la sin hueso y no tienen ese aire de beatos cazurros. Gritad, malditos, ¡*Viva la República!*

Con gran sorpresa y redoblado disgusto de nuestro ex conde, sólo dos o tres bebedores respondieron a esta exclamación, bien que ninguno dejó de repetir sus liba-

ciones con el abundante líquido que les sirvió el tabernero a costa del pobre renegado. Viendo éste que ni su liberalidad ni sus excitaciones sacaban a aquella gente una sola palabra de su cuerpo, púsose a examinarlos uno por uno con tanta fijeza como desabrido talante. Llamóle principalmente la atención un joven vestido con su correspondiente carmañola, y el cual, sentado en la punta de una mesa, conversaba a media voz con otros tres o cuatro menestrales que bebían con él, y parecían oírle como a un oráculo. Entre estos oyentes del joven, que a juzgar por su delantal prendido de la cintura parecía menestral también como ellos, contábase un vejete macilento y mohino, a quien el joven consagraba especiales obsequios, ora invitándole a beber, ora bajándose a recoger su caja de rapé cuando se le caía, y dirigiéndole, al parecer, exclusivamente la palabra, aunque los demás del grupo estuviesen también atentos a cuanto le decía.

En este grupo se había fijado principalmente la exploradora mirada del ex conde, y acerca del mismo parecían versar las palabras que en voz baja dirigía al oído de las dos ninfas, sus comensales. Pasados algunos minutos en esta mímica y este cuchicheo, juzgó sin duda el ex conde ya oportuno ensanchar, digámoslo así, su base de operaciones; y al efecto, encarándose desde su mesa con el joven, le preguntó con cierta marcialidad provocativa:

—Oye, mocito, ¿a qué club perteneces tú? ¿Puede saberse?

Como el joven se hiciese el desentendido y siguiera hablando a su grupo con manifiesta intención de mostrar su desdén al preguntón impertinente, volvió éste a decirle con iracundo acento:

—¿No has oído, criaturita? Te he preguntado que a qué club perteneces.

—¿Te corre mucha prisa saberlo?—le replicó* el muchacho, mirándole con visible desprecio por sobre el hombro.

—Me corre prisa, niño...

—Pues a mí no me da la gana de decirlo, y echa por donde quieras... Se acabó la historia.

El vejete a quien el joven mostraba tantas deferencias guiñó el ojo y le dió un paternal pescozoncillo para aprobar su desparpajo y desenvoltura.

El ex conde entonces, levantándose de su asiento y acercándose al corro, púsose como en ademán resuelto delante del muchacho, y le dijo con desabrido tono de autoridad:

—Cuando te lo pregunto, es porque puedo preguntarlo, y tú tienes obligación de responderme.

—¿Por qué? ¿Nada más que porque tú lo dices?

—No, sino porque tengo autoridad para hacerlo.

—¿Autoridad? ¿Dónde está la prueba? ¿Quién me dice que no seas tú uno de tantos aristócratas como andan hoy disfrazados entre el pueblo, y que nos la vendas aquí echando de mandón para darnos la cambiada?

—Bueno, muchacho, ese lenguaje me gusta; se conoce que tienes bríos y que nadie te cogerá de sorpresa.

—Cabales, ciudadano. Y por eso te reclamo yo a ti ahora formalmente nos digas con qué autoridad vienes haciéndome esas preguntas. Porque te repito que estamos en tiempo de máscaras, y hay quien se pone la careta del celo patriótico para conspirar a mansalva contra la República. Conque... prontito, tú, que has venido aquí con esos humos de inquisidor, a ver si nos das cuenta de tu persona. ¿Quién eres tú?

Sin duda el ciudadano Escévola no había contado con que la criada se le volviese tan respondona, y hubo de juzgar grave su situación, pues que antes de responder a esta interpelación apremiante estuvo como consultando unos momentos con los dos marimachos, cuyos penetrantes ojos no habían cesado un punto de clavarse en el joven como para estudiar su fisonomía.

En aquel mismo instante comenzaron a oírse en la taberna los lejanos rumores de la *demonstración*, que ya venía invadiendo aquellos barrios. Con este motivo hubo una pausa general y silenciosa atención, después de la cual el ex conde, que sin duda había ya tomado su partido, volvióse a encarar con el joven y le dijo:

—Chicuelo, tu desvergüenza ha invertido aquí los papeles, y me constituyo en interpelado. Para que tú y todos los presentes sepáis quién soy yo, toma y lee, si sabes.

Diciendo esto, lanzó al pecho del joven un pliego, que éste ni siquiera pensó en desdoblar; antes bien, dejándolo caer al suelo, apartóle de sí con un puntapié sin dignarse ni aun mirar al ciudadano Escévola. Pero el vejete, que hemos dicho se hallaba en el grupo del joven, se apresuró a levantar el papel, y calándose los anteojos, púsose a deletrear en alta voz su contenido, que era el título de inspector de las cárceles de París, y la autorización consiguiente para perseguir sospechosos, firmada por Robespierre y por Saint-Just, es decir, por los dos hombres que a la sazón eran los verdaderos jefes de la República.

Esta manifestación hizo a todos los circunstantes mirar con especial atención al ex conde, como a quien aparecía revestido de facultades extraordinarias, y tan

absolutas que equivalían a un verdadero poder de vida y muerte.

El ciudadano inspector de cárceles, cuya vanidad estaba visiblemente lisonjeada con el efecto que había causado esta pública exhibición de su terrible autoridad, puso entonces una de sus manos sobre el hombro del joven, y le preguntó mirándole de hito en hito:

—Ahora que ya sabes quién soy yo y con qué facultades te pregunto, responde pronto y claro. ¿Quién eres tú?

El joven, por toda respuesta, sacó pausadamente otro papel del bolsillo interior de su carmañola, y tendiéndoselo con altivo gesto al ex conde, le dijo sin mirarle:

—Mi carta de civismo, firmada por Momoro, te responderá por mí; toma y lee, si quieres.

El ex conde abrió el papel y leyó: *Nicolás Desrues, presentado por el ciudadano Gregorio y el ciudadano Brisson.*

—Este documento es de fecha muy reciente, mocito—dijo el ex conde doblando el papel y devolviéndoselo al joven—. Me pareces patriota muy de nuevo cuño. Como no sepas dar mejor cuenta de tu persona, vamos a tener que hablar cuatro palabras los dos.

El joven tomó su papel, y sacando otro, que era una carta también de civismo firmada por Camilo Desmoulins y por Dantón, se lo entregó al ex conde, diciéndole:

—¿Sí? Pues a ver si este otro te llena las medidas.

—¡Ya! Esto es otra cosa—repuso el ex conde después de haber recorrido rápidamente el nuevo documento—. Ahora comprendo: te has pasado del Club de los Franciscanos al de los Jacobinos.

—Cabalmente. ¿Se te ofrece alguna otra explicación?

—No. Y en verdad has hecho bien en dar ésta, por

que luego que te he reconocido, recordé haberte visto en tiempos en los Franciscanos, y..., francamente, me chocaba el no haber vuelto a verte desde entonces.

Quedóse el inspector un rato mirando en silencio al joven, que sostuvo esta muda inquisición con sereno rostro y altanero continente, y volviéndose luego al vejete, le preguntó:

—Y tú, que pareces tan uña y carne con el ciudadano Nicolás, ¿quién eres?

—El ciudadano Gregorio, por mar y por tierra: maestro ebanista con tienda abierta en la calle de Saint-Avoye, número 15. ¿Hay algo que decir contra mí? Si hay aquí ni en todo París quien se compare conmigo en odio a los aristócratas, que alce el dedo. ¡El ciudadano Gregorio!... Le conocen en todos los clubs, y en todos es sabido que tiene tragadero para beberse la sangre de todos los realistas pasados, presentes y futuros.

Mientras el vejete hacía esta enumeración de sus timbres patrióticos, el ex conde se había vuelto a conversar con los dos marimachos. Entretanto, los circunstantes habían comenzado a levantarse y a asomarse a la puerta de la taberna para aguardar, sin duda, a los grupos de bullangueros que iban entrando por ambos lados de la calle, pues en aquel momento ya la *demonstración* inundaba toda la capital, cual si de cada piedra saliese un demócrata vocinglero. El joven Nicolás recogió su delantal, echóselo al hombro, y gritando *¡Viva la libertad!*, salió seguido de los pocos que estaban para tenerse de pie; pero en breve los mismos que más incapaces de todo movimiento parecían se lanzaron a la calle gritando y rugiendo en cuanto hubieron oído a un jayán descamisado, que con voz de trueno les dijo desde la puerta de la taberna:

—*Tres libras en buena moneda al que se una a la demostración hasta que sea de día.*

Centuplicado con esta mágica palabra el entusiasmo patriótico, atropelláronse todos los bebedores por ver quién salía primero, unos tropezando, otros cayendo, pero todos aullando con bestiales pulmones: ¡*Viva la República!* ¡*Viva Robespierre!* ¡*Muera Capeto!* Los mismos marimachos, compañeros del ciudadano Escévola, se apresuraron a sorberse el vaso de vino que cada cual tenía delante, se lanzaron por la puerta afuera, dejando dentro de la taberna únicamente al ex conde y al vejete ebanista.

—¿Cómo es eso, ciudadano Gregorio?—le preguntó el ex conde—. ¿No vas tú también a salvar la patria?

—Así me ayudaran las piernas, ciudadano inspector—le respondió el viejo—; pero cuando se tienen a cuestras los años que tengo yo ya, y cuando, por añadidura, se está tan mal comido y vestido como yo...

—Hombre, esa segunda sería, en todo caso, razón más para que te echaras a la calle. Ya has oído que el paseo se paga a tres libras por cabeza...

—Ya lo he oído—repuso el viejo con amargura—; pero mira, y dime si estoy para paseos con este atalaje.

Diciendo esto enseñaba sus pies desnudos, cubierto apenas el empeine con tapas que habían sido de zapatos cuando Dios quería, y sus piernas granujientas y abotargadas, medio envueltas en unos trapos de bayeta.

—Mira—repitió—, y dime si con este calzado y con los setenta y cuatro cumplidos que llevo ya sobre mí se puede estar toda una noche de invierno trotando por esos barrizales... ¡Figúrate tú si me estaría yo aquí mano sobre mano, a no ser por esto!... ¡Digo, tres libras... Apenas las gano yo con el trabajo de toda una semana.

—¡Pobre Gregorio! Mal te ha tratado la suerte. Ven a echar un trago conmigo... Si hubiera yo sospechado que tan apurado estabas...

—No lo sabes tú bien, ciudadano. A no ser por Nicolasillo, mi pobre hermana y yo estaríamos ya en el hoyo. Pero gracias a ese muchacho no nos hemos tirado al río desesperados...

—¡Hola! Conque Nicolasillo te ayuda a vivir, ¿eh?

—¡Cómo que me ayuda! Si no fuera por él, te digo, ya nos habríamos muerto en un rincón. La República nos había prometido montes de oro, diciendo que con el despojo de los ricos íbamos a vivir los pobres como príncipes. Pero la verdad es que cada día estamos peor. Y luego, con esto de que uno es ya viejo, no le quieren en parte ninguna. Días atrás me habían ofrecido emplearme en el ramo de guillotinas; pero el hecho es que... nada... Siempre le salen a uno con que es muy viejo. ¡Maldita vejez! ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido con tanto atraso?

—¿Y Nicolasillo dices que es hoy el encargado de sostenerte?

—Cabal. Ahí me vino como caído de las nubes...

—¿Hace mucho que le conoces?

—No; un día se me entró por las puertas de casa, diciendo que quería trabajar conmigo en clase de oficial. Figúrate tú; yo al pronto pensé que se chanceaba; pero no, el pobre chico me tomó resueltamente por maestro; y hoy es el día que, a pesar de la miseria de mi casa, sigue con nosotros, dándonos el infeliz todo lo que gana.

—¿Y qué trabaja él en tu casa?

—Unas veces jaulas y otras ratoneras... ¡Conforme!... El no es ningún oficial de punta; pero, en fin, allá se ingenia como puede, porque tiene buena voluntad.

Cuando hay género que vender, sale a despacharlo, y con lo que saca de la venta y el jornalillo del club, siempre lleva a casa algo que... Si tú quisieras hacerme un favor, bien podías, ciudadano...

—Habla, Gregorio, ¿qué quieres?

—Que me emplearas ese chico en la fábrica de guillotinas. Es el único trabajo que promete.

—Con mucho gusto, amigo Gregorio, daré algunos pasos. Pero ya tú ves: las circunstancias son muy delicadas; es menester mirar muy mucho de quién uno se fía. ¡Hay tanto sospechoso! ¡Tanto aristócrata disfrazado!

—Lo que es Nicolasillo te respondo de que es de la flor y nata de los demócratas. Por la noche, al club; su carmañola siempre encima, y hablarle a él de un aristócrata es encenderle la sangre... ¡Ya, ya!... No tiene más que un defecto, sea dicho aquí entre los dos. Es la única cosa en que no estamos él y yo conformes. El quisiera que la República anduviese con paños calientes, y yo opino que mientras más prisa se dé a cortar cabezas de realistas, mejor andará la cosa. Pero quitando esto, te digo que Nicolasillo es todo un patriota de los de... ya.

—¿De dónde es? ¿No sabes?

—Me parece que es parisiense.

—¿Come todos los días en tu casa?

—¡Ca! ¡Todos los días!... Eso fuera bueno si todos los días hubiera en mi casa que comer; pero pasamos a veces las cuarenta y ocho horas sin una mala corteza de pan. Solamente cuando hace alguna venta regular de jaulas o de ratoneras, o cuando le pagan algo más una sesión del club, suele llevarnos un pedazo de fiambre y un trago, y entonces come con nosotros.

—¡Ya!... Pero dormirá en tu casa.

—Menos todavía. ¡Como no se acostara en el santo suelo!... Figúrate tú. Yo paso la noche tendido en un mal banco, y la pobre de mi vieja liada en una manta junto al fogón.

—Es decir, amigo Gregorio, que, en resumen, tú no sabes ni quién es tu oficial, ni en dónde come, ni en dónde duerme.

—¿Y a mí qué me importa nada de eso? El se porta bien conmigo y es buen patriota... Conque, basta.

—Corriente, corriente... Vamos, ciudadano Gregorio, tírate al colete ese otro vasito... ¡Ajajá!... Procura averiguarme con toda seguridad en dónde ha nacido tu oficial. Si me averiguas el número de la casa, te lo agradecería... Ya ves, yo soy un empleado de policía; tengo sobre mí un cargo muy grave y necesito cumplirlo a satisfacción de los buenos patriotas. Conque... buenas noches, amigo Gregorio. No dejes de venir por aquí de cuando en cuando; echaremos un traguillo juntos. Hasta más ver.

Quedóse el tío Gregorio en la taberna; y mientras salía de ella su interlocutor, decía para sí el viejo:

—¿A qué vendrá este interrogatorio? ¿Qué tendrá que ver con el muchacho este podenco? ¿Sospechará que es algún aristócrata disfrazado?... No, pues aunque lo fuera, lo había yo de querer... ¡Si me lo colocara en el ramo de guillotinas!...

El ex conde, por su parte, cuando salía de la taberna, iba mordiendo los labios y murmurando:

—¡Hum! ¡Hum! El oficialito éste me da en qué pensar... Ellos irán cayendo..., irán cayendo.



CAPITULO XXI

La canción de la golondrina.



NA hora después del amanecer del siguiente día, y cuando ya se percibían apenas los últimos rumores de la nocturna bullanga, estaban el ciudadano Masson y su hijo mayor en la portería del almacén de la calle de Saint-Avoye, habilitado para cárcel y conocido ya de nuestros lectores. El carcelero, paseando y parándose alternativamente, examinaba con grande atención un papel, mientras su hijo, sentado a una mesilla de pino, escribía lo que, al parecer, le iba dictando su padre.

—Vamos, chico, no te me distraigas—decía Masson al muchacho, que de cuando en cuando aplicaba el oído a los rumores de la capital—. Maldito, ¿no tienes bastante con haber estado gritando y corriendo toda la noche?...

—¡Si supieras qué magnífica ha estado la *demonstración!*—respondía el muchacho, como quien se goza en dulce recuerdo—. Desde las degollinas de septiembre acá

no se había vuelto a ver una cosa como ésa... ¡Qué entusiasmo! ¡Qué cantares! ¡Qué aclamaciones!... Estoy seguro de que los diputados habrán recetado a Capeto la correspondiente ración de guillotina. ¿Quieres que vaya en un instante al club de los Jacobinos para enterarme de lo que haya pasado?...

—No; lo primero es lo primero. Dentro de un rato vendrá el inspector, y hay que tenerle corriente la lista de los presos. Ya sabes cuánto nos ha encargado anoche redoblar nuestra vigilancia. Parece que se teme un complot realista y que entre nuestros presos se cuenten algunos de sus jefes principales, sobre todo ese famoso marqués de Reyre. También se me ha prevenido que es posible que ataquen la prisión. Y a propósito: ¿están corrientes las pistolas? Y los fusiles, ¿están cargados?

—Sí, padre; tenemos catorce tiros disponibles.

—Bueno, bueno. Pues vamos a acabar la lista, no sea que si no está pronta cuando nos la pidan vayan a creer que falta algún preso y a sospechar que le hemos dado larga. En estos tiempos se desconfía de todo el mundo, y serían capaces de figurarse que nos habíamos dejado ganar por dinero.

—No ha faltado quien lo intente, padre; y otro que no fueras tú quizá se habría ablandado.

—Más bajito, no me acomoda que de eso se hable así, tan al descubierto.

—¿A ti que te importa? Tú no te has de dejar romper.

—Hombre, escucha, quiero consultarte sobre el particular. Efectivamente, aquí han estado a decirme que, si consiento en hacer la vista gorda, me darían lo bastante para no necesitar ya más este perro oficio y poderme retirar al extranjero para vivir como un potentado.

Pero yo he hecho como quien no se deja tentar. Hay que ser virtuoso e incorruptible. Esto, al menos, dice Robespierre. Sólo que yo he dado en creer que la cosa vale la pena de pensarlo mejor. ¿A ti, qué te parece?

—Me parece, padre, que lo primero es ser buen republicano, y que al aristócrata hay que deshacerlo. La patria lo exige.

—Sí, sí, esa es también mi opinión. La patria; por supuesto... Pero también esto de servir a la República por poco más que nada; esto de vivir siempre con la muerte al ojo y sepultado en vida, como está uno viviendo en este endiablado cargo, y todo ello por una friolera que le dan a uno...

—Verdad es que el sueldo no es para echar coche, padre; pero ello, al fin y al cabo, o somos patriotas o no somos. Tú eres el primero en decirlo muchas veces, y en el club tampoco se nos predica otra cosa.

—En el club no te diré que no; pero no hay que tomar esos principios tan al pie de la letra. Patriota hay en ese París que todo el día se está sacrificando por la República... con la lengua; pero que por bajo de cuerda maldito si hacen ascos al dinero de los aristócratas. Pudiera citarte muchos de esos patriotas. Ahí tienes, sin ir más lejos, a Chabot, a Razire, a Canier y otros muchos.

—¡Chabot! ¡Canier! ¡Bah! Imposible, padre. ¡Pues si les he oído yo tronar en el club contra los que se dejan corromper!

—Tronar, no te digo que no; yo también trueno, y tronaré siempre que venga a cuento; pero esto no quita el que uno trate de ingenjarse para vivir; pues, al cabo, con patriotismo solo, ni se come ni se cena.

—Padre, a un verdadero patriota le basta un pedazo de pan.

—¡Ya! Pero si se le puede juntar una tajadilla de carne...

—De eso cuidará la República: ella ha prometido amparo y ayuda a todos sus hijos, y ya verás, cuando se haya cortado la cabeza a todos esos canallas de aristócratas, cómo sus bienes se convierten en patrimonio de la nación, o, por mejor decir, en patrimonio de los pobres.

—Lo que sucederá con esos bienes, chicuelo, es que pasarán a manos de los más listos, y el pobre seguirá siendo tan pobre o más que antes. Cuando hayamos acabado con los aristócratas de sangre, vendrán los de dinero, y francamente no me pesaría pertenecer a esta segunda clase. Tú mismo, confíesame que no te vendría mal trocar este sepulcro por un palacio, y hacer de señorito...

—¡Yo! Ni por pienso... Pero, en fin, padre, no quiero disputar más contigo. Compóntelas allá como quieras; en cuanto a mí, el aristócrata y yo somos el perro y el gato.

—Hombre, no seas tan extremoso: todo puede conciliarse; bien puede uno servir a la patria sin descuidar el propio interés.

Al decir esto, el carcelero clavaba sus ojos rápidos y relucientes en su hijo, y le sonreía con una risa capaz de hacer saltar de gusto al infierno.

—No comprendo lo que quieres decir—le respondió el muchacho, adivinando que había segunda intención en las palabras sinuosas y en el gesto maligno de su padre.

—Es muy fácil de entender—repuso éste—. ¿No has

visto lo que el gato hace con el ratón cuando lo coge y lo suelta luego para volverlo a coger?... Pues aplica el ejemplo.

—¡Ah! Ya estoy; tu plan es dejarte ablandar para dar larga a un preso, y cuando esté ya en la calle, tomar tus precauciones para que le echen la garra otra vez...

—¡Ajajá! ¡Qué talento tienes!...

—Pero ¿cómo piensas componerte para esa maniobra? Porque tú sabes que nosotros tenemos nuestros presos muy contados y recontados, y en cuanto vieran que faltaba uno en la lista, se descubriría el pastel...

—Ahora estás torpe, muchacho. Pues qué, ¿no hay más que una lista de presos en el mundo?... Se hacen dos o tres distintas, y en la que conviene se suprime el nombre del preso que mejor quiera pagar su libertad.

—¿Quién anda torpe eres tú, padre. ¿Cómo has de hacer eso, si sabes que la lista está firmada por el inspector?

—¡Cuando digo yo que eres un inocente, chiquillo!... El ciudadano inspector firmará todas las listas que sean menester.

—¡Ah, ya!... ¿Entra él también en el enjuague?

—La acertaste. El amigo Escévola es otro incorruptible... de los incorruptibles de estos tiempos.

—¿El ciudadano Escévola?... ¡Quién lo hubiera dicho!...

—¡Ahí verás tú!

Mientras hijo y padre continuaban en voz baja esta interesante lección de incorruptibilidad carcelaria y patriótica, llamaba a la puerta y entraba en las habitaciones del piso inmediatamente superior a la portería, en el cual moraba ordinariamente la carcelera, un joven

provisto de tenazas, martillo, sierra y demás útiles de carpintero.

—Perdona, ciudadana, si acudo a tu cita antes de la hora—dijo el joven a la mujer, luego que hubo entrado—; pero hoy hay mucho que hacer por ahí fuera, y... ya sabes, la patria, lo primero.

—¡Qué! ¿Se va a repetir hoy la *demonstración* de la noche pasada?

—Puede ser. Lo que abunda, no daña, como dice el refrán.

—¿De veras? ¿Será cosa que no haya bastado para decidir a la Asamblea el estrépito de esta noche? Pues por Santa Guillotina que si la cabeza de Capeto resiste a esta prueba, preciso es confesar que la tiene de hierro colado...

—De todo puede haber, ciudadana. Pero entre tanto, el oficio está parado, y no se da golpe para ganar un mal pedazo de pan. ¿Cuánto te parece que he vendido desde que estuve aquí la última vez?

—¿Tres docenas de ratoneras?

—Ni una. Y el pobre tío Gregorio ladrando de hambre... Si no fuera por algunos ahorrillos que he guardado, el infeliz, y lo mismo su hermana, habrían espichado ya.

—Haces bien en mirar por esos pobres viejos.

—Mientras yo tenga, nada les faltará; pero, ciudadana, mis ahorros pronto se consumen, y como tu marido no me cumpla su promesa de darme trabajo en el almacén, no sé yo lo que va a ser de los viejos ni de mí... ¿Has hablado ya con tu marido?

—Sí, le he hablado: ya sabes que me intereso por ti; pero él anda reacio, porque cada día le encargan mayor vigilancia... Digo, y ahora que, según parece, está

Paris lleno de aristócratas disfrazados con propósito de armar una jarana...

—¿Para qué?

—¡Toma! ¿Para qué ha de ser? Para salvar a Capeto y dar suelta a los presos... ¿No lo has oído tú en el club? ¿O has dejado de ir?

—¿Dejarlo yo? Voy todos los días; pero no me creo todo lo que allí se dice... Si fuera uno a hacer caso de tanta paparrucha como por ahí corre... ¡Bonita es la policía para que a ella se le hubiera escapado el menor asomo de complot contra la República!... Pero, en fin, por si acaso anda algo, vamos a ver si despachamos con ese postigo, que en seguida me largo corriendo a ver qué se dice hoy...

El lector recordará que en la compostura de este dichoso postigo tenía el joven puesta toda su esperanza de ver a su padre y de poderse comunicar con él. La promesa que el carcelero le había hecho de darle trabajo en el interior del almacén se iba dilatando indefinidamente; la situación política era cada vez más tirante, y Augusto se abrasaba de impaciencia. A fuerza de visitas y diálogos con la carcelera había logrado inspirarle bastante confianza, y para el día mismo cuyos sucesos vamos contando había obtenido de ella una cita para componer aquel postigo, que era ya el único punto de partida de todos los planes del joven.

—Vaya, pues ahí lo tienes—le dijo la carcelera, mostrándole un rincón en donde estaba arrimado el postigo—; despáchate.

El joven le tomó, empezó a darle vueltas, a examinar las hendiduras de la madera; sacó en seguida un pedazo de tabla que llevaba a prevención, y empezó a aserrar, cepillar, ajustar y clavar, todo ello con acom-

pañamiento de algunas estrofas de *La Carmañola* o de *La Marsellesa*, célebres canciones patrióticas de aquel tiempo, que Augusto tarareaba por lo bajo. Abrió en seguida la ventana en donde había de colocarse el postigo ya compuesto, y que, como el lector recordará, caía enfrente de la reja tras de cuyos hierros estaba encerrado el padre de nuestro mancebo.

Mientras tentaba los goznes para ver si estaban clavados en firme, dirigía sus ávidas miradas a esta reja, cuyos postigos interiores, por una feliz casualidad, estaban entreabiertos a la sazón; pero nada se veía ni se oía tras de la reja ni en todo el almacén; no parecía sino que la losa de plomo que oprimía el corazón de los infelices presos era aquel día más pesada que de ordinario. Sin duda habían llegado a sus oídos los siniestros rumores de la noche recién pasada, y sus almas, adivinando el objeto de este tumulto, se habían reconcentrado más tristes y abatidas que nunca.

En pos de la rápida ojeada con que Augusto penetró esta situación de los presos, volvióse a examinar lo que hacía la carcelera, y la vió toda ocupada en arreglar los trabajos del cuarto, en vestir a sus chicos, en pasar de una pieza a otra, y obrar, en fin, como si nadie estuviese allí con ella. Notó igualmente que en el patio reinaban silencio y soledad completa, pues sin duda los vecinos, que eran patriotas hasta más no poder, estaban descansando del terrible ejercicio que habían hecho durante la *demostración* de la noche. Sólo en la pequeña vivienda de Dubois se sentía un rumor cauteloso, como de quien, avisado por el mismo Augusto de lo que estaba pasando, se había puesto a atisbarle, no como enemigo que espía, sino como amigo que sigue con interés anhelante el suceso de la arriesgada aventura

emprendida por el joven. Augusto tosió, como para indicar al buen Dubois que había notado esta muestra de su amistosa solicitud.

Pero ¿cómo llamar ahora la atención del preso? ¿Qué hacer o qué decir para que tuviera algún indicio de lo que su hijo estaba meditando? Idea era ésta que previamente había tenido todo el día ocupada la inventiva de Augusto, cuando, consultando el caso con su hermana, le había dicho ésta:

—Hay un medio sencillo; ¿no dices que tú conociste a padre por la voz, oyéndole cantar? Pues canta tú también como él, y él te reconocerá del mismo modo.

—Tienes mil veces razón, hermana mía... Es particular que no me hubiera ocurrido un medio tan obvio. Pero, ¿y qué he de cantarle?

—Primero *La Marsellesa*... Esto es horrible, pero necesario; entónala con todos tus pulmones, con brío; que todos los demócratas del barrio sepan que es un republicano tremendo el que está componiendo el postigo...

—Sí, sí. ¿Y después?

—Después alguna canción de nuestro país. ¿No te acuerdas de aquella que le gustaba tanto a padre, y que, por lo mismo, estaba siempre cantando nuestra pobre madre?...

Los ojos de Matilde se inundaron de lágrimas.

—Sentados en sus rodillas aprendimos también los dos a cantarla... ¡Ah!... ¿La recuerdas?

—Sí, perfectamente, hermana mía. Oye... ¡Tra, la, la!

—Eso es, eso es. Pues bien; este recuerdo conmueve a nuestro padre como nos conmueve a nosotros, y,

naturalmente, escuchará con interés la voz del cantor, la reconocerá quizá, y tratará de verte...

—¿Y por qué ha de figurarse que es su hijo, y no otro cualquiera, el que canta esa canción?

—¡Oh! Es que tu voz para él no puede confundirse con otra... ¿Te acuerdas del placer con que te oía?...

—Bien; y aunque reconozca mi voz, aunque se acerque a la reja, y aunque logremos vernos, ¿cómo hemos de hablarnos? No podemos decirnos nada... ¡Dios mío! Ahora me aterra esta idea... ¡Verle y no poder hablarle!...

—¡Oh! Sí que podrás... Eso no es difícil...

—¿Cómo, hermana mía? ¿Cómo?

—Anda, toma la pluma...

—¿Para qué? No comprendo...

—¿Ya te has olvidado de cuando juntos componíamos aquellos versos, que nuestro buen padre capellán encontraba siempre admirables?

—¡Ah! Sí, entiendo... A ver, a ver, hermana: tú, que parece estás hoy de vena... A mí no se me ocurre nada..., nada...

Los dos hermanos se pusieron a componer versos con un ahinco como si en ello les fuera la vida; y juntando en uno sus esfuerzos de imaginación, sus escasos conocimientos poéticos, y, sobre todo, los afectos de sus almas, lograron al cabo hilvanar unas cuantas estrofas donde, en las menos palabras posibles, procuraron decir lo más substancial que les importaba.

Terminada su tarea, ensayan la música de aquella canción que habían recordado ser tan del gusto de su padre, aplicándola a los versos entre risas y llantos, con saltos de alegría y con suspiros de triteza.

Con esta humilde provisión poética había ido nuestro joven a tentar su aventura. Después de las primeras precauciones que hemos dicho, echó todo el cuerpo hasta la cintura fuera de la ventana, y armado de su martillo, comenzó a dar tremendos golpazos en los goznes y maderas, acompañándolos con una estrofa de *La Marsellesa*, cantada con voz resonante y acentuada, con todo el fervor del republicano más terne. Hizo en seguida una pausa, durante la cual, sin embargo, no cesó de dar martillazos, y después entonó con voz menos fuerte, pero mucho más suave, un canto melancólico de singular dulzura, que decía así:

Oye a la fiel golondrina,
de las flores mensajera.
Avecilla prisionera,
dame nido en tu mansión.
Oye el trino que a los aires
tímido mi pecho lanza.
Es el canto de esperanza
para alegrar tu prisión.

Al terminar esta estrofa, la voz de Augusto vibraba más trémula y melancólica que al principio. Con el rabo del ojo mirando a la reja, y con el oído atento al más leve rumor, espiaba anhelante el momento de cualquier señal que le indicase haber sido notado... Nada. Poniéndose entonces a horcajadas sobre el dintel de la ventana, volvió a dar martillazos más fuertes en el gozne de abajo, y luego, parando los golpes como para examinar si había quedado firme, cantó con acento igualmente penetrante esta segunda estrofa:

Avecilla prisionera,
¿es tu sombra la que miro
cruzar vaga en raudos giros
de tus hierros al través?

Mírame, soy el hijuelo
que dejaste en la enramada.
Tiende al aire tu mirada...
madre mía, ¿no me ves?

Al mediar esta estrofa habíale parecido sentir un rumor leve tras de la reja, y animado por la esperanza, aunque tan vaga era, que le daba esta incierta señal, cantó el segundo cuarteto con acento de tal modo penetrante y conmovido, que no había remedio, o la persona a quien se dirigía no le había oído, o si le había oído, no podía menos de comprenderlo.

En efecto: aun no estaba el joven en la última cadencia del penúltimo verso, cuando vió al través de la reja moverse un bulto, y hasta se le figuró haber claramente divisado el óvalo de un rostro humano. El corazón quería saltársele del pecho; temía no ser en breve dueño de sí mismo y gritar como un loco: "¡Padre, padre!" Pero calmóle su exaltación el aspecto súbito de la carcelera, que, atraída sin duda por la belleza del canto, se le había acercado, y le oía con la boca abierta; entonces, o con designio de hacerse de rogar por aquella mujer para que prosiguiese su canción, o por evitar que sospechase de él, púsose, no sin grande esfuerzo, a silbar la música de *La Marsellesa*.

En esto, uno de los chicos de la carcelera, que andaba enredando por el cuarto, hubo de romper un vaso, plato o botella, cuyo crujido, al caer en el suelo, hizo volverse hecha una fiera a la madre y emprender con el muchacho una magnífica repasata de puntapiés y mojicones. Augusto, aprovechando el intervalo de libertad que le proporcionaba esta distracción de la carcelera, cantó con voz llena, por decirlo así, de lágrimas, esta tercera estrofa:

Huérfana, triste y errante,
sólo verte es ya mi anhelo.
Cuando duermo, cuando velo
en mi mente fija estás.

No más sin consuelo llores,
avecilla prisionera...
oye a la fiel mensajera...
mañana libre serás.

Durante esta estrofa había visto el joven moverse incesantemente tras de la reja el bulto que antes había divisado. Su emoción era cada vez más fuerte; pero cuando le puso a riesgo de caer desmayado de la ventana abajo, fué cuando por entre las barras de la reja vió salir un brazo, luego otro y después agitarse ambos a un tiempo, cual si el que desde dentro los movía creyera que tenía palabras en las puntas de los dedos. No había duda ya: aquel bulto, aquellos brazos eran los de su padre, que le había reconocido, que le había estado oyendo. Apresuróse a bajar de la ventana, y dirigiéndose a la carcelera, que aun seguía regañando al chico después de haberle zurrado tan soberanamente la badana, le dijo:

—Ciudadana, ¿querrías hacerme el favor de darme un vaso de agua? Con este trajín se me ha puesto el garguero como yesca...

—Pues no se conoce, picaruelo—le respondió la carcelera—. ¡Vaya si cantas bien!... Te daré, no un vaso de agua, sino de vino, para que sigas cantando...

—Gracias, ciudadana... Me alegro que te haya gustado mi tonada...

—Es bonita de verdad. ¿En dónde has aprendido eso?

—Allá mi madre, cuando era niño, me lo enseñó... Pero, ¡ca!, eso no vale nada: lo bueno es *La Marse-*

lles... ¡Esta sí que es música!... Y, sobre todo, la letra... ¡Ah!... Escucha, escucha.

Y Augusto, cogiendo en la mano el vaso de vino que entre tanto le había dado la carcelera, entonó, sabe Dios sólo con cuánto esfuerzo y repugnancia, la estrofa más patriótica de aquel terrible canto, cuyas notas y versos parecen escritos con la sangre de las víctimas que tantas veces los oyeron al compás de sus últimos gemidos.

—Verdad es—exclamó entusiasmada la carcelera—. ¡Esa sí que es una canción!... Yo, cuando la oigo, quisiera ser hombre para tomar un fusil y marcharme a matar realistas... Pero, con todo, vamos..., la otra que tú cantabas es bonita también..., por otro estilo.

—Sí, ciudadana. Cuando me distraigo trabajando, suelo recordarla... ¡Ya tú ves! Al cabo, las tonadas que uno oye a su madre cuando niño no se le olvidan nunca... A los tres años la sabía yo ya como ahora, y me acuerdo que, siempre que veía venir a las golondrinas en los últimos días de abril, me ponía a cantarla con mi vocecita chillona...

—¡Ah! ¿Es una canción de las golondrinas?

—¿Pues no has oído la primera copla?

—Sí; pero no entendí la letra...

—Pues, deja; te la volveré a cantar.

El joven, en efecto, repitió la primera estrofa, procurando cantarla con tanta perfección cual si hubiera sido una *prima donna* delante de un príncipe. Conmovidamente como estaba, acertó a dar a su voz una dulzura tan penetrante, que, sin poderse valer, la arpía de la carcelera sintió humedecerse sus párpados, y exclamó, limpiándose las lágrimas con el delantal:

—Muy bonita, muy bonita... Me has hecho llorar como si fuera en la tragedia del teatro... Anda, vuelve a cantarme las otras coplas. Lo haces como un ruiñeñor.

—Ya, ciudadana. Pero entre tanto, el postigo no se pone, y el tiempo se va pasando...

—Pues súbete otra vez a la ventana, y puedes ir trabajando y cantando...

Satisfecho el pobre joven de ver a la carcelera tan lejos de toda suspicacia, procuró aparecer indiferente y sereno; y subiéndose otra vez a la ventana, cantó:

De tus tres hijuelos caros,
uno vaga en el Oriente,
otro voló al Occidente,
y el tercero anida aquí.

—¡Ah!—dijo la carcelera interrumpiendo el canto—. Ya entiendo: eso quiere decir que de los tres hijuelos de la golondrina, uno se ha quedado allá en su tierra, otro ha muerto y otro está en París.

—¡Cabalmente, ciudadana! ¡Vaya si lo has entendido bien! Escucha, escucha ahora el fin de la copla:

Aquí anida el pequeñuelo,
y en silencio triste llora,
mientras llega, en fin, la hora
de anidarse junto a ti.

—¡Pobre pajarillo! ¡Es que interesa como si fuera una persona! Me has de dar escrita tu canción, ¿eh?

—Cuando quieras, ciudadana... Ya están los goznes corrientes: vamos a ver si encaja bien el postigo... ¡Ajajá! Deja, que voy a dar un pasavolante con el cepillo a este listón, y creo que con eso quedará ya bien seguro... Mira, ciudadana: no se te olvide decir a tu

marido que me dé trabajo en el almacén... Tengo todavía dos o tres tonadas que cantarte, más bonitas que la de la golondrina.

—Verdaderamente, Nicolasillo, no deja de hacer falta alguna obra por ahí dentro: los malditos ratones han dado en roer el entarimado y los tabiques, y no será extraño que los presos puedan comunicarse unos con otros... Mi marido se lo ha dicho ya al inspector, y le ha pedido permiso para darte trabajo; pero, ¿sabes lo que le han respondido? Que los presos están bien acondicionados, y que lo que hay que hacer es tener más cuidado con ellos... ¡Mira tú qué salida de pie de banco!

—Yo, ciudadana, lo sentiría por el tío Gregorio nada más... ¡Las jaulas y ratoneras dan tan poco de sí!... Y en lo demás no se da golpe; de manera que cada día vamos estando más arruinados... Con pocos días que trabajase yo en el almacén, podríamos sacar para ir tirando... No, y lo que es barato, lo haría yo... Y no sería ingrato tampoco con tu marido; si él quiere, partiremos mi sueldo... Esto no lo digo porque yo crea que él ha de hacer nada por interés; pero... vamos al decir. Yo ganaría mi vida, y él no perdería su empeño... Nadie puede tomar a mal que los pobres nos ayudemos unos a otros, ¿eh?

—Tienes mucha razón. Se lo diré en cuanto suba. Y eso que...

La carcelera se detuvo aquí para escuchar una voz que parecía salir de la galería de los presos. El rostro de Augusto, al oírla, cambió súbitamente de color; aquella voz le era bien conocida, y penetró sus entrañas. El preso cantaba así:

Yo no lloro por la rama
donde está mi caro nido,
ni por el bien que he perdido
de la patria y libertad.

Lloro no más por vosotros,
hijuelos de mis amores;
duélenme vuestros dolores,
duéleme vuestra orfandad.

—Ya está ese fastidioso con su cantar de siempre—
continuó la carcelera—; no sabe otra cosa. Cualquiera
día de éstos le voy a mandar recado para que no me
aturda más los oídos...

—Pues no parece que lo hace mal—dijo Augusto
comprimiendo con fatigoso esfuerzo su profunda emo-
ción—. Tiene una voz... así... regular. ¿Quién es ese...
pobre hombre? ¿Sabes tú cómo se llama?

—No me acuerdo ahora muy bien. Mi marido dice
que ese cantar sale de la celda de ese famoso marqués
que, según parece, es jefe de la conspiración... No le
arriendo la ganancia; bien puede decir que lo ha per-
dido todo, porque lo único que ya le queda es el pes-
cuzo, y no tardará en quedarse sin él.

—¡Hum!... ¿Sí?

—¡Pues es claro!

—¿Tiene hijos? ¿Sabes tú?...

—Dicen que tiene varios: uno parece que está allá
en el ejército realista; otros andan emigrados, y una
chica, también hija suya, no se sabe dónde la ha pues-
to; pero le siguen la pista, como a sus demás herma-
nos... Esto es lo que he oído yo: será verdad o men-
tira; de todos modos, ya pueden decir que si les echan
la garra no saldrán mejor librados que su padre.

Augusto sentía desfallecer sus fuerzas; para ocultar
la agitación que le dominaba púsose maquinalmente a

revolver el postigo, procurando aparecer indiferente y sereno. Pasados algunos minutos, volvióse a subir a la ventana para rematar su tarea, y haciendo un esfuerzo supremo, tornó a cantar:

Abre el seno a la esperanza.
Tregua, en fin, tengan tus duelos;
pronto quizá tus hijuelos
verás a tus pies venir.

Cuando la noche sombría
tienda mañana su manto,
escucha, y oirás su tanto
entre las sombras gemir...

En este momento vió el joven los brazos del preso agitarse nuevamente con singular viveza, ora tendiéndose a un lado y a otro, ora juntándose y oprimiendo los hierros de la reja en ademán de dar un tierno abrazo. ¡Oh! ¡Cómo palpita el corazón del mancebo! ¡Con qué ansia quisiera volar al seno del amado padre! ¡Oh, si fuera leve y pequeñuelo como la golondrina para penetrar por el enverjado de aquellos hierros crueles y besar una y mil veces aquel rostro querido!

Pero este propio anhelo fatigoso iba quitándole el esfuerzo, y a cada instante le hacía temer que un gesto, un signo, una exclamación cualquiera, imposible de contener, descubriera el secreto que tanto le importaba guardar. Lleno, por tanto de miedo a sí propio, apresuróse a quitarse de la ventana; pero tal había sido la violencia de su emoción que, al poner el pie en el piso del cuarto, palideció como un cadáver y cayó de bruces en el suelo.

—¡Muchacho, que te vas a matar!—le dijo la carcelera acercándose a levantarle—. ¿Qué tienes? ¿Te ha dado algo? Estás amarillo y temblando como el azogue...

—Nada, ciudadana. Me he mareado... ¡Esa maldita ventana está tan alta!... Yo no había querido mirar al piso del patio; pero la pícara curiosidad me hizo bajar la vista, y... se me ha ido la cabeza. Si no tengo la precaución de ladearme para aquí, doy un salto de cincuenta pies lo menos.

—¡Bah! ¡Falta de costumbre!... Eso no vale nada. Toma, toma otro traguito, y verás cómo entras en caja.

Augusto, en efecto, se echó a pechos el vaso de vino que le dió la carcelera; y, en verdad, no pudo ser para él más oportuna esta insólita obsequiosidad de la mujer, pues veía inminente un ataque de nervios que le hiciese perder el juicio y decir algo que pudiera perderle.

Aquella emoción de alegría le había causado una flaqueza que jamás había tenido a vista de ningún peligro. Su padre le ha visto, le ha comprendido... Mañana, ¡oh!, mañana volverán a verse. Mañana irán él y Matilde a entrever aquel amado rostro, aquella frente paternal, tan surcada ya por los pesares. ¡Oh, júbilo indecible! Desde la obscura vivienda del buen Dubois podrán acaso todas las noches comunicarse con el preso, darle noticias diarias, escribirse, y quizá, ¡oh, esperanza deliciosa!, combinar medios de evasión. Esta idea, que podía muy bien no ser sino una ilusión sin fundamento, bastó, sin embargo, para reanimar en breve las fuerzas del joven, que, recobrando casi por entero su habitual serenidad, dijo, comenzando a recoger los útiles de su oficio:

—Gracias por todo, ciudadana. Ya tienes corriente tu postigo. De esta hecha, como no lo parta un rayo, te aseguro que no habrá vendaval que lo mueva...

—Sí—dijo la carcelera después de haber abierto y

cerrado el postigo varias veces—, parece que ha quedado firme... ¿Cuánto es tu trabajo?

—Lo que sea tu voluntad darme, ciudadana... Yo, lo que es por mí, no te llevaría nada; pero el pobre de mi maestro me estará esperando como el agua de mayo para desayunarse. Conque... dame lo que tú quieras.

—No, no; lo que tú digas, muchacho.

—Vaya, pues te empeñas en que lo he de decir yo, dame quince sueldos... Creo que no es caro, ¿eh?

—¡Qué ha de ser caro, hombre!... ¡Es casi de balde!

—Me alegro dejarte contenta, ciudadana. Que no se te olvide hablar por mí a tu marido...

—Descuida, Nicolás, descuida. Por oírte cantar sólo haría yo cualquier cosa en favor tuyo. ¡Vaya si lo haces bien!

—Los buenos ojos con que tú me miras, ciudadana... Gracias, gracias por todo. Ahora, con tu permiso, me tomo la puerta... Voy a ver si han despachado ya el asunto del amigo Capeto... A propósito... Se me había olvidado decirte que estoy haciendo a tu chiquitín una guillotinita muy cuca de ébano, para que se divierta... ¿Se le ha roto ya la de cartón?

—Ya; el condenado todo el día se lleva montándola y desmontándola, y gritando: “¡Salta, Capeto!” Eso sí, yo me alegro, porque así les da una buena serenata a los presos...

—Así, así: conviene enseñarlos desde pequeñitos a servir a la patria. Hasta más ver, ciudadana.

—Buena mano derecha. Si sabes algo de importancia, no dejes de venir a decírmelo.

—Descuida... Memorias al ciudadano Masson.

Augusto salió, y en cuanto hubo atravesado el umbral de la casa soltó la rienda al llanto para desahogar

su corazón, oprimido por tantas y tan violentas emociones. Faltábale tiempo para ir a comunicar a su hermana cuanto acababa de sucederle en aquel día, tan lleno para él de zozobras mortales y de ansiosas esperanzas.





CAPÍTULO XXII

La visita de inspección.

MIENTRAS Augusto había estado componiendo el postigo y cantando su canción de la golondrina, el ciudadano Escévola había entrado en la portería del carcelero, adonde le llevaba su deseo de saber pormenores acerca del preso Marqués de Reyre. Los pedazos de carta que había encontrado en el rescoldo de la chimenea cuando fué al abandonado domicilio de la Condesa la noche antes, junto con otros datos que había ido combinando su astuta penetración, especialmente las medias revelaciones con tanta perfidia arrancadas a Victoria, le habían hecho comprender que entre la familia del Marqués y la Condesa de Bonneuil existían vínculos estrechos, y, por consiguiente, que todo cuanto supiera relativo al primero había de servirle de hilo para sacar el ovillo del paradero de la segunda. Fijo en esta idea, le vimos en la taberna del *Buen Patriota* examinar e interrogar tan minuciosa-

mente a Augusto, en cuyas facciones, lenguaje y modales había creído sorprender un sello particular de familia, que le traía preocupado, a pesar de las cartas de civismo, del insolente aplomo y de los arranques de republicanismismo que había visto en el muchacho.

Cuando el ex conde llegó a la alcaldía, costóle no poco trabajo hacerse abrir por el carcelero: tal estaba la puerta de atrancada por dentro, y tales las precauciones con que el amigo Masson dificultaba todo acceso a su ordinaria vivienda. Cuando al fin la puerta se hubo abierto a las reiteradas instancias del ex conde, entró éste diciendo:

—Bueno, bueno: así me gusta, ciudadano Masson. Veo que guardas en regla la consigna... El aristócrata que a ti se te escape ha de ser mosquito o lagartija.

El carcelero clavó sus pupilas rojizas en el ex conde para explorar en su fisonomía la intención de estas palabras, y respondió después:

—Perdonad, ciudadano inspector; no os había conocido... Si hubiera sospechado que erais vos el que llamaba...

—¿Qué es eso de vos? ¿Te me vas volviendo aristócrata?

—¡Yo aristócrata!—dijo el carcelero con feroz sonrisa; y señalando a la puerta que comunicaba con el interior de la prisión—. Entra y pregúntales si me tienen por uno de los suyos...

—Ya, ya conozco tu fidelidad, amigo Masson. Te hablaba de broma...

—Aquí no se duerme—siguió diciendo el carcelero—ni de noche ni de día; vivo como el gato cazando ratones, con el ojo al agujero y con la garra pronta... Ninguno de los presos respira sin que yo le cuente los

alientos... Soy hombre que siente crecer la hierba, aunque me esté mal alabarme... Pero hablo así porque en estos tiempos es menester que a cada cual se le conozca por lo que es, y yo no quiero que nadie sospeche de mí...

—Haces bien, ciudadano Masson; tanto más cuanto que, a pesar de todas tus pruebas de patriotismo, no estás libre de malas lenguas. Te lo advierto por lo que te pueda servir.

—Yo ya sabía eso, ciudadano inspector, y por lo mismo cabalmente me harás un favor muy grande en pasar una revista severa... Puedes escudriñar todo, registrar por donde quieras, levantar, si te acomoda, las baldosas de todos los pisos, y barrenar todas las paredes... Si encuentras la menor señal de descuido o de connivencia con los presos, aquí está mi cabeza que paga...

—Bien, bien. Por de pronto, dame la lista de los presos.

El carcelero se dirigió a un armario, de donde sacó la lista que tenía preparada siempre para estas ocasiones, y que era muy distinta de la que acababa de dictar a su hijo. El inspector echó una ojeada sobre el papel, y aplicando la yema del índice a un renglón determinado, dijo:

—*Luis María Víctor Alfonso, ex marqués de Reyre...* Este es el pajarraco más peligroso que tienes en tu jaula, amigo Masson... Te lo recomiendo particularmente.

—Ya estoy, ciudadano inspector; le hago tres visitas al día: por la mañana, al mediodía y por la tarde, sin contar con que luego durante la noche suelo darme una vuelta de cuando en cuando a mirar por el

ojo de la cerradura de su nicho y a rondar las celdas contiguas...

—¿Está bien amarrado?

—Días pasados recibí orden para quitarle las esposas; pero yo, que no me ando en chiquitas, le planté al pie una cadena que no le deja andar un paso sin que cruja todo el almacén. Además, su celda es la mejor acondicionada de todas, y la tengo enfrentito de mi mismo cuarto; de modo que desde mi alcoba puedo mirar por entre su reja todo lo que hace...

—¡Hola! ¿Tiene reja? ¿Adónde cae?

—Al patio; pero está a cincuenta pies del suelo, y con unos barrotes capaces de resistir a un cañonazo de veinticuatro...

—Pues nada sobra con ese canalla, ciudadano Mas-son. Es hombre travieso, y, créeme, con él no hay hora segura hasta que le hayamos encomendado a Santa Guillotina... ¿Ha comunicado con alguna persona de fuera desde que está aquí?

—¿Comunicar? Como no sea con los pájaros... Ni le ha visto nadie ni le verá si no lo manda el mismo Gobierno en persona.

—¿Habla contigo algunas veces?

—Me responde, cuando le pregunto, con bastante sequedad, eso sí, pero sin dar nunca la menor señal de descontento ni de impaciencia; aunque está algo malucho y flaco como un galgo inglés, siempre tiene buen humor. A veces se lleva las horas muertas cantando... Escucha: precisamente en este mismo instante me está alborotando toda la casa...

Efectivamente, en aquel momento comenzaba el marqués a cantar la estrofa que le oímos en el capítulo an-

terior. El ex conde abrió la ventana y puso todos sus cinco sentidos en ver si percibía la letra del canto.

—No tiene mal estilo—dijo al oírle—; pero ¡vaya si ha tomado de mañana el concierto!...

—Sí; mil veces le he dicho ya que no nos aturda con tanta cantilena; pero me ha respondido que ésa es su única diversión, y que la República no puede quitar a un preso el distraerse como le acomode...

Mientras decía esto el carcelero, Augusto entonaba su última estrofa de la canción de la golondrina. El ex conde, que no se había quitado de la ventana desde que la abrió para oír al marqués, dijo:

—¡Hola! Parece que tenemos dúo... Esta voz que ahora suena no es la del preso que hemos oído...

—Será algún vecino de los del patio que le haga coro.

—¿Has oído tú decir si se halla en París alguno de sus hijos?

—Yo no, ciudadano inspector; encerrado en estas cuatro paredes, nada sé de cuanto se dice por ahí fuera.

—Pues mucho cuidado con el preso, te repito, amigo Masson. No dejes acercársele ni las moscas. Mira que es tan astuto como determinado, y si no estás muy alerta, el día que menos lo pienses se te escapa.

—Eso mismo me han prevenido ya otros. Así es que tengo una gana de soltarle de mi poder... Días atrás me prometieron mudarle a otra prisión... Si quisieras tú encargarte de eso, te lo agradecería mucho, ciudadano.

—Lo que es por ahora, no puede ser, amigo Masson: todas las demás cárceles están de bote en bote; y como el número de presos, lejos de disminuirse, se va aumentando cada día más, será imposible hallar hueco donde

meter a nuestro hombre. Además, se ha escogido para él esta prisión cabalmente por ser tú su alcaide y porque siendo, como es, una cárcel provisional, y por lo mismo poco conocida, hay menos temor de que los hijos del ex marqués puedan descubrir su paradero...

—Corriente, corriente—dijo Masson—; yo agradezco esta prueba de confianza que me da la República, y haré por merecerla redoblando mi vigilancia para con el preso. A propósito, ciudadano inspector: me convendría reformar un poco el tabique de su celda, de modo que no pudiera comunicarse con ninguna de las contiguas. Ya he pedido esto mismo varias veces, y hasta ahora no me han hecho caso... Tú sabes que este edificio era un almacén de maderas, y al destinarle para cárcel provisional, todas las obras se han hecho muy a la ligera. Si yo he de responder de los presos, hay que darme medios de asegurarlos.

—Está bien; yo apoyaré tu instancia, pero a condición de que mires muy mucho la gente que ha de venir a trabajar; que sean buenos patriotas, y aunque no supieran leer ni escribir, no perderíamos nada. ¿Entiendes?

—Perfectamente. Descuida en mí. Aunque no fuera más que por la cuenta que me trae, ya trataré yo de que nadie me la pegue.

—Como que te va en ello la cabeza, amigo Masson.

—Ya, ya estoy.

—Sobre todo, ten mucho cuidado con los vecinos de la casa. ¿Conoces tú a todos?

—Sí, todos son buenos patriotas, y uno o dos que hay con sus puntas de realistas son dos gallinas que nada quieren sino que los dejen en paz.

—Bueno. Pues a ver cómo te portas, que yo me encargo de hacer que te aumenten el sueldo.

—Gracias, ciudadano inspector.

Con esto se separaron los dos interlocutores.

El carcelero, por su parte, haciendo una mueca al inspector luego que le vió volver la espalda, se decía también para su colete:


—¡A ver cómo me porto!... Que haya alguno de los presos que suelte la mosca, y ya verán si le doy larga... ¡No que no!... Al ciudadano inspector se le figura que acá no sabemos lo que valen todos esos alardes de virtud incorruptible. Creerá sin duda que me he caído de algún nido... No, amigo Escévola... Tú haces tu negocio, y yo haré el mío también en cuanto se presente la ocasión. La República es una cosa muy buena, pero tiene la falta de que me coge sin dinero, y lo que es en esta parte, procuraré perfeccionarla.





CAPITULO XXIII

El enmascarado.

ARA buscar a nuestro amigo Héctor, que hemos dejado en la subterránea vivienda del sastre, necesitamos dar un rodeo; pero no se impaciente el lector, porque en este rodeo le vamos a hacer encontrarse con una persona de quien ya deseará noticias: con nuestra querida Victoria.

También a oídos de la pobre muchacha había llegado el estrépito de la *demonstración* que convirtió a París en un verdadero infierno durante la noche cuyos principales sucesos hemos narrado. Las dos arpías encargadas de custodiar a nuestra inocente prisionera no quisieron, sin duda, dejarla morir de miedo en aquella noche terrible, pues en cuanto salieron de la taberna del *Buen Patriota*, donde las vimos con su disfraz de marimachos dando escolta al ex conde, y en cumplimiento de la orden que éste les había dado, corrieron a mudarse de vestido y a presentarse ante la joven como sus amigas y protectoras.

La posición de Victoria era verdaderamente singular. Por un lado no podía quedarle duda de que estaba presa; pero al cabo de tantos días de encierro todavía ignoraba realmente el género de casa en que se encontraba y la especie de gentes que en ella veía. Por otro lado, era tan afable el trato de las personas que iban de cuando en cuando a visitarla; tal la solicitud con que sus misteriosos huéspedes se esmeraban en satisfacer el menor de sus deseos; tan exquisito, en fin, el tenor de vida que le proporcionaban, ora sirviéndole manjares delicados, ora ofreciéndole para vestirse trajes elegantes y hasta ricas preseas, que muchas veces, recordando los cuentos de hadas que había oído en el hogar de su alquería, pensó si se habría convertido en una doncella encantada.

Pero, por otra parte, era bastante recto el juicio natural de la joven, sobrado sincera su religiosidad y demasiado viva la realidad de los extraños sucesos que acababan de pasar por ella desde su llegada a París, para que pudiese dar grande asenso a supersticiosas ilusiones. ¿Por qué se la obsequiaba con esmero tan impropio de su clase y condición? ¿Con qué fin la rodeaban de aquel lujo, de aquellas exquisitas atenciones? ¿Qué solicitaban de ella aquellas *dos señoras*, que parecían encargadas de su custodia, y *aquel caballero* que iba de cuando en cuando a visitarla con todos los aires de su protector y su amigo? ¿Por qué no le daban libertad?

Estas habituales cavilaciones de Victoria fueron interrumpidas por el súbito clamoreo de la bullanga. La pobre chica, que, como es de inferir, estaba siempre alerta y con el alma en un hilo, comenzó a temblar, no pudiendo figurarse la causa ni el objeto de aquel re-

pentino alboroto; y como se hallase sola en el momento de percibirle, comenzó a dar voces y llamar a todas las puertas de su encierro con el ansia de pedir explicación y compañía. Llevaba ya buen rato de reclamar vanamente la una y la otra, cuando entraron en su habitación *las dos cuñadas*.

—¡Ah!—les dijo la joven echándose en sus brazos—. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede en París, señoras? ¿Qué ruido es éste?

—Nada, pichoncita, nada que vaya contigo—respondió una de las cuñadas—. Son los buenos patriotas, que piden la cabeza de Luis XVI.

—¡Oh, qué horror!—exclamó involuntariamente la joven.

—Sí, la cosa no tiene nada de divertida... Pero, hija, es irremediable; la República necesita de una vez acabar con sus enemigos, y... Por cierto, el cariño que te tenemos nos obliga a rogarte que renuncies ya a esa reserva porfiada con que nos ocultas una porción de cosas que nos convendría saber para defenderte de todo riesgo. Tú sabes ya, hija mía, que el silencio obstinado en estos tiempos arguye malicia en quien le guarda; que hoy día se sospecha de todo el mundo, y que, con gran pesar nuestro, pudieras entrar en la lista de sospechosos...

—¿Yo, señoras? Pues ¿quién puede sospechar de una pobre labradora que nada sabe de las cosas del mundo?...

—Cuando esa pobre labradora se empeña en no decir ni una palabra acerca de sí... Porque, vamos a ver; tú tienes familia: padre, madre, hermanos, hermanas, y nada nos has dicho de ellos. ¿Cómo quieres que nosotras demos cuenta de ti cuando nos pidan ex-

plicaciones, si tú misma nos niegas todo dato para defenderte?

—¡Mi padre, mi madre y mis hermanos!... ¡Oh! ¿Cuándo volveré a verlos?

—Cuando tú quieras... De ti sola depende...

—¿De veras? ¿No me engañáis, señora?—decía la joven llorando y con las manos cruzadas—. Por Dios, dejadme ir a verlos... Os lo agradeceré toda mi vida.

—Mañana mismo, si tú quieres. Pero te advierto que antes tendrías que ver a tu compañera, que necesita de ti, que ha preguntado por ti ya mil veces, que te está aguardando...

Al oír estas pérfidas palabras, dichas con apariencia de la mayor sinceridad, alteróse el rostro de la joven, pintándose en él alternativamente la sorpresa, el júbilo y el recelo. Su emoción fué tan grande, que nada la dejó responder; por lo cual la otra cuñada, que había permanecido silenciosa hasta entonces, le dijo:

—Sí, sí, que te está esperando; dice bien esta señora. Te está esperando juntamente con tu hermano, que también ha llegado a París...

El lector habrá sospechado ya que las dos señoras decían lo que no sabían, con idea de ir aventurando noticias de todo punto inventadas, pero de alguna verosimilitud, por ver, digámoslo así, si alguna pegaba y conseguían sorprender a la pobre chica, arrancándole indicaciones, exclamaciones o cualquier otro signo que les diese algún norte para nuevas pesquisas. Tal era el plan que habían ajustado con el ex conde, y que por esta vez les salió bien en parte, según su inicuo deseo, pues la joven, súbita y profundamente conmovida por esta falsa noticia de hallarse en París su hermano, preguntó inocentemente:

—¿Mi hermano? ¿Cuál de ellos?

—El mayor—respondió la señora sin vacilar; porque era evidente que la chica tenía más de un hermano, pues que preguntaba cuál de ellos era el que había venido.

—Sí, el mayor—repitió la otra cuñada—; y por cierto que, según dice, está toda tu familia sin novedad, aunque con un cuidado muy grande por ti...

—¡Oh!, dejadme marchar—exclamó de nuevo Victoria con acento capaz de enternecer el corazón más empedernido.

—¿Y adónde has de ir? Lo primero es que veas a tu compañera, que te anda buscando por todas partes...

—Pero ¿por qué no viene ella a verme?

—Porque no puede... Porque está...

—Bien, seguid, señora: ¿en dónde está? Decídmelo, dejadme ir a verla...

—¿A verla? No, hija mía; tanto valdría condenarte a una muerte segura... ¡Digo! ¡Ahí es nada! ¡Ir a ver a una aristócrata!... ¡Ir a verla a su prisión!...

—¿Conque está presa?... ¡Oh!, dejadme, dejadme salir. No me importa que me encierren con ella... Las dos nos hemos prometido no separarnos nunca en bien ni en mal. Si es preciso, moriremos juntas.

—Como tú quieras. Pero en ese caso aguárdate a que acaben de sentenciarla, y entonces te llevaremos a verla, y ya que te empeñas, subirás con ella al cadalso.

—¡Al cadalso!—exclamó Victoria con ojos desencajados y toda convulsa—. Pero ¿la van a matar?

—Así se dice...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué bien me lo había a mí anunciado mi corazón! ¡Con cuánto motivo le decía-

mos mi madre y yo que no viniese a París, que era una locura exponerse de aquel modo! Ella no quiso hacernos caso...

—Sí, ha sido una verdadera locura, tienes razón. Sabiendo cómo la República persigue a los aristócratas, venir por su propio pie a caer en el lazo...

—¡Oh! ¡La infeliz no quería más que ver a su padre!

Las dos cuñadas se miraron furtivamente, guiñándose el ojo una a otra; la joven había comenzado a espontanearse, y a poco que se la punzara con noticias desastrosas, se lograría quitarle toda reserva y hacerla confesarlo todo en medio de su dolor. Con este fin dijo la mayor de las señoras:

—Pues sí, querida mía; a estas horas debe ya estar sentenciada. Porque el Rey también lo habrá sido, y no se aguardaba más que a esto para condenar a muerte a todos los aristócratas.

—Pero esa pobre niña, una criaturita que apenas tiene dieciocho años, ¿qué mal ha hecho ni puede hacer a la República? ¿Cómo han de tener valor para matarla?

—¡Qué quieres! El bien de la patria lo exige. ¿Por qué ha nacido noble? Es menester que pague los crímenes de su familia.

—¡Los crímenes de su familia! ¿Qué estáis diciendo, señora? No hay uno solo de esa familia que no sea un modelo de gentes honradas. Su anciano abuelo, que es el hombre mejor del mundo, y que a los ochenta años de edad se ha visto obligado, ¡pobre señor!, a huír de Francia...

Las dos cuñadas volvieron a mirarse y a guiñarse el ojo; su diabólico plan iba saliendo a pedir de boca.

—Sí, es un dolor, todo lo que tú quieras, hija; pero

la República necesita acabar con toda la raza de nobles... y con todos los que les den amparo o refugio.

—¡Padre mío, padre de mi alma!—exclamó Victoria fuera de sí al oír estas últimas palabras—. ¿Sería posible que te quitaran la vida sólo por haber ido acompañando al noble anciano, a quien todos nosotros debemos cuanto tenemos?

Nueva mirada recíproca y nuevo guiño de las cuñadas.

—Eso por supuesto; si le cogen, no tengas duda ninguna de que le cortarán la cabeza.

—¡Oh!, no, no. ¡Padre, padre mío! ¡Virgen Santísima! ¡Vos me le salvaréis, Madre de misericordia!

La joven había llegado al punto preciso de exaltación que buscaban sus interlocutoras con tanta mentira; y creyendo el momento favorable para sacar de su mismo extravío mayores noticias, se apresuró una de ellas a decir:

—Lo que es para tu padre, todavía quizá pudiera remediarse algo; pero en cuanto a tu compañera, no hay recurso: una vez presa, como ya lo está, mañana o pasado la...

—¡Oh! Ventrán sus hermanos a defenderla... Lo dejarán todo por venir a salvarla...

—¡Sus hermanos! ¿Y qué quieres tú que puedan contra tanta gente dos pobres muchachos?...

—No son dos, son tres... Pero dos son militares... y vendrán a reunirse con el otro, y se dejarán matar por salvar a su hermana. Así se lo han escrito, estoy segura.

—¡Ay, querida! En cuanto a los militares, ya ves tú... ¡Tan lejos como se hallan! Cuando ellos lleguen, ¿dónde estará ya su hermana?

—No tan lejos; de París al Rhin, donde se halla

uno, y del ejército de Condé, donde se halla el otro, no hay tan larga distancia.

La pobre Victoria, en su febril exaltación, había ya dicho más de cuanto era menester. Sus dos astutas interlocutoras apenas podían contener el júbilo.

Una de ellas, la menor, para hacer mejor su papel, tomó de pronto un aire compasivo, y con melifluo y lacrimoso acento, dijo suspirando:

—Verdaderamente es una desgracia llevar un nombre ilustre. Tú tienes razón, querida. Esa pobre muchacha, sólo por haber nacido de padres nobles, subirá al patíbulo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—volvió a exclamar Victoria, sofocada por los sollozos—. Tan buena, tan virtuosa como es.

—¡Cierto! Es un dolor muy grande... Pero ¿quién sabe? Acaso pudiera obtenerse su perdón... Si su familia no es de las más señaladas por su nobleza... podríamos poner pies en pared, como suele decirse, y acaso lograríamos salvarla.

—¡Oh, sí, por Dios, haced cuanto podáis!... ¡Pobre Matilde mía!

Con esta exclamación quedaba sabido el nombre de la compañera de Victoria. Pero ¿y el apellido? Esto era lo más esencial.

—También yo—repuso la otra cuñada—, haría lo posible por libertarla de la muerte. Tengo relaciones con algunos diputados de la Asamblea.

—¡Oh!, pues habladles, señora, habladles. Os lo pido con toda mi alma...

—¿Sabes escribir, querida?

—¿Para qué, señora?

—Para que me pusieras una notita y título de tu amiga... No quisiera que se me olvidase.

—Matilde de Reyre—respondió vivamente Victoria.

Con esto quedaba dicha la última palabra del fatal secreto arrancado al ciego dolor de la joven. Las cuñadas hicieron como que no daban importancia alguna a tan codiciada revelación, y para disimular mejor dijo una de ellas:

—¿De Reyre? No es de los títulos más distinguidos... Eso da alguna esperanza. Ni siquiera recuerdo haberle visto en la lista de proscritos que me enseñó el otro día un diputado. El único inconveniente será que esa familia esté ligada con alguna otra de las más perseguidas... ¿Recuerdas tú haber oído en casa de tu compañera el título de alguno de sus parientes o de sus conocidos?

—Yo nunca he estado en su casa, señora; al contrario, ella es la que ha estado en la mía con su abuelito el buen señor Conde de Ventimile...

—¿El que se fué huyendo de Francia con tu padre a Inglaterra, eh?

—No, señora, a Alemania.

—¡Ventimile! ¡Ventimile!... Tampoco perdemos nada por este lado. Es también un título... así, poco conocido... Vamos, ya voy yo viendo la cosa... No hay que desesperar, querida... ¿Recuerdas algún otro nombre? A ver, a ver... haz memoria... la Condesa de Bonneuil, por ejemplo.

Las dos cuñadas sabían que entre todas las víctimas codiciadas por el ex conde, ninguna lo era tanto como la Condesa; y el ciudadano inspector les había prometido, como ya sabemos, grandes recompensas si le averiguaban el paradero de la noble anciana. Por eso se

fijaron tan principalmente en preguntar por ella a Victoria, la cual, seducida en parte por la pérfida afabilidad de sus interlocutoras, agitada además con la esperanza de salvar la vida de su compañera, y sobre todo dominada por tan violentas emociones, perdió toda desconfianza y abandonó absolutamente todo género de reserva. Sin sospechar, por tanto, adónde iba a parar la última pregunta que le habían dirigido, respondió:

—¿La Condesa de Bonneuil? Sí, señora; ahora recuerdo que ése es el nombre de la persona a quien veníamos recomendadas en París.

—¡Ah! Vaya... Y sin duda iríais en busca de ella cuando os cogió el tumulto y quedasteis separadas en medio del gentío.

—Sí, sí, señora.

—Y a propósito, querida: ¿conociste al joven aquel que se llevó a tu compañera?

—No, señora; en mi vida le había visto hasta entonces...

—¿No recuerdas si tu compañera le saludó, o él a ella?

—Lo único que recuerdo fué que al cogerla del brazo, le dijo él en voz muy baja: "Nada temáis, señorita."

Victoria había dicho cuanto sabía; sus interlocutoras, aunque siguieron haciéndole preguntas, conocieron en breve que nada más de provecho sacarían, y limitáronse, por tanto, a reiterar a la joven todo género de seguridades de que tratarían de salvar la vida de su compañera y de que tenían esperanzas de conseguirlo.

Todavía continuaban en sus pérfidas protestas, cuando interrumpiolas de pronto el ruido de la puerta de la habitación, que, entreabriéndose, dió paso a la mi-

tad del cuerpo y toda la cabeza de un personaje que, asomando su espantoso rostro, dijo con voz extrañamente hueca:

—Estamos en la pista: los pescaremos.

A la media luz que alumbraba el aposento pudo Victoria divisar las horribles facciones de aquel inesperado personaje, cuyo aspecto la aterró no menos que el sentido y el tono de las breves y misteriosas palabras que le había oído. Aquel rostro amarillento, con las mejillas coloradas como dos tomates; aquella nariz descomunal de aguilucho; aquella boca fruncida con satánico gesto; aquella barba puntiaguda; aquellos ojos cavernosos, medio velados por largas cejas, que parecían pelo de cofre, todo esto formaba un conjunto tan repugnante, que Victoria, al verle y oírle, no pudo menos de lanzar un grito de terror. La pobrecilla le había tomado por un rostro humano, cuando no era sino una careta de cartón.

—No te asustes, hija—le dijo una de las señoras, mientras la otra, dirigiéndose al de la máscara, que permanecía como empotrado en el resquicio de la puerta, le dijo:

—Entra, Guillermo, entra. ¿Has despachado tu asunto, querido? ¿En qué está la causa de Capeto?

—Le cortaremos el pescuezo—respondió la misma voz hueca y cavernosa—. En la Asamblea no falta quien nos la quiera jugar de puño; pero a vista de la que hay armada en ese París, ya lo pensarán mejor... Tendremos morcillas...

Estas espantosas palabras produjeron un nuevo movimiento de terror en la pobre Victoria, que, con los ojos clavados en aquel rostro del demonio (el miedo no la había dejado ver que era careta), comprendía

vagamente que se trataba de la vida del Rey, de aquel buen Rey a quien ella veneraba desde que tuvo uso de razón. Iluminada entonces de súbito su mente, comparando lo que en aquel instante oía y veía con otras muchas cosas que había visto y oído desde que se hallaba en aquel encierro tan misterioso para ella, comprendió que se encontraba en medio de gentes enemigas de cuanto ella amaba en el mundo, y entrevió, como a la luz de un relámpago, que aquellas palabras pronunciadas por el de la careta: *Estamos en la pista; los pescaremos*, se referían a las personas mismas sobre quienes versaban las imprudentes revelaciones que acababa de hacer a sus pérfidas interlocutoras.

Y en esto, por desgracia, no se engañaba la infeliz. El hombre de la careta no era más ni menos que uno de tantos agentes como tenía el ex conde a su devoción. Espía de oficio y delator, largos meses había estado inquiriendo la verdadera condición y nombre de Héctor, quien, con su nombre supuesto de Barreaux, le trataba desde un día que, al salir del club, le debió auxilio en cierta camorra que le había armado un patriota jaranero.

Desde este día, Barreaux, o lo que es igual, Héctor, mantenía con Guillermo relaciones bastante frecuentes; y aunque estaba muy lejos de confiarse del todo a él, mirábale, sin embargo, con cierta deferencia, no tanto por ciertas palabras sueltas que algunas veces le había oído, y que le daban lugar a sospechar si sería un demonio postizo, como el mismo Héctor lo era, un hombre que disimulase sus opiniones realistas, o que encubriese una posición comprometida bajo la máscara de patriotismo. Ello era que Guillermo en el club era de los que siempre veían, oían y callaban; tacitur-

no y curioso, parecía ocupado, durante la sesión, a la cual, por cierto, llegaba antes que nadie y de la cual salía después que todos, en atisbar con mirada escudriñadora a los espectadores y a los oradores.

Esta constante actitud de nuestro hombre pareció a Héctor indicio de un alma noble que, si bien consentía en que se le tuviera por amigo de la revolución, no llevaba su condescendencia hasta tomar parte en los excesos de los revolucionarios. El astuto espía, que debió de sorprender sin duda en su camarada esta vaga sospecha, ingenióse de modo que lograra ir la convirtiendo poco a poco en una certidumbre firme y segura; pero aunque efectivamente algo logró de su propósito, a fuerza de aparecer ante Héctor hombre moderado, prudente, servicial y afectuoso, no llegó, sin embargo, a obtener su completa confianza; Héctor siguió siendo para él el ciudadano Barreaux, humilde mercader desacomodado, así como Guillermo era para Héctor un franco amigo, de quien, si no podía fiarlo todo, podía al menos valerse para que le ayudara con sus noticias y avisos a sostener el democrático papel que había adoptado, y a conjurar cualquier peligro que le amenazase.

Naturalmente, este duelo de recíproco disimulo, este difícilísimo juego doble, había de parar en que perdiese la partida el que iba de buena fe, y la ganase el que iba de mala. La nativa astucia del espía le había ya hecho sospechar que el ciudadano Barreaux era demócrata de contrabando, mientras Héctor, inclinado, por desgracia, tan favorablemente a Guillermo, se había dejado ya ir hasta darle las señas de su habitación y hasta rogarle que fuese a ella para hacerle un importante servicio. Esta imprudencia de Héctor había

sido el hilo que de manos del espía había pasado a las del ex conde para comenzar a ponerle en la pista del paradero de la Condesa; juntando este dato con sus propias pesquisas y las primeras revelaciones arrancadas a Victoria por el indigno artificio de embriagarla, había el ex conde podido emprender aquella tentativa que le valió tan soberana tunda de Héctor.

Mientras que el ciudadano Escévola realizaba esta frustrada maniobra, Guillermo, oportunamente prevenido y con el fin de cortar el paso a su amigo, a la Condesa y a los dos hermanos, si lograban escapar, había ido a incorporarse con la patrulla, a la cual pertenecía, con el doble objeto de ejercer su espionaje y de ayudar a los demás patriotas patrulladores a robar al vecino honrado en nombre del orden público. Por fortuna de nuestros amigos, la patrulla se retardó un poco, dándoles así tiempo para recibir el aviso de Héctor, en cuya virtud se trasladaron a la huerta de Roque.

Pero Guillermo al cabo había visto huír al joven, y lanzándose en su persecución con los demás de la patrulla, había mejor que todos acertado a seguirle las vueltas. Si no le vió precisamente escurrirse por el respiradero de la cueva, lo sospechó al menos; pero no queriendo compartir con nadie la honra ni el provecho de la expedición, guardóse para su colete la sospecha y formó el plan de explotar por su cuenta el negocio, según más le conviniese.

El había atisbado al fugitivo en su escondite detrás de la pipa; había observado, sin perder uno solo, todos los movimientos del sastre, y después que con el derribo de la linterna quedó la bodega a oscuras, había dejado a la patrulla salir a la calle, y se había quedado bonitamente rezagado para seguir con pasito de lobo

y nariz de perdiguero al sastre y a Héctor; les había oído el breve diálogo que tuvieron en el pasillo, y aunque no había entendido toda su conversación, les oyó, sin embargo, lo bastante para sospechar el nuevo asilo de las víctimas a quienes perseguía.

Seguro ya con esto de que tenía enjaulado al pájaro, pensó primero si le convendría entrarse de rondón en el cuarto del sastre y echar mano a Héctor; pero recordando luego los buenos puños que éste tenía, y contando con que el sastre no dejaría de prestarle auxilio, no quiso exponerse a ir por lana y salir trasquilado. Ocurrióle entonces un expediente que, además de asegurar la captura del fugitivo, podría proporcionarle medios de coger en un mismo lazo a la Condesa y a sus huéspedes.

—Héctor—se dijo—tiene confianza en mí; démosle aviso de que ha sido reconocido y de que continúan siguiéndole la pista; él me creerá, saldrá de casa del sastre y no hay duda de que se dirigirá al nido de los otros pájaros... Ese tío Roque, de quien he oído hablar, no sé quién es; pero lo averiguaremos fácilmente, y... lo demás es cuenta mía.

Dicho y hecho.

Así que Héctor y el sastre estuvieron encerrados, llegóse Guillermo a la puerta y dió dos golpecitos.

—¿No lo decía yo?—exclamó al oírlos el pobre sastre, pálido y sudando de miedo—. Ahí están ya... Nos han sorprendido... ¡Silencio!

Volvieron a sonar en la puerta otros dos golpes, ya más fuertes.

—Habrà que abrir, no hay remedio—dijo Héctor entonces—. ¿Qué ganamos con seguir callando?... O es un amigo el que llama, o es un enemigo; si es amigo,

nada tenemos que temer, y si es enemigo, mientras más tardemos en responder será peor...

Nuevos golpecitos a la puerta, con la insistencia propia de quien cree que los de adentro se hacen los sordos.

—Abrid por Dios—dijo a media voz Héctor—; ya es inútil todo disimulo; estamos descubiertos. Quienquiera que sea, indudablemente viene por mí. Con vos nada va, y sería un crimen de parte vuestra comprometeros por un hombre que os es desconocido. ¡Abrid, os ruego!...

El sastre vacilaba todavía, cuando el que llamaba dijo aplicando cautelosamente el labio a la cerradura de la puerta:

—Abrid, amigos; nada temáis.

El sastre abrió, y entonces Guillermo, metiendo a medias la cabeza dentro del cuarto, dijo con afectada solicitud y fingido susto:

—Barreaux, estás descubierto; escápate al instante.

Dicho esto, se retiró. Héctor sintió refluirle al cerebro toda la sangre de sus venas; a la incierta luz que alumbraba la pobre vivienda del sastre había creído reconocer el acento y las facciones de Guillermo; pero no estaba seguro: su primer movimiento fué lanzarse en pos de él para reconocerle y pedirle explicaciones; pero Guillermo había desaparecido con la rapidez de una flecha.

—Sí, no hay duda, Guillermo es—dijo Héctor después de una breve pausa—; el aviso que me ha dado es un nuevo servicio de su amistad... Teníais razón; alguien nos ha visto dirigirnos aquí... ¡Oh!, no siento más que haberos comprometido de este modo...

—Sea lo que Dios quiera, caballero—respondió el honrado sastre—; al fin y al cabo, hoy uno, mañana otro, todos hemos de ir pasando por el mismo camino.

Al paso que va la República, no sé yo qué hombre de bien podrá creerse seguro...

—Es verdad—respondió tristemente Héctor—; pero con todo, jamás me perdonaré ser causa de vuestra perdición.

El generoso artesano tendió la mano al joven, que se la estrechó cordialmente entre las suyas y le dijo después:

—No tengáis pena por mí, noble caballero... Hace ya tiempo que estoy dispuesto a cuanto su Divina Majestad quiera mandarme en servicio de mi fe y de mi Rey... Ahora lo que importa es que no perdáis más tiempo... Aprovechad este momento en que todo parece tranquilo en el barrio... Venid: esa ventana cae a un callejón oscuro; saltad por ella, pues siempre correréis menos riesgo de ser reconocido que saliendo por la puerta. Presto: el Angel de la Guarda vaya con vos...

—Adiós, amigo mío—dijo Héctor tendiendo al sastre los brazos—; ignoro si Dios querrá volver a juntarnos en este mundo... Sea lo que quiera, contad en todo tiempo con mi gratitud... Nada puedo ofrecer hoy en recompensa de vuestra generosidad...

—¡Daos prisa, daos prisa!—dijo el sastre abriendo la ventana—. Pedid a Dios por mí, como yo pediré por vos...

—Adiós, adiós, amigo mío—repitió Héctor.

Y lanzándose por la ventana, desapareció entre las sombras del callejón.

Pero Guillermo había contado ya con este callejón y con aquella ventana, y había visto perfectamente el salto del joven, y le había seguido a lo lejos hasta dejarle en lugar que sin duda debió parecerle seguro al espía, cuan-

do, retorciendo su camino, dirigióse rápidamente al sitio en que le acabamos de oír aquellas palabras:

—Estamos en la pista: los pescaremos.


Los sucesos posteriores nos explicarán el objeto de estas marchas y contramarchas de Guillermo. Por ahora vamos a ver qué ha pasado en la casita de la huerta de Roque.





CAPITULO XXIV

Varios incidentes.

I la Condesa ni Matilde habían pegado los ojos en toda la noche; sin contar con el infernal ruido de la *demonstración*, que hasta después del amanecer no había cesado un punto de aterrarlas, harto tenían con qué desvelarse, pensando la anciana en su sobrino, la joven en su hermano, en Victoria y en su padre; ambas en el peligro común de ser a cada instante descubiertas. El día, pues, amaneció para ellas tan preñado de angustiosas inquietudes como lo había sido la noche. Rodeadas a unos cuantos carboncillos que el pobre y buen Roque había encendido en un mal barreño, transidas de frío, extenuadas de insomnio y flaqueza, conversaban tristemente, procurando consolarse una a otra, cuando Augusto entró en la casita. Matilde, al verle, se lanzó en sus brazos, y la Condesa le estrechó convulsivamente la mano; pero ni una ni otra tuvieron valor para preguntarle nada, cual si temieran que toda respuesta del joven había de ser un dardo que atravesase sus entrañas. Así estuvieron algunos instantes sin

decirse palabra, mirándose unos a otros ansiosamente, hasta que al fin la Condesa, sospechando con harta razón la causa del silencio de Augusto, se atrevió a decirle:

—¿Nada has sabido de Héctor, hijo mío?

—Nada, señora—respondió el joven tristemente—. He recorrido las tabernas, los clubs; me he mezclado en todos los grupos. En ninguna parte le he visto ni me han dado noticia de él.

—¡Oh! Acaso no existirá ya. ¡Dios mío, Dios mío!

Mientras la anciana se entregó al amargo llanto y tristísimas conjeturas que son de suponer, el rostro de Matilde se había bañado con tintas de júbilo y de esperanza al oír unas cuantas frases que su hermano le había dicho al oído. Pero en breve esta grata emoción fué reprimida, por no ofender el intenso dolor de la anciana, que, pasados breves momentos, levantó su cabeza, y clavando los ojos en Augusto, volvió a preguntarle:

—Nada nos ocultes, hijo mío. Estoy dispuesta a apurar el cáliz de todas las amarguras. Habla: ¿qué han hecho de nuestro infortunado Monarca? Dímelo todo.

—Hubiera, en efecto, querido ocultároslo, señora; pero ya que deseáis saberlo, os lo diré. La suerte de nuestro buen Soberano está irrevocablemente decidida: le han condenado a muerte. Ya es pública en París la sentencia, y hasta se designan el número y los nombres de los diputados regicidas.

—¡A muerte!—dijo la Condesa con acento mezclado de indignación y de terror—. ¡A muerte, Dios mío! ¡A muerte! ¡Oh, qué horror!

Imposible describir el amarguísimo dolor que penetró el alma de la noble señora. Hoy, que las revolucio-

nes han volcado, por decirlo así, las convicciones políticas, no es fácil comprender la profunda y filial adhesión de ciertas clases de la sociedad, sobre todo a la Monarquía; después de Dios, el Rey era el primer amor del noble.

Debilitada ya por tan largo y fatigoso padecer, devorada por tan crueles angustias como tanto tiempo hacía minaban las fuerzas de la pobre anciana, este nuevo golpe debía ser mortal para ella; desde la cuna había venerado a sus Reyes como a la piedra angular de la sociedad; había pasado una gran parte de su vida junto a Luis XVI, asistiendo casi diariamente a su Corte, y no podía menos de amar al infeliz Monarca, modelo, en verdad, de príncipes, y cuya bondad inagotable sólo podía compararse con la ingratitude feroz de sus asesinos. Secóse en los ojos de la Condesa la fuente de las lágrimas, y sintió su corazón nuevamente oprimido, cual si acabara de romperse para ella el último vínculo que la ligaba con la tierra. Reclinada la cabeza sobre el hombro, con la vista elevada al cielo, pedíale fuerzas para apurar el cáliz que se la ofrecía.

Tantas angustias a la vez amenazaban aniquilar su ánimo, y sentía en su corazón una amargura que se avenía mal con lo que exige la resignación cristiana. Esta acumulación de afectos tumultuosos había, por otra parte, agotado sus fuerzas físicas, y silenciosa devoraba el presentimiento de estar ya cercano el término de su existencia.

Augusto y Matilde hablaban entre tanto en voz baja sobre el asunto que tan dulces lágrimas había hecho poco antes derramar a la joven y tan súbita alegría había pintado en su rostro. Ciertamente, la noticia del ya concertado regicidio contristaba su corazón de nobles,

así como el aspecto de la atribulada y casi moribunda anciana les infundía tristeza; pero sobre todos estos afectos les dominaba el pensar en su amado padre, a quien tenían tanto más amenazado ya de muerte cuanto más notorio les era que los sanguinarios dueños de Francia en aquellos días de luto y de crimen no aguardaban sino a asesinar al Monarca para exterminar a todos sus fieles servidores. Alentados los dos hermanos con el éxito feliz de las primeras tentativas de Augusto, devorados por la impaciencia de su filial amor y de su misma juventud, todo se les volvía trazar planes y más planes para salvar al querido preso, sin contar con los obstáculos que pudieran hallar en su ejecución.

Al cabo, después de imaginar y desechar alternativamente mil proyectos, fijáronse en el de ir al momento a la casa del buen Dubois, desde cuyas ventanas Matilde, que iría disfrazada con un traje humilde, estaría en acecho mientras Augusto fuese a intentar de nuevo la entrada en el almacén. ¡Oh! ¡Cómo palpitan de júbilo a un tiempo mismo sus corazones! Sobre todo Matilde, ¡con cuánta ansia esperaba ya el dichoso momento en que pueda ver, aunque sea de lejos, el semblante del autor de sus días, de quien hace largos meses está separada! Noticiosa ya, por la relación de su hermano, del eco que en la prisión había tenido la canción de la golondrina, ¡con cuánto ahinco se pone a hilvanar nuevas estrofas, con cuyos versos pueda decir a su padre tantas y tantas cosas como bullen en su mente y agitan su seno!

A consultar solamente su vivísima ansiedad, en aquel mismo instante habrían partido los dos hermanos; pero repugnábales, por otro lado, la idea de abandonar a la pobre anciana en aquel estado de postración física y agi-

tada por el fundado temor de haber perdido al único ser capaz de consolarla y sostenerla: a su sobrino Héctor.

Esta respectiva situación de nuestros personajes se complicó gravemente con un suceso que ocurrió en aquel instante. Entró de repente en la casita uno de los nietecillos del tío Roque, llorando a más no poder y diciendo en medio de sus sollozos:

—¡Ay, mi abuelito!... ¡Ay, mi abuelito!...

—¿Qué es eso, hijo mío?—le preguntó la buena Francisca—. ¿Por qué vienes llorando? ¿Qué le ha pasado a tu abuelito?

—Que se lo han llevado unos soldados.

—¿Adónde?

—No sé, mamá. Pero cuando salíamos ahora de casa de mi tío, el que se llevaron a la cárcel ayer, llegaron unos soldados diciéndole a abuelito que tan bueno sería él como su yerno; que ya sabían que era un aristócrata, y yo no sé cuántas cosas más... Mi abuelito les respondió que él era un hombre de bien, que no se metía con nadie... Entonces le dijeron los soldados que gritase ¡muera Capeto!, y abuelito no quiso obedecer, y... nada más, se lo llevaron...

—¡Otro mártir!—exclamó con profundo gemido la Condesa—. El honrado anciano ha querido morir antes que insultar a su Rey...

—El caso es—dijo Augusto—que este suceso, además de lo que tiene de triste para el pobre Roque, es de muy mal agüero para nosotros... Con lo pasado ya basta y sobra para que lo tengan por sospechoso, y es probable que vengán a registrar esta casa...

—Vengan cuando quieran—volvió a exclamar la Condesa con desmayado acento—. Salvaos vosotros, hijos míos; yo esperaré aquí tranquila a los verdugos...

—¡Oh, no; eso no puede ser!... De ningún modo os dejaremos aquí en esta situación—dijo Matilde.

—Cierto—añadió Augusto—; hay que buscar al instante otro asilo...

—¿Y adónde queréis que yo vaya en este estado, hijos míos?—repuso la Condesa—. Además, si Dios hubiese querido que mi Héctor no haya caído en manos de sus perseguidores, ¿cómo hacerle saber el nuevo albergue que escogiéramos? Vendría aquí, y al hallarse sin nosotros, se figuraría que estábamos ya descubiertos...

—No, señora Condesa; Francisca o cualquiera de estos niños se quedaría para avisarle...

—¿Y pensáis que a estos inocentes los dejarían aquí?... No, se los llevarían también... Huíd, hijos míos, huíd; partid sin demora adonde os llama el corazón, adonde el deber os reclama: a salvar, si podéis, a vuestro padre; id, y que Dios os bendiga...

—Pero, señora Condesa...

—Comprendo lo que vais a decirme—prosiguió la anciana con voz en extremo enflaquecida—. Os duele dejar a esta pobre vieja aquí sola y... moribunda. Pero, por lo mismo, no debéis deteneros; vuestra presencia no me alargaría la vida, y, en cambio, me ocasionaríais el tormento de ver que por mi causa os perdíais y dejabais de intentar la salvación de vuestro padre... Idos, idos; os lo ruego por Dios... Mirad que pueden venir de un momento a otro...

Francisca, que había estado escuchando en silencio un poco apartada y llorando, más bien por dar una solución a esta noble lucha de recíproca generosidad que por la fe que tuviera en la eficacia del expediente que la ocurrió, adelantóse y dijo:

—Si la señora condesa me da su licencia, yo propondré un medio de arreglarlo todo...

—¿Cuál?—preguntaron a un tiempo la anciana y los dos jóvenes.

—Mientras la señorita Matilde va con el señorito a buscar nuevo refugio, puede la señora Condesa instalarse en aquel cobertizo que está allí abajo...

Los dos hermanos miraron al sitio que señalaba Francisca, y vieron, efectivamente, casi pegado a la tapia de la huerta, un cobertizo que servía de estufa para las flores que, juntamente con la hortaliza, cultivaba el tío Roque a fin de aumentar con su venta los productos de su modesta industria.

—Allí no estará muy ancha la señora—prosiguió diciendo Francisca—; pero, en cambio, estará abrigada, y lo que es una cama, cabe perfectamente... Si vienen los revolucionarios, no es regular que sospechen que aquello pueda ser vivienda de nadie... Si a la señora Condesa le parece bien, en un instante doy un par de escobazos y ponemos allí un catre debajo del entarimado de las macetas...

—Sí, sí—exclamó la Condesa vivamente—; en cualquier parte.

Los dos hermanos se miraron como consultándose si consentirían en sepultar en aquel cuchitril a la Condesa. Conociase en su mudo lenguaje la repugnancia indecible que esto les costaba, pero también el motivo que los llamaba a otra parte era sagrado; y además, no tenían un minuto que perder: de un instante a otro podían mudar de prisión a su padre; podía el carcelero llamar a otro menestral para que hiciese la obra que habían prometido darle a él en el almacén; podía, quizá, el populacho, embriagado con la ya pronunciada sentencia

de Luis XVI, entregarse a nuevas matanzas. Esto que ocurría, y con tanto motivo, a la filial penetración de los jóvenes, estaba también ocurriendo a la generosa previsión de la Condesa, que cruzando las manos, y con tono suplicante, repetía sin cesar:

—Sí, sí; Francisca propone un buen medio... Pronto, hijos míos, pronto, llevadme a la estufa y marchaos..., marchaos por Dios.

—Bien, señora Condesa; nos iremos, pues que nos lo mandáis; pero volveremos muy en breve.

Mirólos la anciana con mirada que quería decir: "Cuando volváis, ya no existiré yo"; y tendiéndoles después los brazos:

—Id, hijos míos—les dijo—; id; yo, entretanto, pediré a Dios por vosotros. Pedidle también vosotros por mí.

En menos tiempo que se dice acomodaron lo mejor que pudieron a la anciana en un catre, y ayudados por Francisca, la trasladaron a la estufa. En seguida volvieron a abrazarla y partieron, disfrazada de labradora Matilde, y Augusto con su carmañola y su gorro colorado, silbando *La Marsellesa*.

Media hora después entraban en la habitación de Dubois. Sólo con mirar desde la ventana que caía al patio, la reja tras de la cual gemía aprisionado su triste padre, sintió Matilde latir su corazón cual si quisiera saltársele del pecho. Convínose entre Dubois y los hermanos en que la joven pasaría por una criada de la casa, recién venida de su pueblo, y para dar, desde luego, mayor apariencia de verdad a la ficción, tomó Matilde su escoba y se puso a barrer en punto donde fuese vista de los vecinos.

Augusto se fué en seguida al taller de su maestro

Gregorio, a quien encontró aquel día más mohino que de costumbre y sentado con su hermana, que tampoco estaba muy alegre, junto a una mala copa de hierro, donde al mezquino calor de sus virutas, ya medio quemadas, meditaban tan tristemente como podrá deducirse de su diálogo:

—Hermana—decía Gregorio, poniendo la mano sobre el hombro de la vieja—, está visto: no nos queda más recurso que echarnos al río.

—No, al río, no; a la hoguera—respondió la vieja.

—¿Cómo a la hoguera? ¡Si no tenemos ni aun dos sueldos para comprar un haz de leña en que achicharrarnos!

—¿No? Poco importa: le prenderemos fuego a la casa...

—¿Y qué sacamos con eso?

—El gusto de achicharrar con nosotros a todos los aristócratas que viven en ella... Y si el fuego se comunica a la casa de ese tuno de Masson, mejor que mejor; así los presos no necesitarían de guillotina, y el bribón de su carcelero se tostaría con ellos también...

—Muy entre ojos has tomado al alcaide...

—Si me valiera, lo hacía añicos... ¡Tunante! Tanto tiempo como hace ya que Nicolasillo le pidió trabajo en el almacén, y ni siquiera por consideración a nosotros, cuando no por el pobre muchacho, ha querido darle a ganar un mal jornal...

—Es que eso no está en su mano... Para eso necesita el permiso del Gobierno...

—¡Ya, ya! El permiso del Gobierno. Di tú que él hubiera querido, y ya se habría ingeniado... A fe que, para lo que a él le tiene cuenta, no necesita el permiso de nadie... Y luego, si se tratara de alguna obra de

romanos; pero con decir que las tablas se están pudriendo y que los presos pueden comunicarse unos con otros... Tres miserables libras, que es lo más que le costaría el jornal al Gobierno, ¿qué vale esa bicoca?... No, pues para lo que les da la gana, muy bien que derrochan montes de oro... Para ellos eso no sería nada, y para nosotros sería el sustento...

—¿Qué quieres remediarle? Ellos siempre están prometiendo y nunca cumplen... Ahora le salen a uno siempre con que mientras no despachen a Capeto, el pobre pueblo no puede vivir...

—¡El pueblo, el pueblo! Lo mismo les da a esos tunantes del pueblo que de los habitantes de la Luna... Llenen ellos el buche, que lo demás les importa un camino... ¡Malditos sean ellos, y su República, y su...!

—Cállate, mujer, no digas eso... Si te oyeran...

—¡Que me oigan!... Precisamente tengo yo ya en el cuerpo las asaduras podridas de tanto como me callo... ¡Bribones! ¡Conque iban a acomodarte en la empresa de las guillotinas!... ¡Mira qué bien te han cumplido la palabra!

—A ver... para eso necesitan gente joven. El trabajo parece que es muy fuerte, y dicen que los viejos no servimos.

—Pues si no quieren que los viejos trabajen, que les den de comer. ¡Tunantes! ¡Aturdiéndonos siempre los oídos con la cantilena de que por causa de los aristócratas se muere el pueblo de hambre! Ellos son los que matan al pueblo de hambre, y no los aristócratas, que están todos presos o emigrados. Ellos, los muy ladrones, que se están embaulando los bienes confiscados a los aristócratas y a los curas. ¡Mal rayo los parta!

Aquí llegaba el diálogo de los viejos cuando Augusto entró en el taller.

—¡Ah! ¿Eres tú, Nicolás?—le dijo el ciudadano Gregorio—. ¿Por dónde has andado, hombre, que no te hemos visto hoy el pelo? ¿Será cosa de que tú también nos vuelvas la espalda?

—¿Yo, maestro? Nunca. Pero ¿para qué había de venir? ¿Para rabiarse con vosotros? Todavía no me ha dado trabajo ninguno el trapalón del carcelero, y maldito si he vendido una jaula siquiera.

—Bien te decía yo que donde había que buscar obra era en la empresa de guillotinas. Me habían prometido hablar a los empresarios; pero creo que mi vieja tiene razón: esos pillos no piensan más que en sí propios, y el pobre pueblo que se muera.

—¡Pues es claro!—repuso la vieja—. Mucho hacer la rueda a los buenos patriotas, mucho prometerles, pero en cuanto a darles, ni una sed de agua. Así es, Nicola-sillo, que cuando tú has entrado estábamos Gregorio y yo disputando.

—¿Sobre qué, mi buena vieja?

—Sobre si hemos de echarnos en el río o prender fuego a la casa. Este quisiera mejor el río; yo prefiero el fuego. ¿Qué te parece?

—Que ni lo uno ni lo otro. Antes que desesperarse hay que tratar de encontrar trabajo. Maestro, pon los huesos en punta, a ver si vienes conmigo al instante.

—¿Adónde hemos de ir, muchacho?

—A ver al ciudadano Masson para contarle *ce* por *be* lo que os pasa y ver si conseguimos ablandarle.

—¡Sí, sí, ablandarle! Capaz es de figurarse que le vamos a espiar la casa... o a pedirle limosna.

—En cuanto a eso de figurarse que vamos a pedirle

limosna, ya se guardará él muy bien; nosotros vamos a ofrecerle nuestros brazos para trabajar. En cuanto a tomarnos por espías, no lo creo; nos conoce bien y sabe que un par de pobretes como nosotros no han de ir a hacerle mal ninguno; además, bien le consta nuestro patriotismo para que vaya a temer que seamos agentes de ningún pícaro realista.

—Capaz era yo, viejo y todo como soy—dijo Gregorio—, de echarle por la ventana si sospechara de mí tal cosa. Nada, tienes razón, vamos allá.

—Corriente—prosiguió Augusto—. Entretanto, nuestra buena vieja puede llegarse a la tienda de ahí enfrente y traernos alguna cosa para que tomemos un tente en pie cuando volvamos. Todavía han quedado aquí esas caspicias.

Diciendo esto, el joven daba unos cuantos sueldos a la vieja, que sin más hacerse de rogar salió a emplearlos en vituallas, mientras el tío Gregorio, levantándose, decía:

—Si no fuera por tí, muchacho, ya estaríamos en el río hace mucho tiempo.

La expresión de ruda gratitud con que el viejo demagogo dijo estas palabras satisfizo tanto más a Augusto cuanto más propicio quería tenerle para sus fines en aquel momento. Quería llevárselo consigo, porque siendo, como era el tío Gregorio, tan señalado en todo el barrio por su terrorismo republicano, su sola compañía era para el joven una prenda que recomendaba al carcelero.

Partieron, pues, sin demora, y en breves instantes se hallaron ante la puerta de la alcaidía. Llamaron con repetidos golpes, pero nadie acudió a abriles; volvieron a llamar con más fuerza, y sucedió lo mismo; sólo

que de esta segunda vez respondió dentro una voz cavernosa y llena de ira:

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

—Abre, zorro viejo, abre—dijo desde fuera el tío Gregorio—, que no venimos a robarte ningún preso...

—Poquito a poco—volvió a decir la misma voz de dentro, que no era sino la del carcelero en persona—; ahora estoy ocupado.

La ocupación del carcelero en aquel instante nos da ocasión para describir una escena que pasaba en la alcaidía, y la cual, aunque no tiene relación directa con los sucesos de nuestra historia, vale la pena de ser narrada, porque es un acto muy característico y harto común de los patrióticos tiempos de la revolución francesa.

Como una hora antes de llegar a la puerta de la prisión el tío Gregorio y Augusto, había entrado un individuo embozado hasta las cejas, al cual no parecía sino que se le esperaba desde mucho tiempo antes, pues que le abrieron sin que llamara. Un observador que le hubiera visto entrar, hubiera notado que se deslizó por la puerta entreabierta a manera de una sombra, y como quien teme ser visto, y que, en cuanto hubo penetrado, oyó por la parte de adentro correr tres cerrojos y echar tres llaves, con tan poco ruido como si a propósito se hubieran untado antes con aceite las anillas y cerraduras. Terminados estos dos preliminares, el recién llegado y el carcelero comenzaron el siguiente diálogo:

—¿Tienes corriente la lista de presos, amigo Masson?

—Aquí está.

—¿Se ha puesto fecha anterior al día en que hice mi última visita de inspección?

—Por supuesto, ciudadano,

—Está bien. ¿Tienes ahí la otra lista que te firmé en la primera visita?

—También, ciudadano inspector—dijo el carcelero sacando otro papel y después de haber echado en derredor una cautelosa mirada.

—Dámela. ¿Supongo que hay en esta segunda lista un nombre de menos?

—Pues claro está, el que tú dijiste: el Conde de G... Míralo.

—Peligrosilla es la maniobra, ciudadano Masson—dijo el inspector después de haberse asegurado por sí mismo de la verdad de las palabras del carcelero—. ¿Sabes que en todo este asunto vamos arriesgando la cabeza?

El carcelero echóse a reír con maligna ironía, y repuso:

—Eso fuera bueno, ciudadano inspector, si nosotrosuviésemos todavía la leche en los labios; pero somos ya perros viejos, y no es fácil que nos cojan... Además, muchos ilustres jefes nos han dado ya magníficas lecciones para enseñarnos a brujulear... Yo también quiero ser incorruptible...

—¡Ya! Pero es que nuestros jefes tienen la sartén por el mango, y... la sogase quiebra siempre por lo más delgado... Harto será que este asunto no nos vaya a traer algún quebranto.

—¡Quia! No es tan bravo el león como le pintan, y, sobre todo, dado ya el primer paso, no es cosa de que dos incorruptibles como nosotros se vuelvan atrás.

—Tienes mucha razón; puedes traer a nuestro hombre.

El carcelero no esperó a que se lo dijeran segunda vez; con el menor ruido posible abrió la puerta que comunicaba desde la alcaidía con el departamento ocu-

pado por los presos, y a poco rato volvió con uno, que venía cargado de hierros en los pies y en las manos, hombre de edad ya madura, de noble continente y en cuyo rostro sereno y un tanto cuanto altivo veíase que sobrellevaba con fortaleza las molestias y pesares de su triste cautiverio. A juzgar por la respectiva expresión de los tres personajes que entonces se hallaron juntos allí, hubiérase dicho que el inspector y el carcelero eran los presos y que el preso era hombre libre; tal era la vergüenza y confusión de los dos primeros, y la noble y resuelta actitud del segundo.

—¿Sabes ya lo que hay?—preguntó el inspector al preso.

—No muy exactamente—respondió el preso—, porque en el profundo calabozo donde nos habéis sepultado apenas llega el rumor de la vida...; pero tú me dirás...

—Pues bien: sabe que Capeto ha sido condenado a muerte...

—¡A muerte!—dijo el preso, palideciendo como un cadáver—. ¡A muerte! ¡Dios mío!

—Cabalito; y ya sabes..., cuando la barba de tu vecino... Pero si tú quieres salvar el pellejo, ya conoces el medio...

—Sí, sí—dijo turbado y trémulo el preso—. ¿Cuáles son las condiciones del trato?

—Treinta mil libras y tus alhajas.

—¡Oh! Eso es enorme; la revolución me ha despojado casi de todo cuanto tenía, y no podré, aunque quiera, aprontar esa suma...

—Bueno: parece que yo había tasado tu cabeza en precio más alto que el que le pones tú mismo... Amigo Masson, puedes volver a llevarte a este caballero, ya

que, según parece, está tan mal avenido con su pescuezo...

—Ya lo pensará mejor—dijo el carcelero frunciendo el labio inferior y meneando la cabeza—. A mí me consta que tiene lo que le pedimos, y bastante más; y ello, hoy o mañana, al fin le hemos de averiguar en dónde tenga encerrado el gato, ¡y entonces habrá hecho una bonita jugada!... Habrá perdido de todos modos el dinero y la cabeza.

La expresión que tomó el rostro del preso manifestaba bien la fuerza que en su ánimo habían hecho estas cínicas palabras del ciudadano Masson; el día antes habría resistido dar por su rescate aquella suma que le arruinaba, porque tenía esperanza de que se salvase el Rey; pero ya le era imposible toda ilusión.

Dominado por una viva ansiedad, permaneció algunos instantes silencioso, como deliberando consigo mismo; después, levantando tristemente la cabeza y dando un suspiro, cual si acabara de decidirse a un sacrificio doloroso, dijo:

—Quitadme estas esposas, y dadme una pluma.

Hecho así, en efecto, escribió un billete, dirigido a uno de sus criados, mandándole que entregase al portador la cantidad de treinta mil libras, depositada en casa de un comerciante, a quien designaba con su nombre, y además las alhajas de su casa, que habían sido escondidas en el hueco de una pared. Cuando hubo acabado de escribir, dió el billete al inspector, no sin antes decirle:

—Este papel va necesariamente a ponerlos en relación con personas que me son muy caras, y os exijo me deis palabra de honor de que no serán comprometidas...

—Yo os lo juro—dijo el inspector—por cuanto haya en la tierra.

—Y yo—dijo el carcelero, guiñando maliciosamente el ojo.

—Es que en otro caso—repuso el preso—preferiría mil veces continuar en mi calabozo y hasta subir al patíbulo. Conque, ¿empeñáis solemnemente los dos vuestra palabra?

—Solemnísimamente—respondió el inspector—. A decirte verdad, nosotros, como tú ves, nos hemos dedicado a acuñar moneda; tu criado no es probable que tenga mucho metal que darnos; por consiguiente, figúrate tú si tendremos ninguna especie de interés en incomodarle. Necesitamos de nuestro tiempo para cosas más serias.

A este punto habían llegado los personajes de la anterior escena, cuando sonó en la puerta exterior de la alcaidía el primer golpe dado por el tío Gregorio. Calláronse al oírle los tres interlocutores, y en seguida añadió el inspector en voz baja:

—Supongo que con este billete será lo bastante para que nos entreguen lo convenido. Sin embargo, aunque yo no dudo en tu lealtad, debo decirte, para descargo de mi conciencia, que no se te dará larga mientras no hayamos contado moneda sobre moneda. ¿Estamos? Luego que se haya cobrado ese pico, volveré yo y te soltaremos. Entre tanto me vas a hacer el favor de volverte a tu calabozo. Ve pensando adónde quieres que te llevemos en soltándote. Tú verás si un republicano sabe cumplir sus palabras.

El pobre preso, después de haber mirado con angustia a sus *desinteresados* libertadores, fué restituído a su prisión con la cabeza hundida en el pecho y en la

actitud recelosa de quien sospecha que acaba de ser víctima de dos bribones que le han engañado. No dice aquí la historia si esta sospecha del infeliz fué o no fundada; lo que sí consigna perfectamente es que las treinta mil libras y las alhajas convenidas como precio del rescate ingresaron en las bolsas de los dos patriotas como ejemplo y testimonio de su republicana incorruptibilidad.

Cuando el preso volvió a estar ya enjaulado abrió el carcelero la puerta, en la cual no cesaban de golpear Augusto y su maestro. El ciudadano Masson, cual si quisiera ocultar con un arranque de fingido mal humor el gozo que le causaba el recién terminado *negocio*, abrióles, diciendo:

—¡Vaya si traéis prisa, ciudadanos! A esta casa no se viene nunca a alborotar así.

—Perdona, amigo Masson—dijo entre tanto Augusto—; el hambre no tiene espera, y mi pobre maestro no se ha desayunado hoy. Así es que venimos a ver si nos das en que podamos ganar un pedazo de pan.

—¿Tan mal anda la cosa, tío Gregorio?—preguntó el carcelero, dejando súbitamente su aire brusco.

—No puede andar peor, ciudadano Masson—respondió Gregorio, dándose una palmada sobre la barriga, que sonó, en efecto, como si diera en un baúl sin ropa.

—Con mucho gusto os serviría desde luego si estuviera en mi mano—repuso Masson—; pero ya sabes la severidad que aquí se gasta en esto de buscar gentes de confianza, y... me conoces bastante para saber que yo no faltaré jamás a mi obligación por nada de este mundo, ciudadano, por nada.

—Sí, sí—replicó, no sin cierta marrullería, el tío Gregorio—. ¡Ojalá que todos los demócratas fueran

tan incorruptibles como tú! No estarían, como están, burlándose de nosotros los aristócratas.

El inspector, que asistía a este diálogo, suponemos tomaría para sí la parte que le tocaba en estas alabanzas dirigidas al carcelero; pero es también posible que no, porque a la sazón estaba muy embebecido contemplando al oficial del tío Gregorio y estudiando por segunda vez, con ávida curiosidad, sus juveniles facciones. En cuanto a Augusto, no pudo conocer al inspector por la capa en que éste seguía embozado y por la escasa luz que penetraba en el aposento.

El carcelero, o porque realmente se hubiera compadecido de la miseria de Gregorio, o porque ya su mujer le hubiese dicho cómo pensaba Augusto corresponder a su protección, acercóse al rincón en donde el inspector atisbaba silencioso y encapotado al joven, y le habló algunas palabras al oído, después de las cuales, volviéndose a Gregorio, le dijo:

—Animo, amigo Gregorio; sube a mi habitación con tu oficial y di a mi mujer que os indique las obras que sean más urgentes. Por hoy no podéis entrar en el departamento de los presos; pero veremos de tenerlo arreglado para mañana...

Si Augusto hubiera podido ver la fisonomía del inspector, habría observado la redoblada atención con que le había estado mirando mientras el carcelero decía estas palabras. Afortunadamente, el joven supo ocultar la emoción que ellas le habían producido, y sólo cuando estuvo ya fuera de la alcaidía se echó mano al pecho como para comprimirse el corazón, que se le quería saltar. Luego que el maestro y su oficial hubieron salido, dijo el inspector al carcelero:

—¿Estás bien seguro de ese muchacho, amigo Masson?

—Completamente seguro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... Anoche le vi en la taberna del *Buen Patriota*, y me pareció, lo mismo que ahora, que echa un tufillo de todos los diablos a aristócrata... Te advierto que es mozo tan resuelto como ladino, y no harías mal en tener mucho cuidado con él...

—¡Ca! ¡Si es más patriota que Robespierre!... Mi chico mayor y mi pariente Bisson le conocen mucho tiempo por haberle visto en el club...

—¡Hum! No te fíes de eso. También yo le he visto allí; pero con eso y todo... Tú sabes que la mitad de nuestros clubs están compuestos de aristócratas disfrazados, de demócratas postizos... En fin, yo me entiendo... Vigírame, te digo, a ese mozo; no pierdas una sola de sus palabras, ni de sus gestos, ni de sus movimientos, y dime cuanto notes en él...

—Corriente; serás servido, ciudadano inspector. Pero no te descuides tú tampoco en cobrar ese... piquillo..., ni rebajes una sola libra; las treinta mil redondas y las alhajas...

—Descuida, descuida. Voy al instante, y hoy mismo tendrás aquí tu parte... ¡Hasta más ver!

Mientras el ciudadano inspector salía, el ciudadano carcelero, siguiéndole con la vista, decía para sí:

—¡Hoy mismo tendrás aquí tu parte! Como no te tuviera yo tan amarrado, la parte que tú me trajeras que me la clavasen en la frente; pero a bien que te he hecho firmar la lista verdadera y la falsa; y a la hora que se te ocurriese jugarme una trastada, irían las dos a manos de quien te sentara las costuras.

Entre tanto, Gregorio y su oficial habían entrado en

el departamento de la carcelera, que, al verlos, dijo con cierta afabilidad:

—¡Hola! ¿Ya estás aquí otra vez, rui señor?... Y con tu maestro... ¡Buenos días, Gregorio!

—Buenos días, ciudadana.

—¿Has oído cantar a Nicolasillo?

—¡Para cantar estamos nosotros! —respondió Augusto—. ¿Te parece, ciudadana, que cuando se tienen las tripas como cañón de órgano hay muchas ganas de hacer gorgoritos?

—Pero qué, ¿no habéis tomado nada hoy todavía?

—Pregúntaselo al pobre de mi maestro...; él te dirá.

Gregorio, por toda respuesta, hizo estallar la uña de su dedo gordo, sacudiéndola en uno de los pocos dientes que le quedaban en la mandíbula superior, y volvió luego a darse otra palmada en la barriga, que esta vez sonó como un tambor destemplado. Augusto, poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro, le dijo:

—No hay que acobardarse, maestro; a bien que a buen puerto hemos llegado. La ciudadana carcelera nos va a dar ocupación ahora mismo.

—¿Habéis pedido licencia a Masson?

—Sí; él nos manda acá para que nos digas lo que más prisa corre.

—Me alegro, Nicolasillo. No lo quiero negar, te he tomado afición. Mira, aquí tienes el otro postigo de la misma ventana, que tampoco anda muy corriente. Nos han dado aviso de que los realistas piensan hacer una intentona contra el almacén, y mi marido quiere que todas las puertas y ventanas estén libres de escalamiento.

—Pues déjalo a mi cargo, ciudadana, y... ya tú sabes las manos que tengo.

—Las manos y la garganta, picaruelo. Hombre, a ver si sabes alguna otra coplita.

En esto, Augusto se había arrimado ya a la ventana y lanzado una mirada de través a la reja de enfrente; desencajando luego el postigo con todo el parecer de la muy consumada indiferencia, hizo un gorgorito como quien ensaya la voz para ponerse a cantar, y sacando después todo el cuerpo, para registrar con una ojeada el fondo del patio, vió debajo de sí la punta del vestido de Matilde, que, medio oculta en el hueco de la ventana de Dubois, miraba atenta hacia arriba; y tras de la reja divisó, primero, el vago contorno de la cabeza del anciano preso, y después sus dos brazos asomados por entre los barrotes. La idea de que ya se habrían visto el padre y la hija inundóle el alma de ternura; hizo otro gorgorito más fuerte, y en seguida, mientras la carcelera hablaba con el tío Gregorio, él, volviendo a encajar el postigo como para probar la solidez de los goznes, soltó la voz y cantó con inefable melodía:

Mira allá en la verde rama,
que está más cerca del suelo,
posado el tímido hijuelo,
predilecto de tu amor.

El otro vendrá a su nido
mañana al lucir el día..
mira y calla, que te espía
el buitrc devorador.

—¡Eh! ¿Qué te parece, Gregorio?—preguntó la carcelera—. ¿Tenía yo razón de llamar ruiseñor a tu oficial? ¿Has oído en tu vida una voz como esa?

—Ya la conozco bien—respondió Gregorio—. Algún día que suele estar de humor, allá en el taller, canta *La Marsellesa* o *La Carmañola*, y me pone en movimiento a todos los patriotas de la vecindad.

El joven había visto, entre tanto, con indescible emoción agitarse los brazos de su padre como en señal de que había visto a su hija y de haber comprendido que al día siguiente... Augusto tuvo que esforzarse en desechár este pensamiento por temor de que le hicieran traición sus lágrimas de gozo, y volviéndose rápidamente a Gregorio, le dijo:

—Cuando quieras, maestro, podemos volvernos ya a tomar aquel refrigerio que nos tendrá preparado la vieja. Ensancha el pecho: ya mañana tendremos trabajo, gracias a la ciudadana que nos está oyendo.

—No tienes por qué agradecerme, Nicolasillo. Ya te he dicho que por oírte cantar iría yo al fin del mundo. Descuida; hoy hablaré otra vez con mi marido, y mañana entrarás en el almacén a componer el entarimado. Regularmente tendrás obra para algunos días.

Con esto salieron el maestro y el oficial a cual más alegre, bien que por tan distintas causas: este último sentía estallársele las sienes en fuerza del hervidero de planes, de esperanzas y de temores que bullían en su cabeza.

—Maestro—dijo a Gregorio, mientras bajaban la escalera—, hazme el favor de irte arrimando a casa mientras yo me llevo aquí a preguntar a un amigo cierta cosa... Allá iré yo dentro de un rato.

Augusto contaba con el hambre atrasada de Gregorio para que no se hiciese de rogar. En efecto, el viejo demagogo salió más que de paso en dirección de su casa, mientras el joven, entrando en casa de Dubois, se arrojaba en brazos de Matilde, que voló a los suyos en cuanto le hubo visto.

Imposible explicar las sensaciones que la pobre niña había experimentado en aquella muda escena, durante

la cual había estado con ansiosos ojos mirando a la reja, tras de la que esperaba ver manifestarse el rostro del preso.

En vano Dubois le advertía que tuviese prudencia, y que la vecindad estaba llena de republicanos siempre atisbando; en vano, pues la joven, devorada por la impaciencia de su filial amor, en nada más pensaba ni a otra cosa atendía sino al momento en que viese tras de los hierros aquella imagen querida. El tiempo que su hermano había tardado en presentarse en la ventana de la cárcel le había parecido un siglo; su imaginación, acalorada por el deseo, y su vista, perturbada con una atención tan sostenida, la engañaban a cada instante, haciéndola creer que tras de la reja veía el vago contorno de una forma humana.

Cuando al fin oyó la voz de Augusto, recogió ávidamente cada palabra, cada sílaba de aquella estrofa que había compuesto a medias con su hermano, sobre todo aquellas frases *el tímido hijuelo, predilecto de tu amor*, removieron profundamente todas las fibras de su alma. Hubiera querido, en efecto, ser golondrina para volar a posarse en los hierros de aquella maldita reja. Pero cuando ya fué de todo punto imposible a Dubois contenerla ni hacerse oír de él, fué cuando el preso empezó a agitar sus brazos; sin poderse valer, la pobre niña comenzó también a abrazar el marco de la ventana, el postigo, su propio pañuelo; hubiera estrechado contra su seno a una culebra de cascabel si la hubiese tenido a mano. Y todo esto acompañado de sollozos, de gritos mal reprimidos. En resumen: durante aquella muda conversación, en que el padre y la hija se comunicaban mutuos afectos de una ternura tan largo tiempo comprimida, había hecho Matilde lo bastante para

no escapar sino milagrosamente del manifiesto riesgo a que se exponía.

Su padre, más prudente, aunque no menos conmovido que ella, comprendió en breve este peligro, y se retiró de la reja, logrando así que Matilde se retirara también de la ventana. Cuando Augusto llegó estaba la joven casi sin sentido; pero muy luego, pasadas las recíprocas expansiones de los dos hermanos, comenzaron a tratar más tranquilamente en los medios de realizar la proyectada evasión de su padre. Dubois, que, como es de suponer, tomaba una parte tan solícita en los afectos y planes de los dos jóvenes, no les escaseó consejos, siempre oportunos, y acabando por ofrecerles de nuevo su habitación para cuanto les conviniese, díjose para sí:

—Pues, señor, hoy o mañana nos han de guillotinar; mis queridos vecinos, que ya me tienen bastante gana, han de enterarse de la diablura de estos chicos, y con motivo de la muerte del Rey se entretendrán en pedir mi cabeza, para hacer boca, como quien dice... Que la pidan: también ellos han de perder la suya; sólo que la mía se la llevará Dios, y las suyas se las llevará el diablo.





CAPITULO XXV

El novio de Victoria.

DE calleja en calleja, mirando con el rabo del ojo, caminaba Héctor, desde que salió de casa del sastre, indeciso sobre la dirección que le conviniese tomar. ¿Iría a buscar a su tía, o, por el contrario, buscaría un asilo en donde ocultarse por algún tiempo para desorientar a sus perseguidores? Esta última resolución le pareció al fin más acertada: retraerse en albergue seguro dos o tres días; mandar por su tía desde allá, o al menos darle noticias del punto en donde él se hallase escondido, indicándole lugar en que pudieran luego reunirse.

Decidido a esto, medio sepultó el rostro en el arazón de su corbata, volvió del revés su carmañola para mejor disfrazarse, y de este modo se encaminó a casa de un cerrajero, amigo de Guillermo, por quien nuestro joven le había conocido. No calaba muy bien Héctor las opiniones del tal cerrajero, ni tampoco era fácil calarlas, porque el hombre era de estos bausanés que no son en cosa ninguna ni carne ni pescado, y ante cu-

yos ojos pasan los más graves sucesos sin que ni les afecten ni los comprendan. En rigor, por tanto, no sabía Héctor si debía o no fiarse de él; pero esperaba poder ver en su casa a Guillermo, o mandarle un recado desde allá, o pedirle explicaciones sobre el modo con que había sido descubierto por él en casa del sastre. Podría, además, enviar al mismo Guillermo a la huerta de Roque para recoger a la Condesa, pues hasta este punto confiaba ya el noble joven en el pérfido espía. Si en lugar de esto se decidía por ir personalmente a la huerta, exponíase a ser agarrado, juntamente con su tía, y de este modo perderlo todo a un tiempo mismo.

Llegó, pues, a casa del cerrajero, quien, a pesar de estar ya el día casi encima, continuaba aún trabajando.

—Amigo Duroz—le dijo—; me alegro hallarte levantado todavía, porque así me darás posada para pasar contigo lo poco que resta de noche, pues en mi casa estará todo el mundo durmiendo y me dejarían plantado en la calle.

—Con mucho gusto, amigo Barreaux. Así bebemos en buena compañía un par de tragos y esperaremos a Guillermo, que no dejará de venir por ahí según su costumbre... El grandísimo pícaro me ha enseñado ya a trasnochar, y cuando me tumbo en la cama antes de las seis del día, se me figura que me he acostado con las gallinas...

El tonto del cerrajero no había sospechado que estos trasnochamientos a que le había acostumbrado el espía eran una especie de retenes que el muy bribón se había arreglado como punto estratégico para sus campañas nocturnas. Pero Héctor, a quien la cosa hubo de chocarle, no pudo menos de preguntar al cerrajero:

—Hombre, ¿y qué diablos te haces entonces durante la noche entera?

—Es muy sencillo: como las veladas con Guillermo no me dejan trabajar de día, porque me llevo durmiendo hasta las tres de la tarde, tengo que aprovechar la noche, tanto más, cuanto que me ha caído mucho que hacer...

—Sí, ya veo—dijo Héctor, reparando entonces en la tarea que el cerrajero traía entre manos, y que era una terrible provisión de esposas, cadenas y grillos—. ¡También es una fabricación endiablada la que has tomado a tu cargo!... No te creía yo hombre que te mezclases en política, amigo Duroz...

—Ni me mezclo... Todos esos chismes los trabajo por encargo de Guillermo...

—¿De Guillermo?—preguntó Héctor sorprendido—. ¿Y para qué quiere él semejante batería?

—¡Toma! Es muy sencillo: para recetársela a los aristócratas... Aquí vino un día, me dijo que si quería cultivar este ramo de mi oficio, que me lo pagaría bien, y... nada más.

—Pero ¿crees tú que Guillermo haga uso de toda esa cerrajería?

—Supongo que sí... El, en tratándose de aristócratas, es capaz de ponerles, no digo yo grillos y esposas, sino hierro ardiendo en los labios...

Un secreto movimiento de repugnancia y aun de terror hizo palidecer ligeramente la faz de Héctor; por primera vez oía semejantes pormenores acerca de Guillermo; y como no pudiese dominar absolutamente su extrañeza, y contando, por otra parte, con la cándida estupidez de su interlocutor, se aventuró a decirle:

—No sabía yo que el amigo Guillermo fuera patrio-

ta de tan buena ley... Por lo visto, se dedica a la caza de aristócratas, ¿eh?

—Yo no sé si él se dedica; pero, según parece, está muy compadrado con gente que la da de ahí... ¡Uf! Estoy reventando ya... Esta maldita fragua me da un calor... Mira, Barreaux, entra aquí, en la trastienda, que vamos a dar cuenta de un frasco de aguardiente que tengo aquí... Bebamos, que para dormir, mañana sobrará tiempo...

Héctor comenzaba a recelar que no estaba muy seguro en el albergue escogido por él; al mirar los montones de grillos y esposas tuvo un presentimiento, vago, sí, pero irresistible, de que algunos de aquellos hierros podían muy bien aherrojarle a él en breve si no andaba muy listo. Pero haciendo de tripas corazón, entró con el cerrajero en la trastienda, y mientras le ayudaba a echar tragos, entabló una conversación que le confirmó muy luego en la idea de que Duroz no era ni realista ni republicano, sino pura y simplemente un estúpido, muy a propósito para servir de instrumento al primer tuno que quisiera explotarle. Pero lo que sobre todo interesó vivísimamente la curiosidad de Héctor fueron los pormenores que, con no grande esfuerzo de astucia, sonsacó al cerrajero acerca de la vida y costumbres de Guillermo, y en particular acerca de cierto demagogo con quien se deducía estaba muy ligado, y que parecía ser el que encargaba y costeaba la manufactura en que el amigo Duroz empleaba sus veladas laboriosas.

Pidiendo nuevos datos acerca de este demagogo tan amigote de Guillermo, adquirió Héctor los bastantes para comprender que se trataba de la misma mismísima persona con quien él había luchado aquella noche,

del implacable enemigo de toda su familia. ¿Qué género de vínculos ligaban a Guillermo con este odioso personaje? Si, como tanta razón tenía de sospecharlo, el tal Guillermo no era más que un vil delator, todo era ya claro para Héctor: quedaba explicado cómo había sido descubierto el asilo de su tía; quedaba explicada la lucha en el jardincillo y la tenaz persecución de la patrulla. Pero, por otro lado, si Guillermo no es más que un miserable agente de su perseguidor, ¿con qué intención había ido a darle aquel amistoso aviso a casa del sastre, y por qué no le había echado mano cuando tan buena ocasión se le ofrecía?

Mientras la mente de Héctor vagaba perdida en este laberinto de contradictorias conjeturas, el cerrajero seguía chupando aguardiente como si fuera una esponja y hablando como un loro; su embriaguez iba siendo cada vez más expansiva, y en uno de los arranques de confianza que le inspiraba soltó de pronto una risa estrepitosa y comenzó a decir, apretándose los ijares:

—¿Querrás creer, Barreaux, que ese tuno de Guillermo se ha empeñado en casarme? ¿No te lo ha dicho?

—No, ni una palabra—respondió Héctor, fijándose en esta parte de las expansiones del cerrajero por la relación que con Guillermo parecía tener.

—Pues como sois tan camaradas—continuó Duroz—extraño que no te haya dado parte de la boda. El dice que ya paso de los treinta y que debo pensar en ese negocio. ¿Qué te parece a ti?

—No deja Guillermo de tener razón. ¿Y dónde has pescado la novia, picarillo? Supongo que será una buena ganga, ¿eh?

—No sé: Guillermo se ha encargado también de surtirme de ese artículo... o por mejor decir, no ha sido

Guillermo, sino el endiablado de su amigote, el demócrata ese que te he dicho.

—Sí, estoy... Continúa.

—Porque has de saber que Guillermo no da un paso sin contar con él... con él y con dos marimachos que van con él a todas partes; dos furias que beben como suizos y se baten, cuando es menester, como granaderos. Una de ellas es la mujer de Guillermo.

—¡Ah! ¿Guillermo es casado?... No lo sabía. ¡Qué callado me lo ha tenido el grandísimo bribón!

—¿Casado?... Es casado, pero... no es casado.

—¡Hombre! Explicate...

—Era casado; pero dejó a su mujer, con quien estaba casado como se usaba antes, por delante de la Iglesia; y entonces se volvió a casar con esa otra. Ya tú sabes: el matrimonio republicano nos autoriza a mudar de mujeres como de camisa. La mujer que ahora tiene estaba también casada, pero también se descasó de su *legítimo*, como antes se decía, y... pues se volvió a casar con Guillermo. ¿Estás?

—Sí, sí, entiendo perfectamente; es decir, en el antiguo régimen se llamarían adúlteros...

—Eso, eso; pero ya es otra cosa... Hoy son marido y mujer por obra y gracia de la República...

Los presentimientos o, mejor dicho, los temores de Héctor iban tomando nueva consistencia. El infame, a quien juzgaba amigo, estaba ligado por vínculos de crimen al ex conde y a las dos arpías con quien había luchado aquella noche. Deseando apurar aquel misterio, y viendo a Duroz tan bien dispuesto a responderle sin sospechar la intención de ninguna de sus preguntas, le dijo afectando jovialidad:

—Pues ya veo claro quién es la novia que Guillermo te destina...

—¿Sí? ¿Tú lo ves claro? Pues a ver si lo aciertas...

—Es muy sencillo. De las dos amigas del amigote de Guillermo, él está casado con la una... De fijo te quiere a ti acomodar con la otra...

—¿Con la otra?... Primero me dejaría cortar una mano... ¡Con la otra!... Ya veo que tú no la conoces... Es un vestigio.

—Entonces no acierto...

—No, se trata de una muchacha como unas flores... Una tortolilla que cazaron noches pasadas, días atrás, en una de esas grímpolas que hay a cada triquitraque... Cuando se estrenó el calendario...

—Sí—añadió vivamente Héctor, iluminado por el vivo rayo de luz que estaba recibiendo para averiguar el paradero de Victoria—; ya sé, una campesina que ha venido a París acompañando a una joven aristócrata...

—Eso es, eso es... ¡Ya decía yo! ¿Cómo Guillermo no te lo había de haber contado?

—Pues es bonita—repuso Héctor, para alentar al cejrajero a proseguir la historia de su proyecto matrimonial, tan interesante ya para nuestro joven.

—¡Vaya si lo es!... ¡Y luego que trae una gran dote!

—¿También eso?

—También eso... ¡Figúrate tú! Un magnífico empleo que me dan si me caso con ella... Nada menos que el abasto de guillotinas... Es decir, que me hago poderoso en tres meses...

—¡Amigo, gran negocio!... Eso es lo que se llama una buena fortuna... Y la chica, ¿consiente en darte su blanca mano?

—Eso es lo que parece que anda un poco durillo... Pero...

—Sí; con los buenos lados que tienes para con ella, no hay duda que al fin ganarás victoria.

—¡Justo, justo! *Victoria*... así se llama... se me había olvidado su nombre... Y por cierto que no ha costado mal trabajo sacárselo del cuerpo, porque se había empeñado en no decir quién era, ni de dónde venía cuando llegó a París... Y parece también que se lleva todo el día y la noche llorando, diciendo siempre que a ver cómo la ponen en libertad... ¡Que si quieres! ¡Libertad!... ¡Cómo la han de soltar, si precisamente es ella el anzuelo con que cuentan para pescar a su compañera!... No, y con narices como las de esos demonios, de fijo se saldrán con la suya... Sobre todo, luego que ella esté casada conmigo...

—Pero, perdona, Duroz, mi curiosidad, ¿no eres tú ya casado?...

—¿Yo casado?... ¡Ah!, sí... Allá en el antiguo régimen me echaron lo que entonces se llamaban las bendiciones... ya tú sabes, cosas de los curas... Pero hace tres años mandé a mi mujer a paseo... Se había puesto tan feúcha con los partos...

—¡Ah! ¿Tuviste hijos? ¿Y qué ha sido de ellos?

—Hombre, me convenció Guillermo de que eran un estorbo para servir a la República como buen ciudadano, y aunque yo en estas cosas de política ni entro ni salgo, porque Guillermo no dijera que tal y que cual, y que esto y que el otro... pues mandé a los chicos al Hospicio, y allí estarán si no se han muerto.

Con el mayor placer del mundo hubiera Héctor retorcido el pescuezo a este salvaje; pero ocupábale en aquel momento la idea de salvar a la compañera de

Matilde; él sabía cuánta y cuánta inquietud causaba a la noble joven el recuerdo de su perdida Victoria, y tenía como un deber sagrado el arriesgar, por devolvérsela sana y salva, la libertad y la vida.

No se le ocultaban, en verdad, los peligros de la empresa, y entre todos, como más inminente, el que en aquellos mismos instantes estaba él corriendo. Sin embargo, a fuerza de preguntas y de rodeos consiguió obtener datos fijos acerca de la casa en que estaba encerrada Victoria y del carácter de los personajes encargados de custodiarla, con el fin de saber a qué atenerse y cómo conducirse en el caso de que le pareciera de éxito probable la tentativa.

Una vez adquiridos ya estos datos, disponíase a retirarse, cuando Guillermo entró repentinamente. Las inesperadas noticias que acerca de este ambiguo personaje acababa de saber Héctor hicieronle mirarle con especial atención, y parecióle entonces descubrir en él cierta mirada falsa, cierto aire hipócrita y una actitud entre embarazada y maligna, propia del delator.

En realidad, el aspecto de Guillermo no era diverso de lo que siempre había sido; pero el punto de vista había cambiado para Héctor, el cual miraba ahora a un miserable espía en el mismo a quien hasta entonces había tenido por amigo. Sin embargo, conoció que le convenía también el disimulo, y tendiendo la mano a Guillermo, que la tomó sin vacilar, le dijo:

—Gracias ante todo, camarada, por el aviso de esta noche; me has hecho un verdadero servicio de amigo... Pero ¿podrás decirme por qué me perseguían aquellos endiablados? ¿En qué puede excitar sospechas un pobrete como yo?

—Chico, no lo sé—respondió Guillermo con admira-

ble aplomo—; aunque hoy día tú sabes que se hace uno sospechoso por cualquier cosa. París está lleno de espías y delatores; alguno se habrá figurado de ti... lo que no es, y ahí tienes. Esto suponiendo que yo no me haya equivocado y que, quizá por un exceso de celo, haya ido a alarmarte sin causa ninguna.

—De todos modos te lo agradezco—replicó Héctor—. En esas pruebas de cariño, aunque sea exagerado, conoce uno a sus amigos. Pero, en fin, tú en algo te habrás fundado para temer por mí; ¿no podrías decirme lo?

—Sí que puedo. Al pasar por la calle oí a dos patriotas de la patrulla decir que en casa del sastre se había ocultado un aristócrata conocido con el falso nombre de Barreaux, y que se proponían cercar la casa para echarle mano. Yo que oigo tu nombre, y que sé quién tú eres, dije para mi colete: "A estos gatos se les ha metido en la cabeza que Barreaux es aristócrata disrazado, y mientras salen de su error pueden hacer con él alguna barbaridad." Por eso fuí a avisarte; a toda ley me pareció que lo mejor para ti era que estuvieses en libertad.

—Gracias, te repito, Guillermo; me has hecho un favor que no olvidaré nunca. Al tanto me ofrezco...

La sonrisa diabólica con que el espía respondió a estas muestras de fingido agradecimiento pareció a nuestro joven un signo suficiente para acabar de confirmar todas sus sospechas. Su posición era en verdad muy crítica, pues ya no podía dudar de que, al buscar un asilo, había caído en la boca del lobo; y en el acto comenzó a combinar los medios más seguros de evadirse si, como era probabilísimo, se intentaba agarrarle.

A vueltas de este pensamiento representábasele tam-

bién la imagen de su tía, y esto turbaba también su nativa serenidad de tal manera, que necesitó apelar a toda su fortaleza para que no se le conociese la inquietud que le agitaba. Al cabo el instinto mismo de conservación le fué restituyendo poco a poco su aplomo acostumbrado, y pudo terciar en la conversación de Guillermo y del cerrajero, mientras espiaba un momento favorable para salir del mal paso en que se veía metido.

Su principal esperanza consistía en que el aguardiente fuese haciendo su efecto en los dos bebedores; y, verdaderamente, en cuanto al cerrajero, estaba ya que no podía tenerse de pie; pero Guillermo, en cambio, se mantenía firme, pues aun cuando bebía como el cangilón de una noria, caía el licor en su estómago cual si fuese en una piedra, sin producirle más efecto que el de aumentar un tanto la inquieta movilidad de sus facciones, el de sugerirle amenazas cada vez más feroces contra los realistas y el de rodearse, por decirlo así, de una atmósfera de sangre capaz de poner espanto al más animoso. Héctor, efectivamente, al verle y al oírle en aquel estado de exaltación sintióse varias veces tentado a evadirse sin demora como quiera que fuese; pero al punto comprendía que le faltarían fuerzas para luchar con aquel par de jayanes, y que, aunque lograrse vencerlos por obra de los puños, no evitaría que sus gritos alarmasen a la vecindad, que acudiese, en consecuencia, alguna tropa del cuerpo de guardia situado cerca de allí, y entonces ya le fuese de todo punto imposible escaparse.

Pero, por otra parte, también pensaba en lo probable que era el que Guillermo le hubiese estado escuchando la conversación con el sastre, y, por consiguien-

te, que le hubiese oído hablar de Roque y de su huerta, con lo cual era claro que su tía estaba en inminente peligro de ser descubierta. Una vez concebido este fundado recelo, creyó nuestro joven que ninguna consideración debía ya detenerle, y que toda prudencia debía ceder ante la obligación de tratar a toda costa de salvar a la noble anciana, tan amada de su corazón, y si, como (era no menos probable, Matilde continuaba en compañía de la Condesa... no había, pues, que vacilar; el joven se encomendó a Dios, y resolvió definitivamente evadirse por fuerza o por astucia.

Hecha esta resolución, púsose con cautela a explorar el campo para formar su plan estratégico; y lo primero que notó fué que la puerta estaba cerrada con llave, y que además la llave había sido quitada de la cerradura; de esto no podía dudar, porque recordaba perfectamente haberla visto puesta cuando él entró, y hasta que se había prendido en ella uno de los ojales de su carmañola; era, pues, claro que Guillermo la había quitado para asegurar a su víctima. No había duda: estaba cogido; él mismo, por sus propios pies, se había metido en el cazadero.

¿Qué hacer en semejante apuro? Lo menos desacertado era por el pronto disimular su miedo y sus proyectos como mejor pudiese, seguir bebiendo y charlando con sus dos interlocutores y ver si lograba emborracharlos de modo que se incapacitasen para luchar con él. Pero este último intento, por lo que hacía a Guillermo, continuaba siendo vano: el maldito espía era capaz de apurar toda una bodega sin perder un ápice de la perspicacia de su mirada, ni de la reserva habitual de sus palabras, ni del desembarazo de sus movimientos. Tan sobre sí estaba el condenado, que Héctor has-

ta creyó advertir en él cierta actitud de precaución, como la del podenco cuando está en aguardo de la liebre y próximo a echarse sobre ella. Luego, aquellas manos cerdosas, aquellos brazos de hierro... ¿quién iba a tratar de vencerle por la fuerza?

Esta situación angustiosa de Héctor duraba ya hacía más de una hora, sin que le fuese dable prever cómo se terminaría, cuando de repente se oyó en la tienda un ruido como de alguno que, caminando a oscuras por la pieza, hubiera tropezado con las herramientas del cerrajero, o derribado las herramientas amontonadas en un estante de la anaquelaría. Indudablemente era esto; porque con el ruido del hierro al caer en el suelo se había mezclado el de una voz bronca que lanzó mil tabernarias imprecaciones. Guillermo, al oírlas, exclamó con cierta cólera:

—¿Habrá torpe?

Y en seguida se levantó súbitamente para ir a abrir la puerta. Las señas eran todas de que Guillermo sabía quién era el que había tropezado. Héctor conoció que aquel era un momento crítico, y armándose de toda resolución, que su mismo peligro le daba, dejó al espía ir, con la luz en la mano, a abrir la puerta; le siguió con los ojos mientras sacaba del bolsillo la llave y la metía en la cerradura; cuando le hubo visto dar la vuelta, el joven, lanzándose como un tigre, cae sobre Guillermo, le derriba, le apaga la luz, y saltando por encima de él, se planta de un salto en la tienda, coge al paso uno o dos pares de grillos y parte la calle abajo como una flecha.

Oyóse entonces un rugido de furor que al mismo tiempo exhalaban el espía y el recién venido, mientras el cerrajero, tambaleándose, gritaba desde la trastienda:

—¡Eh, patriotas!, ¿qué demonios de bulla es esa? ¿Queréis echarme abajo la anaquelera? Malditos, a ver si me alumbráis, que me voy a romper la cabeza en esta obscuridad... ¡Guillermo, Guillermo!... No me armes camorra... Yo estoy en mi casa... ¡A la calle todo el mundo! ¡Ea, a la calle!

—¡Se escapó el muy canalla!—decía entre tanto Guillermo al recién venido—. Torpe, tú tienes la culpa; ¿a quién se le ocurre venirse sin una linterna sorda?... ¡Por vida de...! ¡Y yo que lo tenía todo tan bien preparado!... ¡Torpe, torpe!

—Deja, ciudadano—respondía balbuciente el recién venido—, deja, que ya le atraparemos de todos modos... Así como así, ya sabremos en dónde tiene la madriguera... Estamos buscando las vueltas a cierto tío Roque que vive en una huerta allá fuera de París, y tenemos nuestras razones para creer que en ella están juntos la vieja aristócrata, la compañera de nuestra campesina enjaulada, y... ¿quién sabe si estarán también con ellos los demás conjurados?...

—Pues vamos, y no perdamos más tiempo—respondió Guillermo, saliendo efectivamente con el otro espía y dejando al cerrajero dar traspies en la trastienda hasta caer como un cerdo en el suelo, donde durmió la terrible mona que había tomado.





CAPÍTULO XXVI

El lecho de la moribunda.



MBUTIDA bajo el entarimado de la estufa, sin luz y casi sin aire, la infeliz Condesa, postrada en el lecho del dolor, recogía laboriosamente el último resto de sus fuerzas para ofrecer a Dios el postrer sacrificio; pero le era imposible hallar en su ánimo la calma que necesitaba en aquella hora suprema, recelando ver ante sí de un momento a otro al hombre implacable que ha tantos años la persigue con su venganza, y sin ser poderosa tampoco a echar de sí el recuerdo de su sobrino. ¡Pobre señora! ¡Cómo atormenta su conciencia cristiana esta tenacidad con que los pensamientos terrenales la asedian en el instante que sólo debía pensar en comparecer ante el Juez Soberano! Sin embargo, pugnando valerosa por disipar esas nubes que se interponían entre ella y el cielo, se dispone a recibir los auxilios espirituales, que iba a deber a la piedad de la buena Francisca. No lejos de la huerta se halla retraído un venerable y anciano

sacerdote, a quien esta buena mujer cuida y alimenta, y el cual no retrocede ante peligro alguno cuando algún fiel reclama la asistencia de su sagrado ministerio; a este sacerdote había ido a buscar Francisca para que administrase los últimos Sacramentos a la noble anciana; pero desgraciadamente no le había encontrado, porque en aquel instante se hallaba el ministro de Jesucristo dispensando a otro moribundo los mismos auxilios celestiales.

Así es que hacía ya una hora se le esperaba ansiosamente por la Condesa, que de minuto en minuto sentía irse apagando su aliento. La inquietud misma que este contratiempo le produce, aumenta su malestar; inundada de un sudor frío, oprimido el pecho, extenuada por incesantes congojas, mil veces ha sentido ya la muerte pasar sobre ella su helada mano, sosteniéndola aún su fe viva, su esperanza, su ardiente caridad, todos los afectos piadosos que habían animado su larga existencia, y que, por misericordia divina, se acumulaban en su corazón en aquel solemne momento, como para consumir su holocausto.

El sacerdote llega, al fin. La pobre enferma se hallaba tendida en un mal catre, y cubierta con una ligera manta que apenas podía defender su piel del intenso frío que la penetraba en aquella especie de sepulcro. Habituada casi toda su vida a gozar, no sólo de comodidades, sino de los refinamientos del lujo, debían ser durísimas para la noble anciana las privaciones que la rodeaban, sobre todo en aquellas circunstancias; y, sin embargo, ella misma había, no ya aceptado, sino solicitado esta desnudez y austeridad, porque se agradaba en imitar a los Santos, procurando expiar, a ejemplo de ellos, en la hora de su muerte, cuanto pudo haber

de inmoderado en el goce de los bienes que durante su vida había poseído.

Acercósele el ministro de Dios después de haber dejado junto a la cabecera del catre su linterna sorda, que siempre llevaba consigo y cuyo pálido fulgor era la única luz que iluminaba aquel lúgubre cuadro; lúgubre, sí, como lo es siempre el aspecto de la muerte, escrita ya en las alteradas facciones de la enferma, pero también consolador si se atendía sólo a la dulce y serena resignación derramada súbitamente en aquella alma, dispuesta ya a emprender el retorno a su patria celestial.

El único testigo de esta escena era la pobre Francisca, que, penetrada de doble dolor, lloraba en silencio por lo que estaba presenciando y por sus propias penas. ¡Oh, quién hubiera dicho, pocos años había, a la noble señora, cuando se hallaba en su rico palacio, rodeada de todos los suyos, que andando el tiempo había de morir en tan mísero lecho, en tan humilde estancia, solitaria, llena, en fin, de todas las inquietudes y de todos los pesares que pudiesen amargar sus últimos instantes! No que ella se quejase; al contrario, sus labios no se abrían sino para dar gracias a Dios de aquella desolación misma que la atribulaba.

Purificada su alma con el Sacramento de la Penitencia, recibió en seguida el Santo Viático. La infeliz no esperaba gozar este supremo consuelo; pero, por dicha de ella, el sacerdote, como todos los demás que en aquellos días de terror tuvieron ocasión y fortaleza para ejercer su augusto ministerio, llevaba siempre consigo la Sagrada Eucaristía, confiando en que nuestro Señor Jesucristo la libertaría de toda profanación.

Imposible nos sería pintar el piadoso anhelo, el vivo

fervor con que la moribunda recibió el divino Consolador de las almas: inundados sus ojos en lágrimas de tierna gratitud, sentía cual nunca su corazón abrasado en el fuego de la piedad; el anciano sacerdote lloraba también con ella contemplándola con cierta veneración, cual si en su rostro, ya lívido, pero bañado de resplandores celestes, mirase como en un claro espejo el alma de aquella anciana, purificada por tan tenaz sucesión de amargos dolores y por tan santa aceptación del sacrificio que estaba consumando.

De cuando en cuando el sacerdote se retiraba un poco, no solamente para dejar a la enferma que recogiese más y más su espíritu, sino también para pedir a Francisca algunas noticias acerca del nombre y demás circunstancias de la moribunda; la buena mujer le dijo todo cuanto sabía sobre el particular, que no era mucho, hasta terminar refiriendo cómo desde que oyó la nueva de la condenación de Luis XVI, la pobre señora cayó en un estado de postración dolorosa, comenzando verdaderamente entonces la agonía, que tan cerca estaba ya de su término.

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo!—exclamó el buen anciano elevando los ojos al cielo—. ¡Ah, qué francés, qué cristiano no habrá sentido estremecerse el fondo de su alma a vista de tan horroso atentado!... Ciertamente comprendo cómo una persona tan piadosa, debilitada además por tan largos padecimientos, ha sentido su corazón traspasado por un dardo al oír la fatal noticia. Yo os lo confieso, querida Francisca; también yo he tenido que pedir a Dios misericordioso la fuerza necesaria para no sucumbir a la impresión causada en mi ánimo por tan horrendo crimen.

—Sí, señor Cura, sí; esos republicanos acabarán con

todos nosotros... Ya mi pobre padre, y mi cuñado antes que él, han caído en sus manos... Me estoy temiendo que tampoco yo ni mis pobres hijos estamos seguros de sus persecuciones...

—¡También el buen Roque ha ido preso!... ¡Ah!, no parece sino que el infeliz lo presentía al decirme la última vez que estuvo a confesarse conmigo, que a todos habían de medirnos con el mismo rasero... Tenía razón... Pero... ¿qué ruido es ese? Parece que están llamando a esa puerta.

Efectivamente, acababan de sentirse en la puerta de la estufa dos o tres golpecitos. Francisca, después de haber estado escuchando un momento, respondió:

—Por lo que pueda suceder, señor Cura, yo he tenido cuidado de cerrar por dentro; pero si os parece, apagaremos además la linterna... No extrañaré nada; porque, según tengo entendido, hay quien toma muy a pechos el apoderarse de esta pobre señora, y de un momento a otro estamos temiendo que vengan a registrarnos la huerta...

Apagaron, en efecto, la linterna, y pusieron en seguida a escuchar de nuevo; pero no oyeron nada. El sacerdote volvió a acercarse a la enferma y le preguntó si algo en particular tenía que comunicarle. La enferma le respondió con voz en extremo desmayada:

—Mil cosas, señor Cura, mil cosas, todas de grande interés para mí, pero las cuales vale más acaso olvidar en este momento.

—Bien decís, señora—repuso el sacerdote—; ¡la tierra y sus afanes son tan insignificantes comparados con la eternidad!... Sin embargo, pudierais quizá tener algún encargo que confiarme...

—Sí, señor Cura, uno muy principalmente... No es

probable que lleguéis jamás a poneros en contacto con cierto enemigo mío que me persigue de muerte... Ya os dirán quién es... Pero si por acaso alguna vez le vieseis, decidle, os ruego, que jamás he sentido ningún movimiento de odio contra él, y que muero perdonándole de todo corazón el mal que me ha hecho...

—Confíad en mí, señora... Le buscaré, si tal es vuestra voluntad...

—¡Oh!, no, señor Cura... Eso sería entregaros a una muerte cierta...

—Está bien, seguid: ¿se os ofrece algo más?...

—Tengo un sobrino...

—Sí, ya sé, a quien queréis como a hijo...

—Como a hijo..., es verdad... Si me vive... ¡Dios mío!... Si vive...

—¿Qué queréis que le diga?

—A su lealtad recomiendo la recompensa de estas buenas gentes que nos han dado auxilio en su casa, sobre todo del pobre Roque, a quien por causa nuestra... Pedid a todos perdón en mi nombre..., os lo suplico...; perdón de las molestias que les he causado, de lo que padezcan por causa mía...

—Buscaré a vuestro sobrino, señora; y si Dios quiere que le halle, le diré vuestro postrer deseo.

—Ya él lo supondrá... Ya él sabe... Decidle únicamente que si puede hacer algo por salvar a nuestro infeliz Monarca... Pero no... Es forzoso que el inocente muera por los criminales... y que se cumplan los ocultos designios de Dios... ¡Ah!

Reclinado sobre la enferma para mejor recoger estas palabras, dichas con acento apenas perceptible, el sacerdote levantó de pronto la cabeza para escuchar un nuevo rumor que llegó en aquel instante a sus oídos,

y el cual parecía ser como de pasos de alguna persona que se acercase. La pobre Francisca, que sin duda los había ya percibido momentos antes, figurándose que eran de algún agente de policía que viniese a prenderla, se apresuró a abrir la puerta y corrió a ocultarse tras una empalizada inmediata a la estufa.

Atisbando desde este escondite, vió a un hombre que, embozado en su capa, después de haber atravesado la huerta procurando tomar rodeos para no ser visto, se había colocado junto a la estufa y clavado allí sin decir palabra, con el aliento recogido, sin más movimiento que el necesario para echar algunas miradas cautelosas en derredor; tan pronto parecía un fugitivo acosado por perseguidores delante y detrás de sí, como un espía que atento examinase el lugar para preparar una emboscada.

Entre tanto el sacerdote, como hubiese cesado de oír el rumor que le había puesto en alarma, o quizá indiferente a lo que pudiera ser, y resuelto a cumplir su ministerio de caridad fuese cualquiera el peligro que le amenazase, continuó hablando con la moribunda en cuanto las ya agotadas fuerzas de ésta le permitían articular alguna que otra frase para hacer sus últimos encargos al ministro del Señor; el nombre de Héctor salía sin cesar de sus labios, ya casi cárdenos, cual si el temor de que el noble joven hubiese sido asesinado por sus perseguidores la asediase como un espectro lúgubre entre las sombras de la muerte. Parecía próximo el instante de exhalar su último aliento, pues apenas oía, apenas respiraba, cuando de repente se vió iluminada la estufa cual si hubiera brotado del centro de la tierra súbita llama, y volviéndose entonces el sacerdote, vió detrás de sí a un hombre inmóvil,

silencioso, con una linterna en la mano, lanzando miradas sañudas al expirante rostro de la enferma. Sorprendido y aterrado a un mismo tiempo el pobre anciano con esta aparición que tenía algo de satánica, faltóle voz para preguntar al desconocido quién era, qué quería, qué había ido a buscar de aquel modo en el obscuro asilo de la muerte.

Como ningún signo exterior hubiese en aquel hombre por donde pudiera venirse en conocimiento de su clase ni de sus intenciones, estas preguntas que a sí propio se hizo el anciano quedaron sin respuesta; pero aquella mirada fija sobre la moribunda, aquellas contracciones de un rostro en donde se pintaba una ira verdaderamente infernal, nada bueno prometían.

La enferma, entre tanto, con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre su pecho, heladas ya las extremidades de su cuerpo todo, parecía extraña absolutamente a la singular escena que en torno de ella estaba pasando; postrada por la agonía, o profundamente recogido su espíritu para encomendarse a la misericordia de Dios, hallábase en ese intervalo supremo que es como el punto de división entre la vida y la muerte.

Cinco minutos lo menos había durado esta singular y terrible escena, cuando el desconocido, arrancando, al fin, de su pecho palpitante un suspiro trémulo y cavernoso como el rugido de fiera herida, gritó con desatemplado acento, que parecía desafiar al imperio mismo de la muerte:

—¡Julia!

Al sonido bronco de esta evocación notóse un estremecimiento en los miembros de la enferma, sobre todo en sus párpados, que se agitaron convulsivamen-

te, cual si hiciera un doloroso esfuerzo para abrir sus ojos.

—¡Julia, soy yo! ¡Mírame!—repitió el desconocido con voz aún más fuerte y vibrante.

En seguida dejó su linterna en punto donde su luz cayese recta sobre el semblante de la moribunda, y cruzando los brazos se colocó inmóvil frente de ella a los pies del catre para contemplarla en silencio con una indefinible expresión de cólera, de pesar y de alegría, todo a un tiempo mismo. Luego, con labios trémulos, echando llamas por los ojos y convulso como un endemoniado, comenzó a murmurar palabras ininteligibles, aunque no tanto que entre ellas no se percibiese alguna de impía protesta contra la muerte, que llegaba a arrancarle una víctima largo tiempo codiciada.

Pero dejemos un momento este repugnante cuadro, en que se ve la lucha de la piedad resignada con el odio implacable, para seguir los pasos del errante y acosado sobrino de nuestra infeliz moribunda.





CAPÍTULO XXVII

Un recado del cerrajero.

HÉCTOR había trazado instantáneamente un plan atrevidísimo. Las noticias que acababa de darle el cerrajero acerca de la situación de Victoria, de la calle y de la casa en donde estaba encerrada, le inspiraron el proyecto de ir a tratar de libertarla. Dos fines lograba con esta osada tentativa: uno, cumplir la palabra que había dado a Matilde de hacer cuanto en su mano estuviera para restituírle su amiga, aventura en cuyo éxito se interesaba su honra de caballero y su corazón, lleno de un afecto a Matilde, que, como ya en otra parte hemos dicho, era más que de hermano; otro, encaminarse al único punto donde ciertamente no pensarían en buscarle Guillermo y el otro espía, los cuales Héctor suponía con razón que correrían en su seguimiento, y que ausentes, por tanto, de la casa de Victoria, serían obstáculos de menos para estorbar al intrépido joven la empresa que meditaba.

Llevando debajo del brazo el par de grillos que ha-

bía cogido en el almacén de Duroz, vestido con su carmañola y gorro colorado, y provisto de su carta de civismo, presentóse denodadamente en el encierro de Victoria preguntando por el ama de la casa. Salió, en efecto, a recibirle una de las dos demócratas marimachos, la que conocemos con el nombre de Ana, y después de interrogarle ésta, no sin haberle antes medido de arriba abajo con mirada exploradora, acerca de quién era y lo que se le ofrecía, respondió con admirable aplomo el mancebo:

—Vengo de parte de Duroz a traerte estos chismes; tú sabrás para lo que son, aunque ya me figuro que estarán destinados para asegurar de toda contingencia a algún aristócrata travieso. No, pues al que le pongan este par de sinapismos no le ha de quedar mucha soltura para bailar un minué. Mira, mira; fresquitos vienen, recién salidos de la fragua.

Este lenguaje de Héctor, junto con el republicano atavío que llevaba, y con el falso recado del cerrajero, hubieron de quitar a la ciudadana todo género de desconfianza; pues que, mirando al joven con aire de esos que quieren decir “veo que somos lobos de una misma camada”, le respondió:

—¡Hola! ¿Vienes de parte de Duroz? Me alegro de que nos cumpla su palabra. Pero no nos traes más que un par, y nosotros le hemos encargado cuatro. Queremos poner tienda... ¡Ja, ja!...

—Pues haréis negocio, porque éste es género que está muy en boga. Sin duda por eso Duroz se da tanta prisa a fabricarlo; como que tiene ya preparadas nada menos que tres docenas; pero a los demás hay que darles todavía la última mano. El, por lo visto, quiere mandar este par desde luego, por si hace falta.

—Tiene razón; efectivamente, pueden hacer muy al caso de un momento a otro, porque a esta hora estará ya cogido cierto aristócrata disfrazado, sobrino de una Condesa.

—¡Duro, duro en él!—dijo Héctor guiñando el ojo—. A esos tunantes republicanos postizos hay que atarlos corto. Si no andamos listos con ellos, se nos cuelan el día menos pensado, y nos dan que sentir. Yo, por mí, lo que hacía era no dejar uno solo con vida. Perro muerto no ladra ni muerde.

—Así me gustan a mí las gentes—dijo Ana visiblemente satisfecha de esta sanguinaria profesión de fe política—. Veo que eres patriota, de los míos...

—Del club de los Jacobinos, para lo que gustes mandar... Ahí tienes mi documento: carta canta.

—No es menester leerlo—repuso la ciudadana, sin dejar por eso de echar una ojeada sobre el papel—. Basta verte y oírte para conocer que eres de la buena raza... ¿No has oído hablar en el club de lo que hay?

—¿De qué? Porque se cuentan tantas cosas...

—De la conjuración de los realistas...

—¡Ah!, sí; ya he oído a Robespierre, a Momoro y a Saint-Just, que esos canallas intentan un golpe de mano. Pero, según se dice, han mudado ya de plan...

—¿Cómo han mudado? A ver, explícate...

—Yo pensaba que tú lo sabías... Parece que ya no se echarán a la calle hasta el día de la ejecución de Capeto... Pero que vengan cuando gusten: cabalmente estamos todos deseándolo para darles una lección.

—Dices bien, ciudadano; ya es hora de que acabemos de herrar o quitar el banco... Así habrá una buena ocasión para degollar en un día a todos esos malditos... No hay medio: o ellos o nosotros.

—Eso es lo mismo que digo yo...

Al llegar la conversación a este punto, ocurrióle a Héctor un recelo que no le había ocurrido antes, y era el de si estaba quizá hablando en aquel momento con uno de los dos marimachos que habían ido en compañía del ex conde a prenderle la noche anterior. El recelo era fundadísimo; pero, por fortuna del joven, como todo había pasado a obscuras y en silencio, la ciudadana no pudo tomarle señas por donde ahora le reconociese. Sin embargo, Héctor comprendió que ésta era una razón para apresurar cuanto fuese posible su comenzada aventura, y con este fin, dando rápidamente al diálogo otro giro, prosiguió así:

—Pero con tu permiso, ciudadana, ya que he hecho mi encargo, me retiro a seguir cazando aristócratas... Hasta más ver... ¡Ah! ¡Qué cabeza tengo!—dijo retrocediendo y fingiendo habersele olvidado algo—. ¿Pues no se me pasaba lo mejor?...

—¿Qué más se te ofrece?—le preguntó Ana.

—Otro encargo que me ha dado Duroz... El muy tuante me ha cogido hoy por su cuenta... ¿Dónde está Victoria?

—¿Victoria?—exclamó Ana, 'no sin alguna sorpresa—. ¿Qué Victoria?

—La novia de Duroz, su palomilla torcaz, como él la llama...

—¡Calla! ¿Te ha contado sus proyectos matrimoniales?

—O somos o no somos camaradas...

—¡Vaya! Me alegro... ¡Y qué! ¿Se decide al fin a cargar con la campesina?

—Parece que sí... Aunque él, sea dicho aquí para entre los dos, ciudadana, es un bucéfalo que tiene las

telas del corazón tan de cerrajero; a la cuenta, la muchacha debe no haberle parecido saco de paja, y anda ya que bebe los vientos por ella...

—Hombre, me das una gran noticia... Mi marido y yo tenemos mucho interés en que se haga esa boda...

—¿Guillermo? Ya me ha dicho también algo de eso... El parece que es quien ha metido a Duroz en el paso... ¡Je, je!

—Veo que estás en el secreto, ciudadano... Vaya, di allá: ¿qué recado traes de Duroz para la muchacha?

—El caso es, ciudadana, que... la verdad, el cerrajero me ha encargado que me vea con ella a solas, y... ya tú comprendes, estas cosas de novios no son para confiadas a nadie; tengo que decirle algunas cosillas que ella no sabe, y ver lo que resuelve... En fin, no puedo hablar más. Conque... hazme el favor de llevarme adonde está la chica; si no, me voy sin dar mi recado... Ya tú ves, en mi caso harías tú lo mismo.

El lazo estaba hábilmente tendido: Héctor había sabido lo bastante para comprender el grande interés que Guillermo tenía en hacer al cerrajero marido (a lo republicano) de Victoria. Este bodorrio era medio seguro de ir poco a poco minando la fe y la piedad de la joven; el día en que la viesen corrompida tendrían en ella un magnífico anzuelo para la pesca de realistas; o sea, dicho de otro modo, en la vasta red de espionaje tendida sobre Francia, Victoria era nudo del que podían atarse muchos hilos el día que lograran quitarla el temor de Dios. Importaba, pues, mucho a la republicana esposa de Guillermo ligar la suerte de la muchacha con la del estúpido cerrajero, dócil instrumento del sagaz y maligno espía. Esto explica la aquiescencia y aun la soli-

citad con que Ana acogió al falso mensajero de Duroz, diciéndole:

—No se hable más del asunto, ilustre plenipotenciario; respeto profundamente el secreto de tu misión. Verás a la campesina, y le dirás con toda libertad cuanto quieras. Pero te advierto que tiene esa chica la mollera muy dura, y que te ha de costar trabajillo el reducirla a casarse sin bendiciones de cura ni ninguna de esas zarandajas que se usaban en los matrimonios del antiguo régimen. Trata, pues, de domesticármela, y ten por seguro que te lo agradeceremos.

—Déjala tú por mi cuenta, ciudadana, que pronto verás si te la pongo más blanda que un guante. Precisamente me pinto yo para eso...

—Cierto que no debes darte mala traza, picarillo... Y a propósito: ¿eres tú casado?

—Todavía no; pero tengo novia, y se me figura que, en llevándole un regalo que le estoy preparando, he de salir airoso de mi empeño... Pienso ponerla hoy mismo en relaciones con tu campesina.

—Pues anda, ciudadano, ven conmigo.

Héctor siguió, efectivamente, a la mujer hasta el gabinetito elegante, pero aislado, y en el último rincón del edificio, que servía de calabozo a Victoria.

Mientras Héctor atravesaba las habitaciones anteriores al gabinete, iba con su rápida imaginación combinando la manera de realizar su plan. El oscuro pasadizo que inmediatamente precedía a aquella pieza; la solidez de la puerta, que daba comunicación a la misma con las demás del edificio; la situación misma de aquel estrecho departamento, embutido, digámoslo así, en un ángulo de la casa y alumbrado apenas por la única reja de espesas barras que le servía de respirade-

ro, más bien que de ventana, todo esto indicó a nuestro joven aventurero que Victoria estaba real y positivamente presa, sin que bastaran a destruir tan fundada presunción los dijes y exquisiteces que, por otra parte, embellecían su jaula.

Al entrar en ella Héctor estaba la joven arrimada a la reja, mirando el retazo de cielo nebuloso que, como por cerbatana, se descubría al través de las barras, pensando probablemente con tristeza en su alquería, en los campos donde pasó su infancia, en sus padres, en su amiga quizá; sus párpados, hinchados y enrojecidos, atestiguaban lo mucho que había llorado. Habituada, como estaba ya, a no reparar en la serie de misteriosos y antipáticos personajes que de cuando en cuando iban a verla, apenas fijó su atención en la ciudadana y en Héctor cuando hubieron entrado en el gabinete, sino que continuó en la misma actitud meditabunda y triste junto a la reja.

—Allí la tienes—dijo la ciudadana a Héctor—; ni siquiera ha vuelto la cabeza para mirarnos: tan salvaje como bonita... No será pequeño triunfo si logras hacerla a la mano...

—Déjala tú a mi cargo—respondió Héctor—, que ya verás... Duroz me ha autorizado a ofrecerla algún regalillo, y... ya sabes, dádivas quebrantan peñas, como dice el refrán. Déjame solo con ella.

—¡Pues a la brecha! Ataca en firme. Veo que eres hombre que lo entiende.

Dicho esto, la ciudadana se retiró, no sin echar antes la llave por de fuera; pero esta precaución no argüía ninguna desconfianza, antes por el contrario, Héctor había logrado engañarla tan completamente, que la muy boba se abstuvo a ponerse a escuchar junto a la

puerta, según lo tenía de costumbre, y se fué muy satisfecha a referir a su cuñada el nuevo caso.

Victoria, al oír el ruido de la puerta, volvió la cabeza con esperanza de que otra vez la hubiesen dejado sola con sus penas sin importunos testigos; pero al ver que se hallaba en compañía de aquel joven demócrata, vestido con las insignias republicanas, temió y llenóse de rubor al pronto; mas recobrando en breve la dignidad que le era nativa, y revistiéndose de cierto desdén mezclado de repugnancia, volvió a tomar su anterior actitud junto a la ventana, y quizá a reanudar sus interrumpidas imaginaciones tristes. Contemplóla el joven algunos instantes con respetuoso silencio y tierna compasión, y al fin le dijo con acento dulce y bastante apagado para que no pudiesen oírle desde fuera, aunque le estuviesen escuchando, como temía, bien que sin razón, según hemos visto:

—Os traigo noticias de Matilde.

Al oír este nombre, Victoria se volvió rápidamente, quedóse con los ojos clavados en Héctor y, soltando el llanto, le dijo:

—Quienquiera que seáis, no tendréis la crueldad de venir a burlaros de esta pobre joven sin ánimo y sin defensa.

—No lloréis—le replicó Héctor conmovido—, y por Dios fíaos de mí. Soy un amigo vuestro. No solamente no quiero burlarme de vos, sino que vengo aquí con intención de salvaros.

—¿Cómo he de creer eso cuando empezáis engañándome?

—¿Engañándoos?

—Sí: decís que me traéis noticias de Matilde, y Matilde ha muerto... ¡Infeliz!

—¿Que Matilde ha muerto?... ¿Quién os ha dicho eso, hija mía? Matilde, gracias a Dios, vive, y está muy bien, y con muchos deseos de daros un abrazo.

—¿De veras? ¿No os burláis de mí? ¿Matilde vive?... Esas mujeres me han dicho que la habían decapitado.

—¡Mentira! Matilde vive, os repito, y ni siquiera ha sido presa. Lejos de eso, en este instante mismo es probable que se halle ocupada en ver de libertar a su padre. Os lo juro a fe de caballero cristiano.

Las frases, el acento, la actitud con que Héctor hablaba, inspiraron a la joven una confianza irresistible, y no dudando ya de la veracidad de su interlocutor, cayó de rodillas con las manos cruzadas, exclamando entre sollozos de indecible júbilo:

—¡Conque era mentira! ¡Gracias, Dios mío! ¡Matilde de mi alma! Pero vos ¿quién sois, caballero? Porque, de seguro, no sois lo que parecéis.

—Soy un amigo de Augusto de Reyre, hermano de Matilde; este traje democrático con que me veis no es más que un disfraz: me lo pongo por necesidad, como se lo pone también Augusto, como se lo pone Matilde, como tendréis vos que ponéroslo mañana mismo, si queréis salvaros... Soy noble, y me honro de serlo. Miradme bien; quizá me recordaréis: soy quien se llevó, cogida del brazo, a Matilde la noche que os separasteis de ella en aquella confusión. Vengo a libertaros, si tenéis valor para hacer cuanto yo os diga.

—¡Que si lo tengo!—respondió Victoria con singular acento de energía—. Prefiero mil veces la muerte a la situación en que estoy. Se pretende de mí..., ¡oh qué horror!, se quiere convertirme en espía, hacerme revolver en el lodo de los vicios. ¡Padre mío! ¡Madre de mi alma!

—Pues bien: yo estoy dispuesto a salvaros. Escuchadme atentamente. Vengo en este momento de casa de Duroz, el que quieren que sea...

—¡Oh! No me lo nombréis siquiera: me causa horror pensar en él.

—Lo creo, hija mía, lo creo. De él he sabido, a fuerza de astucia y rodeos, el encierro donde estáis. Después os referiré lo que en casa del cerrajero me ha pasado, y os explicaré por menor cómo he podido llegar hasta aquí. Por ahora lo que os importa saber es que en la casa creen que os estoy hablando por encargo de Duroz.

—¡Qué! ¿Os ha dado ese miserable algún encargo para mí?

—No, por cierto; pero yo lo he fingido para que me dejen hablar con vos. Es menester que os prestéis a secundar mi ficción. Y pronto, porque no tenemos tiempo que perder. A estas horas me están buscando con rabia, y de un momento a otro pueden cogermé aquí. Con que decidíos: necesito que tengáis una absoluta confianza en mí, que confirméis todo lo que yo diga, que no pongáis resistencia a nada de cuanto haga. ¿Estáis resuelta a ello? ¡Por Dios, no vaciléis, pues nos perderíamos ambos!

—Sí, sí; el corazón me dice que me fíe de vos, caballero. Disponed de mí; pero, por María Santísima, no me exijáis nada que vaya contra mi conciencia, porque..., porque no podría seguiros.

—Confíad en mí, os repito, confíad en mí. Basta que os dejéis llevar, que no me desmintáis en nada de cuanto me oigáis decir. Os lo advierto porque quizá me sea forzoso decir algo que ofenda vuestro pudor. Pero sufridlo con resignación, os lo ruego. No pido más de

vos. Considerad que a este precio vais a reuniros con Matilde, a abrazar a vuestra madre.

—Disponed de mí, caballero, disponed de mí. Después de tanto como he sufrido, Dios no puede permitir que salga vano vuestro intento.

Héctor tiró entonces del cordón de la campanilla que Ana le había indicado antes de salir, y en breve se oyó crujir la llave en la cerradura de la puerta, que se abrió para dar paso al joven. Adelantóse éste entonces un poco hacia el interior del pasadizo contiguo al gabinete de Victoria, acercándose con semblante jovial al sitio en que Ana se encontraba; ésta le dijo en voz baja:

—¿Qué tal? ¿Se va viniendo a la mano el pajarillo?

—¡Pchs! ¡No va mal la cosa, no va mal! Pero la conciencia de la muchacha parece de acero colado. Está llena de supersticiones y... la verdad, cuesta trabajillo hacerla entrar en razón.

—¿No te lo había dicho? ¿Y por qué registro sale ahora?

—Dice que Duroz no le parece mal; pero que, al fin y al cabo, es hombre casado; que ella es una mujer honrada, y que la... y que el... En fin, eso que decían antes las mujeres.

—Ya, ya estoy. Pero ¿por dónde diablos ha sabido que Duroz era casado? Nosotros no le hemos dicho una palabra de esto. Siempre será el borrachón de su novio mismo el que se haya berreado con ella.

—No tendrá nada de particular, porque él, en bebiendo un trago, es capaz de hablar lo suyo y lo ajeno.

—Es verdad, ya veo que le conoces bien. Y la muchacha, ¿dices que le hace asco a eso de matrimoniar con hombre casado?

—¡Pues..., lo que tú decías, ciudadana! Esas preocupaciones que se maman con la leche son manías que cuesta mucho trabajo ir venciendo. Y luego, como la pobrecilla está aquí día y noche encerrada en esta cárcel...

—¿Cómo es eso de cárcel? ¡No parece sino que la hemos metido en una mazmorra! Ya has visto: está alojada como una princesa. Dudo yo si los aristócratas a quienes parece que ha servido tendrán a su disposición todas las comodidades y primores que ella goza.

—Sí, sí; pero, al fin y al cabo, por mucho que se le dore la jaula, no deja de ser jaula, y a sus años mucho gusta, es verdad, el andar perifollada y nadar entre rosas, pero gusta más la santa libertad.

—Ya le soltaremos un poco la rienda en cuanto dé alguna señal de humanizarse y de ser menos arisca de lo que es. Entretanto...

—Entretanto, con tu perdón, ciudadana, y siguiendo en el sistema de tenerla entre esas cuatro paredes, no lograréis sino enrabiarla más cada día y hacerla que se desespere. Luego, la chica, al cabo, no es hospiciana. Tiene padre, madre; la asaltan los recuerdos de su lugar, y si se le quita toda esperanza de volver a ver la patria y la familia...

—¡Patria! ¡Familia! ¡Preocupaciones miserables! El verdadero republicano es ciudadano del mundo.

—Sí, estamos conformes; pero no se trata aquí de lo que a nosotros nos parezca, sino de lo que le parezca a ella. Es menester no tirar tanto de la cuerda que al fin se rompa. Debéis prometerla que verá a su padre.

—¿Su padre? Precisamente le estamos aguardando. Viene ya de retorno a Francia, después de haber cometido la tontería de acompañar en Alemania a un emi-

grado... Parece que el pobre diablo es tan estúpido como su hija. Se han dado órdenes para que no se le estorbe la libre entrada en Francia y para que les dejen venir a París, adonde vendrá de seguro en busca de la muchacha. Luego que le tengamos aquí, le echamos mano, y como por el delito de haber dado su auxilio a un emigrado tiene pena capital, contamos con él para que su hija acabe de domesticarse. Cuando vea que de ella depende la vida del ganapán de su padre... Tu me entiendes. Esto, por supuesto, quédese para entre los dos; yo te lo confío porque me ha gustado tu traza y veo que eres listo.

—Descuida, ciudadana, que por mí nadie sabrá la cosa; y si alguna ayuda se te ofrece para realizar ese plan, cuenta conmigo. Tú verás. Por el pronto, es menester que tú me ayudes a hacer con la chica lo que he pensado.

—A ver, ¿qué has pensado?

—Te diré: en el rato que he estado haciéndole la rueda, he hablado de regalos, y así como quien no quiere la cosa, le he enseñado estos escudillos de oro que Duroz me ha dado para comprarle lo que me parezca más del gusto de la chica. Ella no ha puesto mala cara... A esto nunca ponen las muchachas mala cara, ¿estás?

—Sí, continúa; eso es de buen agüero. ¿Qué más?

—Pues bien; creo que para engatusarla mejor, lo que había que hacer era sacarla por ahí a dar una vuelta. Esto le haría creer que ya estaba en libertad, y aprovecharíamos el paseo en comprarle cualquiera baratija en nombre de Duroz, como algún pañuelo bonito, algún anillo o un canario. Precisamente está antojada de un canario; me lo ha dicho ella. Luego, así como por casualidad, nos la llevamos por casa del mismo Duroz,

y cuando ella vea aquella tienda de cerrajería tan bien montada, y..., digo, ¡poquito que la obsequiará el mostrenco de su novio! ¿Qué te parece mi plan?

—No está mal urdido. Pero también eso de sacarla a la calle es cosa para muy pensada. Tú no sabes las piernas de gamo que tiene la maldita, y si no se la vigila y se la asegura mucho, es capaz de darte un esquinazo cuando menos lo pienses.

—Buen remedio: vienes tú con nosotros; la coges de un brazo, yo de otro, hasta que la aplastemos a puro cariño, y al primer movimiento que haga que no nos guste, yo me encargo de darle tal apretón, que caiga redonda al suelo.

—De todos modos, ciudadano, la cosa es arriesgada, créeme a mí.

—Pues inventa tú otra cosa. A mí no se me ocurre nada mejor.

—¿No podías ir tú solo y comprarle lo que te pareciese?

—Ya había yo pensado en ello; pero, francamente, se me había figurado preferible el que ella misma escogiese por sí lo que más le gustase. Además he temido no acertar con el deseo de Duroz; si tenía la mala suerte de traer a la chica algo que no la contentase, siempre sería un contratiempo. En fin, tú allá decidirás, ciudadana. Al fin de cuentas, por otro lado, no deja de ser un lance fuerte en el que yo quiero meterme.

—¡Eh! Tienes razón—exclamó la ciudadana, después de reflexionar en silencio unos instantes—. Acaso esta muestra de confianza que demos a nuestra prisionera, como tú la llamas, le probará que no es nuestro ánimo tenerla sepultada aquí toda la vida.

—¡Pues! Eso es lo que digo yo: lo primero es ganar

confianza y persuadirla de que no está en poder de enemigos.

—Nada, nada, tienes razón. Vuelve a entrar y dile que se prepare para salir: yo vuelvo al instante.

El corazón de Héctor palpitaba de alegría viendo en tan próspero camino aquella atrevida empresa que había de valerle la profunda gratitud de Matilde; y volviendo efectivamente a entrar en la estancia de Victoria, le dijo rebosando de júbilo:

—Hemos ganado la primera partida. Preparaos a salir conmigo y con una de vuestras carceleras. He dicho que vamos a comprar algunos regalos para vos por cuenta del cerrajero. Dejaos llevar, no me desmintáis, aparentad que vais contenta y satisfecha, esforzaos en hablar, en reír, en mostraros curiosa de registrar las anaqueleras de todos los almacenes de telas y de joyas. En resumen: haced el papel de novia mimada; y si tuvierais valor de soltar alguna palabrilla favorable a las pretensiones del cerrajero, vendría como de molde.

—¡Oh! No, eso no... Todo lo demás, sí; pediré fuerzas a Dios...

—Y Dios os las dará, hija mía... Se trata de salvaros, de salvar a vuestro padre...

—¡Mi padre! Pues qué, ¿sabéis si le amenaza algún...?

—Silencio, que está aquí ya esa bruja... Luego os diré...

Cinco minutos después estaban en la calle Héctor, la ciudadana y Victoria. Antes de salir, en el zaguán de la casa ocurrió un pequeño incidente, que por el pronto no llamó la atención de Ana, pero cuyo recuerdo le produjo muy en breve serias inquietudes. La ciudadana demócrata había dejado a Victoria bajar la escalera co-

gida del brazo de Héctor; pero en cuanto hubieron pisado la última grada, y en el momento de adelantarse a coger el otro brazo de la joven, según lo había convenido con Héctor, hizo éste un recorte tan hábil como rápido, del que resultó que, en lugar de agarrarse la ciudadana del brazo de Victoria, se vió con el suyo cogido por el del joven, quien vino así a quedar en medio de las dos mujeres.

Ana, si bien al pronto se desconcertó con esta evolución repentina del mozo, debió sin duda acabar por atribuirlo a un involuntario movimiento de galantería; la poca desconfianza que le restase quedó desvanecida por el aire franco, alegre, ingenuo y resuelto con que Victoria supo disimular su inquietud, conforme a las instrucciones de su salvador.

Tan perfectamente debió la muchacha hacer su papel, que la ciudadana, al verla caminar por la calle tan jovial y decidora, no pudo menos de pensar para sus adentros que su joven acompañante se pintaba solo para domesticar campesinas zahareñas.

De este modo recorrieron algunas calles, no sin encontrar, aunque eran las primeras horas de la mañana, numerosos grupos de patriotas, que probablemente salían del club en donde hubiesen pasado la noche, o que buenamente se paseaban por la ciudad para hacer ostentación de su júbilo por el grande acontecimiento de la condenación del Monarca. Héctor y la ciudadana gritaban a cual más, respondiendo a las aclamaciones de los grupos; en cuanto a Victoria, no gritaba, pero reía y soltaba de cuando en cuando su cuchufleta como Dios le daba a entender; de modo que, por este lado, la arpa republicana no iba descontenta.

El que sí iba ya cargado y un tanto cuanto en as-

cuas, era Héctor, con tanto grupo de patriotas bullangueros, con tanto agente de policía y tanta patrulla como se cruzaban en todas direcciones, con tanto cuerpo de guardia como se hallaban casi en cada esquina; veíase el joven como envuelto en una inmensa red de demagogos, que al menor grito de alarma se echarían sobre él y le cortarían todo género de retirada.

Contaba el pobre muchacho con ansiedad los minutos y los pasos, por decirlo así, y con pena veía que las dificultades se iban para él acrecentando; pues aunque muchas veces había ya intentado meterse por callejas oscuras y solitarias, habíase siempre encontrado con el brazo férreo de la ciudadana, que le hacía seguir la ruta por las calles más anchas y frecuentadas, mientras con mirada recelosa iba comenzando a espiar sus movimientos y los de la muchacha.

A fuerza de repetirse esta muda lucha había empezado a levantarse una nube de sospecha en el ánimo de Ana, confirmada muy en breve por algunas frases, por algunos signos de inteligencia que había sorprendido entre sus dos compañeros de paseo.

Entonces recordó el cambio de brazos ocurrido en el zaguán, y comenzó a entrever lo forzado de las risas y cuchufletas de Victoria, y, ¡cosa singular!, hasta se le figuró descubrir repentinamente en las facciones y en el acento de Héctor un vivo retrato de la voz y semblante del aristócrata con quien la noche anterior había estado luchando en el jardincillo, en compañía de su cuñada y del ex conde. Naturalmente, todas estas sospechas se fueron condensando poco a poco en la mente de la ciudadana, hasta llegar a convertirse en casi absoluta certidumbre.

Héctor, por su parte, iba leyendo entretanto en el

rostro de la mujer cuanto por ella pasaba, y semejante descubrimiento aumentó, con angustias crueles, su ya grave inquietud de antes. Sin embargo, siguió esforzándose en dar *vivas* y *mueras* cuando hacía y cuando no hacía al caso, aprovechando alguna vez el estrépito de las aclamaciones de los pasajeros para volverse disimuladamente a Victoria y decirle algunas palabras al oído; por supuesto, rebozando siempre estos apartes con algún *viva* o *muera* que en seguida lanzaba a grito pelado, tales como:

—Huíd en cuanto yo os avise.—*¡Viva la República!*—Ocultaos donde podáis y esperadme.—*¡Muera Capeto!*—Nos han conocido el juego, pero no importa.—*¡Viva la Convención!*—Entrad en la casa que yo os indique y decid allí quién sois.—*¡Muera la Austriaca!*

Entre estas alternativas de apartes y de gritos patrióticos recorrieron todavía algunas calles, Héctor tirando siempre hacia las más estrechas y solitarias, la ciudadana siempre hacia los parajes más frecuentados y hacia los grupos más numerosos. Al fin esta lucha sorda fué tomando un carácter tan tenaz y aun tan enconado, que al cabo ninguno de los dos combatientes pudo ya dudar de la intención de su contrario; la ciudadana veía claramente que los esfuerzos del joven se encaminaban todos a tratar de llevársela a terreno donde pudiera soltarla y huír con Victoria.

En parte, ya Héctor había logrado su propósito, pues a fuerza de empujar, de tirar y de hacer eses, se había metido por una callejuela estrecha, larga y obscura como cañón de chimenea. La ciudadana, al verse ya cogida, digámoslo así, en la red, y tan manifiesto el fundamento de sus sospechas, soltó diques a la cólera que había ido devorando, y exclamó hecha un basilisco:

—¿Adónde nos llevas por aquí, demócrata de pega?

—A la plaza de la Revolución—respondió Héctor aparentando calma.

—¡Buen camino está éste para la plaza de la Revolución!...

—Por todas partes se va a Roma, ciudadana—replicó el joven dando un tremendo empujón hacia su derecha—. Déjame tú a mí, que ya verás si llegamos o no al término...

—Al término tuyo, no al mío, grandísimo canalla... ¿Te parece que no te he conocido ya la jugada, traidor?...

—¿Cómo es esc de traidor? ¿Me estás oyendo gritar *¡viva la República!* desde que salimos a la calle, y ahora dudas de mi patriotismo?

—¡Tu patriotismo!... ¡He calado yo ya muy bien los puntos que calza tu patriotismo, tunante!

—Mira, ciudadana, si sigues hablando así te voy a aplastar de una puñada... Repito que yo voy mi camino derecho y que llegaré adonde quiero llegar... Si tú haces malos juicios, peor para ti... He tirado por esta calleja porque me duelen los brazos de tanto remar entre ese gentío...

—¡Ya lo creo!... Te incomoda el gentío porque grita lo que a ti no te gusta... Hablemos claro: tú eres un aristócrata, un realista, un miserable traidor... A ver si sueltas ahora mismo a esa muchacha y me la entregas...

—¡Eso es, y que luego tuviera yo que sentir con Duroz!... ¡Bueno se pondría cuando supiera que había yo dejado plantada en medio de la calle a su novia!...

—Dejémonos de más farsa, y a ver, te repito, si sueltas la muchacha... Párate, condenado, párate aquí mismo...

Héctor respondió a este iracundo mandato echando el cuerpo adelante con toda su fuerza, y tirando del brazo de que Ana pugnaba por desasirse; al mismo tiempo se volvió a Victoria, y le dijo al oído:

—Preparaos a correr... A la izquierda, hacia los árboles... Esperadme allí...

La situación, en efecto, había llegado a punto de que urgía buscar algún desenlace. Héctor y la ciudadana no atendían ya sino a una sola cosa: a ver si llegaba en dirección de ellos alguna patrulla o si divisaban cerca algún cuerpo de guardia; él, para huírles el cuerpo; ella, para pedir auxilio.

Andando, andando, sin que la rabiosa Ana pudiera esquivar la férrea presión ni el incesante empuje de Héctor, llegaron a doblar un recodo de la calleja, tras del cual divisaron, como a cien pasos de ellos, un nacional con su fusil al hombro en la puerta de una casa; la ciudadana, comprendiendo por estas señas que allí había uno de los infinitos cuerpos de guardia provisionales que en aquellos días inundaban a París, procuró de súbito componer su semblante para ocultar la ira pintada en él, y aparentando una jovialidad que tenía algo de diabólica, dijo soltando la carcajada:

—¡Buena broma te he dado, ciudadano!... Con poco más te hago creer a ti mismo que eres un aristócrata de siete suelas... Anda, querido, anda, que tienes razón de sobra: este es el camino más corto...

Diciendo esto, la muy ladina empezó a tirar hacia adelante del brazo de Héctor, el cual había ya calado la intención de su vecina, comenzando, por consiguiente, a contener la marcha, tirando hacia atrás con la misma fuerza que ella lo hacía hacia adelante. El joven no sabía adónde iría a parar esta lucha, de término ya tan

inminente; pero, por fortuna suya, la mujer, que no quitaba ojo del portal en donde estaba el cuerpo de guardia, no había reparado una circunstancia que para Héctor fué todo un iris de salvación; era que en el trozo de la calle adonde había ya llegado se estaba componiendo una alcantarilla, y para mayor ventura de nuestro joven, los obreros en aquel instante habían dejado el trabajo para meterse en una taberna inmediata a beber y gritar con un grupo de patriotas.

La vista perspicaz de Héctor había atisbado un trozo de zanja abierta a pocos pasos de él, y aprovechando el embebecimiento con que su vecina llevaba la atención fija únicamente en el cuerpo de guardia, dejóse ir como vencido del empuje que no dejaba ella de hacer en su impaciencia por llegar al centinela, y trazando en el momento oportuno un cuarto de círculo, soltó de repente el brazo de la furia, echóle la zancadilla con la presteza del rayo y la empujó al fondo de la zanja, sepultándola en una lagareta de fango.

—Huíd ahora vos—dijo entonces por lo bajo a Victoria—; primera bocacalle a la izquierda, casa número 60... Esperadme allí.

La joven, gozosa y trémula como un pajarillo que hubiera logrado romper la red, voló por el mismo camino que había llevado, mientras Héctor echó también a correr calle adelante hasta doblar la esquina de otra que la atravesaba, en la cual se lanzó, desapareciendo como una saeta.

Entretanto la ciudadana, que a duras penas había podido desatascarse del piélagos de lodo que la recibió en la zanja, asomaba como un polichinela su desgredada y empecinada catadura, y gritaba tiritando de rabia y de frío:

—¡La guardia! ¡La guardia!

Al rumor de sus voces acudieron rápidamente algunos nacionales del inmediato retén; y ella, antes de pedir que la sacaran de su atascamiento, comenzó a exclamar, sacando los brazos y señalando a las distintas direcciones que habían tomado los fugitivos:

—¡Un joven! ¡Una muchacha! ¡Dos aristócratas! ¡Dos comprados! ¡Corred, hijos míos, corred!... El lleva carmañola y gorro colorado...; no os fieis, es un traidor... Ella lleva un vestido verde y un pañuelo azul... Echadles mano... Luego os lo diré todo... Sacadme de aquí y os esperaré en el cuerpo de guardia... ¡Pronto, pronto, corred!...

Los nacionales, en efecto, apretaron a correr tras de los fugitivos; pero, por mucha que fuese su ligereza, mientras acudieron a las voces de Ana y la estuvieron oyendo dar las señas e indicar la dirección de cada uno de los jóvenes, había tenido Victoria tiempo suficiente para tomar a sus perseguidores una razonable delantera. Con algo más de serenidad, la pobre muchacha hubiera podido llegar muy holgadamente al número 60; pero el ansia misma que llevaba por encontrarle, junto con el terror que la inspiró el ruido de pasos y voces que gritaban detrás de ella: *¡A ésa, a ésa!*, la perturbó de tal modo, que, por más que miraba y remiraba, el bienhadado número 60 no parecía.

Con los ojos extraviados, zumbándole los oídos, la infeliz volvía a cada instante la cabeza atrás, creyendo ver a sus perseguidores mucho antes de que pudiera divisarlos. En vano Héctor, al pasar por allí pocos minutos antes que ella, le había tocado con el codo y señalándole con una mirada suficientemente expresiva la puertecita adonde debía llamar; atolondrada y sin tino,

semejante puertecita no se presenta a sus ojos; al revés, todo se le vuelve puertas enormemente grandes, esquinas, encrucijadas; ni siquiera se acuerda de la acera adonde debe mirar; parécenla borrados e ilegibles los números de todas las casas; estórbale para correr el propio vestido. Y, entretanto, los gritos de sus perseguidores no cesan, y empiezan a asomar patrullas por todos lados, y los pasajeros a pararse. Y el número 60 no parece.

¡Pobre Victoria! Los días de angustia que llevaba pasados desde que llegó a París, el horror que le inspiraba la idea de volver a caer en las infernales manos de donde acababa de libertarse, habían casi aniquilado su nativa intrepidez y su antigua fortaleza. ¿Qué va a ser de ella si el número 60 no parece?

Por de pronto, no podemos responder a la pregunta, porque nos urge ver qué ha sido de su salvador.





CAPITULO XXVIII

Reconciliación.

DESDE que Héctor había hecho dar a la ciudadana tan tremenda zambullida, dióse, no a correr, sino a volar, en alas, no tanto del miedo de que volvieran a ponerle en los terribles trances que durante la noche entera y en toda aquella mañana le habían tenido al borde del cadalso, como en alas de su alegría por ver llegado, en fin, el instante de ir a reunirse con personas tan caras a su corazón, y a quienes fundadamente suponía tan ansiosas de saber su paradero.

Luego que se juzgó en punto donde sus perseguidores no pudieran ya alcanzarle, detúvose a respirar unos momentos, diciendo para sí:

—Victoria debe estar ya en seguro asilo; lleva doscientos pasos de delantera a los nacionales y conoce la casa en que ha de refugiarse; no puede menos de haber dado con ella al instante... Sí, no hay duda, ya es seguro... Puedo y debo ir sin demora a ver a mi pobre tía... ¿En qué estado la hallaré? Terrible efecto le habrá causado la noticia de la condenación del Rey. ¿Y

Matilde?... ¡Ah! Cuando sepa el riesgo que he corrido por libertar a su amiga; cuando vea que por mí ha recobrado a su querida Victoria, y con ella la paz del alma..., entonces no me negará, al menos, una mirada de gratitud, aunque mucho más le pide mi corazón... Vamos, apresurémonos. ¡Quiera Dios dejarme llegar a tiempo de ser útil a todos!

Prosiguió luego su camino, por supuesto, sin dejar nunca de mirar atrás de cuando en cuando, ni de prestar atento oído a todo rumor que le llegase. Pronto adquirió la seguridad de que decididamente habían perdido su pista; y entonces comenzó a marchar a paso regular, no tanto porque a ello le obligaba la fatiga, cuanto por no despertar sospechas con su misma precipitación; harta fortuna era ya para él no haberlas antes despertado, bien que con el fin de evitarlas tuviese la precaución de soltar de cuando en cuando alguno que otro *viva*, o de cantar una coplilla patriótica, o de estrechar la mano de tal cual demócrata colega suyo de club que al paso se encontraba.

Jamás le había parecido que estaba tan lejos la huerta de Roque; ¡tal era su deseo de llegar a ella y tal su inquietud por las novedades, dolorosas quizá, que pudiera hallar en llegando!

Al fin penetró en las tapias de la huerta, y después de tender una mirada de precaución por todo el recinto, seguro ya de que nadie le seguía ni le escuchaba, y viendo, no sin que le diera un vuelco el corazón, que nadie acudía a abrirle, se disponía a penetrar por la ventana, cuando, sintiendo ceder la puerta a un leve empuje, abrióla con cautela y entró.

Sólo vió, sentaditos junto al hogar, a los niños de la hortelana, que no supieron responderle a ninguna de

sus preguntas angustiosas; ni su tía, ni Matilde, ni Augusto estaban allí; el sitio de encina donde el buen Roque solía pasar horas enteras rezando o jugando con sus nietecillos estaba también vacío; silencio y soledad reinaban en todas partes... ¡Cuántos pensamientos asaltaron el ánimo turbado, cuántos temores comprimieron el corazón palpitante del pobre joven, haciéndole preguntarse con indecible tormento si ya el torrente revolucionario habría invadido aquel oscuro albergue, si su anciana tía, y los dos hermanos, y el honrado Roque, y hasta la inofensiva Francisca, habrían sido presos! ¡Con qué ansiedad corre desalentado de un rincón a otro, encontrándose aquí y allá algunas prendas pertenecientes a la Condesa o a Matilde!

Convencido, al fin, de que sus pesquisas en la casita eran vanas, sale y comienza a recorrer la huerta en todas direcciones, hasta que, al llegar junto a la estufa, parecióle divisar por entre la juntura de dos maderos el pálido resplandor de una luz; acércase entonces al resquicio, aplica un ojo, y... ¡oh, espectáculo de desolación! ¿No es aquél el rostro de su tía, sellado por las huellas de la muerte? ¿Quiénes son aquellos dos hombres que rodean el fúnebre lecho?... A este aspecto, el joven siente flaquear sus piernas, helarse en sus venas la sangre; quiere gritar y no puede; en fin, hace un esfuerzo supremo, y ya se dispone a lanzarse dentro de la estufa, cuando de pronto se ve detenido por una mano que le tira de la falda de su carmañola y por la voz trémula de una mujer que, saliendo detrás de una mata de espeso follaje, le dice con ahogado acento:

—¡No entréis, por Dios!

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?—exclama Héctor

volviendo la cabeza para ver a quien le había detenido y hablado—. ¡Ah! ¿Eres tú, Francisca?...

—¡Por Dios!, no entréis, señorito; huíd al instante; nada conseguiríais con entrar más que perderos... Huíd antes que os vean...

—¡Pero mi tía, mi pobre tía!... Necesito verla. ¡Déjame, Francisca, suéltame!

Francisca no le soltaba; al contrario, agarrándose cada vez más a él, y consiguiendo casi arrancarle hasta algunos pasos de la estufa, le dijo con voz trémula y llorosa:

—Antes de entrar, señorito, pensad si queréis salvar o perder vuestra vida... La señora Condesa está agonizando; no puedo ocultároslo... Ese señor vestido de negro que está a su cabecera es un sacerdote que ha venido a tiempo, gracias a Dios, para administrarle los Santos Sacramentos; al otro hombre que está a los pies del catre... no le conozco; pero de seguro no es nada bueno...

—¡Yo sí le conozco, Francisca!... Es el infame que nos persigue... Déjame, te digo... ¡Tía de mi alma!... ¡Pobre tía!... ¡Cuánto estarás sufriendo!...

—Pero, señorito, vuestra tía no ha de vivir porque entréis, y, en cambio, vais a exponeros a una muerte cierta.

—¡Y qué importa!... Déjame... Es posible, es seguro que mi tía tendrá algo que decirme... Déjame...

La sacudida violenta que dió el joven fué ya superior a los esfuerzos que la piadosa Francisca hacía por retenerle; de un salto llegó a la puerta de la estufa, empujó, y precipitándose sobre el lecho de la moribunda, exclamó:

—¡Tía, tía de mi alma!... ¿No me oís?... Soy yo... Héctor..., vuestro sobrino...

Diciendo esto, el afligido joven abrazaba a la anciana y besaba su rostro lívido, inundándolo con sus lágrimas y cual si quisiera reanimarla con su aliento y sus caricias. La enferma, esforzándose vanamente por abrir los ojos y agitando sus dedos convulsos, murmuraba frases de todo punto ininteligibles. Héctor, después de una pausa, durante la cual estuvo, sin duda, esperando que la moribunda le hablase, volvió a prorrumpir en las mismas exclamaciones y lágrimas, diciendo:

—¡Soy yo! ¿No me conocéis?... Vuestro sobrino...

—Sí, te conozco—respondió al fin la Condesa con sepulcral acento—. ¡Adiós, hijo mío!... ¡Adiós!

Mientras pasaba esta escena tristísima entre tía y sobrino, el Conde demócrata, clavado de pie, inmóvil, sombrío, no había apartado un punto sus ojos de aquel rostro cadavérico, en que ya no se percibía otro movimiento sino una triste sonrisa plegando apenas sus cárdenos labios. Imposible adivinar lo que entonces pasase en el alma de aquel hombre: tan pronto parecía su mirada fulgurante de odio y de despecho, como llena de la amargura de un remordimiento súbito; fuera lo que fuere, indudablemente en su espíritu había interno combate. Viendo que Héctor continuaba reclinado sobre el rostro de la Condesa, rompió al fin el silencio para decir al joven con imperioso y bronco acento:

—¡Quítate de ahí!

Héctor, entretanto, sin hacer caso alguno de este mandato, y quizá sin haberle siquiera oído, continuó exclamando:

—¡Tía, mi querida tía!... Volved en vos... No nos

abandonéis aún... Necesitamos todavía de vuestro amor...

—¿Para qué?—respondió después de exhalar un débil suspiro—. ¿Qué tengo yo que hacer en el mundo?... Dios me llama... Pedidle por mí... ¡Héctor, hijo mio..., adiós!

El ex conde, o porque se impacientase realmente de no ver el rostro de la moribunda o porque deseara atormentarla recordándole su odiosa presencia, repitió al joven con el mismo imperio que antes:

—¡He dicho que te quites de ahí!... Quiero ver su agonía... Es ya mi única venganza...

La enferma oyó sin duda estas palabras, a juzgar por el estremecimiento que la agitó; cual si la doble impresión causada en ella por la presencia de dos seres tan distintos como Héctor y aquel enemigo implacable hubiera sacudido el mortal letargo de sus potencias, empezó de pronto a recobrar los sentidos: abrió lánguidamente los ojos, dirigió primero una mirada dulcísima a su sobrino, y luego, fijándose en el ex conde, empezó a mover los párpados cual si quisiese abrir camino a las lágrimas; en medio de todo esto veíanse como iluminadas sus pálidas facciones por una religiosa calma, signo augusto de la profunda resignación con que a Dios ofrecía estas amarguras en sus últimos instantes. Héctor, al ver así reanimada a la enferma, repetía con acento de indefinible ternura:

—¡Tía, tía!... Miradme así... No me quitéis la esperanza de veros aún vivir mucho tiempo...

—Sí, Julia, sí—añadió el ex conde dando un paso para acercarse a la cabecera—. Yo también quiero que vivas... Espera, espera un poco..., lo que puedas tardar

en llegar al cadalso... Julia..., ¿te acuerdas? Mírame, infame... ¿Te acuerdas?

— Sí — respondió con dulzura la condesa —. Me acuerdo... y te perdono...

— ¿Que me perdonas?... ¡Te atreves a decirlo!... ¡Tú perdonarme a mí..., a mí, que te debo la desgracia de mi vida entera! ¡Perdonarme tú, cuya memoria ha sido el cáncer que durante cuarenta años ha devorado mi corazón, ha emponzoñado mi conciencia!... ¡Ah, no te mueras, no te mueras!... Necesito ver correr tu sangre, empaparme en ella...

— ¿Por qué Roberto, por qué?... Acércate y escucha. Yo no merezco tu odio... En esta hora suprema en que voy a comparecer ante Dios, te juro haber sido para ti leal y buena.

— ¿Tú leal y buena para conmigo?... ¡Tú, que después de haberme prometido la felicidad, y aun de haberme hecho amar la virtud, me convertiste en fábula de las gentes, me tomaste por juguete de tu vanidad, condenándome a ser ludibrio de cuantos me rodeaban!... ¿Sabes que la herida abierta por tu perfidia en mi corazón me lanzó en abismos de ignominia; que por tu causa he aborrecido a Dios, al mundo y a los hombres?... Quiero que sepas todo el mal que me has hecho..., darte un remordimiento que no te deje morir en paz... ¡Tú leal y buena para conmigo!...

— Sí, leal y buena, te lo repito moribunda... Puedes no creerlo... Dios me oye, y sabe que digo la verdad...

— ¡Te atreves a invocar a Dios!... ¡Julia, Julia!... ¿No te estremece este nombre?

El furor había enronquecido la voz del ex conde, que rechinando los dientes y con los dedos crispados, hacía gestos de despecho infernal. El sacerdote, aterrado,

do ante esta bárbara profanación del lecho de una moribunda, oraba de rodillas junto a la cabecera.

Héctor, rebosando de indignación y de pena a un mismo tiempo, se habría ya mil veces lanzado sobre aquél, frenético, si su tía, con el gesto y la palabra, no se lo hubiese impedido; además de que, sin esto, repugnaba al noble joven convertir en arena de combate aquella fúnebre mansión y en tan solemnes momentos.

Siguióse a las últimas imprecaciones del revolucionario una lúgubre pausa, después de la cual, levantando un poco su cabeza la moribunda, le dijo:

—Acércate más..., más todavía..., así.

Acercóse, en efecto, el ex conde, con visible repugnancia, y poniendo el oído junto a los labios de la condesa, prestó su atención durante algunos minutos a lo que la pobre anciana le decía en frases breves y entrecortadas. Volvióse luego a incorporar, pálido, desencajado, cual si le hubiese estado hablando la muerte misma, y comenzó a dar vueltas en el estrecho recinto de la estancia con una agitación verdaderamente extraña. Diríase que luchaba consigo mismo para retener el odio que durante tan largos años le había roído las entrañas. Las sencillas palabras que le había dicho la moribunda le explicaron toda una historia de fatales errores, combinados para causar la desgracia de ambos.

La pobre Condesa había sido engañada en su juventud; sinceramente ligada a Roberto por un afecto casto y ternísimo, que santificado por el matrimonio habría podido, sin duda, suavizar la índole de aquel hombre violento y no dejarle entrar en la senda de vicios a que le inclinaba su mismo natural arrebatado, vióse obligada a despedirle de su trato y cariño porque la hicie-

ron creer, con astucias hábilmente urdidas, que estaba casado en secreto con otra mujer. Justamente ofendida con esta errada creencia la dignidad de Julia, se había negado a admitir toda explicación y, despatchada, había dado su mano al conde de Bonneuil, que era enemigo personal de Roberto.

Cuando una casualidad le hizo conocer su error, había ya años que estaba casada, y entonces su honestidad misma y su cristiana fidelidad conyugal le impidieron dar explicaciones, aunque ya el odio vengativo de su desdeñado antiguo pretendiente le había ocasionado graves sinsabores. Este odio, en vez de extinguirse, había ido creciendo con los años, y al ver ahora ya que le faltaba fundamento para seguir alimentándolo, pugnaba el infeliz por retenerlo, cual si costara trabajo a su alma desprenderse de un sentimiento que había habitado en ella tanto tiempo como señor absoluto de sus pensamientos y acciones. ¡Incomprensible abismo del corazón humano! O, por mejor decir, ¡aberración y envilecimiento que sólo pueden caber en almas reñidas con toda especie de fe y enemistadas con el Dios de la verdad! ¡Poder recobrar la calma y desecharla, y hasta esforzarse por retener la guerra del odio!...

Sin embargo, rara vez el hombre se entrega tan de lleno al imperio del mal que no queden en su corazón algunos gérmenes del bien; ponédle en ocasión de que estos gérmenes se fecundicen, y pronto veréis cómo la gracia divina, completando la obra comenzada por su admirable prudencia, los convierte en frutos abundantes y deliciosos. El ex conde había súbitamente entrado en una de estas crisis en que el mal y el bien parecen luchar con fuerzas iguales dentro del corazón hu-

mano; un rayo sólo, un rayo no más de la misericordia divina, y la lucha se terminaría en breve con una victoria de que se regocijase el cielo.

Roberto, en su agitación, meneaba convulso la cabeza, apretaba los puños y lanzaba miradas de fuego amenazadoras, cual si las dirigiese a un ser invisible; de repente paróse ante la moribunda, contemplóla unos instantes con rostro en que no se podía definir si había compasión o desprecio, y luego, volviéndole rápidamente la espalda, arrojóse a la puerta de la estufa, la abrió con violencia y partió como quien huye. Aun no había andado veinte pasos por la huerta, cuando oye detrás de sí una voz que le grita con tono suplicante:

—¡Esperad, esperad, por amor de Dios!

—¿Qué me queréis?—preguntó con ronco acento al volverse, y mirando con un gesto indefinible, pues no se sabía si era de saña o de algo parecido al miedo, a la persona que había corrido en pos de él.

—Soy ministro del Dios de paz—le dijo con solemnidad y ternura el sacerdote—. Os he visto luchar contra la inspiración de la gracia santísima..., no me lo neguéis, y vengo, no a mandaros, sino a suplicaros por sus entrañas de misericordia que no desoigáis la voz celestial que os llama...

—Dejadme, dejadme—repuso el ex conde, pugnando por desasirse del sacerdote, que se había abrazado a él—. Yo nada tengo que ver con los de vuestra ropa. Dejadme, y agradeced que no os entrego a la justicia popular...

—Haced de mí lo que queráis, pero oídme. Desde el borde del sepulcro os llama una mujer, que os perdona el mal que la habéis hecho. ¿Será posible que no comprendáis la grandeza de este acto de sublime cari-

dad?... ¿Tendréis el corazón tan ulcerado que no pueda ya curarle ni aun el bálsamo del cielo?

—¿Qué me quiere?—preguntó el ex conde, como esforzándose en aparecer terrible—. ¿Será cosa de que su sombra me persiga sin tregua? ¿Que después de haberme atormentado el odio, tenga que atormentarme ahora el remordimiento? No, que se muera en paz... Dejádme seguir mi camino...

—No, hijo mío—repuso el sacerdote llorando—; no es el remordimiento lo que esa pobre moribunda quiere legaros, sino la paz, la reconciliación con vuestro Dios... ¡Oh, venid, venid!

El revolucionario siguió maquinalmente al sacerdote, que con suave presión le fué empujando hacia la estufa; al llegar junto al lecho de la Condesa vió que ésta tenía sus ojos clavados en aquella dirección, como esperándole con impaciencia, y la oyó que, con acento de solemnidad indescriptible, le dijo, recogiendo el último resto de sus expirantes fuerzas:

—Voy a partir, Roberto, y no quisiera llevar conmigo a la eternidad el desconsuelo de dejar en la tierra el odio de nadie... Todo lo sabes ya...; ningún motivo tienes para aborrecerme... ¿Por qué te vas sin darme la mano, en señal de reconciliación?... Dios, en sus altos juicios, no permitió que nos uniéramos en la tierra...; acatemos su voluntad soberana... Cuanto El hace, está siempre bien hecho... Pero déjame partir con la esperanza de que al fin nos reuniremos en otro mundo mejor...

Estas palabras, pronunciadas por unos labios moribundos, fueron a parar derechas al fondo de aquella alma, que parecía de acero, y al instante se dibujó una emoción profundísima en la cara de Roberto, que, con

los labios temblorosos y los ojos inundados de lágrimas, alargó la mano y estrechó con ella tiernamente la que, helada, le tendió la moribunda.

Verdad es que ni una palabra pudo articular en respuesta a las que ésta le había dirigido; pero aquel llanto, aquella emoción, y, sobre todo, aquella efusión con que le estrechaba la mano, respondían elocuentísimamente. La Condesa comprendió cuánto significaba aquel lenguaje mudo, y respondió a él con una dulce sonrisa; sus ojos se fijaron en Roberto, contemplándole con una dulzura melancólica, que fué, digámoslo así, como el último destello de una luz que se apaga; y muy luego sus pupilas se amortiguaron, sus ojos se cerraron, su cabeza cayó inerte sobre la almohada, y sólo vivificaba su alma con un resto de aquel impulso de caridad que poco antes la había animado; aún sus labios pudieron pronunciar bastante distintamente para que la oyeran todos los que la rodeaban:

—Adiós, Roberto; te aguardo allí, en el Cielo; por el amor de Dios te pido que no me hagas esperar en vano...

En seguida exhaló un leve suspiro y durmió el sueño eterno. Roberto siguió con la mano estrechando la de la difunta, cual si quisiera dejar a la muerte el encargo de determinar su reconciliación; fijos los ojos en aquella cabeza sin vida, ni aun advirtió que ya había expirado la anciana, o quizá le engañaba su propio deseo haciéndole aguardar nuevas palabras de consuelo y perdón en aquellos labios que ya no volverían a pronunciar ninguna.

Embebido en esta religiosa contemplación, no hubiera podido decirse, al examinarse a sí propio, si en aquel solemne instante le dominaba la tristeza o la alegría.

Un nuevo horizonte se abría ante él, o, por mejor decir, la vida entera de su piadosa infancia y de su noble juventud invadía su memoria, presentando a su espíritu el temeroso contraste con su existencia posterior hasta aquel momento, en que juntamente se sentía aterrado con el recuerdo de sus crímenes y consolado con celestiales esperanzas.

Preciso fué que el sacerdote le llamara para sacarle de sus propios pensamientos. Acercándose después vivamente a Héctor, que arrodillado al pie del lecho consagraba piadosas oraciones y tiernas lágrimas a la que le había servido de madre, tendióle la mano, y estrechando la que el joven le alargó con efusión sincera:

—Perdonadme vos también—le dijo.

—¡Con toda mi alma!—respondió Héctor, estrechando la mano de Roberto.


—¡Ah!—exclamó luego éste, exhalando un profundísimo suspiro y dirigiendo a la difunta una ternísima mirada—. No tardaré en seguirte. Entre tanto, pide tú a Dios por mí.

La obra de la gracia divina en el corazón de este hombre estaba consumada. Restábale ya sólo tratar de reparar, en cuanto pudiese, tanto mal como había causado en tan largos años de vicio y de crimen. Ya veremos algo de lo que hizo para cumplir este santo propósito.



CAPITULO XXIX

Abrazos y mojicones.

RA apenas entrado el día siguiente cuando Nicolasillo, armado de escoplo, sierra y martillo, se presentaba a la puerta del carcelero para entrar a trabajar en el almacén. Nuestro joven carpintero iba a jugar una partida decisiva: salvar la vida de su padre, o perder la suya en la demanda; no podía ya ser otra cosa, ni había lugar a nuevas treguas, porque en todo el día anterior había corrido por París la voz de que los presos iban a ser juzgados inmediatamente, y que su ejecución seguiría sin intervalo a la del Rey; agregábase a este tremendo rumor el de que los detenidos en la prisión de la calle de Saint-Avoye iban a ser trasladados a cárcel más segura; sucesos ambos que no podían menos de aumentar la terrible inquietud y la tormentosa impaciencia del mancebo, quien además sabía cuán escasa era la confianza del carcelero en él y la facilidad con que de un momento a otro podía llegar a hacerse sospechoso.

Posible era sin duda que el *incorruptible* Masson se

ablandase a vista de una decente recompensa, y se aviniese a dar libertad al preso. Augusto no lo ignoraba; pero para tentar este medio se necesitaba mucho oro, y él no lo tenía, porque la revolución había secuestrado todos los bienes de su casa y reducido a su familia casi a la indigencia; forzoso le era, por tanto, buscar un camino menos dispendioso, bien que sujeto a terribles contingencias.

—Aquí me tienes ya, amigo Masson—dijo al entrar en la alcaidía—; no dirás que no soy puntual a tu cita.

—Demasiado, mocito, demasiado; acaba de amanecer, como quien dice.

—He creído, ciudadano, que te corría prisa la obra.

—No mucha; porque, según se dice, el almacén va a quedar pronto desocupado... y en ese caso, ya sobra lo que gastemos.

—¿Que se va a quedar desocupado? ¿Por qué?

—Porque se va a encargar de desocuparlo el verdugo.

—¡Eh! Nunca faltarán nuevos inquilinos.

—Eso será conforme; porque uno tiene enemigos, y sobre todo hay tres o cuatro patriotas por ahí que beben los vientos por quitarme el destino. Parece que se quieren llevar mis presos a la Abadía o a Bicêtre.

—¡Ca! ¡Si están de bote en bote! Ya era menester que hiciera bien su oficio la hermana guillotina, si había de quedar hueco en esas cárceles para nuevos huéspedes.

—Eso digo yo, Nicolasillo. Y luego, al fin y al cabo, alguna consideración deben tener conmigo; soy padre de familia; no tengo más oficio ni beneficio que éste, y no hay remedio: si faltan presos, yo no como. Además, que ¿dónde encuentran ellos otro carcelero como yo?

—Mira, Masson, no seas bobo; procura tú asegurar

a tus presos para que no se te escape ninguno. Te haría bastante mala obra. Yo te lo digo porque, según tu mujer me ha contado, están desvencijadas todas las tablas, tanto que es muy fácil el que esos malditos puedan hablar unos con otros y armarte alguna entruchada que te cueste el pescuezo.

—Es verdad: hay dos o tres hendeduras en el entarimado, y conviene taparlas al instante; una, sobre todo, que hay en la celda de ese Marqués, ese jefe de complot que me está tan particularmente recomendado. Según se dice, será el primero que me lleven para despacharlo; pero con todo, él es ladino, atrevido y muy capaz de jugarme una mala partida.

—Pues bueno—dijo Augusto, comprimiendo a duras penas los latidos de su corazón—; emezaremos, si te parece, por la jaula de ese pajarraco.

—Sí, sube, sube; mi mujer te llevará para que le tomes la filiación. Pero antes, escucha, hablemos de tu jornal. ¿Cuánto piensas tú ir ganando?

—Tres libras al día; ese es el jornal corriente, bien lo sabés tú.

—¡Tres libras! ¡Muchacho! ¿A ti te parece que aquí acuñamos moneda? No, hijo, que el dinero anda por las nubes, y, en cambio, hay de sobra gente parada. Conque ve a ver si puedes hacerlo más barato, porque, de lo contrario, estás aquí de más.

—Hombre, por mí lo haría yo, en obsequio tuyo, aunque fuera de balde—dijo Augusto afectando mal gesto—; pero, ya tú ves, el pobre Gregorio y la vieja de su hermana no tienen más arrimo que yo.

—Todo eso está muy bien—repuso el carcelero—; pero, amigo mío, el bien público es antes que todo, y la patria necesita economizar su dinero. Conque lo dicho:

si no te acomoda, buscaremos otro, y tan amigos como antes.

—Mira, ciudadano; sólo por ser cosa en que tú medias, bajaremos el jornal a cuarenta sueldos; pero te aseguro que con eso no hay ni para un pedazo de pan.

—Es mucho todavía; no te doy más que treinta. La patria lo primero: esta es mi divisa.

Nicolasillo, afectando despecho y haciendo como quien recoge sus herramientas para marcharse, dijo:

—No, pues lo que es por treinta sueldos, yo no trabajo, amigo Masson. Eso sería ya rebajarse uno, y primero es la honra del oficio que no el comer.

—Pues, amigo Nicolás, no faltará otro; pero si tan altos tienes los humos, ¿por qué me has estado importunando tanto tiempo para que te dé trabajo?

Cabalmente por desvanecer toda sospecha que pudiese haber engendrado esta importunidad de Augusto en el ánimo del carcelero, creía conveniente el joven llevar su disimulo hasta el extremo de aparecer resuelto a no aceptar el ofrecido trabajo en el almacén. Masson, por su parte, cayó tanto más fácilmente en el garlito cuanto no quería perder tan buena ocasión de sisar unos cuantos sueldos; pues aunque no ofrecía sino treinta de jornal, en la cuenta del gasto pensaba poner las tres libras que primero le había pedido el muchacho, el cual había contado con esta *incorruptible* aritmética del carcelero para extremar tanto su hábil ficción.

—Te he importunado—dijo—no por mí, bien lo sabes tú, sino por el pobre Gregorio. Pero, en fin, como no es cosa de que entre buenos patriotas haya dimes y

diretes por sueldo más o menos, corriente: trabajaré por los treinta..., con una condición...

—¿Cuál?

—Que te intereses para que me coloquen en la empresa de guillotinas.

—Bueno, Nicolasillo; descuida, que serás servido. Sube y di a mi hembra que te lleve al almacén; allá iré yo también dentro de un rato.

Augusto no esperó a que le repitieran la orden, pero las piernas le temblaban y apenas podía echar aliento; le ahogaba el júbilo. Masson, levantando sus ojos de tigre para seguirle con la vista cuando salía, se decía para sí:

—Siempre son treinta sueldos más para mi lucha. Cada uno se ingenia como puede. ¡La patria, el bien público!... ¡Música celestial! Haga yo mi negocio, y caiga el que caiga.

La carcelera recibió a nuestro joven con afabilidad.

—¡Hola!—le dijo—. Mucho ha madrugado hoy la *golondrina*. ¿Querrás creer que me he llevado ayer todo el día tarareando tu tonada?

—Pues lo que es por hoy, ciudadana, poco cántico habrá, porque el trabajo corre prisa. Tu marido dice que hay una celda que componer corriendo, corriendo.

—Sí, la del ex marqués de Reyre; te voy a llevar allá al instante. También canta regularmente el maldito; pero, ¡ca!, no tiene comparación contigo. Puede que se le antoje hacerte el *dúo*.

—¿El dúo? Pues que vea lo que hace, porque a poco que me cargue le doy un amasijo de patadas...

—¡Eh! ¿Para qué? Déjalo: no hay que golpear a la vaca cuando la llevan al matadero. Carga con tus herramientas y ven conmigo.

Augusto siguió a la carcelera, que abrió las tres llaves de la puerta del departamento de los presos, y volvió a cerrarlas en pos de sí, después de haber introducido al joven, cuya emoción no le dejaba casi tenerse de pie. Como era tan temprano, la mayor parte de los detenidos estaba todavía durmiendo; pero la carcelera, que no perdía ocasión de molestarlos, con intención de despertarlos sin duda, dijo casi gritando:

—¿Todavía roncan estos canallas? ¡Parece mentira que puedan dormir tan tranquilos sabiendo que los espera el verdugo!

—No te dé cuidado, ciudadana, que ya verás si los hago yo despertar a martillazos.

—Eso es; sacude fuerte, fuerte, que pongan los huesos en punta. Ven acá y mira. Ahí tienes la jaula de nuestro ex marqués... A ver si me la claveteas bien claveteada. El inspector dice que es el animal más dañino que tenemos en la casa. Y en eso tiene razón que le sobra. ¡Condenado!... Sin más que verle, cualquiera diría que tiene la manía de las fieras, de arañar y agujerear las paredes de su jaula y de roer los hierros.

—No, pues los que es en éstos—dijo Augusto mirando a los barrotes de la reja—se conoce que todavía no han hecho mella sus dientes ni sus uñas, porque están firmes a más no poder.

Diciendo esto acercóse el joven a la reja, y como quien no quiere la cosa, estuvo examinando, palpando y midiendo el espesor de los barrotes y calculando la fuerza que se necesitaría para torcerlos. De paso echó una ojeada al patio, y creyó entrever el rostro de su hermana asomado cautelosamente por la ventana de Dubois y atisbando desde allí con ansiosa curiosidad lo que pasaba en el almacén.

Todos los músculos y nervios de Augusto le retemblaban como sacudidos por un golpe eléctrico, y su mayor inquietud en aquel instante era el temor de no poder acaso contenerse en cuanto viese a su padre. Siglos le parecían cada minuto que tardaba en marcharse la carcelera.

Ya había visto algunos presos sacar la cabeza fuera de sus jaulas, y había oído crujir sus grillos y cadenas; pero nada había notado aún en la celda de su padre; este silencio le alarmó. ¿Estaría el preso durmiendo todavía? ¿Estaría quizá enfermo? ¡Ah! ¿Si se habrá muerto?

El joven, para ocultar la angustia que le causaban estas tormentosas imaginaciones, y más aún que esto para dar al preso el ¡alerta!, recogió cuanto pudo las fuerzas de ánimo, y dijo a la carcelera:

—Esos tremendos barrotes de la reja me recuerdan ahora una copla de mi *golondrina*; te la voy a cantar por lo bajito, ciudadana. Escucha:

Avecilla tan canora
otro tiempo en la enramada,
¿por qué, dime, tan callada
cuando viene mayo estás?

Canta avecilla, y no llores;
mañana por esa altura,
libre, tal vez, y segura,
canto y vuelo soltarás.

—¡Muy preciosa! — exclamó la carcelera—. Es particular, Nicolasillo, el efecto que me hace tu voz... No es broma, siempre que te oigo me entra gana de llorar. Pero así, a media voz, no hace tanto efecto. Anda, suelta la garganta, que despierten esos tumbones.

Fijos los ojos en la celda de su padre, todavía Au-

gusto no había notado señal alguna de que el preso se diera por avisado. Para que el lector comprenda la escena, figúrese una vasta pieza cuadrilonga, dividida por cuatro filas de casetas de tabla, cada cual con un solo departamento, y en un rincón, tras de la estrecha puerta de algunas, empotrado sólidamente, un argollón, del cual pendía la cadena amarrada al pie de ciertos presos y cuya longitud era escasamente la que bastaba para que el infeliz aherrojado pudiera acercarse a la más próxima reja para respirar un poco de aire.

El Marqués de Reyre había sido primeramente encerrado en una celda de las dos filas del medio; pero luego Masson le había trasladado a otra de las filas de punta, con el fin de poderle pasar revista más fácilmente siempre que entraba o salía en el almacén; de modo que Augusto venía a estar entre la puerta de la celdilla de su padre y la reja que delante tenía. Al ruego de la carcelera para que soltase toda la voz, respondió nuestro joven:

—A mí, que revienten todos estos aristócratas me importa nada; pero tu marido va a decir que he venido aquí a hacer gorgoritos, y no a trabajar. Conque vamos a nuestra obligación, y dime por dónde he de empezar la tarea.

Tratábase de tapar las hendeduras del entarimado que dividía por la mitad de su altura el almacén, y de renovar algunas tablas agujereadas y carcomidas de algunas celdas; obra que exigía, con mucho gusto de nuestro joven carpintero, más de un día de trabajo.

Los presos comenzaban a irse rebullendo en sus cuchitriles y a ir sacando la cabeza para darse los buenos días. La carcelera había ya indicado la obra que debía hacerse; pero no se movía para largarse de allí, por lo

cual Augusto se puso sin demora a emprender su tarea, esperando ocasión en que pudiera de algún modo comunicarse con su padre, cuya celda, por supuesto, no perdía de vista un solo instante.

A poco tiempo sintió un ligero rumor, que le probaba, cuando menos, que el preso vivía, y presto se convenció de que también estaba bueno, pues le oyó cantar a media voz el himno con que sin duda terminaba su oración matutinal para ofrecer a Dios aquel nuevo día de padecer, y le pedía fuerzas para soportarlo con resignación cristiana. El acento de su padre conmovió de tal modo a nuestro oficial, que, turbado y trémulo, comenzó a dar martillazos a la ventura, hasta el punto de que la carcelera le dijo:

—¡Muchacho! Mira que estás golpeando sobre lo sano.

—Tal frío hace aquí, ciudadana—respondió Augusto—que estoy tiritando por todas mis coyunturas... Ya sabes aquello de que tripas llevan a pies, y yo estoy con el estómago desde ayer como cañón de órgano. Pero déjate que me caliente un poco, y verás lo que es bueno...

La carcelera parecía clavada en el piso; con los puños sobre las caderas, paseaba su mirada escudriñadora por todo el almacén: ora al joven, ora a los presos encadenados, que, reunidos en grupos de dos y tres, conversaban a media voz, mientras que otros tarareaban, silbaban, se frotaban las manos o se arrimaban a las rejas para tomar un poco de viento y pensar en su triste suerte.

A todo y a todos atendía la ciudadana, bien que aparentando indiferencia y con aquella cautelosa astucia tan propia de las gentes de su oficio. Pero también

un observador perspicaz habría podido advertir que maldito si le gustaba aquella ocupación de espionaje, la cual continuaba sólo por obedecer a su marido, que, avisado por el inspector, le había encargado vigilar más estrechamente que nunca cuanto pasara en el almacén.

Augusto comprendió que la tendría encima todo el tiempo que durase su tarea, y oprimiósele el corazón pensando que con semejante guarda de vista sería imposible hablar con su padre, sin contar con el tremendo peligro de no poder ocultar su emoción en el momento inevitable de hallarse frente a frente con él. Figúrese, pues, el lector la pena que costaría al pobre mozo estar a dos pasos del amado preso y no poder contemplarle, ni echarse en sus brazos, ni quizá dirigirle una sola palabra.

Idénticos pensamientos y afectos ocupaban en aquel instante el espíritu y corazón del preso, que había ya conocido la voz de su hijo y adivinado todo el temor de su intento, como quien aguardaba ya desde los días anteriores algún piadoso ardid del amor filial, y espía-ba impaciente la hora de notarlo y comprenderlo.

Júzguese, pues, cuál no sería el martirio del noble caballero sabiendo que tiene a su hijo tan cerca de sí, como que le basta dar un paso para sentir en el rostro el calor de su aliento; pero teme también que la emoción le venda; teme no poder contenerse y descubrir con un gesto, con un signo, con una lágrima tal vez, lo que tanto le importa tener oculto. Por eso se mantiene agachado en un rincón de su celda, comprimiendo cuanto le es posible los latidos de su corazón, reteniendo las lágrimas agolpadas a sus párpados y pidiendo a Dios su protección soberana en aquel crítico

instante. ¡Oh! La idea de comprometer la vida de su hijo le produce un terror de indecible angustia.

La situación se iba prolongado indefinidamente, porque la carcelera maldito si tenía trazas de pensar en marcharse, y era evidente que no se marcharía, pues más de un vez había ya manifestado su enojo de que no fuese a relevarla su hijo mayor, que era el designado para ello.

—¿Si creerán—decía con un gesto endemoniado—que he de estarme yo aquí todo el día de plantón? No, pues a ver quién les prepara la bucólica para cuando suban a almorzar.

—Toma, ¿y quién te manda aguantar ahí como un guardacantón, ciudadana?—le preguntó Augusto—. Digo, a menos que no tengas desconfianza de mí... ¿eh?

—No por cierto; yo no desconfío de ti. Pero tengo mi consigna y no puedo faltar a ella; aquí no puede estar nadie de fuera sin que se le acompañe, y después de haber sido registrado antes de entrar.

—Por cierto, ciudadana, que conmigo se te ha olvidado el registro, y...

Al llegar aquí hizo Augusto como quien interrumpe su palabra por algún suceso que llama su atención; púsose, en consecuencia, a fingir que escuchaba, y luego, mirando con aire de amenaza y apretando los puños a la celda de su padre, preguntó afectando un acento iracundo:

—¿No oyes, ciudadana?

—¿Qué he de oír?

—Ese tunante aristócrata tiene gana de que yo le rompa un hueso.

—¿Pues qué te ha hecho, hombre?

—¿No lo estás oyendo? El muy canalla me está haciendo burla.

—Pero, muchacho, yo no le he oído resollar desde que cantó hace un rato aquél *Kyrie eleison*...

—¿No? Pues atiende, atiende, y verás cómo el insolente está remedando ahí por lo bajo, con su tono gangoso, mi canción de la *golondrina*...

El preso, que, como es de suponer, no había perdido una sola palabra de este diálogo, comprendió lo que su hijo deseaba, aunque sin adivinar todavía claramente la intención del muchacho; en consecuencia, arrimóse a la puerta y, parodiando con voz gangosa la música y letra de la *golondrina*, se puso a cantar:

Pajarraco fastidioso,
que chillando noche y día,
con tu mala algarabía
aturdes la vecindad.

—¿Lo oyes ahora?—preguntó Augusto colérico—. Eso lo dice por mí... ¡Habrás desvergonzado!

La carcelera se echó a reír de ver tan enfadado al carpintero, y la voz del preso continuó:

¿No hay un buitrecito que te coma,
ni una jaula que te encierre?

—¡Mira, aristócrata endiablado!—exclamó Augusto interrumpiendo a su padre y arrimándose a la puerta de la celda—; o te callas al instante, o me cuelo en tu madriguera y te bailo encima de los huesos una *carmañola* que no te vuelve a dar más gana de música.

—Pero, hombre, déjalo en paz—dijo la carcelera riendo a carcajadas—; si el pobre diablo se divierte así... ¡Ja, ja, ja!... ¡No lo has tomado tú poco a pechos!

—Que se divierta con una mona, pues con un hijo de mi madre nadie se ha divertido de balde nunca. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Ahora se está riendo de mí? Por vida de...

En efecto: detrás de las tablas había soltado el preso una risa sarcástica, seguida de una tosecita burlona, que probaban su intención decidida de hacer estallar la ira del carpintero. En este mismo instante llamaron a la puerta del almacén, y la carcelera fué a abrir las tres consabidas llaves, que volvió a cerrar con la mayor precaución en cuanto hubo entrado el carcelero, pues él era quien había llamado.

Augusto le miró con una rápida ojeada, y vió que venía armado, según costumbre, con un par de pistolas en el cinto. El preso entretanto había entonado toda una aria infernal de aullidos, chillidos, toses y gan-gueos, que hacían patear y rugir de rabia al muchacho, mientras a la carcelera le dolían ya los ijares de puro reír.

Apenas Masson había comenzado a preguntar a su mujer la causa de aquella rabia y de esta risa, cuando Augusto, pegando una descomunal patada en la puerta de la celda, que se abrió con estrépito, arrojóse sobre su padre y emprendió con-él una lucha a brazo partido; el atacado, por supuesto, se defendía valerosamente, y era de ver la saña con que recíprocamente se menudeaban mordiscos, mojicones, zancadillas y patadas, todo esto con acompañamiento de requiebros por el estilo: *¡Tunante aristócrata!—¡Carpinterillo vil!—¡Perro realista!—¡Demócrata miserable!—¡Lacayo de Capeto!—¡Aprendiz de asesino!...*

Pero también al compás de estos requiebros, aunque en tono tan bajo que sólo de los mismos combatien-

tes podían ser oídos, decíanse uno a otro frases como éstas: ¡Padre de mi vida!—¡Hijo de mi alma!—¡Guardad esta lima sorda!—¿Y tus hermanos?—Buenos todos: primero la cadena, luego el barroto de la derecha—. ¿Y si nos sorprenden, hijo mío?—Moriremos juntos, etc., etc.

A todo esto, la carcelera se desternillaba de risa y decía entre carcajada y carcajada:

—Ven acá, Masson, ven acá, verás a Nicolasillo la tunda que le está dando al aristócrata. ¡Ja, ja, ja! ¡Así, así! ¡Duro en él, muchacho! No se diga que la *carmañola* ha quedado debajo. ¡Pícaro viejo! ¡Vaya si se defiende! ¡Ah, Nicolasillo, tente firme! Mira que te va a estrujar. ¡Ja, ja, ja!

El carcelero estuvo un rato contemplando la lucha con secreta complacencia; pero al cabo, creyendo que la dignidad de su cargo le obligaba a intervenir, cogió al joven por el cuello de la *carmañola*, y cuando le hubo arrancado de manos del preso, que le soltó a duras penas, le dijo:

—Déjale ya, muchacho; guarda esos bríos para mejor ocasión.

—¡Suéltame, Masson, suéltame—decía Augusto pugnando por desasirse—, que quiero beberle la sangre!

—Ven, ven, tunantuelo—respondía el preso provocándole desde la puerta de la celda—; ven a ver a lo que saben los puños de un noble.

—¿Lo estás viendo, Masson? ¿No oyes cómo nos insulta?

—Anda, déjale, que para lo que ya le queda de vida... Vamos, Nicolás, vamos, serénate, hombre... ¡Buena te ha puesto la *carmañola*! ¡La tienes hecha añicos!... ¡Estate quieto, déjale ya!

Las palabras del carcelero colmaron la profunda alegría de los combatientes, pues les probaban que habían hecho a las mil maravillas su papel de rabiosos adversarios. En efecto: excitados como estaban por su misma emoción, habían acertado tan perfectamente a fingir que se denostaban y se aporreaban, que todos los espectadores se tragaron la píldora, hasta el punto de que los mismos presos que andaban sin cadena se habían acercado al carcelero para reconvenirle agriamente de estar mirando aquella lucha sin interponer su autoridad.

—¡No faltaba más—decían—sino consentir que un miserable artesanillo se atreva a insultar y maltratar así a un caballero, a un infeliz preso!... Sobrado tenemos con la República para que nos pida cuentas de nuestra conducta y de nuestras opiniones, sin que venga también un pisaverde atrevido a ultrajar la ancianidad y el infortunio.

Augusto, que estaba resuelto a llevar su farsa hasta donde pudiera, comenzó a amenazar con gestos provocativos a los presos, que engañados por las apariencias, como el carcelero mismo, hacían estas observaciones. Masson, picado de que le dirigieran reconvencciones tan justas, y movido principalmente por la amenaza que los presos le hicieron de denunciarle, interpuso al fin su autoridad, es decir, su pistola, para terminar las provocaciones que hijo y padre seguían dirigiéndose.

En efecto: al ver un argumento tan convincente, el preso volvió a encerrarse en su celda, y el muchacho tornó a coger sus herramientas, no sin que antes se las juraran enseñándose los puños uno a otro con furioso ademán. Augusto, al retirarse ya, sudando, jadean-

do, desgredado y hecha pedazos la ropa, dijo al carcelero:

—Mira, Masson, llévame a trabajar a otro lado, porque si sigo junto a este perro, no respondo de mí... Luego que me tranquilice un poco, volveré a continuar aquí la tarea... ¡Tunante! ¡Tendrá gracia que porque está preso y porque es viejo, como te decían esos otros mirlos, se creyera autorizado a insultar a un pobre jornalero!... Vale más mi sierra y mi escoplo que todos sus pergaminos...

—Vaya, hombre, tranquilízate—le respondió el carcelero sonriendo con bellaquería—. Ven aquí, a este otro lado, y no me seas tan cascarrabias.

—Quisiera yo verte en mi caso, ciudadano Masson. ¡Cómo no se le ha de encender a uno la sangre de verse así insultado por un vil seide de la tiranía!... Si no llegas tan a tiempo, bien puedes contar que hoy tenías un preso menos en el almacén. Precisamente estoy yo antojado de ver a lo que sabe el corazón de un aristócrata.

A Masson se le reía de puro gusto el alma en el cuerpo viendo y oyendo al muchacho; cuando le hubo puesto a trabajar en otro lado del almacén, fué con su mujer a un rincón, y le dijo:

—¿Sabes que Nicolasillo tiene los hígados agrios como un vinagre?

—Ya se ve que sí. Por eso que tú ayer me estuviste aturdiendo los oídos con la cantilena de si era o no sospechoso... ¡Bien sabía yo que es un patriota de los más leales, y que hablarle a él de un realista, es mentarle al demonio!

—¡A ver! Yo no soy el que desconfiaba de él, sino

el inspector, que me había encargado no perderle de vista ni un momento.

—¡Bah! También al inspector se le hacen los dedos huéspedes. Aunque no viera yo más sino el cariño que tiene el muchacho a su maestro Gregorio... ¡Digo!, haberse puesto a trabajar en casa de un pobre viejo para mantenerle con su sudor...

—Es verdad, es verdad. Si alguna duda pudiera quedar todavía, el odio que le tiene a ese Marqués la desvanecería por completo... ¡Vaya si se han cacheteado de lo lindo!... Yo creo que si no quito de encima del preso a esa fierecilla, me le mata sin remedio.

—No hubiera sido mal apuro para ti...

—¿Apuro? ¡Ca! Hubiéramos echado el muerto a la esterquera, y al muchacho le habrían dado una corona cívica... Estoy seguro de que la Asamblea le habría declarado benemérito de la patria. Dantón hasta habría hecho un discurso.

—Tienes razón. Harías bien no olvidarte de buscar a ese chico un acomodo en la empresa de las guillotinas.

—Ya estoy en eso... Voy ahora mismo a ver si ha venido a la portería una persona con quien hablaré del particular... Quédate tú aquí mientras viene a relevarte nuestro chico mayor.

—¿Todavía más tiempo de plantón?

—Es sólo por cumplir la consigna, mujer... Lo primero es la obligación...

—Oye; a propósito de obligación: ¿se cobraron ya las treinta mil libras aquéllas?... Ya sabes...

—Hoy guardarás en tu bolso diez mil... No está mal piquillo..., ¿eh?

La carcelera guiñó el ojo, en señal de alegre asentimiento, y su marido se fué.

Persuadida como aquélla estaba ya de que ninguna necesidad había de espiar al joven artesano, cuyo patriotismo acababa de ostentar tan magníficamente, púsose a pasear a lo largo y a lo ancho, haciendo calceta y fijando su vigilancia únicamente en los presos, que andaban de un lado a otro matando como podían su fastidio o comunicándose respectivamente sus pensamientos, conjeturas, esperanzas o temores.

Augusto, aprovechando esta actitud confiada de la carcelera, dejaba de vez en cuando su trabajo para asomarse a alguna de las rejas que caían al patio, y de allí ver el rostro de su hermana, que atenta siempre, pero sin descuidar la precaución necesaria, miraba con ojos ansiosos al punto donde se tramaba el atrevido proyecto cuyo éxito feliz la interesaba tan vivamente.

En una de estas veces que el joven se asomó, hizo a Matilde una señal dándole a entender que todo iba a pedir de boca; la joven le respondió con un gesto que parecía significar algo más que una simple felicitación, y en el momento que Augusto cavilaba para comprender estas señas, de sentido especial al parecer, vió de pronto asomar por sobre el hombro de su hermana la cabeza de un joven; Augusto no le conoció al pronto, pero ¡cuál no fué su júbilo al comprender que era su hermano mayor, recién llegado en aquel mismo instante de la Vendée y conducido allí por Dubois, que había ido a esperarle!

—Ya somos tres. ¿Quién podrá nada contra nosotros?—se dijo a sí mismo nuestro carpinterillo, figurándose, en el ardor de su alegría, que con el esfuerzo de su hermano tenía bastante para desafiar a todos

los carceleros y republicanos del mundo. Agitado entonces por el deseo de comunicar al preso esta dicha nueva, recogióse un momento, e inspirado por su misma emoción, compuso y cantó la siguiente estrofa:

Mira aquella blanca nube
que frente de ti aparece,
y que vagorosa mece
en los aires su cendal.
Con ella viene el hijuelo
que tú llorabas perdido,
en busca del dulce nido
y del beso maternal.

La sonora voz del joven llamó a un tiempo mismo la atención de todos los presos, que no pudieron menos de oír con encanto aquellas notas vibrantes y como llenas de lágrimas. Pero donde éstas resonaron más particularmente fué en la celda, o por mejor decir, en el corazón del preso, que interpretando en el acto el sentido de la estrofa, no fué dueño de reprimir un grito de alegría, por fortuna significativo solamente para el joven.

A mediodía, cuando Augusto suspendió su trabajo para ir a tomar la refacción de costumbre, entró furtivamente en el cuarto de Dubois, anhelando abrazar a su hermano cuanto antes. Ternísima fué en verdad la escena: Augusto no se saciaba de contemplar y estrechar contra su seno al joven soldado de la Monarquía, que había dejado por algún tiempo sus banderas y, a costa de incesantes riesgos de muerte, venía desde la Vendée para saber de su padre.

Pasados los primeros momentos de esta efusión fraternal, quedaron todos pendientes de los labios de Augusto, que les refirió en breves palabras el artificio in-

ventado para comunicarse con el preso a despecho de la vigilancia de los carceleros, para entregarle la lima con que pueda quebrantar los hierros de su cárcel, para indicarle los medios de evadirse, y para informarse, en fin, de su salud, que era, gracias a Dios, buena, a pesar de los rigores de su prisión.

Por las mejillas de todos corrieron abundantes lágrimas cuando Augusto, derramándolas no menos copiosas, refirió la violencia que le había sido forzoso hacerse para fingir aquella lucha con su venerado padre, y sobre todo para dirigirle aquellas injurias y aquellos golpes que, simulados y todo como eran, y dados por supuesto de modo que no le lastimaran, desgarraban, sin embargo, el corazón del joven. Pero a pesar de esta violencia que había sufrido su filial veneración, consideraba su artificio como una verdadera inspiración del cielo, pues era el único medio de ver y hablar a su padre y de procurar su libertad.

Terminada la narración de Augusto, tocó la vez al soldado vendeano, que expuso el estado de las cosas en las provincias occidentales, los progresos del levantamiento iniciado en ellas y el impulso que infaliblemente iba a darle la terrible noticia de la condenación del Rey. Esta narración del soldado inundó de esperanzas el seno de los dos hermanos, pues en aquella época contaban singularmente con el apoyo de las poblaciones vendeanas para salvar la Religión y la Monarquía. El anciano Dubois escuchaba también con suma complacencia, y meneando su cabeza, sin embargo, en señal de incredulidad, decía tristemente:

—Todo eso está muy bien, hijos míos, muy bien; pero me temo mucho que llegue ya tarde. Antes que la Vendée haya levantado el estandarte de la lealtad, el

Rey habrá sido decapitado, y ya no habrá remedio. El lobo no aguarda a los mastines, que pueden disputarle y quitarle su presa, sino que se apresura a devorarla y escapa luego por donde puede. Cuando la Convención haya derribado la augusta cabeza de nuestro amado Rey, Francia se quedará helada de terror, y los malvados se aprovecharán de este momento para inundarla de sangre. No se os figure que esto va a ser negocio de pocos días ni de fácil compostura.

—Se conoce, amigo Dubois—respondió el soldado—, que no sabéis los magníficos elementos de resistencia que hay en las provincias, dispuestas ya a levantarse. Si hubierais visto como yo el entusiasmo y la indignación de aquellos honrados campesinos, no dardíais de que con ellos se puede desafiar al mundo entero. Ya veréis cómo entramos en París, amigo Dubois, y esos altaneros demagogos que hoy huellan y escarnecen todas las leyes divinas y humanas, huyen des-pavoridos ante las hoces y hachas de los inexpertos defensores de la fe y del trono. La Convención, decís... No os acobarde ese infernal conciliábulo de ateos sanguinarios, porque os aseguro que toda la fuerza de que hoy tanto alardean no tiene más consistencia que el terror de los buenos, y se desvanecerá como niebla de verano el día que unos pocos hombres honrados se resuelvan sinceramente y con alguna energía a exterminar semejante foco de bárbara opresión. Sí; vendremos a París, y muy pronto habremos ya tremolado el blanco estandarte en donde hoy tremola esa odiosa bandera tricolor, símbolo funesto de luto y sangre.

—Dios os oiga, caballero—repuso Dubois sin cesar de menear su cabeza—; el cielo se digne proteger la santa causa que os inspira palabras de entusiasmo tan

sincero y tan noble... Pero mucho me temo que os engañe vuestra misma esperanza.

—¿Por qué, amigo Dubois, por qué?

—Porque el miedo es una terrible cosa, y nuestra pobre Francia lo tiene muy grande a la hora presente. Los tiranos que nos dominan han logrado llenarla de espanto, que paraliza sus miembros. No tenéis más que mirar en derredor vuestro. ¿En dónde están los que parecían más decididos a resistir? ¿Qué se han hecho los millones de hombres de bien que sin duda viven todavía en nuestra patria? Yo no los veo en ninguna parte: unos han huído; los que no han podido huir se han sepultado debajo de siete estados de tierra por miedo de que sepan siquiera sus enemigos que viven...

—Ellos volverán a salir—replicó el soldado—cuando vean que hay quien los protege, amigo Dubois. La raza de héroes nunca ni en ninguna parte ha sido numerosa, y verdaderamente sería menester heroísmo para lanzarse hoy a la pelea sin esperanza alguna de auxilio.

—¡Dios os oiga, repito, noble mancebo, Dios os oiga! Pero entretanto bien hacéis en no perder tiempo para ver de salvar a vuestro padre. De un momento a otro van a ser trasladados los presos.

—¿Estáis seguro de eso, Dubois?—preguntó Augusto.

—Todo el mundo lo dice: los revolucionarios dicen que el día señalado para ejecutar a nuestro infeliz Monarca estallará una conspiración realista, y suponen que la primera operación de los conjurados será abrir las cárceles. Sobre todo a esta prisión la tienen por poco segura, y me consta que piensan suprimirla; si no lo han hecho ya es porque todas las demás están atesta-

das con la muchísima gente que han encerrado en estos últimos días.

—Sí, sí—dijo entonces vivamente Matilde—; démonos prisa, hermanos míos; no podemos perder un minuto. Debemos intentarlo todo, arriesgarlo todo por salvar a nuestro padre. Salvarlo o morir con él: esa es nuestra obligación. Querido Dubois, probablemente tendremos que contar con vuestra generosidad para que sigáis prestándonos vuestra ventana y vuestro cuarto.

—Ya os he dicho, hijos míos, que cuanto valgo y tengo está a vuestra disposición. Lo único que os ruego es que tengáis mucha prudencia para que no nos comprometamos todos. A mí poco me importa ya que me quiten el pellejo; día más, día menos, mi vida no puede ya durar mucho. Pero vosotros, hijos míos, sois jóvenes, tenéis muchas obligaciones que cumplir, y no quisiera sufrir la pena amarguísima de veros en manos de esos cafres.

—Querido Dubois—dijo Augusto estrechándole afectuosamente la mano—, sois uno de los hombres más buenos y generosos que he conocido en mi vida. ¿Con qué podríamos pagaros vuestra abnegación?

—¡Niño, niño!... Con lo que se pagan los servicios entre cristianos: con pedir a Dios por mí.

—Como vos le pediréis por nosotros, ¿no es cierto, amigo mío?—preguntó Matilde llorando.

Nada respondió Dubois a la joven, porque en aquel instante mismo había llamado su atención, como también la de los jóvenes, un ruido que súbitamente se oyó en la puerta del cuarto.

—¿Han llamado?—dijo Dubois con turbación manifiesta—. ¿Si... se me habrá olvidado cerrar la puer-

ta? Nos han sorprendido, no hay duda. ¡Escondeos, por Dios!

—Yo no me escondo nunca—dijo con noble altivez el soldado vendeano—. Abrid, Dubois; sea quienquiera, amigo o enemigo, estoy preparado para recibirle. Abrid, y nada temáis.

Diciendo esto, el joven sacaba y armaba un par de cachorrillos, adelantándose luego con uno en cada mano. Abrieron, en efecto, y entró un niño con una carta que decía en el sobre: *A la ciudadana Matilde, en la casa de Dubois, calle de Saint-Avoye, número 15*. La joven, pálida y temblando al leer este sobre, exclamó:

—Estamos vendidos. ¿Quién puede saber mi nombre y el sitio donde estoy? ¡Oh!... ¡Dios mío! Abramos, a ver qué es esto...

El niño portador de esta inesperada misiva tenía orden, sin duda, de escapar en cuanto la entregara, pues efectivamente, escurriéndose como una anguila de manos del soldado, que intentó detenerle para interrogarle, de un salto se plantó en la puerta y echó a correr la calle adelante. Matilde abrió, con la emoción que puede suponerse, la carta, cuya letra y firma le eran desconocidas, y que decía así:

“Señorita: El mero hecho de recibir esta carta en el sitio donde estáis os probará la escasa prudencia con que estáis procediendo. El cariño filial puede explicar y disculpar muchas locuras; pero la que estáis cometiendo ahora, pasa de raya. Sabed que desde que entrasteis en París habéis sido conocida y espiada por persona que no os quiere... que no os quería bien.

”Esa persona es la misma que os dirige estas líneas, que no os ha perdido de vista un solo momento, la misma que ha podido entregar al patíbulo vuestra ca-

beza, juntamente con la de vuestro padre y las de vuestros *dos* hermanos, a quienes tenéis en vuestra compañía con ánimo de ejecutar el descabellado proyecto que habéis concebido. Esa persona tenía sus razones para querer perderos... pero no lo ha hecho. Perteneciente en otro tiempo a la misma clase que vos, ha renegado de ella, sin embargo, por motivos que es inútil comunicaros... Se trata de vos.

"Dad mil gracias a vuestra fortuna, a Dios, a vuestra juventud, a vuestra misma situación desgraciada, quizá, de las consideraciones que con vos ha tenido quien ha podido perderos y quiere hoy salvaros.

"En prueba de que estoy al corriente de todo cuanto os toca, voy a daros algunas noticias que debéis aprovechar:

"El carcelero a quien está confiada la custodia de vuestro padre es un hombre feroz, pero que no escupe el oro; un *incorruptible* que se deja corromper muy fácilmente; sólo que tasa muy caro las cabezas de aristócratas. Si el estado de vuestros fondos os permite intentar este medio, hacedlo sin rodeos, segura de que no seréis desairada; si no os lo permite, apruebo que hagáis toda especie de tentativa para salvar a vuestro padre; pero daos prisa, porque mañana probablemente le trasladarán a otra prisión, de la cual me consta que saldrá muy en breve para el suplicio.

"Vuestro abuelo, el conde de Ventimile, ha muerto en el extranjero, en una posada de Straubing.

"Durante su emigración le ha perseguido incesantemente una sociedad secreta, la francmasonería, con designio de ganarle para sus filas tenebrosas, o de quitarle la vida; él ha resistido valerosamente a todas las pruebas, y ha sucumbido solo, sin amparo, lejos de

todos los suyos. Yo he tenido encargo de aquella sociedad, terriblemente poderosa, para perseguir a todos los descendientes de vuestro abuelo hasta exterminar, si era posible, vuestra familia, a quien se odia por su leal adhesión a la Religión y al Trono.

"Os sorprendería la exactitud de los datos y la crueldad de las instrucciones y órdenes que he recibido acerca de vos y de todos los vuestros... Pero he tenido compasión de vuestros infortunios, de vuestra juventud, y no he querido gravar mi conciencia con un remordimiento más. En pago quizá de esta buena obra, Dios ha tenido también compasión de mí, y se ha dignado desgarrar la venda que me cegaba mucho tiempo hacía, y que me ha tenido en las garras del demonio...

"He aprendido de la muerte a conocer el horrendo camino de mi pasada vida... Los labios de una anciana moribunda me han traído al punto de salvación; una sola palabra suya me ha enseñado a pensar, a arrepentirme, a amar y a perdonar. Esa anciana virtuosa, que en estos últimos días os ha servido de madre, goza ya de Dios... No volveréis a verla: ha expirado poco después que vos la dejasteis esta mañana... Al morir, al darme el último adiós, que me ha reconciliado con su memoria y con el cielo, me confió sus postreras voluntades, de las cuales os concierne alguna, que luego os diré.

"Sabed antes que vuestra querida Victoria vive. También he podido perderla como a vos; pero la misericordia divina no me ha dejado tampoco consumir este crimen. Héctor la ha libertado; cuando este noble joven os vea, sabréis los riesgos terribles que ha corrido para ello... Espero que hoy mismo podáis abrazar a vuestra amiga...

"Por último, perdonadme que me atreva a hablaros de un asunto delicadísimo para una joven tan cristiana como vos; pero debo cumplir el encargo que he recibido de la Condesa... Ha muerto con la esperanza de que algún día, no lejano quizá, si Dios quiere sacaros con bien a todos de vuestra actual situación arriesgadísima, iréis a rezar con vuestro esposo el caballero Héctor de Beaupré sobre el sepulcro de la anciana que le amó como a hijo, y que ha tenido el consuelo de morir en sus brazos... Vos sabréis, señorita, si vuestro corazón está dispuesto a cumplir este postrer deseo de la moribunda.

"Ya veis si estoy bien informado de todo cuanto os concierne... Día acaso vendrá en que vuestro padre os refiera por menor quién yo fuí, lo que pude y debí ser, y la serie fatal de errores y de pasiones punibles que me lanzó en los caminos del mal... Vos le diréis, en cambio, cuál ha sido mi arrepentimiento... Dentro de poco saldré de París y buscaré un asilo obscuro en donde sepultar mi existencia, para ocuparme ya sólo en pedir a Dios el perdón de mis crímenes.

"Tengo presentimiento de que mis cómplices hasta hoy no me perdonarán esta conversión que los acusa; es probable que su odio me persiga sin tregua, y casi seguro que logrará acabar conmigo... Vos, señorita, que tenéis el alma libre de todo remordimiento y que sois amiga de Dios, pedidle, os ruego, que se digne aceptar mi sacrificio como expiación del mucho mal que he causado en este mundo.

"Adiós, hija mía (permitid a un desgraciado daros este tierno nombre). Pedid a Dios por mí, vuelvo a rogaros... Pedid por un hombre que os ama hoy tanto

como os ha aborrecido... ¡Pedid por mí!—Vuestro amigo, de corazón, ROBERTO, conde de S..."

Acabada de leer esta singular y extraña misiva, quedaron unos momentos los tres hermanos como absortos, revolviendo en su ánimo todo un piélago de temores, de esperanzas, de conjeturas y de proyectos. Menester fué que Dubois, ante quien no se recataron de leer la carta, los sacase de su embebecimiento diciéndoles:

—No hay duda: debe ser el mismo que ha venido una porción de días aquí, con la intención sin duda de tentarme por todos los medios y de hacerme confesar que yo era realista y que os había dado asilo en mi casa... Pero ¿cómo diablos se ha compuesto ese hombre para penetrar tanto secreto? ¿Será cosa de que hablen las paredes?... En fin, hijos míos, por lo que pueda tronar, creo que debéis seguir los consejos de esa carta... Indudablemente, el que la ha escrito es un alma arrepentida: la mentira no tiene ese lenguaje... Apresuraos, apresuraos a hacer lo que os parezca más oportuno. Conmigo ya sabéis que podéis contar para todo.

Pareció bien a los tres hermanos cuanto Dubois les decía. Matilde, con los ojos arrasados de lágrimas, se retiró a un rincón para devorar allí las varias y opuestas impresiones de júbilo y de pena que tan inesperada comunicación acababa de producirle. ¡Su noble abuelito había muerto en tierra extranjera, tan lejos de los suyos! ¡Tristísima nueva en verdad! Pero ¿y José? ¿Qué ha sido de él? ¿Le abandonó antes que muriera?... ¿Habría perecido quizá el fiel criado a manos de los perseguidores del noble proscrito?... ¡Oh! ¡Cómo este recelo amarga el placer sentido por la joven al saber que su Victoria está en salvo, al esperar que podrá

abrazarla en breve!... Por otro lado, aflígela también la idea de no haber estado junto a la cabecera de la Condesa para consolarla, para aprender de ella nuevos ejemplos de piedad y de cristiana resignación.

Pero disminuye este pesar la noticia de que al fin la noble anciana ha muerto en brazos de su sobrino... de Héctor... Por primera vez Matilde, al recordar este nombre, sintió un latido especial en su corazón y un nuevo rubor en sus mejillas... Casi no se atrevió a confesarse a sí misma que aquella emoción súbita no era, sin embargo, tan absolutamente nueva en su alma como ella pensaba... La Condesa, con su experiencia y penetrante cariño, había visto mejor que la joven en su propio corazón.

Mientras tanto, Dubois y los dos hermanos trataban de combinar los pormenores de su ya común empresa, de modo que lograsen éxito dichoso. El momento era crítico; había llegado la hora de salvar al preso, o de morir con él, según lo habían resuelto sus fieles y amantes hijos.





CAPÍTULO XXX

La peluca roja.

NADIE hay que alguna vez en la vida no se haya atormentado hasta el punto de no ver ni oír lo que tiene delante, como si de repente se hubieran obstruido todos los órganos de su cuerpo y todas las facultades de su alma. Esto era cabalmente lo que sucedía a la pobre Victoria en el momento que la hemos dejado buscando el dicho número 60. De puerta en puerta y de rincón en rincón, llamando por su turbación misma la atención de los transeuntes, quedábale a la infeliz la suficiente dosis de instinto nada más para saber que estaba de nuevo en peligro de perder su libertad. Cada vez que maquinalmente volvía atrás la cabeza, veía a los nacionales que iban en su seguimiento, y los sentía ya, como que llegaban a ella sus voces y sus pasos. Pero el número 60 sin parecer, y—¡cosa singular!—sin embargo, se le presentaba clara y distintamente el 56, el 58, el 62; divisaba las muestras de una carnicería y una botica que al pasar por allí con Héctor había tomado como señas para encontrar la

casa que el joven le había indicado; todo lo veía, menos lo que le importaba ver.

Ya estaban los nacionales a veinte pasos de ella, y se le figuraba que la ponían la mano encima. En esta angustia ocurrióle dirigirse a un transeunte y rogarle que tuviera la bondad de indicarle el número 60; pero el hombre preguntado debía ir muy de prisa, porque sin pararse siquiera para contestarle, dijo únicamente:

—Sigue tu camino, ciudadana, y no me estorbes el paso.

Por el tono y el gesto con que el hombre pronunció estas palabras figuróse Victoria que llevaba tanto miedo, cuando menos, como ella; y en breve adquirió certidumbre viéndole volver la cabeza para escuchar los pasos de los nacionales, y luego retorcer una esquina y escurrir el bulto por una calleja inmediata. La joven se dijo entonces a sí misma:

—Parece que tampoco son del gusto de éste las patrullas; su razón tendrá para no querer que le cojan. De todos modos, puesto que él tiene interés en escurrir el cuerpo, lo mejor que puedo hacer es seguirle; él sabrá las calles, y lo probable es que se dirija a un punto donde haga perder la pista a sus perseguidores.

Una vez formado este raciocinio, que pudiera ser exacto o no serlo, Victoria echóse a andar tras el hombre, que cada vez apretaba más el paso y no cesaba de volver atrás la cabeza para asegurarse de que no le perseguían; pero su turbación debía ser muy grande, pues por lo que la joven pudo juzgar, tomaba los pasos de ella por los de una patrulla; así es que cada vez iba el pobrete corriendo con más ahinco.

Fortuna suya y de Victoria fué que los nacionales, confundidos en el tropel de gentes que circulaba, y

envueltos en la niebla espesísima que había comenzado a levantarse casi de repente, habían en realidad perdido la huella de los perseguidos. Sin embargo, el hombre continuaba corriendo como una exhalación hasta el punto de que en pocos instantes había atravesado cuatro o cinco calles. La pobre muchacha, jadeando y cubierta de sudor, se vió luego imposibilitada de seguirle, pues ya él se le había adelantado a tan larga distancia, que la niebla le impedía ver la dirección que hubiese tomado. Resolvióse, por tanto, la joven a suspender una carrera que ya le parecía inútil, y sentóse en el umbral de una puerta cochera para tomar aliento y reflexionar sobre lo que la conviniese hacer.

Pero esto era justamente lo más arduo para ella: el no saber adónde dirigirse. ¿Cómo volver a hallar la calle del número 60 en medio de aquella Babel? ¡Y si al menos supiese el nombre de tal calle! Pero no lo sabía. Y no hallando el número 60, ¿cómo, ni cuándo, ni en dónde había de poder reunirse con su protector? Todo esto sin contar con que el hambre empezaba ya a atormentarla y que no llevaba consigo ni un mal sueldo para comprar un pedazo de pan.

A vueltas de mil ideas, a cual más absurda, pensó mudar de traje como Dios le diera a entender, poniéndose en la cabeza el pañuelo de bolsillo y volviendo su vestido del revés; en fin, como pudiese, y una vez transformada así ver cómo emprendía el camino de su pueblo.

Pero la infeliz no calculaba que este proyecto era tan descabellado como todos los demás. ¿Cómo atravesaba la ciudad hasta ponerse en aquel camino? ¿Cómo iba luego a andar leguas y leguas sola, con riesgo de extrañarse a cada momento? ¿Cómo iba a alimentarse?

Sin embargo, a todas estas dificultades hallaba solu-

ción. "Preguntaré—decía—a todo el mundo: el que tiene lengua a Roma va. Mendigaré el sustento de puerta en puerta; sí, mendigaré hasta encontrar mi amada alquería, hasta verme en brazos de mi madre." ¡Ah! Este recuerdo agolpó el llanto a sus párpados y puso en sus labios las oraciones que ya mentalmente había estado dirigiendo a la Virgen sin mancilla. Cruzando entonces sus manos y reclinando la cabeza sobre el quicio de la puerta, quedóse como esperando a que la divina Providencia le abriese un puerto de claridad y de salvación.

Apenas había tomado esta actitud, cuando de pronto la hizo levantarse estremecida una voz que le preguntaba:

—¡Eh, niña! ¿No vienen ya los nacionales?

Miró entonces la joven al que tan inopinadamente la interrogaba de este modo, y reconoció al mismo fugitivo que la había hecho dar tan terrible galope. La rápida inspección que hizo de este personaje la confirmó más y más en su anterior idea de que era un hombre inofensivo, y animóse a responderle:

—¡Tal hemos corrido nosotros para que les quede más gana de seguirnos el bulto! Y vos, ¿no los habéis vuelto tampoco a ver?

—No. Presumo que, aterrados de mi presencia, huyen a sepultar la ignominia de sus cabelleras en lo más profundo del averno.

—¿Eh? ¿Qué decís?—preguntó Victoria sorprendida de este lenguaje, enteramente ininteligible.*

—Huyen, sí, como ante el sol la niebla; llevan peluca roja.

Viendo la joven que su interlocutor seguía hablándola esta algarabía, se aventuró, menos por cambiar de

conversación que por averiguar lo que a ella importaba, a preguntarle:

—¿Podrías decirme el nombre de la calle donde nos hemos encontrado?

—Perfectamente, como que allí vive mi peluquero; le hago una visita al mes para ver cómo lleva mi peluca.

—¿Conocéis la casa número 60 de la misma calle?

—¿No he de conocerla, si es la casa de mi zapatero? Hombre de bien; pacífico si los hay, y... enemigo de las pelucas rojas...

—Parece que ese color no os gusta...

—Le detesto.

—Ya decía yo, en cuanto os vi, que no erais revolucionario...

—Y dijiste bien, niña... Sin embargo, he tomado parte en la revolución con todas mis fuerzas... No me arrepiento de ello; al contrario, me doy la enhorabuena, porque al fin veo ya cumplido mi deseo... Mi decreto se obedece en todas partes...

—¡Cómo! ¿Deseabais ver rodar cabezas por el suelo?

—Cabezas, no, sino pelucas... Quince años enteros ha que lucho por hacer una revolución en ellas... Antes todo el mundo las llevaba rojas; esto era ignominioso, sacrílego... Hoy ya nadie las usa sino rubias, de color castaño, algunas negras, aunque pocas... Dentro de breve tiempo la revolución estará consumada. En cuanto al Rey, si se obstina, como se me ha asegurado, en llevar peluca roja, merece perder la cabeza... Porque toda cabeza cubierta con peluca roja debe rodar en el caldoso. Tal es mi soberano decreto...

Hasta llegar a esta parte de enfática peroración no

conoció la inocente Victoria lo que ya el lector habrá conocido, que su interlocutor era un pobre loco. Pero loco y todo, podía muy bien ser que supiese las calles de París, y en este caso la joven no podía haber encontrado guía más seguro para hallar su número 60. Parecióla, pues, que a sus fines importaba seguir la manía de aquel infeliz para hacérselo propicio, y con esta intención le dijo:

—Veo que tenemos el mismo gusto, caballero; tampoco yo puedo sufrir las pelucas rojas; no sé cómo hay quien tenga valor de usar ninguna. En eso soy yo tan revolucionaria como vos... Es decir, que ambos somos revolucionarios; pero, gracias a Dios, de los que no matan ni guillotinan a nadie...

—No, poco a poco. En eso distingo. Cualquiera que pase delante de mí con una peluca negra, rubia o castaña, puede ir en paz; pero si tiene la osadía de llevarla roja, despreciando así mi decreto... ¡ay de él!... Mira la espada de mi justicia...

Diciendo esto, el loco desembuchó un enorme cuchillo y comenzó a blandirlo con ojos iracundos. La pobre muchacha empezó a temblar como el azogue, pues ni un alma pasaba por la obscura calleja en donde se hallaba con aquel frenético, y tuvo tentación de apretar a correr; pero luego reflexionó que el loco tenía mucho mejores piernas que ella, y además que el medio seguro de no irritarle sería dar a entender que le tenía miedo. Animándose, por tanto, lo mejor que pudo, y por decirle algo le dijo:

—Yo apruebo vuestro rigor; pero supongo que tendréis tribunal para juzgar a los culpables...

—Sí, le tengo: el de mi conciencia. Miro, examino,

juzgo y hiero. Tal es mi decreto, y se cumplirá inexorable.

—Pero pudierais alguna vez equivocarse el color.

—Nunca; yo no hiero jamás sino a la luz del día, cuando estoy seguro de no engañarme... Así me lo aconseja mi peluquero...

—¿Vuestro peluquero? ¿Ese que vive en la calle donde nos hemos encontrado?—preguntó Victoria con ánimo de ir al negocio que le importaba—. Me alegraría conocerle y encargarle una peluca para mí... Si tuvierais la bondad de llevarme a su casa...

—Con mucho gusto; no seréis vos el primer parroquiano que le llevo; sin mí, se hubiera ya muerto de hambre. Además, yo le proveo de cabelleras, para que nadie le engañe... Ahora viene época de hacer gran provisión; parece que va a cortarse mucha cabeza, y pienso entenderme con los empresarios de guillotinas. Venid conmigo, ciudadana.

Victoria se decidió a seguir al loco con intención de darle un famoso esquinazo en cuanto le pusiese en la calle del número 60 ó en cuanto ella sospechase que la llevaba con rumbo extraviado. Pusiéronse, pues, en marcha: él corriendo a veces, a veces parándose, a veces caminando con paso tardío y grave; ella siguiéndole lo mejor que podía, pero siempre a distancia respetable, para estar pronta a escapar si le era necesario.

Por lo que la joven podía recordar, observaba con gusto que su extraño conductor la iba llevando adonde ella deseaba, pues las calles por donde caminaban le parecían ser las mismas que habían antes recorrido huyendo. Pero en cambio la inquietaba no poco ciertos movimientos que había ya observado en su guía, el cual, a toda persona que pasaba junto a él parábase

a examinarla, no sin astucia y disimulo, para ver si llevaba o no peluca, y en este segundo caso, si era o no roja.

Lo grave de esta pantomima era que cada vez que se paraba para hacer una de estas revistas, metía la mano en el pecho con manifiesta intención de tener cogido el mango del cuchillo, para ejecutar, si lo creía procedente, *su decreto*, como él decía. Si en una de éstas le daba gana de embestir a algún desventurado, corría nuestra pobre chica el riesgo de ser testigo forzoso de un asesinato, y tenida quizá por cómplice.

De este modo recorrieron las calles que mediaban hasta la que Victoria iba buscando, y la cual conoció en cuanto hubo entrado en ella, dando luego mil gracias a Dios por el éxito favorable que, según todas las señas, iba teniendo ya su aventura. Pero, ¡ay!, que le aguardaban todavía sinsabores muy dolorosos. Precisamente había llegado al punto donde poco más o menos debía hallarse el tan codiciado número 60, y, lo que es más, ya lo leía claro, distinto, sobre el portal de la casa correspondiente, maravillándose de la turbación con que había podido antes pasar mil veces por ella sin conocerla, cuando de pronto oye detrás de sí las voces y pasos de un grupo de hombres: era una patrulla, la misma quizá que antes la había perseguido. El loco, entre tanto, continuaba su camino sin hacer maldito el caso de la patrulla, sin volver siquiera la cabeza para mirar si le seguía, prueba clara de que antes huía sin motivo.

Pero quizá había otra razón para esta indiferencia. Ello era que, enteramente desentendido de cuanto pasaba a su lado y detrás de él, iba cada vez apretando más el paso, hasta el punto de que Victoria apenas

podía seguirle, y caminando con los labios convulsos, la frente anublada y los ojos chispeantes clavados en un pacífico transeunte que iba por la misma acera algunos pasos delante de él. El punto de mira del infeliz demente era la peluca de dicho pasajero, desgraciadamente iluminada a la sazón por el reflejo de una redoma de vidrio colorado puesta sobre un escaparate a la puerta del barbero, que la tenía allí llena de sanguijuelas, como muestra de su tienda.

La peluca sería negra, o rubia, o castaña; pero el maldito reflejo de la redoma le daba un color rojo subido, y... no fué menester más para que el acérrimo enemigo de las pelucas rojas se echara sobre el desgraciado pasajero, le cogiese por detrás con ímpetu violento, le quitase de un sopapo el sombrero para examinarle mejor y, por último, le sepultase en la espalda el cuchillo antes que el pobre atacado tuviera tiempo ni de revolverse siquiera, pues cuando miró por sí, estaba ya en el suelo revolcándose en su sangre y gritando:

—¡Asesino! ¡La guardia, la guardia!

El loco, sin hacer caso de estos gritos ni mirar más a su víctima, plantóse de un salto, con el cuchillo ensangrentado en la mano, junto a Victoria, y le dijo con frenético entusiasmo:

—Ya hay uno menos; la ley está cumplida...

El terror y desconcierto que este incidente produjo en Victoria, no le dejaba, como puede suponerse, escuchar el discurso que el loco parecía dispuesto a dirigirla; lejos de eso, dando un salto hacia atrás horrorizada, volvióse para huír. Pero ya se encontró rodeada por la patrulla, que había acudido presurosa al oír las

voces lastimeras del herido, y que en el acto echó mano al agresor y a Victoria.

—¡Calla!—exclamó uno de los nacionales cuando hubo reconocido al primero—. ¿No es éste el loco que estaba encerrado en el Hospital, y a quien llaman *El peluquero*?... ¡Ah, maldito! No volverás a escaparte de tu encierro... ¿Por qué has matado a ese ciudadano?

—Porque así lo tengo decretado—respondió con solemnidad ferozmente cómica el loco—. Miro, examino, juzgo y hiero... La ley está cumplida. Esa joven te dirá si he obrado con justicia: a su testimonio me refero; ella conoce mi rectitud de miras y la pureza de mis intenciones.

Fijándose entonces en Victoria la mirada de todos los nacionales, dijo uno de ellos, que la había estado observando atentamente desde el principio:

—Esta joven, sargento, es la misma que se nos escapó antes, a favor de la gente y de la niebla... La misma: aquí está el vestido verde y el pañuelo azul que decía la vieja aquella que sacamos de la zanja...

—Cierto—respondió el sargento—. Dime, niña, ¿qué clase de pécora eres tú, que en el espacio de una hora te hallamos en compañía de dos asesinos?... Vamos, para la edad que tienes, no te portas mal...

Por toda respuesta, Victoria cruzó las manos sobre el pecho y alzó al cielo los ojos arrasados de lágrimas, cual si en aquel punto creyese ver claro que la voluntad divina era llevarla de tribulación en tribulación. La pobre joven tuvo por llegado el momento de ofrecerse resignada al sacrificio. Aquella serie de extraños incidentes que la traían de riesgo en riesgo y de angustia en angustia desde su llegada a París, parecióla

entonces providencial decreto, y se sometió a él con ánimo cristiano.

Pero, ¡ah! ¡Cómo en aquel instante se oprimió su pecho al recordar la paz de su alquería, al imaginarse a sus padres y hermanos sentados tranquilamente al hogar, pensando quizá en ella! Si supiesen en dónde está y lo que sufre lejos de ellos, ¡cómo volarían a defenderla!... Pero ¿qué lograrían tampoco con eso?

En aquella odiosa ciudad nadie encuentra a quien busca: enemigos en todas partes; amigos, en ninguna... ¡Qué mal, qué mal había hecho en haber seguido a Matilde! ¡Y si al menos hubiera podido serla de alguna utilidad!... Todo se reúne en su mente para hacerla llorar la hora infausta en que consintió en ir a aquel París, a aquel hervidero de vicios, de extravagancias, de crímenes, que iba a ser el lugar de su martirio y el sepulcro de su juvenil existencia...

Tales eran los amargos pensamientos que la fueron ocupando mientras iba presa entre los nacionales, hasta llegar al cuerpo de guardia, que era un cuarto bajo, húmedo, apestado con el hedor de tabaco y de aguardiente, y tan obscuro que, a pesar de ser de día, estaba iluminado por un fementido farol, más propio que para alumbrar la pieza, para aumentar su lobreguez.

Esta obscuridad impedía ver distintamente el bulto, y mucho menos las facciones, de una persona que se hallaba en un banquillo junto al rincón más sombrío de toda la pieza, con el rostro sepultado en el pecho y las manos atadas atrás. Victoria no pudo prestar atención a lo poco que de esta persona se percibía, porque cabalmente casi en el instante mismo de entrar la joven llegaba en pos de ella el pobre pasajero asesinado, conducido por dos nacionales en unas parihuelas,


respirando todavía y aun articulando algunas frases con ahogado acento, tendido boca arriba y chorreando sangre. Este espectáculo horrible, añadido a las violentas emociones que toda aquella mañana habían agitado a la pobre Victoria, hicieronla perder el sentido y caer desplomada en tierra como cuerpo muerto.





CAPÍTULO XXXI

Lo que agrada no empalaga.

OR la tarde, después de comer, volvió Augusto al almacén para proseguir su tarea; pero esta vez iba acompañado de Gregorio, con esperanza de que el fervoroso y notorio patriotismo del viejo terrorista le sirviese de fiador bastante para que el carcelero renunciase a toda su vigilancia. Luego veremos que esta cuenta no salió bien a nuestro joven carpintero.

—¡Hola, Nicolasillo!—le dijo el carcelero al verle entrar acompañado de su maestro—. ¿Qué es eso? ¿Traes refuerzo para pelear con el aristócrata?

—¿Yo?... Me basto solo para dar cuenta de veinte juntos... No viene por eso conmigo Gregorio, sino que, como tú dices que te corre prisa acabar el trabajo, me hace el favor de venir a ayudarme.

—Cabales—añadió el viejo para confirmar el dicho de su oficial—; no es justo que mi pobre Nicolasillo cargue con todo el mochuelo... Todavía tengo resuello fuerte, a pesar de mis años, y si tú hubieras querido hacer algo por colocarme en la empresa de guillotinas,

ningún mozo se me habría puesto delante. Pero, como dice el refrán, con las glorias se olvidan las memorias, y a ti no te importa que el pobre Gregorio se ahorque de un pino...

—¡Hombre! ¡No parece sino que la República no tiene que pensar más que en colocarte a ti!... El verdadero patriota ha de tener el pecho ancho; aquí estoy yo, que no paro ni de día ni de noche, aperreado siempre con este pícaro oficio, y por añadidura teniendo que responder de estos pájaros con mi cabeza; y con eso y todo, apenas gano para vivir... y no me quejo, ¿estamos? No, señor, ¡todo por la patria! Y aunque la República me dejara morir de hambre, yo no dejaría de gritar con todos mis pulmones: ¡viva la República!

—Eso sí que es la verdad, ciudadano Masson—dijo Augusto, poniendo la mano sobre el hombro del carcelero—. Todo el mundo conoce tu celo y tu desinterés. Pero no me negarás que en eso nadie echa la pata a mi maestro. Con sólo que él tosa fuerte, no queda realista quieto en diez leguas a la redonda...

—¡Cabales!—repitió Gregorio—. De todos modos, ciudadano Masson, te agradezco lo que haces por mi oficial...

—Y yo también—añadió calurosamente el joven—. Por eso no quiero perder más tiempo aquí charlando. Cuando quieras, Masson, abre la puerta del almacén, a ver si aprovechamos lo que resta de tarde...

—Todavía no puede ser—respondió el carcelero, con el disgusto que puede suponerse del joven—. Tenéis que esperar que vuelva mi chico mayor para que esté con vosotros, pues mi mujer anda muy ocupada, y yo tengo que hacer mi lista de presos, por si es verdad que vienen a sacarme algunos...

—¡Hola! Se confirma la noticia, ¿eh?—preguntó Augusto esforzándose en ocultar su ansiedad—. ¿Suplico que te llevarán los más comprometidos y los más peligrosos?

—Sí; ahora me sale el inspector, al cabo de los años mil, con que ésta no es prisión segura... Ya sabes tú que yo me temía esta embajada el día menos pensado. Y ello sí es verdad que las tablas no están muy firmes; pero, en cambio, los barrotes de las rejas lo están; dígalo Duroz, que les ha pasado revista.

—¿Qué más barroto que tu vigilancia, amigo Masson? El preso que a ti se te escape...

—Con todo, no me duermo en las pajas. Estos malditos aristócratas son brujos, y con ellos no puede uno descuidarse nunca. ¿Queréis creer que el otro día, en la requisa de por la noche, me hallé un montón de cartas y los periódicos de aquella misma mañana entre la paja del jergoncillo de uno de esos condenados? Yo no sé cómo ellos se las componen, pero el resultado es que, aunque nadie los ve ni los habla, saben todo lo que pasa en París, y en toda Francia, y en el extranjero. No sé cómo se gobiernan; yo no los pierdo un punto de vista; aquí no entra un alma viviente que no sea registrado y vigilado. De manera que, como no hayan convertido a las nubes en estafeta, no lo entiendo.

Todos estos pormerones inquietaban grandemente a Augusto, haciéndole temer a cada instante nuevos riesgos para su tentativa, hasta entonces dichosa; disimuló, sin embargo, lo mejor que pudo, guardándose muy bien de insistir en entrar, ya resuelto a esperar la llegada del hijo del carcelero, que, en efecto, se presentó al poco rato.

De todos los vigilantes que Augusto podía tener,

ninguno tan temible como este retoño del amigo Mason; su carácter tétrico, frío y reservado, junto con sus instintos sanguinarios, hacían de él un compuesto de zorra y tigre; educado en la escuela del espionaje, era tan listo para recoger todos los rumores de la ciudad, de su barrio, del club, como para penetrar los más íntimos secretos de todas las casas; astuto y sagaz por naturaleza y por hábito, sabía captarse la confianza de los más precavidos, y aparentando interés y simpatía, lograba muchas veces hacer descubrimientos que al punto se convertían en delaciones.

Pero tan codicioso también y tan *incorruptible* como su padre, solía jugar a este mismo famosas morisqueatas, entendiéndose con los presos y sirviéndoles de correveidile. Este angelito era la nube que servía de estafeta de aquellos periódicos y de aquellas cartas que su padre había encontrado entre la paja del jergoncillo de un preso.

—Mucho te has retardado hoy, holgazán—dijo el carcelero en cuanto hubo entrado su interesante hijo.

—Es que ha caído mucho que hacer por ahí afuera, padre—respondió el mozo—. Parece que en estos días se va a menear mucho el ajo.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada—repuso el chico guiñando con feroz malignidad el ojo—; que estamos levantando reses en el cazadero, y la batida promete ser magnífica. De esta hecha hay que convertir en prisiones hasta las buhardillas de París.

—¿Has oído si siguen en el pensamiento de suprimir ésta?

—Por ahora, no; al contrario, quieren ensancharla...

—¿Ensancharla? Pues no sé cómo, a menos que no

quieran dividir el almacén en tres pisos, en lugar de los dos que ahora tiene. Ya me había a mí ocurrido esto; pero entonces los presos van a tener que andar a gatas. Verdad es que no les vendría mal a estos mal-ditos el que se torcieran el espinazo.

—Eso por un lado, padre; pero por otro, ganaríamos también otra cosa.

—¿Cuál?

—Que secuestraran el cuarto de ese zorro viejo que vive abajo...

—¿De Dubois, quieres decir?

—Justamente; me le plantarán de patitas en la calle, y con un par de rejas y media docena de cerrojos que pusieran, bien acondicionados, en las puertas, quedaría una prisión... de rechupete. Y como tú no podrías entonces atender a todo, cádate que tendrías a tu hijo con su nombramiento de carcelero en toda forma. Así me lo han prometido.

—¡Ah, valiente! ¡Bien haya el hijo que sale a su padre!... De modo, que decididamente no hay ya traslación, ¿eh?

—Decididamente, no. Lo único que puede ser es que nos lleven dos o tres de los presos más peligrosos, para poner acaso cinco o seis en su lugar.

—Mejor que mejor. ¿Y te han dicho los que piensan llevarnos?

—Por de pronto, el famoso marqués de Reyre... Parece que tienen prisa en firmarle el pasaporte para el otro barrio. Dicen si lo despacharán el mismo día que a Capeto. Según se asegura, está ya sentenciado.

¡Pobre Augusto! ¡Figúrese el lector lo que pasaría por él oyendo este diálogo, viendo inminente la hora de perder todos sus afanes y de quedarse sin el asilo que

le prestaba el buen Dubois! Con terror pensó entonces lo expeditiva que era la justicia revolucionaria. ¡Ah! Nunca son más sanguinarios los tiranos que cuando tienen miedo. Temió entonces también si acaso en aquel instante habrían descubierto la presencia de su hermana y de su hermano en casa de Dubois. Pero comprimiendo con heroica fortaleza toda señal visible de las tremendas inquietudes que le atormentaban, púsose a pasearse, afectando cuanta indiferencia le fué posible, mientras que Gregorio se había sentado a dar un par de cabezadas junto a la chimenea. Volviéndose luego rápidamente al carcelero, le dijo:

—Masson, la tarde se va pasando y yo necesito completar mi jornal. Conque, si te parece, ya que está aquí tu hijo, podemos entrar a seguir la tarea...

—Sí, al instante. Mira, hijo, vete tú con Nicolasillo... Primera fila del segundo piso, celda número 16... Ya sabes...

—¿La del Marqués?

—La misma.

—Bueno... Supongo—añadió el aprendiz de carcelero después de mirar a Augusto de los pies a la cabeza—que estás seguro de este mozo. ¿Le has registrado? En estos tiempos no puede uno fiarse ni del lucero del alba...

Augusto sintió irsele el corazón a la boca, porque precisamente llevaba consigo otras limas y un lío de cuerdas, confiado en que no se le registraría, como, en efecto, no le habían registrado por la mañana. Seguro de que si le hallaban guardados semejantes chismes estaba perdido, creyó que lo mejor que podía hacer en tan crítico momento era echarla de inocente; y plantándose con desenvoltura delante del muchacho, le dijo:

—Aquí me tienes: tiente lo que quieras, ya que, según

parece, tú eres más espantadizo que tu padre... Registra, registra...

El hijo del carcelero miró a Gregorio, que ya roncaba como un lirón, cual si sospechara que, presentándose Augusto tan resueltamente al registro, era clara señal de que nada tenía por qué temer, pero que podía muy bien haber gato encerrado en aquel pacífico sueño del maestro. Masson puso fin a esta muda escena diciendo:

—Deja a Nicolasillo, muchacho, que es un patriota hartito manifiesto para hacer la injuria de desconfiar de él. Puedes llevártele sin miedo... En cuanto a Gregorio, mira, déjale dormir.

El muchacho obedeció a su padre, no sin menear la cabeza con aire como de quien no queda satisfecho. Efectivamente, en su mirada escrutadora, en su hosco gesto, comprendió Augusto que aquel cachorro de hiena no le perdería de vista ni un instante; sus precauciones al abrir y cerrar la puerta del almacén eran todavía más minuciosas que las del carcelero y de la carcelera, y en todo su continente había un aire de desconfianza que hizo temer a nuestro oficial si estarían ya descubiertos sus planes y si entraría en la prisión como carpintero para no salir sino como víctima a las manos del verdugo. Y ello no tenía instante que perder; la primera lima que había entregado a su padre no bastaba para partir los fuertes barrotes de la reja, y era menester que le diese las otras y el lío de cuerdas que llevaba. ¿Cómo hacerlo?

La ternura filial le sugirió la idea de repetir el combate simulado de aquella mañana, calculando que para la perversa ralea del hijo del carcelero no dejaría de ser una escena grata y divertida el aporrear a un aris-

tócrata. Así, pues, en el momento de llegar a la puerta de la celda de su padre empezó Augusto a mirar con afectada saña, mostrando el puño cerrado con gesto amenazador; visto lo cual por su vigilante, le preguntó con tono imperioso:

—¿Qué pantomima es esa?

—Nada—respondió Augusto dejando su actitud sañuda, como para rendir homenaje a la autoridad de su interlocutor—. Vamos a trabajar.

—No, no—repuso éste, picada su curiosidad—. Tú por algo te has puesto tan avinagrado... Sepamos: ¿qué es eso?

—Nada, hombre... Pregúntaselo a tu madre o a tu padre. Ese tuno de aristócrata que está ahí...

—Bueno, ¿y qué?

—Esta mañana le he dado un amasijo de patadas y mojicones...

—¿Pues qué diablos te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? Burlarse de mí, remedándome una canción que yo canto... Allá a tu madre le gusta mucho...

—Sí, ya me ha dicho: *la golondrina*...

—Justo... Pues ese canalla, nada más que por insultar a un hijo del pueblo, se puso a hacer chacota... La sangre se me enciende sólo de pensarlo... Ya quisiera él, con todos sus pergaminos y todos sus blasones, llegar a los zancajos del *carpinterillo*, como él me llamó con desprecio... Más vale ser carpinterillo que no el cachete de los pobres, como son todos esos...

—Ya se ve que sí.

—No, pues como él vuelva a tentarme te aseguro que de la soba que le doy... En fin, por no armar camorra, no quiero cantar...

—¿Por qué no? Al revés, canta allá lo que te dé la gana... No vaya a creer que le has tomado miedo...

—¿Miedo yo? Ahora verás... Tienes razón: voy a echar una copla, y si le da gana aunque no sea más que de toser, entro y le hundo el martillo en la cabeza...

Dicho esto, púsose Augusto a cepillar una tabla, y mientras lo hacía cantó con trémula voz una estrofa de *la golondrina*. El pobre joven no estaba entonces en vena, y aunque quiso improvisar algunos versos que avisaran a su padre de los nuevos peligros y de lo urgente que era tratar de evadirse cuanto antes, no pudo; hasta le costó trabajo recordar la letra de la misma estrofa que repitió. El hijo del carcelero, que había oído a su madre hacerse lenguas de la voz y del estilo de Nicolasillo, y que ahora acababa de oírle cantar sin afinación y a trompicones, le dijo con desdeñoso tono:

—No lo haces muy mal; pero no es para tanto como dice mi madre.

—Es que la rabia no me deja—respondió Augusto, temiendo no hubiera sido conocida la índole de su emoción.

Y como en aquel instante el preso comenzase a remedar el canto con gangosa voz y volviese de nuevo a las tosecitas burlonas de aquella mañana, Augusto, que no esperaba otra cosa, dijo, afectando una ira ciega:

—Ahí le tienes ya provocándome. Dime tú si no es cosa de que se le revuelva a uno toda la cólera en el cuerpo... Déjame que entre a darle otra lección. Y si no... Y si no, ¿para qué necesito yo licencia? El que me la haga, me la ha de pagar.

Diciendo y haciendo, Augusto se lanzó a la puerta, abrióla de un puntapié y comenzó a luchar en la misma forma que lo había hecho la vez primera, y, afor-

tunadamente, con el mismo éxito feliz, pues consiguió dar a su padre las limas y cuerdas y decirle con frases breves, entrecorridas por injurias atroces, lo que más importaba comunicarle.

El hijo del carcelero, según lo había supuesto Augusto, vió con gran regocijo esta lucha y cayó en el garlito como antes había caído su padre y su madre; así es que, divertido con el espectáculo, ni oyó ninguna de las palabras que los luchadores se dijeron por lo bajo, ni echó de ver lo manso y hueco de los golpes que se daban; al contrario, el alma se le reía en el cuerpo cuando vió al joven con la rodilla puesta sobre el pecho del anciano y oyó que le decía, mientras aparentemente le apretaba el cuello con los dedos agarrotados:

—Ríndete, perro; aquí vas a dejar entre mis uñas los malos hígados que tienes.

—¡Eh, carcelero! ¡Que me mata este asesino, que me ahoga!—gritaba entretanto el Marqués con acento sofocado.

Al oír estas voces pidiendo socorro acudieron otros presos y pusiéronse a increpar al hijo del carcelero con las mismas querellas y reconvenciones que aquella mañana habían dirigido a su padre; pero hicieron menos mella en el ánimo del angelito. Sin embargo, por el bien parecer, acercóse a los combatientes, y cogiendo a Augusto por un brazo le levantó, diciéndole con tono visiblemente cariñoso:

—¡Bien por los valientes! Tienes buenos puños, muchacho; pero deja ya a ese buitre, que bastante lleva con el meneo que le has dado...

—Sí—respondió Augusto estrechando fuertemente la mano que, sin duda para felicitarle por su triunfo, le daba su interlocutor—; esta mañana, te confieso que

cometí la flaqueza de tenerle compasión; pero lo que es ahora me las ha pagado todas juntas... Llévame a trabajar ya cuando quieras.

Durante el combate simulado había visto el joven comenzada ya la tarea del preso, pues observó que tenía casi limado un anillo de la cadena. Alentado con tan prósperos sucesos de su aventurada tentativa, trabajó toda aquella tarde con singular ahinco y manifiesto júbilo, ora cantando, ora silbando, ora echando un párrafo de política patibularia con su vigilante, que no le dejó ni un punto. Pero faltaba todavía, como quien dice, el rabo de la zorra por desollar. Cuando el joven dió de mano a su tarea, llegóse primero a entregar su jornal íntegro al tío Gregorio, y en seguida se fué con toda precaución a casa de Dubois, en donde ansiosos le esperaban sus dos hermanos para intentar en aquella misma noche el golpe decisivo. Antes de que nosotros los veamos empeñados en este arduo lance, vamos a ver lo que pasó a la pobre Victoria en el cuerpo de guardia, donde la dejamos tendida en tierra sin sentido.





CAPÍTULO XXXII

Antiguos conocidos.

CUANDO la joven volvió en sí, lo primero que al abrir los ojos se presentó ante su vista fué el infeliz transeunte asesinado, que ya era cadáver; habíanle desnudado de la casaca y de la chupa y bajádole hasta los hombros el cuello de la camisa, de modo que se le veía toda la herida arrojando aún sangre a borbotones. Victoria, apartando horrorizada sus ojos de este triste espectáculo, púsose a reflexionar, cuanto su turbación se lo permitía, en la terrible situación a que tantos azares la habían conducido.

Entretanto la persona que estaba sentada, según hemos dicho, y que por todas las señas parecía también ser un preso, en el obscuro rincón, exhalaba de vez en cuando suspiros dolorosos; pero ni Victoria podía verle distintamente, ni ser vista de él. No lejos de este desconocido hallábase el loco homicida, diciendo a dos o tres nacionales que le rodeaban haciéndole curiosas preguntas y riéndose del infeliz con estúpida algazara:

—Sí, señores, sí; ninguna grande institución se acre-

dita sin que su fundador la fecunde con su sangre; toda idea civilizadora tiene algún mártir a su cargo... Al llevarme al patíbulo no haréis sino cumplir en mí esta ley constante de los progresos humanos...

Este principio de perorata filosófica, no distinta en verdad de las que todos los días por aquellos tiempos inundaban el recinto de los clubs y de las asambleas, hizo a Victoria volverse hacia aquel lado y mirar con horror mezclado de lástima al pobre demente, autor de su actual desgracia. Este, al notar el movimiento de la joven, hubo de tomarle por una tácita aprobación de su comenzado discurso, y encarándose con ella, continuó:

—Tú me comprendes, noble joven; tú, a quien he revelado el secreto de mis planes... El color rojo te es tan odioso como a mí, y estoy seguro de que en el fondo de tu alma apruebas el acto de justicia que acabo de consumar con ese indigno violador de mi decreto supremo.

Victoria comprendió de este enfático apóstrofe lo bastante para temer que pudiera convertirse en cargo contra ella. El loco proseguía en su arenga cuando llegaron el comisario de policía del barrio, seguido de un médico, un cirujano y varios nacionales de aquel mismo retén. Procedieron a examinar el cadáver, y con no larga inspección dieron testimonio de que su muerte había sido, indudablemente, causada por la herida que había recibido en la nuca, hecha con instrumento cortante y punzante. Allí estaban, además, el cuchillo, como cuerpo del delito, y juntamente el agresor, a quien preguntó el comisario:

—¿Eres tú el que ha herido a este hombre?

—Mirad su peluca—respondió con prosopopeya el

loco—, y ella os contestará por mí. Si veis que es rubia o negra, buscad su matador en otra parte; pero si veis que es roja, no preguntéis más quién le ha muerto: el Destino, por mi mano... Esta joven me conoce; ella sabe mis opiniones y doctrinas; la pongo por testigo de la pureza de mis intenciones...

—A esa joven—replicó el comisario—luego la interrogaremos. Ahora se trata de que tú digas por qué causa has matado a este hombre.

—¿Por qué causa? Magistrado, examina, te he dicho, su peluca: en ella debe estar escrito el decreto de su vida o de su muerte. Si es rubia...

—Ciudadano comisario—dijo entonces el sargento de la patrulla—, está demás que hagas pregunta ninguna a este desdichado; es un maniático muy conocido, que ya dos veces ha sido encerrado por disparates que ha hecho. Dame una orden por escrito para llevármelo al Hospital...

—¡Al Hospital!—gritó el loco, agitándose con tal violencia que por poco no rompe los fuertes cordeles que le sujetaban—. ¡Al Hospital yo! ¿Por qué? ¡Insensato! ¿Porque defiendo los derechos del hombre? ¿Porque soy amigo de la civilización, centinela avanzado de la Historia? ¡Yo al Hospital!

Todas las señas eran de que aquel desgraciado había perdido el seso entre las páginas declamatorias de los filosofastros del pasado siglo. Con escaso talento y sobra de vanidad, habíase dado un atracón de Rousseau y de Voltaire, que no había podido digerir con tanta calma como los miles de forajidos que, educados en la horrible escuela de aquellos ministros de Satanás, aterraron a Francia y escarnecieron a la Humanidad en nombre de los derechos del hombre y de la libertad de

Francia. Al menos el pobre loco no ejercitaba su sanguinario furor sino contra las pelucas rojas; los malvados ejecutores de la revolución francesa le ejercitaron en toda cabeza sagrada y en todo hombre honrado.

El comisario, que ciertamente no haría estas reflexiones, dejó al loco seguir declamando, y volviéndose a la pobre Victoria, le preguntó con severo gesto:

—¿Qué relaciones tienes tú con este asesino?

—Ningunas, *señor*.

—*Ciudadano* se dice, no *señor*; ya no hay señores.

—Pues bien, ciudadano; ninguna relación tengo, absolutamente ninguna.

—Entonces, ¿cómo es que él te cita por testigo? ¿Por qué te hallabas en su compañía cuando te han preso? Responde brevemente y con franqueza, pues de nada te serviría ocultar la verdad, sino de empeorar tu causa.

Victoria, intimidada por el aparato de este interrogatorio, no menos que recelosa de decir ante aquellos revolucionarios nada que pudiese comprometer a sus amigos, comprendía que en su situación le era tan difícil ocultar la verdad como peligroso el callarla. Pero con aquella prudencia instintiva y aquel tacto natural que poseía en alto grado, encontró medio de responder al comisario sin nombrar para nada a Matilde ni a Héctor, limitándose a decir cómo, habiendo venido a París a un negocio importante, había sido envuelta en el torbellino de la gente, y de allí sacada con violencia por dos mujeres disfrazadas de hombres que la habían encerrado en una casa, de la cual la había sacado un joven desconocido para ella; que habiéndose separado de este joven por huír de una patrulla que los perseguía, y no sabiendo adónde dirigirse, había tomado por guía

al loco; que deploraba profundamente la desgracia causada al infeliz asesinado por el furor de aquel insensato, y que ninguna parte podía imputársela en tan horrible suceso.

—Es exacto cuanto esa joven depone—dijo con voz estridente el loco—; en todo tiene razón, menos en atreverse a suponer que yo he obrado por impulso de demencia... Ella sabe bien cuál es mi decreto... Miro, examino, juzgo y hiero.

Este testimonio del loco, junto al tono de sinceridad y a las lágrimas con que la joven había respondido, causaron una impresión favorable para ella en el ánimo del comisario y aun de los nacionales. Pero uno de ellos, más avisado o más maligno que los otros, echó de ver los varios huecos que había en toda la relación de la joven, y juntando las sospechas que estas reticencias le sugirieron con lo que él había visto desde que la patrulla comenzó a perseguirla, preguntóla si no era ella la que había intentado asesinar a una *respectable ciudadana*, echándola en una zanja con ayuda del joven que la acompañaba, y que había huído al mismo tiempo que ella.

Interrogóla además para que explicase la especie de asunto importante que la había llevado a París, para que dijese si había ido sola o con alguna otra persona; el género de prisión en que decía haber estado encerrada; la causa por que lo había estado; el modo con que salió del encierro; el nombre, calidad y los motivos de la conducta del joven que decía ella ser su salvador. Sin esperar el nacional a que Victoria satisficiese ninguna de estas preguntas, terminó su interrogatorio diciendo:

—La mujer a quien esta niña echó en la zanja, y que

es una patriota de toda confianza (yo la conozco), nos ha dicho que el joven su acompañante es un aristócrata neto, un grande enemigo de la República, muy emprendedor y muy peligroso, porque ha tomado la máscara del patriotismo; que esta niña tiene mucho que ver con gente sospechosa... Y además, que nos explique cómo es posible que no conozca al joven que la ha sacado de su encierro... Ya ves, ciudadano comisario, que todos éstos son datos para creer que esta joven, con esos aires de inocentita que se da, tiene más conchas que un galápago...

La acusación del nacional era apremiante, por cierto, y gravísima, atendidas aquellas circunstancias, en que los demagogos creían ver un conspirador aristócrata detrás de cada esquina. Victoria respondió a estos tremendos cargos con la mayor prudencia y sinceridad que le fueron posibles; pero como cabalmente lo que el nacional deseaba saber era, en su mayor parte, lo que ella no podía decir sin comprometer a Matilde, a Héctor y a las familias de los dos, resultaron en sus respuestas los mismos vacíos que antes.

Sin embargo, sus afirmaciones reiteradas, su candor, la ingenuidad de su lenguaje y, sobre todo, su juventud y sus lágrimas, habrían quizá conmovido a todos, especialmente al comisario, que la miraba con benevolencia, a no haber sido por el temor que en todos dominaba de ser detenidos por sospechosos y denunciados como cómplices de los contrarrevolucionarios.

Este temor solía extremar hasta la injusticia más repugnante y hasta la más bárbara violencia el celo de los que, a seguir los impulsos de su corazón, habrían quizá sido humanos y justos. Así sucedió, por desgracia de Victoria, en la presente ocasión: el comisario,

intimidado por las murmuraciones que comenzaban a bullir en derredor suyo, cambió repentinamente la actitud benévola y el tono dulce que hasta entonces había empleado, con un gesto duro, atrabiliario, y en un tono áspero, que desconcertaron totalmente a la pobre muchacha, ahogando en sus labios las pocas explicaciones que intentó dar para defenderse, viniendo de este modo a tomar todas las apariencias de un criminal cuya audacia y disimulo hubiese tenido que ceder ante la artera integridad de un juez sagaz y prudente.

Disponíase, por tanto, el comisario a proceder contra la joven, cuando ocurrió un súbito e inesperado accidente, cuyos pormenores van a ocupar nuestra atención un momento, haciéndonos fijarla más particularmente en aquel preso que ya hemos visto como de pasada en un banquillo, pegado al más obscuro rincón del cuerpo de guardia, maniatado.

El pobre hombre, quienquiera que fuese, no había visto ni oído desde antes que entrase Victoria ninguna de las escenas allí pasadas. Fuese heroica tranquilidad de ánimo, fuese insoportable fatiga, el hecho era que ni el verse en poder de la policía, ni el hallarse tan molestado como debía estarlo con las oprimidas ligaduras que le sujetaban, le había quitado el dormirse con un profundísimo sueño, esperando sin duda en santa paz la suerte que le reservasen los que allí le tenían desde el principio de aquella mañana.

Estos no sabían de él otra cosa sino que era un pobre palurdo, que durante dos días había andado por todo París como un palomino atontado en busca de una persona a quien tenía interés muy grande en hallar; pero habíanle detenido en una calle para pedirle el pasaporte, y como el infeliz no se hubiera provisto

de este documento, fiado quizá en su cara de hombre de bien y en su buena conciencia, no fué menester más para alarmar la suspicacia de los agentes revolucionarios, y para que le molieran a preguntas, y para que, interpretando a su modo las respuestas del pobre interrogado, le cogiesen y le llevasen preso como sospechoso de ser un aristócrata disfrazado o mensajero del ejército realista. Ello era verdad que no a todas las preguntas de sus prendedores había respondido satisfactoriamente, lo cual probaba que tenía sus motivos para callar algo acerca del objeto que le llevaba a París y acerca de la persona a quien iba buscando.

Despertóse cabalmente nuestro palurdo en el instante que se terminaba el interrogatorio de Victoria. La escasa luz del farolillo del cuerpo de guardia daba precisamente sobre el lívido rostro del cadáver, y nuestro hombre, al ver, luego que abrió los ojos, tan sangriento espectáculo y a la gente allí reunida, pensó primero si todo aquello sería un ensueño; pero luego se le ocurrió si aquel infeliz asesinado sería una víctima del terrorismo; temió no le amenazase a él igual suerte, pues había ya comprendido que le tomaban por aristócrata, y, además, no le faltaban buenas razones para tener idea no muy ventajosa de los procedimientos patrióticos de la República.

Por lo que pudiera suceder, comenzó por hacer su acto de contrición, y luego se puso a explorar, en cuanto la obscuridad del sitio se lo permitía, la catadura y conversación de aquel grupo de personajes. Aguzando así el oído, percibió una voz que le hizo estremecer; habríase levantado para ver quién era la mujer de quien esta voz había salido, pero estorbáronse sus ligaduras; por lo cual, no siéndole posible mover el

cuerpo, empezó con agitación febril a menear la cabeza, por si encontraba un resquicio para tender la ansiosa mirada.

Inútil su afán, porque el grupo de nacionales era espeso como una pared maestra, y el rostro que sus ojos iban buscando estaba como sepultado entre aquel montón de carne. Volviendo entonces con nueva ansiedad a aplicar el oído en el momento que aquella voz de mujer articulaba algunas frases casi ahogadas por los sollozos:

—¡Oh, es ella!—se dijo a sí mismo con una indefinible mezcla de terror y de júbilo—. De seguro es ella... No hay en el mundo otra voz como la suya... Pero ¿por qué está en este sitio y entre esos hombres? ¿Por qué llora?...

Esta pregunta le hizo recelar si sería imprudente darse a conocer. Pero ¿quién va a contener el ímpetu de un corazón de padre? ¡Imposible!... El pobre labriego no fué dueño de sí; levantando la cabeza todo cuanto podía, y moviendo el cuello como un molinete, soltó a un tiempo mismo la voz y el llanto, gritando con toda su fuerza:

—¡Victoria, hija de mi alma!

Al oír este grito, la joven se quedó al pronto inmóvil como una estatua, con la cabeza vuelta hacia el lado del preso y sin aliento para decir palabra.

La voz repitió muy luego:

—¿Eres tú, hija mía? ¿Eres tú?

Sonar este segundo grito, saltar la joven como el muelle de un reloj cuando estalla, romper cual si fuera un ariete el cerco de los nacionales y lanzarse en el seno del preso, fué todo obra de un instante... Sí, era su padre, era el buen José, nuestro antiguo amigo, el leal servidor

del Conde de Ventimile; maniatado a la espalda como estaba el pobrecillo, no podía abrazar a su hija; ella, en cambio, le estrechaba, inundándole con sus lágrimas, que, confundidas con las que él derramaba, fueron mudo pero elocuente lenguaje con que aquellas dos almas candorosas se comunicaron tumultuosos afectos.

Sorprendidos al pronto de esta inopinada escena el comisario y los nacionales, contempláronla en silencio algunos momentos; pero cual si temieran que este involuntario homenaje de respeto a tan natural expansión de dos corazones sencillos los hiciera sospechosos para con la República, apresuróse el comisario a decir:

—Esto simplifica mucho al negocio; no es posible que sea puramente casual el encuentro de estos dos presos; sin duda son lobos de una misma camada... Por consiguiente, a ver si me los lleváis a la cárcel, cuidando de que los encierren en distinto calabozo, pues no conviene que se comuniquen.

Acercáronse, en efecto, algunos nacionales para separar al padre y a la hija, que seguían colmándose mutuamente de caricias y sin haber podido todavía dirigirse una palabra ni oír siquiera las que se decían junto a ellos. Victoria, al ver que querían arrancarla de aquel seno amado, exclamó con desgarrador acento, mezclado de sollozos:

—No, señores, por Dios, no nos separéis. Es mi padre, y hace mucho tiempo ya que no nos hemos visto... Nosotros no hemos hecho nada malo; somos, bien podéis conocerlo, dos pobres labriegos que nada más desean que volverse a su pueblo... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!... Si queréis ponernos en la cárcel, bueno, llevadnos; pero por María Santísima, dejadnos juntos, para que yo sepa de mi madrecita de mi alma, de mis

nermanitos... Yo os juro que no tenemos que hablar otra cosa... ¡Oh! Dejadnos, dejadnos juntos, no nos separéis...

Digámoslo en honor de la Humanidad, que nunca llega a ser tan rematadamente perversa como ella misma quiere a veces serlo. Aquellos desalmados demagogos no pudieron menos de contenerse al oír estas súplicas de Victoria; en el semblante de casi todos se veían ráfagas de compasión, y a ninguno le ocurrió ni la más leve sospecha de que los presos estuvieran representando una farsa combinada de antemano: era imposible tener por simuladas aquellas lágrimas, aquellas caricias mutuas de hija y padre.

Pero allí estaba imperando y armado con su tiránico cetro de plomo el terror, el terror miserable, que siempre ha sido cruel. Cada cual de aquellos hombres temía que los demás le acusasen de connivencia con los enemigos de la República; todos ellos hubieran sacrificado a millones de inocentes antes de consentir en que se les tuviera por sospechosos.

Miráronse todos unos a otros como para examinar en sus semblantes si podían dar alguna muestra de los compasivos afectos que sentían, a despecho de su feroz patriotismo; pero todos, violentando el propio impulso de sus corazones, se mostraron mutuamente un rostro cubierto con la careta de una desconfianza que ninguno sentía; y el comisario entonces, ahogando un suspiro en lo más hondo de su pecho, reiteró con acento y modales tanto más duros cuanto eran menos espontáneos, la orden de separar a los presos y de llevárselos a la cárcel. Dos nacionales cogieron cada cual un brazo de Victoria, que, colgada del cuello de su padre y prorrumpiendo en clamorosos gritos, resistía a aquellos

verdugos, resuelta a que la hicieran pedazos antes que lograsen arrancarla de él.

Duraba todavía esta odiosa y repugnante lucha cuando acertó a llegar el relevo del retén. Este incidente proporcionó a la joven una dichosa tregua para pedir a su padre el indecible número de noticias que deseaba acerca de su madre, de sus hermanos, de todas las personas amadas de su corazón. En cuanto a José, luego que satisfizo la ansiosa curiosidad de su hija, revistiéndose de calma y autoridad, aprovechó esta tregua para decirle a media voz:

—Ten valor, hija mía; no hagas más resistencia a estos hombres... La Virgen Santísima, que nos ha juntado aquí tan milagrosamente, nos sacará de todo peligro y volverá a juntarnos.

—No, padre mío, no; yo no me dejo arrancar de aquí... Dios de mi corazón: al cabo de tanto tiempo como ha que no os veo... No, no...

—¡Pobrecita mía!... ¡Y qué adelantarás con resistirte?... Ellos tienen la fuerza, y quieras o no quieras, te llevarán... Resignémonos, hija mía, resignémonos con la voluntad de Dios, y esperemos con confianza lo que su Divina Majestad disponga de nosotros...

—Pero, padre mío, ¿qué va a ser de mí sin saber lo que esas gentes van a hacer con vos?... ¡Quién sabe si hoy mismo no os condenarán a muerte, y mañana quizá!... ¡Oh, Dios mío!... No, padre, no... Yo no os dejo... Les pediré por favor que nos maten a los dos juntos... Si os acusan de algún delito, diré que yo también lo he cometido... No, no; que no nos aparten... Yo no quiero, no quiero...

¡Ay! El corazón del pobre José estaba transido de pena y de ternura; sentía, por una parte, que aquella se-

paración iba a serle tan costosa como a su hija, y temía por ella lo propio que por sí mismo; pues harto le constaba ya que la crueldad bárbara de los tiranos señores de Francia en aquellos días de sangre y de luto a nadie perdonaba, por obscura que fuese su condición. Pero, por otra parte, comprendía que la resistencia nada lograría sino empeorar su causa, y por eso mismo se hacía tanta violencia para aconsejar a Victoria que se dejase llevar.

Sin embargo, ¡oh, designios admirables de la Divina Providencia!, el retardo producido por la ternura de Victoria, que parecía deber empeorar la situación de los presos, fué cabalmente la ocasión de que se salvaran.

He aquí cómo: así que se terminaron las operaciones del relevo, apresuráronse los nacionales del retén a rodear al padre y a la hija para cumplir las órdenes del comisario; adelantáronse dos de ellos a echar mano de Victoria, cuando uno de los que se habían quedado detrás rodeando la escena empezó a mirar con especial curiosidad a José, y luego que le hubo examinado unos momentos, dirigióse a él diciéndole:

—¡Calla! Pues si es mi paisano José... El mismo... Esa cara de apóstol no se puede confundir con otra... Hombre, ¿qué diablos de nube te ha traído aquí a que te metan en chirona?... ¡Anda, anda! ¡Y a su hija también!...

—Sí, amigo Boursault, sí—respondió el preso—; José y su hija metidos aquí en un cuerpo de guardia y amenazados los dos de que les corten el pescuezo...

—¡A vosotros cortaros el pescuezo!... Hombre, ¿qué estás diciendo?... De seguro estos camaradas míos han tomado gato por liebre... Pues ¿qué habéis hecho?...

—No lo sé; pregúntalo tú... Dicen que somos sos pechosos...

—Sí, ciudadano Boursault—dijo Victoria, creyendo ver por instinto en su paisano una tabla de salvación—; nos han tomado por aristócratas...

—¡Aristócratas vosotros!... ¡Ja, ja, ja!—respondió Boursault riendo a más no poder—. Como no hubiera en Francia más aristócratas que vosotros, ya podíamos los demócratas tomar otro oficio... Pero, muchacha, tú estás dada a todos los demonios. Yo pensé que desde aquel lance que te pasó en el bosque... Y por cierto que te debiste pasar buen susto con aquella ensalada de tiros que se armó...

—Pues aquello, ciudadano, fué nada comparado a lo que me ha sucedido después... Si supieras...

—Me alegro, chicuela. Con eso otra vez no te dará gana de menearte de tu rincón para ir a recorrer la tuna. Mejor te hubiera estado seguir cosiendo casacas de nacionales, que no meterte en un París; y digo... en unos tiempos tan revueltos... Mucho es que tu madre te soltó de las faldas...

—Ella no tiene la culpa, ciudadano; bien sabes tú lo celosa que es de sus hijos... Pero como allá nosotros no sabemos nada de las cosas políticas...

—Demasiado poco... Todo el mundo debe interesarse en estos asuntos... Cuando la patria peligra no se cumple sólo con estar aventando trigo o atormentando la rueca... Pero, en fin, sepamos por qué estás aquí...

A pesar de su terrorismo, el ciudadano Boursault, con tanta marcha y contramarcha como llevaba hecha desde que se metió a soldado de mentirijillas, con tanto y tanto especulador de patriotismo como había conocido en poco tiempo, con tanto desengaño, por decirlo de una

vez, como la República le había dado, estaba ya echando muy de menos la tranquila vida de su terruño, y andaba tan menguado de entusiasmo democrático como deseoso de volver cuanto antes a echarla de mandón en su lugar. La inopinada vista de sus dos paisanos avivaban en él estos instintos y deseos, y a despecho de toda su patriotería, sintió levantarse en su mente los gratos recuerdos de su hogar. Resuelto, en consecuencia, a sacar al padre y a la hija de aquel apuro, si le era posible, comenzó por sí y ante sí el interrogatorio con todas las apariencias de celoso juez que quiere saber la verdad, pero realmente combinando y formulando sus preguntas de modo que en sí mismas llevasen respuesta fácil y favorable a los dos presos.

El comisario, viendo tan buena ocasión de seguir el propio impulso compasivo que antes había sofocado por miedo de aparecer sospechoso, dejó a Boursault preguntar, y dejó al padre y a la hija responder como tuvieron por conveniente; alguna vez, sin embargo, por el bien parecer, terciaba en el interrogatorio para ilustrarse acerca de los antecedentes y opiniones del pobre José; pero entonces Boursault, que era parlanchín de suyo y la daba de hombre de gran trastienda, se adelantaba a responder de un modo satisfactorio para el infeliz labriego, sin olvidarse de confirmar sus respuestas con votos y juramentos.

En resumen: a fuerza de charlar Boursault y de callar el comisario, o de decir tácitamente *amén* a todo lo que el nacional afirmaba, resultó del interrogatorio que José había estado unos cuantos meses de bagajero de los ejércitos de la República en las fronteras de Alemania; que al volver a su alquería, y hallándose sin su querida Victoria y sin noticias de su paradero, ha-

bía ido a París con el solo objeto de buscarla; que si no llevaba pasaporte, era por un mero descuido, hijo de ignorancia, no de malicia; en una palabra: que tanto José como su hija eran dos pobres palurdos incapaces de meterse en ningún enjuague político, y que al sospechar de ellos se había cometido un error, apoyado en apariencias sin valor alguno. De todo esto respondía con su cabeza y con su charretera el ciudadano Boursault, subteniente de la segunda del primero, comprometiéndose, además, a que en término de tres días hubieran salido de París hija y padre, y a encargar a las autoridades de su distrito que los vigilaran, por lo que pudiera suceder.


—Estoy seguro—dijo el subteniente como resumiendo su dictamen fiscal—de la absoluta inocencia de este majagranzas y de su hija. Pero si en alguna ocasión diesen algún motivo de queja o de recelo a la República, ¡desdichados de ellos!

Diciendo esto, Boursault, con un gesto y tono capaz de amedrentar a todos los chicos de la escuela, había empezado bonitamente a desatar los cordeles que sujetaban a José, el cual, lo que tardó en verse libre, tardó en echarse en brazos de Victoria, estrechar luego cordialísimamente la mano de su bienhechor, y salir en seguida, más que de paso, con su hija, dando gracias a la Divina Providencia, que jamás abandona a los que en ella confían.



CAPITULO XXXIII

El salto peligroso.

NGUSTIOSA, terrible, casi insoportable era la ansiedad que agitaba a los tres hermanos reunidos en el cuarto de Dubois; sabían ya a ciencia cierta que su padre iba a ser trasladado a otra prisión en la madrugada del siguiente día; no les quedaba, pues, más esperanzas que lo que restase de aquella noche; si durante ella no lograba el preso evadirse, era indudable que ya no volverían a verle sino en el patíbulo... ¡Pobres jóvenes! ¡Cómo los agitaba esta expectativa temerosa! Matilde, sobre todo, estaba ya postrada de angustia y de miedo, llena el alma de presentimientos lúgubres y oprimido el seno como por la losa de un sepulcro.

Era llegada ya la media noche, sombría, silenciosa, triste como un panteón. Al frío intenso de los días precedentes había sucedido una temperatura blanda, casi tibia; el aire estaba húmedo, el cielo cargado de nubes; las veletas rechinaban impelidas por incesantes bocanadas de un viento que al estrellarse con las esquinas

de las paredes y al pasar por los estrechos patios del almacén silbaba como una serpiente, gemía como un moribundo o rugía como un león.

Dubois había tenido la precaución de apagar toda luz en su cuarto, y tampoco se veía ninguna en la de los demás inquilinos de la casa. Sólo en el piso tercero ardía una lamparilla, cuyo mezquino reflejo, atravesando los espesos vidrios que daban paso a sus rayos mortecinos, dejaba apenas entrever el hueco de la reja por donde el preso había de evadirse, si Dios le auxiliaba en tan arriesgada empresa.

Apostados los tres hermanos con la mayor precaución tras la ventana del cuarto de Dubois, habían concentrado en aquel hueco todos sus sentidos y potencias; pero nada veían, nada oían que pudiese alentar sus esperanzas. Matilde era la única que en su ilusión se figuraba de cuando en cuando distinguir la sombra de un bulto al través de los barrotes. El cuarto donde ardía la lamparilla, y que estaba perpendicularmente colocado sobre el de Dubois, era habitación de un zapaterillo, demócrata rabioso y holgazán, para quien todos los días de la semana eran lunes. ¿Por qué, pues, tenía encendida luz a aquella hora? La sospecha de que fuese un vigía encargado de espiar a nuestros tres hermanos aumentó, si era posible, el terror de la joven, mucho más cuando, aplicando el oído con especial atención al cuarto del zapatero, la pareció oír en él un diálogo en voz baja. En efecto: Augusto, avisado de esta novedad por Matilde, sacó un momento la cabeza para escuchar, y creyó conocer en la voz de uno de los interlocutores al hijo del carcelero.

Tembló el joven, anudando este hecho, ya de por sí bien importante, con el gesto que había visto aquella

tarde en el carcelero, mucho más receloso, mucho más sombrío que de costumbre; y juntó todo esto en su mente con el recuerdo de cierta palabra que a la carcelera había oído, y la cual parecía indicar que la familia toda de Masson tenía sospechas de lo que se tramaba.

Engolfados, por tanto, los tres jóvenes en un tormentoso piélago de conjeturas, de temores, de esperanzas, comenzaban a temer que su misma ansiedad los perdiese, quitándoles todo género de prudencia. El más leve rumor les hacía estremecerse; pero como suele acontecer siempre que la atención de quien mira y escucha es tan sostenida y tan ansiosa, oían a veces hasta cuando ni una mosca sonaba, veían hasta cuando no se movía ni una paja.

Las nubes seguían, entre tanto, cabalgando a impulsos del viento, cada vez más desatado, como fúnebres fantasmas; las veletas crujiendo, el vendaval silbando, y la naturaleza entera vestida como de un crespón de duelo. De vez en cuando callaban de súbito estos rumores, como para dar mayor espacio al horror de la obscuridad y del silencio.

En una de estas pausas oyóse de pronto salir de la ventana del zapatero un coro de voces cantado una estrofa sanguinaria de *La Carmañola*, al cual, en el opuesto edificio, respondió otro coro, repitiendo como un eco el estribillo de aquel terrible canto. ¿Era esto una pura casualidad o una ironía sangrienta lanzada a los tres hermanos, cuya tentativa hubiera ya sido descubierta por los cantadores? Los tres se inclinaron a esta segunda suposición, bien que no se la comunicara uno a otro.

Dubois era el único que se mantenía sereno, y aunque prestaba también solícita atención a todo cuanto

pasaba en la vecindad, habituado como estaba a los usos de los inquilinos, no se alarmó o fingió no alarmarse con aquel cántico nocturno. El buen anciano, cual si quisiera tranquilizar a sus huéspedes, o por lo menos distraer su atención de aquella patibularia serenata, les dijo:

—Va a dar pronto la una, hijos míos; podéis ya comenzar la operación sin perder minuto. Yo he visto muchas veces traer y llevar presos a esta hora, y no sería extraño que de un momento a otro viniesen para trasladar a vuestro padre sin aguardar a la madrugada.

—¿Y qué hemos de hacer, amigo Dubois?—dijo Augusto—. Nosotros hemos planteado todo cuanto está en nuestra mano: a mi padre toca ahora aprovechar, si el pobre tiene ocasión, los medios que le hemos proporcionado para evadirse...

—Pues estad seguros de que no se descuida, porque, o mucho me engaño, o hasta aquí llega el rumor de su lima... ¿No oís?... Sí, sin duda está en la tarea. Pero por lo que puedo juzgar, le cuesta mucho trabajo; la lima debe estar ya gastada...

—Tiene dos—repuso Augusto.

—Pues las debe haber gastado ambas... Acercaos aquí, poned el oído arrimado a esta pared... así como yo... ¿No percibís ahora el ruido sordo en los barrotes?

—¡Oh! Sí, sí... ¡Dios mío! Que no le oigan en la vecindad...

—Os aseguro que el sonido es como de lima gastada... Esperad, aquí tengo yo otra mucho más fuerte; es menester dársela...

—¿Y cómo?—le preguntó Augusto con desconsuelo.

—¿No decís que le habéis entregado un mazo de cuerdas?

—Sí, amigo Dubois,

—Pues estad seguro que ya él...

En este momento sintió Dubois en la cara como un latigazo que hubieran disparado desde la reja del preso; echó mano rápidamente por ver si cogía el cuerpo tenue que le había dado el golpe; pero una fuerte bocanada de aire se lo quitó de entre los dedos.

—¿Qué es eso?—preguntaron a un tiempo mismo los tres hermanos.

—¿Qué ha de ser? ¿No os lo decía yo?—respondióles Dubois—. Un pedazo de bramante que nos ha echado el preso, sin duda para que le mandemos otra lima... Estoy seguro... Voy por ella. Tomad; podéis saltar sin miedo: la ventana ésta no es muy alta, y volveréis a subir con sólo que tendamos la mano...

Sin aguardar más explicación, Augusto, colgándose de los brazos de su hermano, saltó de la ventana al patiecillo, púsose debajo de la reja y empezó a tientas a buscar la punta del bramante, que no cesaba de oscilar a impulso del viento. Al cabo dió con lo que buscaba, viendo con inefable satisfacción que Dubois había adivinado perfectamente el deseo y la maniobra del preso; ató luego la lima al bramante, y en el momento sintió que arriba tiraban de ella. De este modo se entabló entre hijo y padre una especie de mudo diálogo, que consistía en tirar ambos alternativamente de aquel bramante, haciéndolo vibrar como una cuerda simpática y cual si en cada una de estas vibraciones quisieran uno y otro reproducir las que sus corazones sentían, diciendo con ellas: el hijo, ¡Valor, padre mío!..., y el padre, ¡Buen ánimo, hijos de mi alma!

Pero el joven no debía abusar así de un tiempo precioso, pues un minuto de retardo podía perder al amado preso; apresuróse, por tanto, a sacar de su carma-

ñola y atar al bramante, juntamente con la lima, una cuerda que a prevención llevaba, bastante fuerte para resistir el peso de un hombre, y bastante larga para que alcanzase desde la reja al piso del patio. Hecha esta operación, volvió Augusto a trepar a la ventana de Dubois, cogido de las manos que su hermano le tendía desde dentro, y tornó a ponerse en acecho, no sin contar antes brevemente lo que su padre le había *dicho*.

Singular sagacidad de los sentidos y potencias del hombre. Cuando los tres hermanos dudaban si su padre estaría tras de la reja, ninguno de ellos, por grande que fuese su ilusión, se habría asegurado a sí propio que le veía y que le oía; y ahora ya, que tenían certidumbre de que el preso estaba allí, hubieran jurado que le veían el movimiento de los párpados y que le oían hasta la respiración. Los tres le ven como si fuera de día, y, sin embargo, todo ello no era sino una ilusión de deseo. Entre tanto pensar en que trabajaba el prisionero, y que sin duda trabajaba con ahinco; quizá ceden ya los hierros de la reja a la presión de su vigorosa mano; también él comprende el valor que tienen aquellos instantes que van pasando, y del mismo peligro a que se halla expuesto saca mayor energía y tensión. Estas ideas vienen a infundir algún aliento en el ánimo de los atribulados hermanos; pero con la esperanza se aumenta la zozobra y su ansiedad, y con los oídos atentos a lo que encima de sus cabezas pasaba, llevan la vista ansiosa a todas partes, escudriñando para atisbar si se presenta algún nuevo obstáculo; y si por acaso en algún punto por un momento se interrumpe la calma de la noche, sus corazones laten con tal violencia que cada uno, en el sonido de los latidos de su propio corazón y en el de su aliento comprimido,

cree haber descubierto un nuevo peligro, y unas veces se figuran que oyen los pasos del piquete que llega a apoderarse del preso para conducirlo a otra prisión, otras se imaginan que sienten rechinar la llave dentro de la cerradura de aquella que guarda a su amado padre.

De pronto, cual si los tres hubieran sido movidos por un mismo resorte, sus ojos se fijaron en la pared que frente de sí tenían, y en donde vieron aparecer la luz de una linterna. "El carcelero viene a hacer una requisa", díjose a sí mismo cada uno de los tres desventurados hijos; y fijas ya sus mentes en esta idea, dieron rienda suelta a los nuevos temores que les asaltaron; y uno, imaginándose advertido ya el carcelero de su arriesgada tentativa, lo veía escudriñar con su vista de tigre los adelantos que el preso había hecho para su fuga; otro, recordando aquel canto sanguinario que había oído unos momentos antes, creía haber encontrado ya la causa que lo había arrancado, y la otra, en fin, veía cargado al autor de sus días de nuevas y más pesadas cadenas. En tanto, la linterna que había proyectado aquella luz seguía dibujando en la pared, una después de otra, varias ventanas, y ora se obscurecía completamente, ora de pronto aparecía más viva y más cercana.

Luego se la vió fija largo tiempo en un mismo punto, cual si la inquisición del carcelero fuera en aquella noche más minuciosa que nunca. Quizá aquella requisa no era más que un preliminar para la traslación de los prisioneros, y Masson quería sin duda tenerlo todo en regla para cuando el inspector fuese, como era probable, a dirigir la operación del trasiego. Pero ¡ay!, que todas estas dilaciones iban retardando más y más la

tarea del preso, y de un momento a otro podía ya estar todo perdido.

El terror de los jóvenes llegó a su colmo al ver al carcelero que, agitando la linterna como la tea de una furia por todos los ángulos y costados de la reja, palpaba y sacudía los barrotes con ímpetu violento. ¿Era sólo por probar su consistencia, o porque hubiese visto ya en alguno los efectos de la lima?... Esto último no debía ser, porque, de lo contrario, los rugidos y blasfemias de aquel demonio habrían aturdido a la vecindad...

Este pensamiento reanima el abatido espíritu de nuestros jóvenes; pero bien pronto vuelven a estremecerse con nueva angustia viendo los ojos incandescentes del carcelero registrando y con férrea mano sacudiendo con ímpetu rabioso el barroto del rincón, que debe estar ya casi quebrantado.

—No hay duda—exclamó Matilde pudiendo apenas alentar—, estamos descubiertos; sin duda alguno nos ha delatado, y el carcelero viene ya a tomar sus precauciones... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Así pudiera creerse, señorita—respondió Dubois—, a juzgar por lo mucho que huronea... Sin embargo, creedme a mí: le he estado observando, y os aseguro de que nada ha visto... Dad gracias a Dios, hijos míos, de que la tarea de vuestro padre no ha adelantado a medida de vuestra impaciencia; si hubiera sido limado ya el barroto, como vosotros queríais, todo estaría ya perdido. Por fortuna, la operación debe estar hecha nada más que a medias...

—¿De veras, amigo Dubois?—preguntó Matilde—. ¿Creéis que nada habrá barruntado el carcelero?

—No solamente lo creo, sino que lo aseguro. ¡Ahí es nada el escándalo que habría armado si hubiera adver-

tido la menor señal de fractura en la cadena de vuestro padre o en los hierros de la reja!... Hará cosa de quince días, una noche, sólo porque vió un agujerillo por donde no podía entrar la yema del dedo meñique en el piso, ya creyó que era medio intentado por los presos para comunicarse con los del departamento de abajo, y empezó a echar por aquella boca sapos y culebras, y a dar manotazos, y patadas, y rugidos, y bramidos, que no parecía sino que todas las legiones infernales estaban dando una serenata... No tengáis cuidado, pues, os repito; de seguro no ha visto nada...

—¡Oh!, gracias, amigo Dubois, gracias; me volvéis el alma al cuerpo. Pero, al fin y al cabo, ello es que con estas y las otras el tiempo se va pasando, y las horas vuelan, y cada instante pueden venir los nacionales a trasladar a mi padre... ¡Padre mío!

—Sí, sí, Matilde tiene razón—añadió el soldado realista—; un minuto de retardo puede perdernos...

—Verdad es—repuso Dubois—. Por lo mismo, no fuera malo hacer una diablurilla para entretener a esos malditos...

—¿Qué queréis decir con eso, amigo Dubois?...

—El caso es—respondió éste rascándose la oreja— que se me ha ocurrido cierta travesura... Pero es peligrosilla la empresa, y vale la pena de pensarla...

—¡Oh, hablad, hablad! Nosotros estamos resueltos a todo... ¿Qué puede suceder? ¿Que nos maten? Peor muerte es esta ansiedad, y si al fin había de ser... Conque, decid, ¿qué se os ha ocurrido?

—Os diré. Si efectivamente piensan trasladar al preso esta noche, vendrán a hacerlo media docena de nacionales, cuando más..., y tened por seguro que para

esta comisión elegirán a patriotas de los más rabiosos...
¿Estáis?

—Sí, seguid. ¿Y qué?

—Vos, señor Augusto, vestido como estáis con vuestra carmañola, hecho todo un republicano, os plantáis en la puerta por donde han de entrar los nacionales. Vuestro hermano, vestido como va con su traje de persona decente, se coloca cerca en una esquina; en cuanto vea asomar a los nacionales se llega a vos, os insulta, armáis una camorra de lo lindo, por el estilo de la que hoy habéis tenido vos con el preso... ¿eh?

—Sí, sí; continuad.

—Bueno: los nacionales acudirán entonces a enterarse de la causa de vuestra riña... Pero antes de que lleguen, vuestro hermano, como hombre que no quiere ser reconocido, aprieta a correr; vos, como quien tiene interés en conocerle y echarle mano, os lanzáis en su persecución, gritando con toda la fuerza de vuestros pulmones: ¡La guardia! ¡La guardia! ¡Este pícaro aristócrata, que se escapa!... ¿Eh?

—Sí, sí... comprendo.

—A los gritos acuden los nacionales a prestar auxilio a tan celoso republicano... Vuestro hermano corre que se las pela, como quien huye; vos corréis tras de él como quien persigue... Y como ambos tenéis buenas piernas, en lo que se reza un *Credo* habéis hecho dar a los nacionales tanta vuelta y revuelta, que mientras llegan otra vez a cumplir su comisión en la cárcel, ya el pájaro ha tenido tiempo para romper la jaula y volar... ¿Eh? ¿Qué os parece la artimaña?

—¡Magnífica, amigo Dubois, sublime!—exclamaron los dos jóvenes a un mismo tiempo—. ¿Cómo podremos pagaros?...

—Aguardad a mañana para darme las gracias: y no hay que prometérselas tan felices, pues a cabo la empresa tiene sus contras y sus peligros. Pero yo os la propongo, porque no veo medio mejor...

—¡Es una gran idea!—dijo Augusto.

—Pues en rigor—repuso Dubois—, más es vuestra que mía; porque al cabo, en substancia, no es sino repetir la escena que vos inventasteis esta mañana para comunicaros con el preso... En cuanto a la señorita Matilde, se quedará aquí conmigo, y entre los dos tenemos bastante para auxiliar al pobre preso a salir de la jaula, para ocultarle luego, y, en fin, para abrirle campo a la huída.

El atrevido plan de Dubois fué aprobado plenamente y puesto sin demora en ejecución. Eran ya como las dos de la mañana. Todas las circunstancias comienzan a ser favorables: la maldita linterna había desaparecido ya del almacén, y por una coincidencia no menos dichosa, en la ventana del zapaterillo no se veía ya más que el último resplandor de la lamparilla expirante, ni se oía más rumor que el prolongado ronquido de un borracho que a pierna suelta duerme la mona. Nada, pues, se oponía a que el preso continuara su tarea; y efectivamente, así que salió el carcelero viéronle, o creyeron verle, los jóvenes otra vez tras de los hierros, y parecióles oír el crujido de la lima.

—Ya ha vuelto a la maniobra—dijo Augusto—. Ahora nosotros a la nuestra.

Dicho esto salió en compañía de su hermano, dejando a Matilde con Dubois, tan inquieta y temerosa como fácil es de imaginar, teniendo a su padre y a sus hermanos, respectivamente, metidos en tan arduo empeño.

El preso, entretanto, trabajaba, efectivamente, con

tanto más ahinco cuanto le urgía recobrar el tiempo precioso que le había hecho perder la requisa del carcelero; en poco había estado que no le sorprendiera este maldito; por fortuna le había dado tiempo suficiente para retirarse de la reja, entrar en su celda, echarse sobre la cadena y ponerse a roncar como un bienaventurado.

El carcelero le estuvo un rato contemplando en su aparente sueño, con tanta mayor atención cuanto al entrar había extrañado ver abiertas las maderas interiores de la reja, pues el preso, en su rápido movimiento para tomar aquella actitud de durmiente, no había tenido tiempo de cerrarlas.

La cosa chocó tanto a Masson, cuanto aquellas maderas abiertas eran las únicas que lo estaban en todo el almacén; pero al abrir luego cauteloso la puerta de la celda y al ver al Marqués roncando boca arriba tan tranquilamente, perdió toda sospecha y se explicó la novedad imaginando que acaso su hijo mayor había olvidado cerrar las maderas al retirarse, o que tal vez el preso las había abierto para aprovechar el aire tibio de aquella noche en ventilar la habitación. Sin embargo, ya le vimos que, por lo que pudiera tronar, había estado escudriñando, palpando y sacudiendo los barrotes; fortuna que la mella de la lima era apenas visible; y, en efecto, el amigo Masson acabó por retirarse definitivamente sin haber barruntado la comenzada tarea del preso, el cual, tan luego como oyó cerrar la puerta, volvió a su maniobra.

Matilde, entretanto, con la vista y el oído alerta, ni pestañeaba ni respiraba. Pero como los instantes se le hiciesen siglos, no pudo menos de decir a Dubois, que también espiaba detrás de ella el tejemaneje del preso:

—¡Válgame Dios! Dubois, ¡qué barrote tan grueso! Temo que el infeliz no logre limarlo en dos horas...

—¿Qué le hemos de remediar, hija mía? Si pudiéramos nosotros hacerle más delgado... pero no podemos...

—¿No habría medio de darle otra lima? Porque parece que ya las ha gastado todas... ¿No oís? Apenas se percibe ya ruido ninguno...

—Hacedme el favor de callaros, señorita; mirad, por Dios, que aquí las paredes oyen...

—Amigo Dubois, ¿no podíamos...?

—¿Qué?

—Encender aquí una lamparilla, o si no un brasero de virutas, para que el pobrecito de mi alma viera lo que hace; porque la noche está como boca de lobo y tendrá que arreglárselas a tientas...

—Eso es... y que Masson viera luz en este cuarto y le diera gana de venir a requisarnos a nosotros... Vaya, vaya, señorita, dejaos de cavilaciones y poneos a rezar vuestro rosario, que es lo mejor que podéis hacer...

Matilde se ruborizó de que hubiera sido necesario este arranque de mal humor de Dubois para recordarle el cumplimiento de un deber, que en medio de su afán había olvidado; y retirándose a un rincón del cuarto, arrodillóse y se puso a rezar. Pero ¡ay!, su mente, y su corazón, y sus sentidos se habían quedado en la ventana: el menor ruido le hacía estremecerse y levantarse a ver lo que en el patio pasaba.

Dios, que lee en el fondo de las almas, perdonó sin duda a la joven aquella oración tan imperfecta; y quizá en gracia del motivo que producía tan naturales distracciones, se dignó acoger benigno la rápida súplica que en algún instante de piadosa concentración pudo

dirigirle mentalmente el agitado espíritu de la infeliz doncella.

Augusto y su hermano repartíanse entretanto el respectivo papel convenido en la farsa inventada por Du-bois, y al efecto se apostaban a uno y otro lado de la puerta exterior del almacén, con el fin de abalanzarse recíprocamente en cuanto vieran llegar gente armada. Lo difícil para ellos era principalmente el distinguirla a tiempo, por causa de la grande obscuridad de la noche; pero en cambio, les era fácil oír cualquier rumor de voces o de pasos, pues a la infernal bulla de las noches anteriores había sucedido en París un silencio sepulcral.

Los patriotas, desde que Luis XVI había sido condenado, dormían ya a pierna suelta como buitres hartos de carne... Entre los escasos pasajeros que nuestros dos jóvenes oían, agachados tras de su esquina cada cual, llamó la atención del hermano de Augusto, y alarmóle no poco, la conversación que llevaba un pequeño grupo de nacionales, al parecer, aunque sin armas.

—Si hace resistencia—decía uno de ellos—se le da un bayonetazo, y punto redondo.

—Pero dirán entonces que se le ha asesinado sin forma de juicio—respondió otro.

—¿Qué más juicio que su solo nombre y sus antecedentes?

—Sí, eso es cierto. Pero de todos modos, los aristócratas pondrán el grito en las nubes...

—Que griten hasta que se les caiga la campanilla. La patria es lo primero... Además, esa creo que es la orden que ha dado la Junta de Salud pública...

El joven no pudo oír más de este diálogo, pues aunque procuró seguir a los interlocutores durante algu-

nos momentos, con gran cautela, por ver si se detenían junto a la prisión, ellos pasaron adelante.

Augusto, por su parte, había también oído a otro grupo este trozo suelto de conversación:

—Pues no es tan fiel como aparenta—decía uno—; a mí me ha rondado los oídos el rumor de que negocia con los presos...

—También a mí me lo han dicho—respondió otro—. Parece que los tasa a treinta mil libras por cabeza...

—Cierto; y se dice además que en esa maniobra está compinchado el famoso ex conde demócrata...

—No lo dudo. Y a propósito, ¿sabes tú en dónde se ha hundido el tal inspector? Porque en todo el día de hoy se le ha visto el pelo...

—Se sospecha que no juega en limpio. En cuanto al otro, luego que los presos estén trasladados, es probable que le echen mano...

Tampoco Augusto pudo oír más de esta conversación; y como lo intentase siguiendo a los que la llevaban, encontróse con su hermano, que venía en opuesta dirección con el mismo objeto. Comunicáronse entonces los dos jóvenes las frases sueltas que cada cual había oído, y, ligado el sentido de unas y otras, les fué fácil adivinar que se referían a su padre y al carcelero: el uno, según ellas, iba a ser trasladado inmediatamente a otra prisión, y había orden de matarle si se resistía; el otro, descubierta ya su carcelaria *incorruptibilidad*, iba a ser preso aquella misma noche.

Nuevo motivo de angustia para los dos jóvenes. ¿En qué estará ya la tarea de su padre? ¿Habrà tenido tiempo de acabarla? Aquel grupo que iba hablando de él, ¿sería quizá de los nacionales encargados de su traslación? En todo caso, no son más que cuatro o cinco

hombres, y esos sin armas, ¿no convendría esperarlos, tirarles un pistoletazo y echarse sobre ellos para robarles el preso a viva fuerza? Tal fué la idea de nuestros jóvenes; pero en breve la abandonaron por absurda, pues no era presumible que la traslación del preso se hiciera por gente sin armas, mucho más cuando hablaban de darle un bayonetazo a la menor señal que hiciera de resistirse. Parecióles, pues, lo más seguro de todo atenerse al proyecto de Dubois, y eso hicieron, volviéndose cada cual a su puesto.

Entretanto, la lima del preso iba partiendo el segundo barrote; sudando a mares, jadeando, el pobre Marqués trabajaba con tanto mayor ahinco cuanto más rápidamente veía volar el tiempo. Pero la fuerza de este mismo trabajo, tan incesante y fatigoso, comenzaba ya a debilitar su vigor; y lo peor era que, con el miedo mismo de incapacitarse para seguir trabajando, lo hacía ya sin prudencia ninguna, hasta el punto que la lima, rechinando más cada vez, podía oírse en todo el patio; por fortuna, el viento no cesaba de ser tan impetuoso como toda la noche lo había sido, y para gentes no prevenidas, el ruido de aquel instrumento podía confundirse con el de una veleta oxidada o con el gozne de alguna puerta. Sin embargo, el amigo Dubois, que temblaba de pies a cabeza, no podía menos de exclamar con voz ahogada:

—¡Más despacio! ¡Menos ruido, por Dios!... ¡Imprudente!... ¡Maldita lima!... A mí me está limando los mismísimos huesos...

—¿Qué queréis, amigo Dubois?—decía Matilde—. ¡El pobre tiene tanta prisa por acabar!...

—¡Prisa, prisa!—repetía Dubois paseando agitado por el cuarto—. Ya sé yo que tiene prisa; pero...

—¡Dubois! ¡Dubois!—exclamó la joven quitándose rápidamente de la ventana para acogerse, toda asustada, al brazo del anciano.

—¿Qué es eso?—preguntó éste no menos asustado, y caminando hacia la ventana con la joven pendiente de su brazo.

—¿No veis?—decía Matilde señalando al fondo del patio.

—Sí, sí... Distingo un bulto que se mueve... Acercaos, señorita, acercaos sin miedo, por Dios; vos tenéis mejor vista que yo... A ver si distinguís qué es eso... ¿No adivináis?...

—No, amigo Dubois; no veo más sino que es una figura humana. Mirad, mirad; ahora se detiene... ¡Dios mío!... Parece que está vestida como de blanco, o por lo menos de un color claro... Ahora vuelve a moverse... ¡Ay!, otra vez se para, y justamente debajo de la reja de mi padre... ¡Oh! ¡Virgen Santísima!... ¿Qué será?

El preso, sin duda, había también advertido alguna novedad en el patio, pues había suspendido de pronto su tarea. Matilde y Dubois seguían atentos mirando y escuchando al fantasma, que, después de estar parado bajo la reja, comenzó con silencioso paso y leve movimiento, cual si no tocaran sus pies la tierra, a andar de acá para allá, a manera de centinela que pasease delante de su garita.

Dubois, por más que abría los ojos y aplicaba el oído, nada percibía, sino un bulto informe, y se devanaba los sesos cavilando quién pudiera ser aquel extraño paseante nocturno y cuál pudiera ser el objeto de su paseo, cuando Matilde, volviendo a cogerle el brazo

con nuevo terror y retirándose hacia atrás del hueco de la ventana, dijo toda trémula:

—¿No oís ahora, Dubois? Parece que hablan en todos los lados del patio: arriba, abajo, en los costados...

Dubois, en efecto, sacó un poco la cabeza por la ventana y oyó una especie de diálogo, cuyos interlocutores estuviesen esparcidos en varios lados del patio, y cuyas palabras eran articuladas en tono bastante alto para conocerse que alguien hablaba, pero no lo suficiente para que se entendiese lo que decían; de cuando en cuando, entre frase y frase de esta silenciosa conversación, percibíase tal cual conato de carcajada sarcástica y burlona.

Pero nada se veía; ninguna forma humana se divisaba sino la del nocturno espectro, que no cesaba de pasear; ni podíase distinguir tampoco de qué piso partían aquellas carcajadas comprimidas y aquellos misteriosos cuchicheos, que en medio de la tenebrosa obscuridad de la noche parecían temeroso conciliábulo de espíritus malignos. Al cabo de cinco minutos de estar Dubois mirando esta indescifrable escena, exclamó turbado y con cierto despecho:

—¡Maldita vejez, que le deja a uno sin sentidos, sin memoria, sin entendimiento y sin voluntad!... Nada, no percibo nada por donde pueda atar cabos... Señorita, a ver vos, que tenéis los sentidos menos gastados que este pobre carcamal, decidme: ¿está vuestro padre todavía en la reja? ¿Sigue trabajando?...

En el momento de hacer Dubois estas preguntas iluminóse súbitamente el patio con una especie de luz fosfórica, producida por el fogonazo de un tiro de pistola, que marró en manos del misterioso personaje. Precisamente en el instante de esta repentina iluminación tenía Matilde los ojos puestos en el fantasma, y Du-

bois en la reja del preso. Uno y otro se estremecieron con igual susto. ¿Contra quién había sido disparado el pistoletazo? ¿Contra el preso, o a la ventana de Dubois? Imposible decirlo; de todos modos era una fortuna que el tiro hubiese fallado, pues lo contrario habría puesto en alarma a toda la vecindad. Por otra parte, con este incidente se había ganado algo, pues a la luz del fogonazo Matilde había creído ver, aunque no se hubiera atrevido a jurarlo, que el fantástico centinela era una mujer en ropas menores; y Dubois, por su parte, había visto al preso tras de la reja y trabajando, bien que con más lentitud y precaución, pues efectivamente, apenas se percibía el ruido de la lima. Sin embargo, no por eso se disminuyó, antes siguió con creces el terror de la joven y de su amigo; como que para ambos se había hecho la situación más ardua y misteriosa con lo que acababan de presenciar. Por otra parte, el tiempo volaba; eran ya las tres de la mañana, y de un momento a otro podían llegar los nacionales para llevarse al preso.

La pobre Matilde sentíase ya sin fuerzas para sufrir aquella serie de violentas emociones, y más abatida ya que temerosa, dejóse caer en una silla, sin que pudiera desahogar su oprimido seno ni con lágrimas ni con oraciones. En medio de la turbación y fatiga que le atormenta, quisiera ya perder todo sentido, toda reflexión, hasta ver aclarado aquel horrible misterio y decidida la salvación o la perdición de su padre.

Dubois, entretanto, corre más bien que anda de un lado a otro de la habitación, golpeándose la cabeza y pasándose la mano por la frente, como para sacar de ella un rayo de luz que le guíe en aquel laberinto y le

muestre alguna conjetura plausible sobre la naturaleza y objeto de la escena que acaba de presenciar.

Tal era la respectiva situación de los dos personajes, cuando de pronto oyeron a la puerta un ruido como de quien llamase con cautela, de amigo que no quisiera ni comprometerse él ni comprometer a los de dentro.

Dubois, sin embargo, no fiándose de esta apariencia, acercóse de puntillas para mirar y escuchar por el ojo de la llave; pero como nada oyese, supuso que sería algún pasajero que se había equivocado de puerta y que, reconociendo de pronto su error, había pasado adelante. Pero no era así: Dubois había supuesto mal; sólo que para explicar nosotros por qué afirmamos esto tan redondamente, necesitamos antes coger un cabito suelto de nuestra historia.

Luego que Héctor hubo recogido en sus brazos el último aliento de su noble tía, y después que, arrodillado ante el lecho mortuorio, hubo pedido a Dios el eterno descanso de la que en vida le había amado y había sido de él amada como madre, levantóse resuelto a dejar a París y marchar sin demora a alistarse en las filas del ejército realista, adonde le llamaba su deber, una vez cumplido ya el de asistir y defender a la anciana hasta su último instante.

Faltábale, empero, cumplir antes otras dos obligaciones que él consideraba sagradas: una, tributar el único obsequio de piedad que ya le reclamaban aquellos restos venerados, dándoles decente y cristiana sepultura en lugar donde pudieran, cuando Dios quisiese, ser exhumados, para unirlos a los restos de sus ilustres mayores; otra, terminar la obra comenzada de poner en salvo a Victoria y prestar auxilio a Matilde en la peligrosa tentativa de salvar al preso. Pero como cre-

yese arriesgado en aquellas circunstancias encargarse personalmente del primero de estos deberes, encomendólo a la prudente caridad del venerable sacerdote que había administrado a la Condesa los últimos Sacramentos. Recompensó en seguida generosamente a la buena Francisca, que sólo a ruego del sacerdote consintió en recibir galardón alguno, y dado el último adiós al inanimado cuerpo de la difunta anciana, alejóse llorando en busca de sus amigos.

Dirigióse primeramente, como era natural, a la casa del consabido número 60, donde esperaba hallar a Victoria; pero no encontrándola allí, ni dándole de ella noticia alguna, temió lo propio que a la pobre muchacha había en efecto sucedido, y apostóse en las cercanías del cuerpo de guardia para espiar la ocasión de saber de ella, y aun de salvarla otra vez, si realmente había caído en manos de los demócratas, y en caso de que la tentativa fuera posible. Púsose, pues, a atisbar, ora embutido en el hueco de un portal, ora mezclándose con los grupos de los patriotas que por allí pasaban; y cabalmente, en el instante de separarse de uno de ellos vió doblar la esquina más inmediata a una joven que le pareció ser Victoria, acompañada de un hombre para él desconocido. Apresuró un poco el paso hasta colocarse detrás de ellos, a distancia bastante escasa para oírles su conversación, reducida toda, como nuestros lectores pueden figurarse, a dar gracias a Dios por el milagroso medio con que los había reunido y libertado, a renegar de aquel París, tan lleno de peligros y de afanes, y a proponerse cuanto antes volver a la paz de sus campos y a los brazos de su amada familia,

—¿Sin ver antes a sus amigos?—dijo Héctor a media voz y acercándose con disimulo a Victoria.

La joven no pudo contener un grito, de susto primero, creyéndose perseguida de algún nuevo enemigo; de alegría después, al reconocer a su salvador.

—¿Sois vos, caballero Héctor?—le dijo, clavando en él una profunda mirada llena de sencilla gratitud.

—Cuidado con eso de llamarme ni *caballero* ni *Héctor*—respondió éste echando una ojeada exploradora en derredor.

La joven comprendió todo el valor de esta prudente advertencia, y volviéndose a su padre, díjole casi al oído algunas cuantas palabras, después de las cuales el buen José tendió su callosa mano a Héctor, que se la estrechó cordialmente. Victoria, avisada ya del lenguaje que debía usar, al menos mientras no llegasen a seguro asilo, dijo al joven:

—No creas, ciudadano, que pensásemos irnos, aunque nos costara la vida, sin tratar de ver antes a nuestros amigos... Toda nuestra pena era ya sólo el no saber cómo ni en dónde hallarlos.

—Cabales, ciudadano—añadió José—. Esto era lo único que ya sentíamos la chica y yo... Pero, en fin, juntos estamos; tú sabrás adónde debemos ir.

—Tanto como saberlo a punto fijo, no lo sé, aunque me lo figuro. Yo os llevaré, pero es menester que esperemos a que sea bien entrada la noche. Aguardadme donde yo os diga... Seguidme, y entrad donde yo os haga seña; no conviene que vayamos juntos por la calle.

Echóse, efectivamente, a andar Héctor algunos pasos delante de los dos amigos, y llegado que fué a una casa, entró, haciéndoles seña de que entrasen con él.

Era esta casa de un amigo de toda confianza de Francisca, que se la había indicado a Héctor para que se refugiase en ella si lo necesitaba. La indicación había sido exacta; nuestros tres amigos hallaron refugio y comida, y cuanto les hizo falta, hasta que, llegadas las altas horas de la noche, volvieron a salir, y caminando con precauciones, Héctor algunos pasos delante del padre y de la hija, se dirigieron hacia la prisión de Saint-Avoye.

Cuando se acercaban ya a las puertas del almacén, visto que la noche era tan profundamente oscura como ya sabemos, Héctor comenzó a toser de cierta manera que de muy antiguo tenía convenida con Augusto para poder llamarse mutuamente la atención y reconocerse en cualquier lance.

Augusto, que, como ya sabemos también, estaba en una esquina de la casa, con el oído atento al menor rumor, tan luego como oyó la tos significativa de Héctor, respondióle con igual seña, y en breve estuvieron los dos amigos uno en brazos de otro, entablando este lacónico diálogo:

—¿Tu tía?...

—En la eternidad. ¿Y tu padre?

—Vivo, y preparando su evasión.

—¿Tu hermana?...

—Con Dubois; yo aquí con mi hermano...

—Y yo con Victoria y su buen padre...

Dicho esto, llegóse Héctor a la joven y a su padre, que se habían quedado a alguna distancia.

—José—le dijo Augusto abrazándole—, Dios te pague lo que has hecho con mi abuelo.

—Ya me lo ha pagado, señorito, concediéndome ser

bendecido por el señor Conde al morir, y restituyéndome ahora a mi hija...

—¡Victoria!

—¡Llevadme, señorito, llevadme a ver a vuestra hermana.

—Al instante. Vamos a reunirnos con mi hermano, que está allí, en aquella otra esquina, y de paso os dejaré en el cuarto de Dubois.

Partieron, en efecto, y entonces fué cuando Augusto llamó en la puerta de Dubois; pero viendo que no le respondían siguió hasta incorporarse con su hermano. Durante esta pequeña travesía explicó Augusto su proyecto, y ofreciéronsele Héctor y José a secundarle; los dos jóvenes aceptaron con gratitud este generoso ofrecimiento, y a fin de realizarlo sin demora, volvieron a llamar en el cuarto de Dubois; pero como éste volviese también a ponerse tras de la puerta en silencio, Augusto, que no quería perder tiempo, aventuróse a decir, aplicando el labio al quicio de la puerta, para que le oyesen con el menor esfuerzo posible de su voz:

—Abrid, amigos; nada temáis.

—Es vuestra hermano, señorita—dijo Dubois a Matilde—; pero me ha parecido que no viene solo... Por Dios, mucha prudencia, pues en el patio se oye todo lo que aquí pasa.

Dubois abrió con tiento y sin hacer ruido, porque desde el día antes había tenido la precaución de untar con aceite el cerrojo y la cerradura. Apenas Victoria pasó el umbral, precipitóse a tientas en el fondo del cuarto, diciendo con voz ahogada por el júbilo y el miedo a un tiempo mismo...

—Matilde, Matilde, ¿dónde estás?

Fortuna que la emoción dejó a Matilde, no ya sin

voz, sino hasta sin aliento; de lo contrario, el grito que hubiera lanzado al reconocer a Victoria y al echarse en brazos de ella habría aturdido a toda la casa. Esta reunión tan inesperada de Matilde con su amiga parecióle una prenda de felicidad que en aquel solemne instante le mandaba el cielo.

Colgadas mutuamente una de otra y comiéndose a besos, estuvieron sin decirse palabra un buen rato, durante el cual los cuatro conjurados hablaban con Dubois.

—Ahora que somos ya cuatro—decía el hermano de Augusto—, podemos resistir con la fuerza el piquete de nacionales, si no pasa de ocho o diez hombres.

—No lo apruebo—respondió Dubois—. Os faltan armas bastantes para eso, y tendríais que habéros las con gente feroz; para estos lances buscan siempre a los más desalmados... Creedme, seguid mi consejo: no os expongáis así... la astucia sólo puede coronar el éxito de nuestra empresa...

—¿Lleva mi padre muy adelantada la tarea?—preguntó Augusto.

—No lo sé, hijo mío; pero te aseguro que no ha cesado de trabajar; y si he de dar fe a mis oídos, debe estar tocando ya el fin de la maniobra. Vosotros despachaos, porque, si no me engaño, está sonando ruido en la puerta del carcelero.

Efectivamente, nuestros cuatro conjurados se apresuraron a ir a tomar puesto en las avenidas de la puerta exterior del almacén, mientras al mismo tiempo un hombre, pero uno solo, embozado hasta las cejas, llamaba al postiguillo de la alcaidía; y sin duda lo había hecho de alguna manera convenida con el carcelero,

pues éste acudió a abrirle sin hacerle esperar, y le dijo respetuosamente en cuanto hubo entrado:

—Todo está en regla, ciudadano inspector. Pueden venir los nacionales cuando quieran a llevarse a los presos.

—Está bien—contestó secamente y sin desembozarse el inspector—. Me conviene presenciar la operación sin ser visto...

—Yo te colocaré en punto a propósito—respondió el carcelero—. Sígueme.

Mientras este breve diálogo pasaba en la alcaidía, Dubois y las dos jóvenes, habiéndose colocado a atisbar de nuevo tras de la ventana, volvieron a ver el nocturno espectro, que continuaba su silenciosa centinela, y volvieron a oír las carcajadas comprimidas y el singular cuchicheo que habían antes percibido, cual si una legión de brujas estuviera cabalgando en el alero del tejado y en el pretil de todas las ventanas del patio para celebrar su infernal conciliábulo.

Mas no por eso había disminuído el ardor con que el preso continuaba su tarea; a cada instante se oía entre los murmullos del viento rechinar la lima, bien que con un sonido cada vez más apagado, como si ya el hierro ofreciese escasa resistencia, o como si ya estuviesen agotadas las fuerzas del limador. Los tres observadores seguían con creciente ansiedad todos estos incidentes, cuando sonó, dando la hora, un reloj inmediato.

—¡Las tres ya! ¡Dios mío!—exclamó Matilde en voz baja—. Pero estas horas no tienen fin, la noche es eterna... ¡Oh! ¿Qué es eso?

Esta última exclamación se la arrancó a la joven la súbita aparición de una nueva luz en el patio, que partía de una reja baja, practicada a flor de tierra, como

el respiradero de un sótano, y a la derecha del cuarto de Dubois. Tras de los hierros de esta reja asomóse al mismo tiempo un semblante huesudo, fruncido con una expresión particular y casi a cubierto con un capuchón que apenas dejaba distinguir de perfil sus facciones.

La linterna colocada junto a este personaje proyectaba sus rayos oblicuos sobre todo el patio, de manera que Matilde pudo con una sola ojeada mirar, primero arriba, en donde vió al preso retirarse apresuradamente de la reja, y después abajo, en donde vió al misterioso centinela tal y como era, es decir, una mujer vestida con un camisón, en zapatillas, cubierta la cabeza con un gorro de dormir, armada con un fusil viejo en una mano, con un pistolucho desmontado en la otra y continuando su paseo grave y monótono sin desconcertarse ni suspenderle por la aparición súbita de la luz. Al ver esta singular catadura, dióse el buen Dubois un golpe en la frente y exclamó:

—¡Lo que es ser ya uno viejo! De todo me había yo acordado menos de esa infeliz, que tanto nos ha dado en qué pensar. Es una pobre muchacha a quien el hervidero revolucionario ha trastornado el juicio, y que tiene la manía de creerse encargada de salvar la República... Gracias a Dios, no es más que eso; me había temido otra cosa.

El desconocido asomado a la reja del sótano parecía clavar los ojos iracundos y amenazadores sobre la loca; pero como ésta no hiciese caso alguno de este gesto, díjola con aire áspero y sañudo tono:

—A ver si te retiras inmediatamente; viva, si no quieres que te mande meter en el cepo o que te deje seca de un pistoletazo.

Al oír esta amenaza, y viendo efectivamente en ma-

nos del desconocido montada una pistola, dió la pobre maniática señales de profundo terror y fugóse precipitadamente por una puertecilla secreta, cerrándola en pos de sí con llave y cerrojo.

En este mismo instante partieron de las ventanas de varios pisos tres o cuatro carcajadas estrepitosas de muchachos y muchachas de la vecindad, que habían salido a divertirse con la loca viéndola tan formalmente hacer centinela. De este modo quedaba explicado el misterioso cuchicheo y las risas comprimidas que tan mal rato habían dado a Dubois y a Matilde.

—¡Ah, diablillos!—exclamó el primero, viendo los muchachos retirarse de las ventanas—. Dios os perdone el miedo que nos habéis hecho pasar... ¿Habéis visto, señorita?

—Sí, Dubois. Pero mi padre no está ya en la reja... ¿Le habrán sorprendido?

—No me lo parece. Lo que creo es que se ha retirado a vista de tanto observador como hay en el patio; y en eso ha hecho bien... ¿Habéis reparado en esa otra fachada asomada por la reja de abajo? Mirad, mirad con qué atención está observando lo que pasa en la del preso... ¿Qué querrá ese maldito?

—No lo sé, amigo Dubois; pero ese rostro feroz nada bueno promete. ¡Dios mío!, ¿no saldremos de sustos en toda la noche?...

Efectivamente, el encapuchado tenía clavados los ojos en la reja del preso, y su vista penetrante había ya advertido que estaban desencajados dos barrotes y preparado suficiente hueco para que pasase el cuerpo de un hombre. Al ver esto, desarrugóse su frente, pintóse en su rostro un júbilo singular, hizo un gesto como de aprobación, y luego, de pronto, se retiró apagando la

linterna, con lo cual todo volvió a quedar silencioso y obscuro como antes.

Matilde, que, pasando con febril agitación su mirada de arriba abajo y de abajo arriba, no había perdido un solo pormenor de esta escena, dijo dirigiéndose a Dubois y a Victoria:

—¿Qué os parece? ¿Qué decís? Ese hombre lo ha visto todo, todo. No hay remedio; mi pobre padre está perdido...

—¡Qué sé yo que os diga, señorita!—respondió Dubois—. A pesar de su mala facha y de toda su cara de pocos amigos, se me ha figurado que ese hombre no tiene mala intención... ¡Ello es que van pasando aquí esta noche cosas tan raras!... En fin, esperemos, esperemos con confianza en Dios; su Providencia misericordiosa nos ha protegido hasta ahora de tal modo, que sería ofenderle el ponerse a desconfiar... Y, por último, hágase su voluntad soberana...

—Sí, sí; tengamos buen ánimo—añadió Victoria—. Yo, hermana mía, al pensar en los milagros que Dios ha hecho conmigo, lo espero todo de su misericordia... Cuando nos figuramos más perdidos, estamos más ganados... Echémonos en sus brazos, Matilde mía; pidámosle con fervor su amparo soberano... Recemos, recemos... La Virgen Santísima estará también con nosotros...

El consejo de Victoria era, en verdad, tan piadoso como oportuno, pues para todos los comprometidos en la osada tentativa había llegado uno de aquellos solemnes y críticos momentos en que el mísero mortal necesita y debe más especialmente invocar el auxilio divino. Acababan de dar las cuatro de la madrugada.

Augusto y José, en la esquina donde estaban apos-

tados, oían en aquel instante el rumor de la marcha acompasada de un grupo de nacionales; era el piquete que iba encargado de sacar de su prisión al Marqués y a otros dos detenidos más para trasladarlos a otra de más confianza de sus verdugos. Antes que los nacionales llegaran a la puerta exterior del almacén, ya nuestros dos amigos se habían reunido con Héctor y el soldado vandeano, que estaban apostados en la esquina opuesta para deliberar sin demora lo que les conviniese hacer.

El soldado estaba por dar al piquete un ataque brusco, porque los revolucionarios, decía él, son cobardes, sin más fuerza que la que les da el miedo de los hombres honrados; Augusto era, poco más o menos, de la misma opinión. Pero Héctor y José pensaban, con mayor prudencia, que sería una locura comprometer un lance en el que iba perdido el noventa por ciento, como quiera que, siendo los nacionales muchos y bien armados, por cobardes que fuesen, no podían menos de quedar encima.

Mientras que así deliberaban los cuatro, el piquete había ya hecho alto junto a la puerta, y su comandante, después de haberle distribuído en dos mitades, colocándolas a los dos respectivos lados del portal, con el arma al brazo, había comenzado a llamar, golpeando las maderas con el pomo de su espada. El piquete constaba de veinte hombres, cuando menos, gente fornida, jayanesca y, por añadidura, cebada con una enorme dosis de vino; era manifiesto que se les había escogido expresamente para el lance. Los dos hermanos se persuadieron, por tanto, de que toda resistencia sería inútil y absurda, conviniendo con Héctor y José en que había llegado el caso de dar principio a la farsa convenida.

En consecuencia, colocáronse en silencio nuestros cuatro actores a unos treinta pasos de los nacionales, formando un solo grupo, y cuando ya estuvieron a esta distancia, soltó el hermano de Augusto un vozarrón descomunal, gritando:

—¡Viva el Rey!

Inmediatamente los otros tres comenzaron, con no menor gritería, a exclamar:

—¡Traición, traición! ¡Favor a la República! ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Aquí están los blancos!

Al mismo tiempo que así gritaban comenzaron a correr en un círculo que no tenía cuatro varas de diámetro, dando tremendas patadas en el suelo y en las puertas de las casas inmediatas, chocando unas con otras las pistolas que llevaban, y hasta disparando dos tiros, alzando y bajando la voz, chillando, aullando, rugiendo; en resumen, arreglándoselas de modo, a fuerza de carreras, gritos y golpazos, que no parecía sino que eran toda una legión formidable de enemigos, multiplicada en la mente de los nacionales por la obscuridad absoluta de la noche y por el miedo mayúsculo que se apoderó de sus democráticas personas.

El carcelero, que previamente avisado de la llegada del piquete le aguardaba detrás de la puerta, se había apresurado a abrir en cuanto el comandante llamó con el pomo de la espada; pero al oír aquella gritería de nuestros cuatro bullangueros en el momento que había descorrido el cerrojo, volvió a correrlo más que de prisa y a echar todas las llaves y trancas que halló a su mano.

En seguida, asomando la nariz por el postiguillo, dijo al comandante, que comenzó a echar sapos y culebras contra el precavido carcelero:

—Ciudadano comandante, grita y pateo lo que quieras; pero mientras dure esa serenata de ahí fuera no te abro.

—Pero, condenado, mejor es que nos hagamos fuertes dentro de la casa, por si intentan atacarla...

—Nada, nada—repetía el carcelero—; yo no abro mientras suene una mosca en la calle.

Entretanto los nacionales, que esperaban órdenes de su jefe, habían roto la formación, y agrupándose desconcertados junto a la puerta, se entregaban libremente a las expansiones de su patriótica medrana.

—Son los de Condé—exclamaba uno—; bien decían los que aseguraban que esta noche estallaría el complot.

—No, no; son los prusianos—respondía otro—. Yo los he oído gritar en alemán.

—Y yo en ruso—añadía un tercero.

En resumen: todos habían oído las lenguas pasadas, presentes y futuras, y ninguno de ellos hubo que con mil amores no hubiera dejado a los presos en su jaula y escurrido el bulto. Pero contúvolos la vergüencilla, por un lado, y por otro, el terror; el terror, espíritu vivificante de todos los actos y pensamientos de aquella época, pues a ninguno se ocultaba que en cuanto cualquiera de ellos, el más cobarde quizá, los delatase, pagarían con la cabeza.

El comandante debió echarse las mismas cuentas que su tropa. Visto que el amigo Masson seguía en sus trece de no querer abrir la puerta, hizo de tripas corazón, y levantando en alto la espada, pronunció con hueco acento, si bien no muy firme, una especie de alocución marcial:

—Soldados—dijo—: los tiranos osan provocarnos.

Como no se ven ni aun los dedos de la mano... Y a propósito, ¿qué habéis hecho de las linternas, malditos?...

—Las ha apagado todas el viento—respondió un nacional.

—Pues, como iba diciendo—continuó el orador—, a juzgar por el estrépito y gritería de esos canallas, deben pasar de tres o cuatro docenas... Probablemente serán las avanzadas del enemigo, y el grueso de los conjurados debe estar por ahí cerca, pues de lo contrario, no se habrían atrevido esos pocos miserables a desafiar nuestro valor... ¡A ellos, pues! Vamos a darles una buena lección... ¡Condenados, cómo gritan!... Cuatro parejas se quedarán aquí para guardar la puerta, y los demás iremos a hacer un reconocimiento y a ver si podemos ir llevando a esos cobardes hasta el retén más inmediato, donde nos darán refuerzo... ¡Soldados! ¡Al hom...! ¡mar...!

Por bien representada que estuviese la farsa de nuestros cuatro amigos, no podía sostenerse mucho tiempo; pero, por dicha suya, se habían dado tan buena traza para alborotar el barrio, que en menos de cinco minutos el ruido de la gritería y de las carreras aumentó realmente con la multitud de patriotas que, dejando sobresaltados el lecho, iban asomándose por puertas y ventanas, quién con un fusil, quién con un sable, todos haciéndose preguntas unos a otros, muchos ensordeciendo la calle con furiosas aclamaciones.

Algunos intentaron iluminar la escena; pero el viento apagaba las luces; de modo que cada vez el desorden y confusión iban siendo más a propósito para que el comandante y sus heroicos subordinados se creyeran invadidos por todo un ejército de conspiradores.

Los gritos de *¡Viva la República!* se mezclaban con

los de ¡*Viva el Rey!*, ¡*Mueran los tiranos!*, y como al paso que crecía la baraúnda, nuestros cuatro promovedores se daban admirable maña para estar a un mismo tiempo en cien lugares distintos, para variar el tono y tema de sus aclamaciones, para multiplicarse, en fin, a fuerza de aullidos y carreras, nada tenía de extraño que los vecinos cayeran en el mismo error de los nacionales.

Pero ello, al fin y al cabo, el error no podía durar mucho: la alarma iba cundiendo de calle en calle, y era de esperar que de un instante a otro acudiese nueva fuerza armada.

Sin embargo, el objeto de nuestros conspiradores estaba casi logrado, pues habían ganado tiempo, habían dado al preso lugar para que terminase su tarea, y era probable que ya para esto le faltase muy poco. Por otro lado, la escena que entretanto pasaba detrás de la puerta del almacén entre el hombre del capuchón y el carcelero secundaba a las mil maravillas el plan de los cuatro amigos.

—Nada, nada, Masson, no abras—decía el encapuchado—. Mientras oigas un solo grito, tente firme... Te va en ello la cabeza...

—¡Cabales, ciudadano inspector!... Así estoy yo, que no se me pega la camisa al cuerpo.

—Es verdad, hombre... Me parece que estás temblando por todas tus coyunturas...

—Y ¡qué! ¿Me falta razón?... ¿Te parece a ti que si los conjurados llegan a entrar me dejarán con el pellejo sano?...

—No; regularmente te colgarían de uno de esos barrotes, para escarmiento de patriotas a toda prueba. Pero, con todo, ¡ten ánimo, hombre! ¿Quién sabe lo que será?...

—Sí, sí, ¡que tenga ánimo!... ¿No lo oyes? Escucha, escucha: ¡Viva el Rey!, ¡Mueran los tiranos!... Se me figura que uno ha gritado: ¡Muera 'el carcelero!...

—No tendría nada de particular...

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!...

—¿Qué es eso? ¿Qué hay de nuevo?

—¿No oyes? Que vuelven a llamar a la puerta...

En efecto, en aquel instante se oía golpear fuertemente con las culatas de los fusiles, y varias voces que gritaban fuera:

—Abre, Masson, que ya tenemos aquí el refuerzo... Abre, con dos mil demonios; no hay peligro ninguno...

—¿Les abro?—preguntó el carcelero al encapuchado.

—De ningún modo, hombre—respondió éste—. Pues ¿no ves claro como la luz del día que esa es una artimaña de los mismos conjurados para hacerte creer que son los nacionales y cogerte por sorpresa?...

—Abriré el ventanillo para reconocerlos...

—¡Eso es!, y que te arrimen un balazo en cuanto saques la nariz, y metan el brazo por el postiguillo y corran los cerrojos y las llaves.

—Es verdad; no había caído en ello...

—Nada, nada; mantente ahí firme y no abras, llame quien llame. Yo voy entretanto a dar una vuelta por el almacén y ver qué hacen los presos, no sea que estén también armando alguna por allá arriba...

—Sí, sí, ciudadano; ve y échame para acá a mi chico mayor... ¿En dónde se habrá metido ese tunante?...

Mientras pasaba este diálogo, Dubois y las dos muchachas, que habían oído el estrépito armado en la calle, estaban con el alma en un hilo: Dubois iba y venía de un lado para otro, como gato cuando siente tormenta. Matilde, meneando incesantemente la cabeza, ora para

mirar a la reja del preso, ora para escuchar el ruido exterior, se agita, tiembla, suspira, llora; tan pronto quisiera salir a la calle para ver qué es de sus hermanos, como saltar al patio para prestar auxilio a su padre; pero el terror la tiene clavada en el suelo, y ni puede salir al patio ni salir a la calle. Victoria, atribulada con la aflicción de su amiga, y temiendo por su buen padre, está más para ser consolada que para dar consuelo.

Una repentina novedad sacó a los tres de este estado de ansiosa expectativa para concentrar toda su atención en el departamento de los presos, iluminado súbitamente por una linterna cuya luz avanzaba con rapidez de reja en reja, hasta pararse junto a la de nuestro preso. En seguida vióse tras de los hierros al encapuchado, que con rostro contraído, no se sabía si por la cólera o por el terror, sacó primero el brazo en que llevaba la linterna, luego la cabeza toda, y dirigiendo la vista como para mirar un objeto que tuviera debajo de sí, dijo con voz trémula y ahogada:

—¡Oh! Es corta la cuerda... Espera, no te tires.

Dicho esto, el encapuchado se disponía a retirarse de la reja, cuando en la ventana de enfrente se abrió el postigo, compuesto pocos días antes por Augusto, y asomó un brazo armado con una pistola montada; pero antes que pudiera dispararla el que la tenía, ya el encapuchado, apuntándole rápidamente con otra que llevaba montada también, soltó el tiro. De la ventana del carcelero salió entonces un grito de mujer exclamando:

—¡Hijo mío!...

El aprendiz de carcelero había ido al otro mundo a tomar posesión de su plaza. El encapuchado desapareció, apagando su linterna.

En tanto que pasaban estos sucesos, Dubois y las

dos jóvenes habían estado agrupados en su ventana, mirando sin respirar, con los ojos desencajados. El espectáculo que a la luz de la linterna se había presentado a su vista no era para menos.

El preso, cogido de una cuerda amarrada a la reja, colgado a cuatro varas del suelo todavía, viendo con mortal angustia que la cuerda se había acabado, midiendo con espanto la distancia que aun le separaba del suelo y vacilando ya entre tirarse a tierra o volver a trepar.

Sus cabellos encanecidos, sus facciones contraídas, sus miembros rígidos con el desesperado esfuerzo que hace para sostenerse en aquella posición violentísima, todo esto lo ve la infeliz Matilde, y tendiendo los brazos frenética, va a gritar, pero la voz se anuda en su garganta y cae sin sentido en el seno de Victoria.

Dubois, sin atender ni al desmayo de la joven ni a los riesgos que podía correr tirándose al patio, se arroja por la ventana, y colocándose debajo del preso:

—No os tiréis—le dice—, está muy alto, os vais a matar.

El preso, oyendo una voz desconocida debajo de sí, y no hallándose en estado de comprender el tono y palabras de amigo con que Dubois le había hablado, respondió con ahogado acento:

—¡Matadme o salvadme, por amor de Dios!

—Nada temáis, señor Marqués, nada temáis; esperad, voy a daros auxilio...

—Quienquiera que seáis—repetía el preso—, matadme o salvadme... No puedo más... ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Valedme!...

El pobre preso lanzó este grito agudo de angustia al sentir flaquear ya una de sus manos y viendo en breve

que se quedaba colgado solamente de la otra, que tampoco estaba para resistir mucho tiempo.

Dubois, entretanto, se había acercado a la ventana, y levantándose de puntillas, decía:

—¡Victoria! ¡Matilde! Echadme un colchón, una manta, lo primero que encontréis... Pronto, por Dios, pronto.

Victoria, comprendiendo el objeto de esta demanda, es decir, poner alguna cosa blanda debajo del preso, se apresuró a satisfacerla; pero por muy pronto que lo hiciese, mientras soltaba a Matilde, que seguía exánime en sus brazos, mientras buscaba a oscuras, y en una casa que no conocía, lo que le pedían, se había ya pasado demasiado tiempo, y Dubois temiendo no cayera entretanto desplomado el preso, volvió a colocarse debajo de él con intención de servirle con su propio cuerpo de paracaídas y ver si así disminuía el ímpetu del golpe.

Pero ¡cuál no fué la sorpresa del buen Dubois cuando, al llegar al sitio que había dejado, vió una escalera de mano arrimada a la pared, y subido en uno de sus peldaños a un desconocido, que desde allí cogió al preso por la cintura, le descolgó, se lo echó a cuestras y le bajó con tiento solícito, hasta dejarle seguro en tierra!

Observó atentamente Dubois a este inesperado protector, y adquirió en breve certidumbre de que era el mismo, mismísimo encapuchado cuya siniestra catadura habían visto poco antes asomada a la reja del sótano primero, y después a la del almacén; el mismo que había tirado el pistoletazo y que, según las señas, había bajado corriendo al patio para prestar aquel auxilio al Marqués.

—Estás en salvo—dijo a éste en cuanto le hubo dejado en tierra—. Date prisa a huir; yo te cubriré la retirada...

—Gracias, Roberto—le respondió el Marqués abrazándole—. ¿Con qué te pagaré yo?

—Pidiendo a Dios que me perdone el mal que te he hecho.

—¿No volveré a verte más?

—Nunca. He vivido ya demasiado. Debo en adelante vivir oculto, y ojalá me fuera dado alcanzar una muerte que expiase mis crímenes. Huye, te digo, y pide a Dios por mí. Sobre todo, me encomiendo a las oraciones de tu hija y de tu yerno... ¡Adiós!

Esto dicho, estrechó fuertemente al Marqués contra su pecho, quitó en seguida la escalerilla y desapareció por una portezuela que Dubois no había visto nunca abrirse, corriendo en pos de sí el cerrojo.

El tumulto de afuera, entretanto, se había ya calmado casi enteramente; el comandante del piquete había pedido refuerzos a dos o tres retenes inmediatos; pero cuando éstos llegaron, vióse, a la luz de las linternas que traían, que el complot, los conjurados, los gritos, las carreras, todo, en fin, se había desvanecido como los cuadros chinescos. Miráronse nacionales y vecinos unos a otros con atenta curiosidad, y al encontrarse todos buscando con patriótico celo a un enemigo que en ninguna parte parecía, quedáronse, quiénes escupiendo por el colmillo, más valientes que Roldán y asombrados de su propia fiereza, que convertía en éter puro las legiones de aristócratas; quiénes pensando para su colete que en aquellas fantasmagorías había gato encerrado.

Para cortar los marciales fieros de los unos y para

confirmar las sospechas de los otros, llegó oportunamente la voz de la carcelera, que, más rabiosa que dolorida, gritaba por dentro de la puerta, tras de cuyo postiguillo seguía atisbando el carcelero:

—¡Masson, Masson! Los aristócratas han matado a tu hijo.

Antes que el carcelero pudiera recibir explicación pormenorizada de esta noticia, los nacionales habían vuelto a dar culatazos en la puerta, y la carcelera, deseando tener quien vengara la muerte de su primogénito, se había adelantado a abrirles. Pero el comandante, que llevaba más gana de vengar el miedo que le habían causado los conspiradores, si tales conspiradores había habido, o el chasco ridículo que tenía sobre sus costillas si no los había habido, desentendiéndose de los gritos y exclamaciones de la carcelera, y en la persuasión de que el carcelero había rehusado abrirles con algún fin siniestro, dijo a dos nacionales en cuanto hubo atravesado el umbral:

—A ver, aseguradme a este truhán y a su mujer... ¡Ladronazo, de esta hecha vas a pagar tu patriotismo postizo!... ¡Soldados, marchen!...

El piquete subió al departamento de los presos para proceder a la traslación de los que iban a llevarse; pero en la lista de los que van llamando falta uno, que no responde por más que le nombran. Preguntan por él a los demás detenidos... Ninguno sabe nada, ninguno ha visto nada... Los nacionales, echando fuego por los ojos y veneno por la boca, huronean, remueven, arañan, golpean, vuelven todo patas arriba en la prisión, en los cuartos todos del edificio, y más particularmente en el de Dubois... En vano todo: el pájaro había volado, y

con él el nido entero. Había llegado para las víctimas la hora de la libertad; en breve para sus verdugos iba a llegar la del castigo.

Dos meses después habían sucedido varias cosas. Por de pronto, al hijo de Masson lo enterraron; lo cual no podía menos de suceder, porque estaba muerto. A Masson papá le habían enterrado también, por la sencilla razón de que le habían guillotinado por los delitos de carcelero *incorruptible* y de demócrata neto.

El tío Gregorio había expirado en un rincón de su taller, de hambre o de rabia, mientras el bueno y cristiano Roque había expirado, con el nombre de Jesús en los labios y con su imagen sacratísima en el corazón, pocos días antes del que estaba señalado para sacarle al patíbulo por encubridor de enemigos de la República.

En la celda de no sé qué trapa de Alemania lloraba entretanto lágrimas de arrepentimiento y esperaba confiado el perdón del Dios de Misericordia, un caballero francés, ya anciano, que, dominado por ardientes pasiones y por inclinaciones viciosas, había sepultado en el lodo democrático un nombre ilustre, pero a quien los labios de una moribunda habían enseñado verdades salvadoras, que le llevaron, al fin, junto con los recuerdos de su noble juventud y de la cristiana educación de su infancia, a una vida de santa penitencia.

Casi al mismo tiempo se reunían en un palacio cerca de Viena varios emigrados franceses acogidos por la hospitalidad de un noble caballero austriaco, amigo de

corazón que había sido del Conde de Ventimile. Eran aquellos emigrados el Marqués de Reyre, su hija, sus tres hijos, Héctor de Beaupré, José, Teresa, Victoria y sus hermanos y el buen Dubois.

En la noche que nosotros volvemos a hallarnos con estos antiguos conocidos no se habla ya de los muchos trabajos, de los mortales riesgos que han tenido que pasar hasta llegar a reunirse en tierra extranjera. Háblase sólo de la felicidad que aguarda a dos jóvenes de este grupo de proscritos. Héctor de Beaupré, que ama y venera mucho la memoria de su tía, está muy empeñado en que se cumpla cuanto antes cierta voluntad de la difunta; el marqués de Reyre no lo está menos en cumplir fielmente cierto encargo que le dió su salvador; Augusto y sus hermanos tienen prisa por ir a las filas de los soldados de la Religión y del Trono. Matilde encuentra todos estos deseos muy puestos en razón, y Victoria está impaciente por convertir en regalo de boda ciertas pantuflas que guarda como muestra de las manos que para bordar tenía *su señorita* cuando vivían juntas bajo el pacífico hogar de José y la maternal tutela de Teresa.

Con todos estos antecedentes, ¿qué había de suceder? Boda sin remedio ninguno. Es decir, que Héctor y Matilde se casaron.

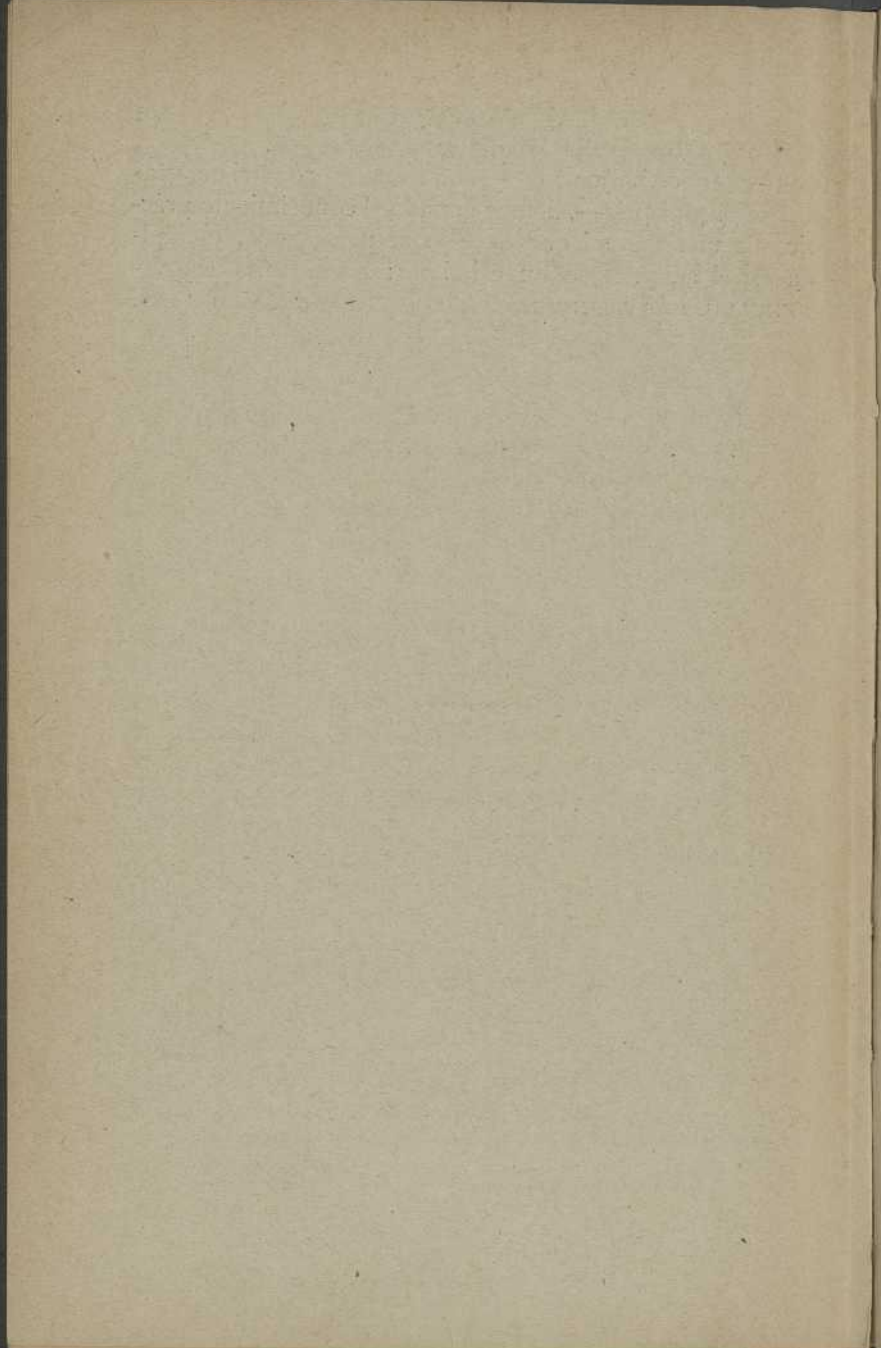
Cuando el joven estaba de buen humor solía decir, estrechando la mano de su bella esposa:

—En el golfo revolucionario se pesca de todo: unos pescan dinero; otros, honores; otros, la guillotina; muchos, el martirio de los santos; algunos pescan el infierno... Yo he pescado... mi felicidad.

—Y yo he logrado la mía, Héctor—respondía Matilde con ternura.

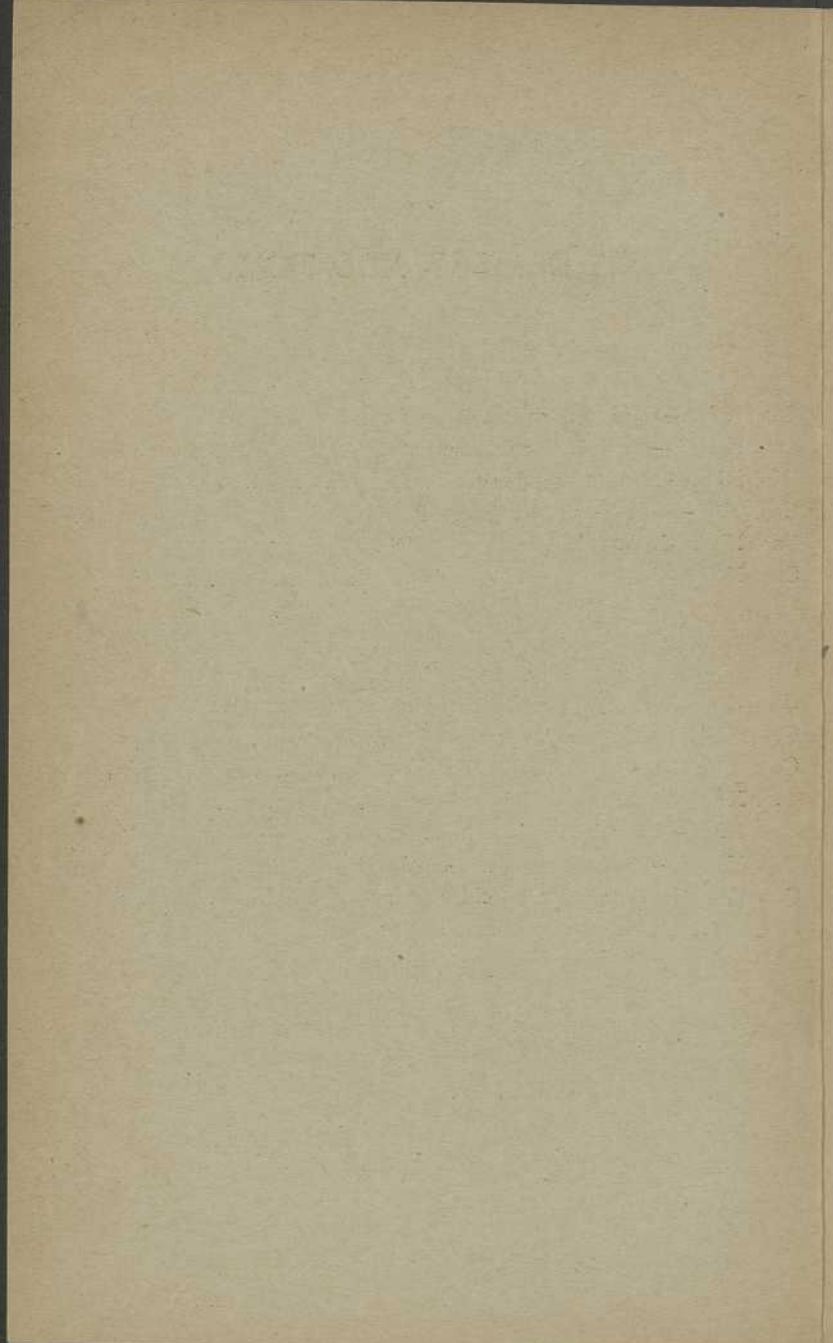
—Y todos, hijos míos—solía añadir con triste gravedad el Marqués—, hemos ganado el conocimiento práctico de una verdad que debe estar perpetuada, esculpida en el corazón de un cristiano: LA DIVINA PROVIDENCIA JAMÁS ABANDONA A LOS QUE EN ELLA CONFÍAN.

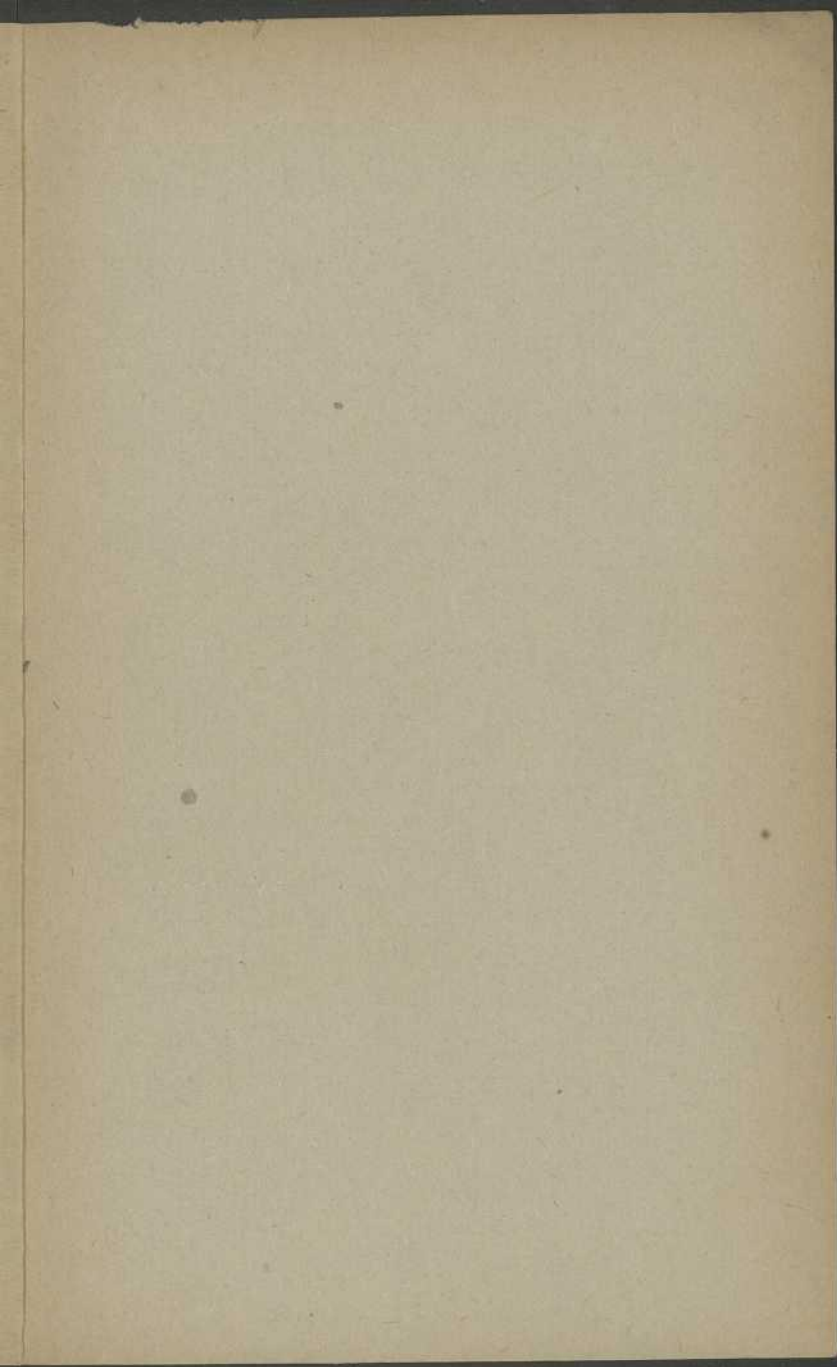
F I N

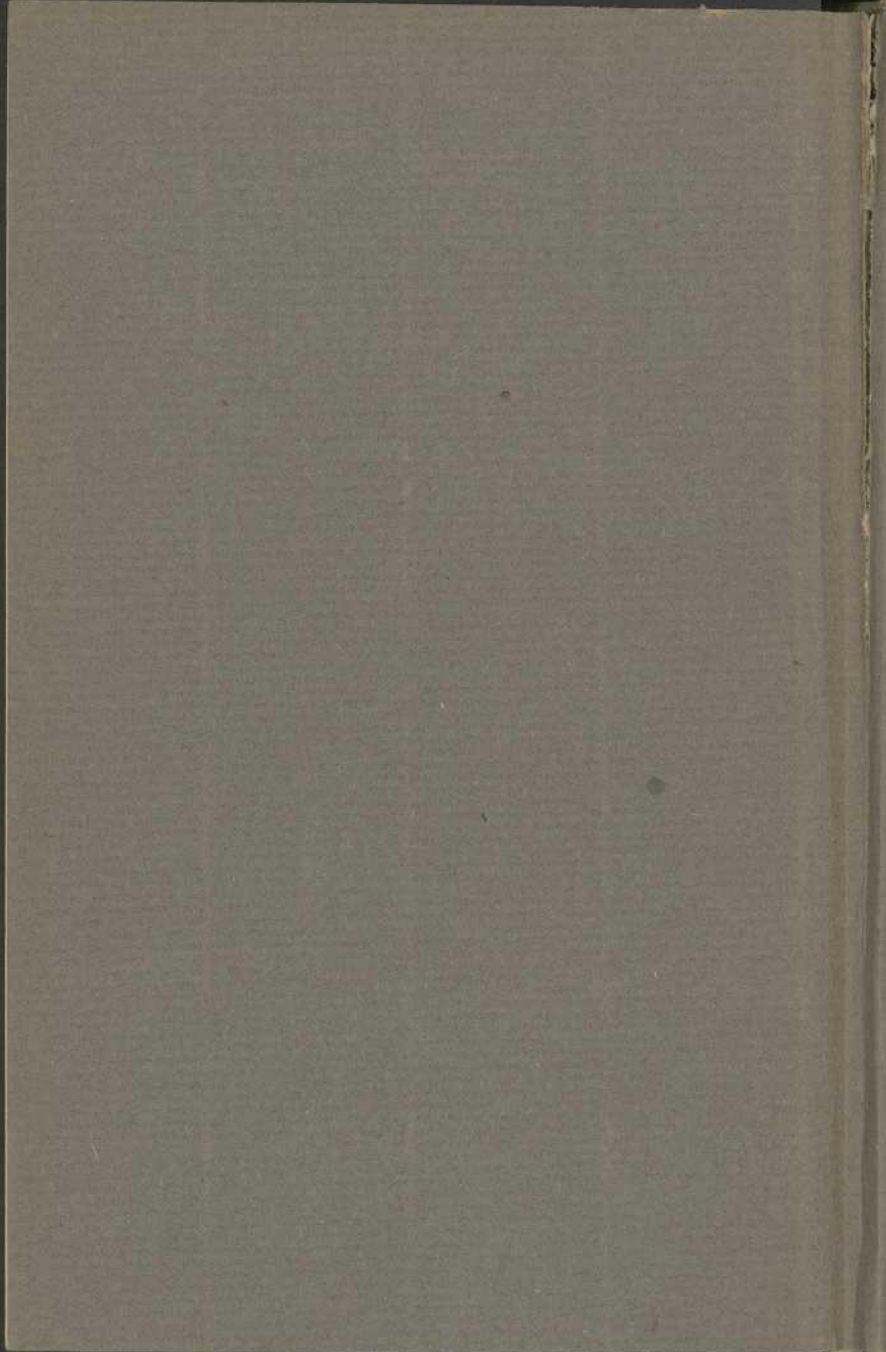


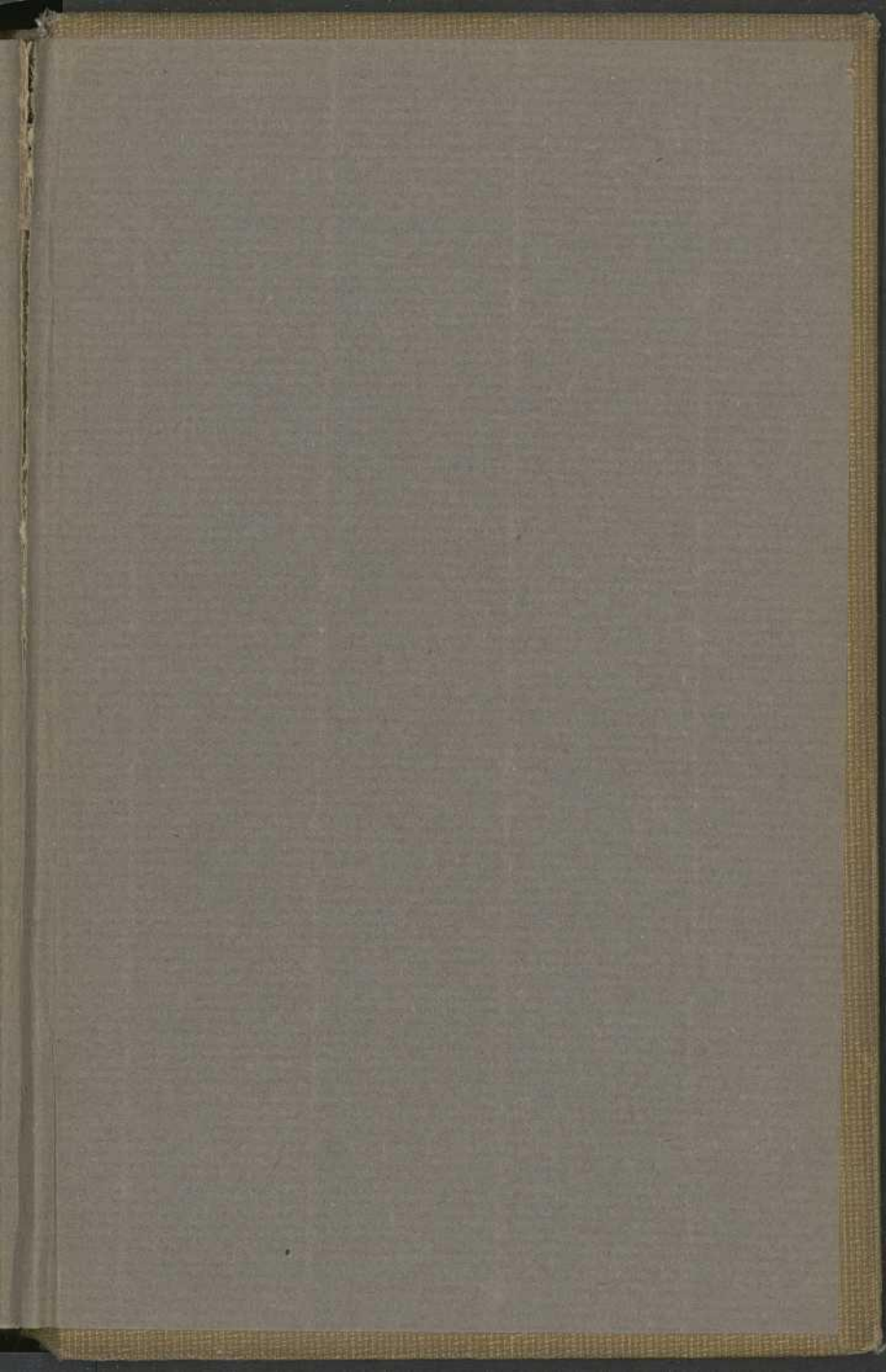
ÍNDICE DEL SEGUNDO TOMO

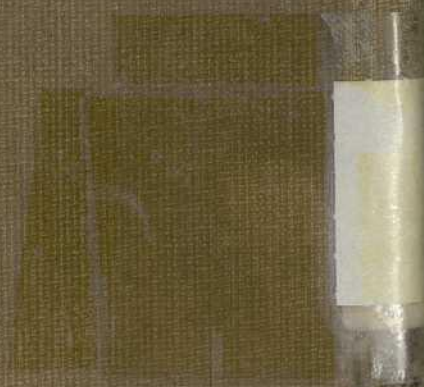
	Págs.
Cap. XVII.—Golpe en vago.....	5
Cap. XVIII.—El huerto de Roque.....	12
Cap. XIX.—La pipa de Jerez.....	25
Cap. XX.—La taberna del Buen Patriota.....	50
Cap. XXI.—La canción de la golondrina.....	61
Cap. XXII.—La visita de inspección.....	82
Cap. XXIII.—El enmascarado.....	89
Cap. XXIV.—Varios incidentes.....	107
Cap. XXV.—El novio de Victoria.....	132
Cap. XXVI.—El lecho de la moribunda.....	146
Cap. XXVII.—Un recado del cerrajero.....	155
Cap. XXVIII.—Reconciliación.....	178
Cap. XXIX.—Abrazos y mojicones.....	191
Cap. XXX.—La peluca roja.....	220
Cap. XXXI.—Lo que agrada no empalaga.....	232
Cap. XXXII.—Antiguos conocidos.....	243
Cap. XXXIII.—El salto peligroso.....	259











21890

21890



21890